

Nova

Ender en el exilio

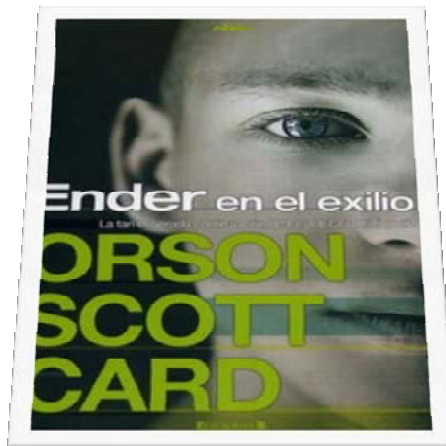
La tan esperada continuación de *EL JUEGO DE ENDER*

ORSON
SCOTT
CARD

EDICIONES B

ENDE R EN EL EXILIO

Orson Scott Card



(Ender 9)

Para
Baydon Hilton
Jordan Hilton
Ricky Fenton

Romeo, Mercutio y Benvolio: seguís ganándoos mi
confianza y admiración como compañeros
de viaje por el sinuoso camino de la vida.

Presentación

Todo empezó cuando un reputado autor, editor y crítico como Ben Bova eligió, para publicar la primera historia de Card, la revista Analog, Science Fiction / Science Fact, el nuevo título que usa hoy la mítica ASTOUNDING de John. W. Campbell donde se hicieron famosos Asimov, Clarke, Heinlein y tantos otros. Se trataba de la novela corta ENDER'S GAME que le valió a Card el preciado Campbell Award de 1978 al mejor autor novel. Desde entonces, todo han sido éxitos para este autor «distinto» con una gran facilidad para alcanzar el éxito popular.

La curiosa serie de Ender es una de sus obras mas emblemáticas y en ese peculiar universo narrativo ha desarrollado Card ya casi una decena de novelas y algún que otro relato y novela corta. Lo más sorprendente es que los primeros cuatro volúmenes de la serie se centran en un mismo personaje, Ender Wiggin, mientras que los cuatro últimos desarrollan las historias de sus compañeros en la Escuela de Batalla.

Remito al lector interesado a la introducción a GUERRA DE REGALOS en la que se detalla la serie de Ender y la de su lugarteniente Bean (la Sombra de Ender). La novela que hoy presentamos, ENDER EN EL EXILIO, forma parte de la Saga de Ender y enlaza de manera original ambas subseries.

La serie de ENDER:

Las cuatro primeras novelas son (el año es el de la edición original en Estados Unidos):

EL JUEGO DE ENDER (1985, NOVA núm. 0) - Premios Hugo y Nébula.

LA VOZ DE LOS MUERTOS (1986, NOVA núm. 1) - Premios Hugo, Nébula y Locus.

ENDER, EL XENOCIDA (1991, NOVA núm. 50).

HIJOS DE LA MENTE (1996, NOVA número 100).

EL JUEGO DE ENDER trata de la formación de niños superdotados en la Escuela de Batalla (una estación en órbita terrestre), como estrategias militares capaces de vencer a la poderosa especie invasor a de los «insectores», unos seres inteligentes que, como las hormigas o abejas de la Tierra, tienen «mentalidad colmena».

En EL JUEGO DE ENDER, el protagonista Andrew Wiggin, conocido como Ender, acaba exterminando sin saberlo (mientras juega a lo que él cree es una simulación informática utilizada como herramienta de formación) a esa especie inteligente de los «insectores» y se erige como el primer xenocida de una especie inteligente en el universo.

Tras EL JUEGO DE ENDER, el protagonista Ender marcha de la Tierra en cierta forma expulsado por el miedo que su capacidad estratégica provoca en los políticos que rigen el planeta. Ender se dirige a las colonias humanas que se están formando en los planetas que los «insectores» han abandonado (al morir las «reinas colmena» de los «insectores», destruidas por Ender, toda la especie desaparece y deja libre los planetas que había ocupado). En el siguiente libro de la serie inicial, LA VOZ DE LOS MUERTOS, se narra la llegada de Ender a la colo-

nia Lusitania donde encuentra otra especie inteligente extraña e incomprensible: la de los «cerdis».

La serie de la SOMBRA DE ENDER:

Tras varios años, surgió una nueva serie protagonizada por Julian «Bean» Delphiki, el lugarteniente de Ender en la Escuela de Batalla:

La nueva subserie esta formada, hasta hoy, por:

LA SOMBRA DE ENDER (1999, NOVA número 137).

LA SOMBRA DEL HEGEMÓN (2001, NOVA número 145).

MARIONETAS DE LA SOMBRA (2002, NOVA número 160).

LA SOMBRA DEL GIGANTE (2005, NOVA número 196).

La serie de la SOMBRA DE ENDER recogía precisamente las aventuras, en la Tierra, en ausencia de Ender e inmediatamente después de la exterminación de los «insectores», por parte de los otros niños de la Escuela de Batalla que empiezan a actuar en el planeta como estrategas político-militares al servicio de diferentes potencias en una especie de juego de Risk a escala planetaria.

ENDER EN EL EXILIO se sitúa después de lo narrado en EL JUEGO DE ENDER y antes de LA VOZ DE LOS MUERTOS, y se erige en una especie de engarce con la serie posterior de la Sombra de Ender, gracias a un uso inteligente de los efectos relativistas.

Ender parte a la búsqueda del planeta en el que se habían reunido las «reinas colmena» de los «insectores» para intentar entender porqué se habían reunido en un único planeta haciendo a su especie tan vulnerable. Antes, llegará a la que será la primera colonia humana establecida en los planetas abandonados por los insectores, la Colonia Shakespeare. Hay una intriga con el comandante de la nave que lleva a Ender a ese planeta: el comandante desea ser el poder en la sombra detrás Ender o, cuando menos, volver a enviar a Ender a la Tierra para quedarse él con el poder. Ender, siendo un excepcional estratega, ve venir el golpe, lo previene y además se hace muy popular logrando un mejor estándar de vida para la gente del planeta.

Al mismo tiempo Ender investiga y descubre artefactos de los «insectores» que le acercan a la comprensión de esa insólita y peligrosa reunión de «reinas colmena». Luego, siguiendo su viaje, Ender acudirá a la Colonia Ganges para enfrentarse a un enemigo peligroso antes de seguir su viaje a Lusitania.

Todo ello con el sabor ya conocido de la gran habilidad narrativa de un experto como Orson Scott Card y de su dominio de los elementos morales y éticos que mueven a sus personajes, en este caso a un Ender adolescente con complejo de «xenocida» a la búsqueda de la razón del posible «suicidio» colectivo de las «reinas colmena».

Una historia entretenida que nos recuerda aquello que hizo tan famoso a un autor entrañable como es Orson Scott Card. Bienvenidos al festín.

MIQUEL BARCELÓ

Capítulo 1

Para: *jpwiggin@gso.nc.pub, twiggin@uncg.edu*

De: *hgraff%educadmin@ifcom.gob* **Asunto:**

El regreso de Andrew a casa Estimados

John Paul y Theresa Wiggin:

Comprenderéis que durante el reciente intento por parte del Pacto de Varsovia por hacerse con el control de la Flota Internacional, nuestra única preocupación en EducAdmin fue la seguridad de los niños. Ahora por fin estamos en posición de empezar a organizar la logística del regreso de los niños a sus hogares.

Os garantizamos que durante su transferencia del control de la F.I. al control del gobierno de Estados Unidos, Andrew disfrutará de vigilancia continua y de una protección activa. Todavía estamos negociando en qué medida la F.I. seguirá ofreciendo su protección después de completada la transferencia.

EducAdmin está realizando todos los esfuerzos posibles para garantizar que Andrew pueda regresar a casa para disfrutar de la infancia más normal que sea posible. Sin embargo, me gustaría conocer vuestra opinión sobre la posibilidad de que siga aquí aislado hasta que concluya la investigación sobre las acciones de EducAdmin durante la pasada campaña. Es más que probable que se ofrezcan testimonios que pinten a Andrew y sus actos de la forma más dañina posible, para atacar a EducAdmin a través de él y de los otros niños. Aquí en el mando F.I. podemos impedir que conozca las declaraciones más graves que se hagan; en la Tierra, tal protección sería imposible y es más probable que se le requiera «testificar».

Hyrum Graff

Theresa Wiggin estaba sentada en la cama, sosteniendo la copia impresa de la carta de Graff.

—Se le requiera «testificar». Lo que significa que se le exhibirá como a un... ¿qué, un héroe? Probablemente un monstruo, ya que tenemos a varios senadores denunciando la explotación infantil.

—Eso le enseñará a salvar a la especie humana —dijo su esposo, John Paul.

—No es momento para bromas.

—Theresa, tratemos de ser razonables —respondió John Paul—. Deseo tanto como tú que Ender vuelva a casa.

—No, no lo deseas —dijo Theresa con fiereza—. No sientes continuamente dolor por las ansias de verle. —Incluso al decirlo, sabía que estaba siendo injusta, así que se tapó los ojos y se cubrió la cabeza.

Pero John Paul la comprendía y no discutió con ella sobre lo que sentía o dejaba de sentir como padre.

—Nunca recuperarás los años que nos han quitado, Theresa. No es el niño que conocíamos.

—Entonces, acabaremos conociendo al chico que es ahora. Aquí. En nuestro hogar.

—Rodeados de guardaespaldas.

—Esa es la parte que me niego a aceptar. ¿Quién querría hacerle daño?

John Paul dejó el libro que ya no fingía leer.

—Theresa, eres la persona más inteligente que conozco.

—¡Es un niño!

—Ganó una guerra contra fuerzas increíblemente superiores.

—Disparó un arma. Que él no diseñó ni desplegó.

—Llevó el arma hasta el punto donde podía dispararla.

—¡Los insectores han desaparecido! Es un héroe, no un peligro.

—De acuerdo, Theresa, es un héroe. ¿Cómo va a ir a la escuela? ¿Qué profesor de octavo curso le va a aceptar en clase? ¿Qué baile escolar va a estar preparado para él?

—Llevará tiempo. Pero aquí, con su familia...

—Sí, somos un grupo humano tan cariñoso y acogedor, un nido de amor al que se ajustará con toda facilidad.

—¡Nos queremos unos a otros!

—Theresa, el coronel Graff simplemente intenta advertirnos que Ender no es solo nuestro hijo.

—No es el hijo de nadie más.

—Sabes quién quiere matar a nuestro hijo.

—No, no lo sé.

—Todo gobierno que considera que el poder militar de América es un obstáculo para sus planes.

—Pero Ender no será militar, será...

—Esta semana no será un militar de Estados Unidos. Quizá. Ganó una guerra a los doce años, Theresa. ¿Qué te hace creer que nuestro benévolo y democrático gobierno no lo reclutará en cuanto regrese a la Tierra? ¿O que no lo ponga bajo custodia protectora? Quizá nos dejen ir con él y quizá no.

Theresa dejó que las lágrimas le corriesen por la cara.

—Entonces, estás diciendo que cuando se fue de aquí le perdimos para siempre.

—Simplemente digo que cuando tu hijo parte para la guerra, nunca le podrás recuperar. No tal como era, no como el mismo niño. Cambiado, si regresa. Así que deja que te haga una pregunta. ¿Quieres que venga al lugar donde correrá el mayor peligro o quieres que permanezca en un sitio relativamente seguro?

—Crees que Graff intenta que le digamos que deje a Ender en el espacio.

—Creo que a Graff le importa lo que le pase a Ender y nos hace saber... sin decirlo en realidad, porque toda carta que envía se puede usar contra él en el tribunal... que Ender corre mucho peligro. Ni diez minutos después de la victoria de Ender, los rusos intentaron su jugada brutal por el control de la F.I. Sus soldados mataron a miles de oficiales de la F.I. antes de que

la F.I. les obligase a rendirse. ¿Qué habrían hecho de haber ganado? ¿Habrían traído a Ender a casa y le habrían organizado un gran desfile?

Theresa ya sabía todo eso. Lo había sabido, al menos visceralmente, desde que había leído la carta de Graff. No, lo había sabido desde antes, lo había intuido como un temor desagradable desde que supo que la guerra contra los insectores había terminado. Ender no volvería a casa.

Sintió la mano de John Paul en el hombro. La apartó con un estremecimiento. La mano regresó, acariciándole el brazo mientras ella seguía tendida, dándole la espalda, llorando porque sabía que había perdido la discusión, llorando porque ni siquiera ella defendía su posición en la discusión.

—Cuando nació sabíamos que no nos pertenecía.

—Nos pertenece.

—Si vuelve a casa, su vida pertenecerá al gobierno que tenga el poder de protegerle y usarle... o matarle. Él es el activo más importante que ha sobrevivido a la guerra. La gran arma. Eso es todo lo que será... eso y una celebridad tan enorme que de todas formas será imposible que tenga una infancia normal. ¿Y podríamos ayudarle, Theresa? ¿Comprendemos su vida durante los últimos siete años? ¿Qué padres podríamos ser para el chico... para el hombre en el que se ha convertido?

—Seríamos maravillosos —exclamó Theresa.

—Y lo sabemos porque somos padres más que perfectos para los niños que tenemos en casa.

Theresa se volvió para tenderse de espaldas.

—Oh, cielos. Pobre Peter. Debe de estar muriéndose por dentro ante la idea de que Ender vuelva a casa.

—Le estará paralizando.

—Oh, no estoy tan segura —dijo Theresa—. Apuesto a que Peter ya está pensando en cómo explotar el regreso de Ender.

—Hasta que descubra que Ender es demasiado inteligente para dejarse explotar.

—¿Qué preparación ha tenido Ender para enfrentarse a la política? Ha pasado toda su vida entre militares.

John Paul rio.

—Vale, sí, aunque por supuesto hay tanto politiquero entre los militares como en el gobierno.

—Tienes razón —dijo John Paul—. Allí Ender está protegido por gente que pretende explotarlo, sí, pero él no tiene que afrontar ninguna batalla burocrática. Probablemente, cuando se trata de maniobras como esas, Ender no sea más que un cervatillo en el bosque.

—¿Así que Peter podría aprovecharse de él?

—No es eso lo que me preocupa, lo que me preocupa es lo que hará Peter cuando descubra que no puede aprovecharse de él.

Theresa volvió a sentarse y miró a su esposo.

—¡No puedes pensar que Peter levantaría la mano contra Ender!

—Peter no levanta su propia mano para hacer nada difícil o peligroso. Sabes que ha estado usando a Valentine.

—Sólo porque ella se deja usar.

—Precisamente a eso me refiero —dijo John Paul.

—Ender no corre peligro de su propia familia.

—Theresa, tenemos que decidir: ¿qué es lo mejor para Ender? ¿Qué es lo mejor para Peter y Valentine? ¿Qué es lo mejor para el futuro del mundo?

—¿Sentados en la cama, en medio de la noche, nosotros dos decidiremos el destino del mundo?

—Cariño, cuando concebimos al pequeño Andrew, decidimos el destino del mundo.

—Y lo pasamos bien mientras lo hacíamos —añadió ella.

—¿Volver a casa es bueno para Ender? ¿Será feliz?

—¿De verdad crees que nos ha olvidado? —preguntó Theresa—. ¿Crees que a Ender no le importa si vuelve a casa o no?

—Volver a casa dura un día o dos. Luego viene lo de vivir aquí. El peligro por parte de potencias extranjeras, la artificialidad de su vida en la escuela, la violación constante de su intimidad, y no olvidemos la ambición y la envidia insaciables de Peter. Así que vuelvo a preguntarte, ¿la vida de Ender aquí será más feliz que si...?

—¿Si se queda en el espacio? ¿Qué vida será ésa?

—La F.I. se ha comprometido: neutralidad total con respecto a lo que suceda en la Tierra. Si tiene a Ender, entonces todo el mundo, todos los gobiernos, serán conscientes de la inconveniencia de no enfrentarse a la Flota.

—Por tanto, no volviendo a casa, Ender seguirá salvando continuamente al mundo —dijo Theresa—. Tendrá una vida muy útil.

—Lo importante es que nadie más podrá aprovecharse de él.

Theresa adoptó su voz más dulce.

—¿Así que crees que deberíamos escribir a Graff y decirle que no queremos que Ender vuelva a casa?

—No podemos hacer nada de eso —dijo John Paul—. Le escribiremos y le diremos que estamos ansiosos por ver a nuestro hijo y que no creemos que los guardaespaldas sean necesarios.

A Theresa le llevó un momento comprender por qué él daba la impresión de estar invirtiendo por completo su postura anterior.

—Cualquier carta que enviemos a Graff —dijo Theresa— será tan pública como la que él nos envió. E igual de huera. Por tanto, no hagamos nada y dejemos que las cosas sigan su curso.

—No, querida mía —dijo John Paul—. Resulta que viviendo en nuestra casa, bajo nuestro techo, se encuentran los dos forjadores más influyentes de la opinión pública.

—Pero John, oficialmente no sabemos que nuestros hijos rondan por las redes, manipulando los acontecimientos por medio de la red de corresponsales de Peter y el talento brillantemente perverso de Valentine para la demagogia.

—Y ellos no saben que nosotros tenemos cerebro —añadió John Paul—. Parecen creer que las hadas les dejaron en casa, en lugar de haber recibido de nosotros el material genético para formar sus cuerpecitos. Nos tratan como muestras convenientes de la opinión pública ignorante. Por tanto... vamos a ofrecerles algunas opiniones públicas que les impulsarán a hacer lo que es mejor para su hermano.

—Lo que es mejor —repitió Theresa—. No sabemos qué es lo mejor.

—No —dijo John Paul—. Sólo sabemos lo que parece mejor. Pero hay una cosa segura... de eso sabemos más de lo que sabe cualquiera de nuestros hijos.

* * *

Valentine volvió del colegio con la furia hirviendo en su interior. Estúpidos profesores... en ocasiones la volvía loca hacer una pregunta y que el profesor le explicase pacientemente las cosas como si su pregunta fuese una indicación de la incapacidad de Valentine para comprender el tema, en lugar de evidenciar la incompetencia de ese profesor. Pero Valentine se quedaba sentada y se lo tragaba todo, mientras la ecuación aparecía en las holopantallas de todas las mesas y el profesor la repasaba punto por punto.

Luego Valentine trazaba un círculo alrededor del elemento del problema que el profesor no había tratado adecuadamente... la razón para que la respuesta no fuese la correcta. El círculo no aparecía en todas las mesas, claro; sólo el ordenador del profesor disponía de esa opción.

Y, por tanto, a continuación el profesor podía dibujar su propio círculo alrededor de ese número y decía:

—Lo que no comprendes en este caso, Valentine, es que incluso con esta explicación, si ignoras estos elementos sigues sin poder llegar a la respuesta correcta.

Lo que era una excusa más que evidente para proteger su ego. Pero por supuesto sólo era evidente para Valentine. Para los otros alumnos, que de todas formas apenas comprendían la materia (sobre todo porque se las explicaba un incompetente distraído), era Val la que había pasado por alto el detalle rodeado, aunque era precisamente ese elemento el que le había hecho plantear la pregunta.

Y a continuación el profesor le dedicaba esa sonrisa que manifestaba claramente: «No vas a derrotarme y a humillarme delante de esta clase.»

Pero Valentine no intentaba humillarle. Él no le importaba nada. Simplemente le preocupaba que la materia se enseñase lo suficientemente bien de forma que si, Dios no lo quisiera, algún alumno de la clase se convirtiera en ingeniero civil, sus puentes no se desmoronasen y matasen a alguien.

Ahí radicaba la diferencia entre ella y los idiotas del mundo. Todos intentaban aparentar ser listos y a la vez mantener su posición social, mientras que a Valentine no le importaba la posición social, sólo le importaba hacer las cosas bien. Obtener la verdad... allí donde pudiese encontrarse la verdad.

No le había dicho nada al profesor y nada a ninguno de los alumnos, y sabía que en casa tampoco la comprenderían. Peter se burlaría de ella por importarle tanto la escuela como para permitir que ese payaso de profesor le afectase. El padre examinaría el problema, señalaría la respuesta correcta y volvería a su trabajo sin darse cuenta de que Val no pedía ayuda, pedía conmiseración.

¿Y la madre? Estaría dispuesta a caer sobre la escuela y hacer algo al respecto, pasando al profesor sobre brasas. La madre ni siquiera oiría a Val explicando que no quería avergonzar al profesor, simplemente quería que alguien dijese:

—¡No es irónico que esta escuela especial y avanzada para chicos realmente inteligentes tenga un profesor que no conozca la materia que imparte!

A lo que Val respondería:

—¡Vaya si lo es! —Y se sentiría mejor. Como si alguien estuviese de su lado. Como si alguien lo comprendiese y no estuviese sola.

Mis necesidades son simples y escasas, pensó Valentine. Comida. Ropa. Un lugar cómodo para dormir. Y la ausencia de idiotas.

Pero, por supuesto, un mundo sin idiotas sería solitario. Incluso si a ella la dejaban entrar. No es que ella jamás cometiese errores.

Como el error de dejar que Peter la atase para ser Demóstenes. Él todavía creía que debía decirle a Val qué escribir cada día, después del colegio... como si, después de tantos años, no hubiese interiorizado por completo el personaje. Podía escribir los ensayos de Demóstenes incluso estando dormida.

Y si precisaba ayuda, no tenía más que prestar atención al padre pontificando sobre los asuntos mundiales... ya que parecía repetir todas las opciones belicosas, patrioteras y demagógicas de Demóstenes mientras afirmaba que no leía nunca sus columnas.

El padre se quedaría a cuadros si supiese que su dulce e ingenua hijita era la que escribía esos ensayos.

Entró enfadada en casa, fue directamente a por su ordenador, repasó rápidamente las noticias y se puso a escribir el ensayo que sabía que Peter le asignaría... una diatriba sobre cómo la F.I. no debería haber concluido las hostilidades con el Pacto de Varsovia sin exigir primero que Rusia entregase todas sus armas nucleares, porque, ¿no debería haber algún castigo por iniciar una guerra claramente agresiva? El vómito habitual de su antiavatar Demóstenes.

¿O soy yo, como Demóstenes, el verdadero avatar de Peter? ¿Me he convertido en persona virtual?

Clic. Un correo. Cualquier cosa sería mejor que lo que escribía.

Era de su madre. Le hacía llegar un correo del coronel Graff. Sobre los guardaespaldas de Ender al volver a casa.

—Pensé que te gustaría leerlo —había escrito su madre—. ¿No es EMOCIONANTE que el regreso a casa de Andrew esté TAN CERCA?

Deja de gritar, madre. ¿Por qué usas mayúsculas para dar énfasis? Es tan... infantil. Era lo que le había repetido a Peter varias veces. Madre no es más que una animadora.

La epístola de la madre seguía con el mismo tono. NO llevará NINGÚN tiempo preparar la habitación de Ender y ahora no parece haber ninguna razón para retrasar la limpieza del cuarto ni un SEGUNDO más, a menos que creas que Peter quiera COMPARTIR su cuarto con su hermanito para que puedan CONGENIAR y volver a ser ÍNTIMOS. ¿Y qué crees que Ender querrá tomar como su PRIMERÍSIMA comida en casa?

Comida, madre. Lo que sea definitivamente le resultará «tan ESPECIAL como para hacerle sentir QUERIDO y AÑORADO».

En cualquier caso, su madre era tan ingenua que se tomaba literalmente la carta de Graff. Val la releyó. Vigilancia. Guardaespaldas. Graff le enviaba una advertencia, intentando que su madre no se emocionase tanto por el regreso a casa de Ender. Ender correría peligro. ¿Su madre no lo comprendía?

Graff preguntaba si debían mantener a Ender en el espacio hasta que concluyesen las investigaciones. Pero para eso harían falta meses. ¿Cómo era posible que la madre se hubiese hecho

a la idea de que el regreso a casa de Ender era tan inminente que había que apresurarse a limpiar todo lo que se había acumulado en su cuarto? Graff le pedía que solicitase que no le enviaran a casa todavía. Y su razón era que Ender corría peligro.

Inmediatamente, se alzó ante ella todo el espectro de peligros a los que se enfrentaba Ender. Los rusos darían por supuesto que Ender era un arma de Estados Unidos contra ellos. Los chinos pensarían lo mismo... que América, dotada de esa arma Ender, podría volverse agresiva penetrando de nuevo en la esfera de influencia de China. Las dos naciones respirarían mejor si Ender estuviese muerto. Aunque, por supuesto, tendrían que asegurarse de que el asesinato pareciese obra de algún movimiento terrorista. Lo que significaba que probablemente no se cargarían directamente a Ender, sino que probablemente volarían todo el colegio.

No, no y no, se dijo Val. ¡Sólo porque es precisamente lo que diría Demóstenes no significa que sea lo que tú debes pensar!

Pero la imagen de alguien volando a Ender por los aires, disparándole, o cualquier método que empleasen... Los métodos no dejaban de recorrer su mente. ¿No sería irónico (aunque típicamente humano) que la persona que salvó a la especie humana fuese asesinada? Sería como el asesinato de Abraham Lincoln o Mahatma Gandhi. Algunas personas no reconocían a sus salvadores. Y el hecho de que Ender continuara siendo un niño no les haría replanteárselo.

No puede volver a casa, pensó. Su madre jamás lo entenderá, jamás podría decírselo, pero... incluso si no le fuesen a asesinar, ¿cómo sería su vida aquí? Ender no era de los que reclamaban fama y posición, pero aun así todo lo que hiciese acabaría filmado en vídeos con gente comentando cómo se cortaba el pelo (¡Voten! ¿Les gusta o lo odian?) y qué asignaturas estudiaba (¿En qué se convertirá el héroe cuando sea mayor? ¡Voten para qué carrera creen que debería prepararse El Wiggin!).

Vaya pesadilla. No sería volver a casa. De todas formas, jamás podrían traer a Ender de vuelta a casa. El hogar que abandonó ya no existía. El niño al que habían sacado de ese hogar tampoco existía. Cuando Ender estuvo allí (no hacía ni un año), cuando Val fue al lago y pasó unas horas con él, Ender parecía viejo. Juguetón en ocasiones, sí, pero sentía el peso del mundo sobre los hombros. Ahora la carga había desaparecido... pero las consecuencias seguirían con él, le retendrían, le destrozarían su vida.

Los años de infancia habían pasado. Y punto. Ender no sería un niño creciendo para convertirse en un adolescente en casa de su padre y su madre. Ya era un adolescente (en años y en hormonas) y un adulto, por las responsabilidades que había soportado.

Si a mí la escuela me parece huera, ¿cómo sería para Ender?

Incluso mientras terminaba de escribir el ensayo sobre las armas nucleares rusas y el coste de la derrota, mentalmente iba estructurando otro ensayo. Uno que explicase por qué Ender Wiggin no debería regresar a la Tierra, porque se convertiría en el blanco de todo loco, espía, paparazzi y asesino, y le resultaría imposible llevar una vida normal.

Pero no lo escribió. Porque sabía que habría un gran problema: Peter lo odiaría.

Porque Peter ya tenía sus planes. Su personalidad online, Locke, ya había empezado a plantar los cimientos para el regreso de Ender. Valentine tenía claro que cuando Ender regresase, Peter tenía la intención de revelar que él era el verdadero autor de los ensayos de Locke... y por tanto, la persona que había concebido los términos del alto el fuego que todavía se mantenía entre el Pacto de Varsovia y la F.I. Peter tenía la intención de subir a la fama de Ender. Ender salvó a la especie humana de los insectores, y su hermano mayor Peter salvó al mundo de una guerra civil justo después de la victoria de Ender. ¡Héroes por partida doble!

Ender odiaría esa fama. Peter la ansiaba tanto que tenía la intención de robar toda la de Ender que le fuese posible.

Oh, jamás lo reconocería, pensó Valentine. Peter ofrecería muchas razones para justificar que era por el bien de Ender. Probablemente las mismas razones que se me habían ocurrido a mí.

Y dado que así es, ¿estoy haciendo lo mismo que Peter? ¿He inventado razones para justificar que Ender no vuelva a casa simplemente porque en el fondo de mi corazón no le quiero aquí?

Y ante esa idea, le anegó tal oleada de emoción que acabó llorando sobre la mesa de los deberes. Quería tenerle en casa. Y aunque comprendía que realmente no podía venir a casa (el coronel Graff tenía razón), todavía anhelaba al hermanito que le habían robado. Todos estos años con el hermano que odio, y ahora, por el bien del hermano que amo, trabajaré para mantenerle lejos de...

¿De mí? No, no quiero mantenerle lejos de mí. Odio la escuela, odio mi vida aquí, odio, odio y odio estar bajo el control de Peter. ¿Por qué debería quedarme? ¿Por qué no ir al espacio con Ender? Al menos durante un tiempo. Soy la que está más cerca de él. Soy la única que le ha visto en los últimos siete años. Si él no puede volver al hogar, ¡una parte de ese hogar (yo) podría ir con él!

Era sólo cuestión de convencer a Peter de que lo mejor para él mismo era evitar que Ender volviese a la Tierra... sin dejar que Peter supiese que intentaba manipularle.

Le hacía sentirse cansada, porque Peter no era fácil de manipular. Veía claramente todas sus estrategias. Tendría que ser muy directa y sincera sobre lo que pretendía... pero haciéndolo con sutiles matices de humildad, seriedad, desapasionamiento y lo que hiciese falta, de forma que Peter superase su condescendencia hacia todo lo que ella decía, decidiese que él siempre había pensado eso mismo y...

¿Y el motivo real de que yo quiera salir del planeta? ¿Todo esto es para que Ender y yo seamos libres?

Las dos cosas. Pueden ser las dos cosas. Y a Ender le contaré la verdad... no estaré renunciando a nada por estar con él. Preferiría estar con él en el espacio y no volver a ver nunca la Tierra a quedarme aquí, con o sin él. Sin él: un vacío doloroso. Con él: el dolor de verle llevar una vida deprimente y frustrada.

Val se puso a escribir una carta al coronel Graff. Su madre había sido descuidada y había incluido la dirección de Graff. Casi era un fallo de seguridad. En ocasiones su madre era muy ingenua. Si fuese un oficial de la F.I., haría tiempo que la habrían degradado.

* * *

Durante la cena, esa noche, la madre no dejaba de hablar del regreso de Ender a casa. Peter escuchaba apenas prestando atención, porque por supuesto la madre era incapaz de ver más allá de su sentimentalidad personal sobre su «niñito perdido regresando al nido», mientras que Peter comprendía que el regreso de Ender sería horriblemente complicado. Había tanto que preparar... y no sólo la tontería del dormitorio. Por lo que a él le importaba, Ender podía quedarse con su cama... Lo que importaba es que durante un breve periodo de tiempo, Ender ocuparía el centro de la atención mundial, y entonces Locke se quitaría el manto del anonimato y daría punto y final a todas las elucubraciones sobre la identidad del «gran benefactor de la humanidad que, por su modestia al permanecer anónimo, no podía recibir el premio Nobel que tanto se merecía por habernos guiado hasta el final de la última guerra de la humanidad».

Eso había dicho un fan muy efusivo de Locke... que resultaba ser el jefe de la oposición en el Reino Unido. Era muy ingenuo imaginar incluso durante un momento que el breve intento del Nuevo Pacto de Varsovia por tomar el control de la F.I. era la «última guerra». Sólo había una forma de tener una «última guerra», y era que toda la Tierra estuviese unida bajo un líder único, eficiente y poderoso, pero también popular.

Y la forma de presentar a ese líder sería colocarle delante de la cámara, de pie junto al gran Ender Wiggin con el brazo sobre los hombros del héroe porque (¿y a quién le podría sorprender?) ¡el «Chico de la Guerra» y el «Hombre de la Paz» son hermanos!

Y ahora su padre cotorreaba sobre algo. Pero es que se había dirigido directamente a Peter y por tanto Peter debía interpretar al hijo obediente y prestar atención como si le importase.

—La verdad es que creo que antes de que tu hermano vuelva a casa deberías decidirte por la carrera que quieres estudiar, Peter.

—¿Y eso por qué? —preguntó Peter.

—Oh, no te hagas el tonto. ¿No comprendes que el hermano de Ender puede ir a la universidad que quiera?

Su padre pronunció esas palabras como si fuesen las más inteligentes que hubiese pronunciado nunca alguien que todavía no había sido deificado por el senado romano, no había sido santificado por el Papa o similar. Al padre jamás se le ocurriría pensar que las notas perfectas de Peter y sus resultados perfectos en todas las pruebas de acceso universitario ya le permitirían matricularse en la institución que quisiese. No quería ir a horcajadas de la fama de su hermano. Pero no, para el padre, todo lo bueno de la vida de Peter siempre se consideraba que fluía de Ender. Ender Ender Ender Ender, qué nombre tan estúpido.

Si el padre pensaba de esa forma, sin duda también pensaban igual todos los demás. Al menos, todos los que tuviesen una inteligencia inferior a la mínima.

Peter sólo veía el beneficio publicitario que podría obtener del regreso a casa de Ender. Pero el padre le había recordado otro detalle: que todos descartarían lo que hiciese precisamente porque era el gran hermano mayor de Ender. La gente los vería uno junto al otro, sí... pero se preguntarían por qué el hermano de Ender no había ido a la Escuela de Batalla. Haría que Peter pareciese débil, inferior y vulnerable.

Allí estaría él, claramente más alto, el hermano que se quedó en casa y no hizo nada. «¡Oh, pero escribí todos los ensayos de Locke y acabé con el conflicto ruso antes de que pudiese degenerar en una guerra mundial!» Vale, si eres tan listo, ¿por qué no estabas tú ayudando a tu hermanito a salvar la especie humana de la destrucción absoluta}

Una gran oportunidad para las relaciones públicas, sí. Pero también una pesadilla.

¿Cómo podía aprovecharse de la oportunidad que le ofrecía la gran victoria de Ender pero sin parecer un simple parásito, chupando como una rémora de la fama de su hermano? Qué horroroso si su revelación sonase como una forma triste del «yo también». Oh, ¿creéis que mi hermano es genial? Bien, os hago saber que yo también salvé al mundo. De una forma triste, mezquina y reclamando atención.

—¿Estás bien, Peter? —preguntó Valentine.

—Oh, ¿te pasa algo? —preguntó la madre—. Deja que te eche un vistazo, cariño.

—No voy a quitarme la camisa ni a dejar que uses un termómetro rectal, madre, sólo porque Val tenga alucinaciones. Estoy perfectamente.

—Te hago saber que si tuviese alucinaciones —dijo Val— se me ocurrirían cosas mejores que verte con cara de estar a punto de vomitar.

—Qué gran idea para un negocio —dijo Peter, ahora casi por reflejo—. ¡Escoge tu alucinación! Oh, espera, eso ya existe... las llaman drogas ilegales.

—No te burles de los que precisamos a los demás —dijo Val—. Los adictos al ego no precisan drogas.

—Niños —dijo la madre—. ¿Es con esto con lo que se encontrará Ender al volver a casa?

—Sí —dijeron Val y Peter simultáneamente.

El padre habló:

—Me gustaría pensar que os encontraría algo más maduros.

Pero para entonces Peter y Val reían estruendosamente. No podían parar, así que el padre los mandó a su cuarto.

* * *

Peter repasó el ensayo de Val sobre las armas nucleares rusas.

—Es tan aburrido.

—No me lo parece —dijo Valentine—. Tienen las armas nucleares y eso impide a otros países darles una bofetada cuando les hace falta... que es muy a menudo.

—¿Qué tienes contra los rusos?

—Es Demóstenes el que tiene algo contra los rusos —dijo Val fingiendo indiferencia.

—Bien —dijo Peter—. Por tanto a Demóstenes no le preocuparían las armas nucleares rusas, sino qué le preocuparía que los rusos acabasen teniendo el arma más valiosa de todas.

—¿El Ingenio de Desintegración Molecular? —preguntó Val—. La F.I. jamás lo traería al radio de alcance de la Tierra.

—No me refiero al Ingenio D.M., tontita. Hablo de nuestro hermano. Nuestro hermano menor destructor de civilizaciones.

—¡No te atrevas a hablar de él con desprecio!

La expresión de Peter cambió a una sonrisilla burlona. Pero tras su cara se apreciaba furia y dolor. Ella todavía era capaz de enfurecerle, simplemente dejando claro lo mucho que amaba a Ender.

—Demóstenes escribirá un ensayo diciendo que América debe traer de inmediato a Andrew Wiggin a la Tierra. Sin más retrasos. El mundo es un lugar demasiado peligroso como para que América se encuentre sin los servicios inmediatos del más importante líder militar conocido por la humanidad.

De inmediato, una nueva oleada de odio hacia Peter recorrió a Valentine. En parte, porque comprendía que la idea de Peter funcionaría mucho mejor que el ensayo que ella ya había escrito. Su interiorización de Demóstenes no era tan buena como había creído. Demóstenes exigiría el regreso inmediato de Ender y su alistamiento en el ejército de América.

Y eso resultaría tan desestabilizador, a su modo, como pedir el despliegue de armas nucleares. Los rivales y enemigos de Estados Unidos analizaban atentamente los ensayos de Demóste-

nes. Si él exigía el regreso inmediato de Ender, ellos se pondrían a maniobrar para mantener a Ender en el espacio; y algunos, al menos, acusarían abiertamente a América de tener intenciones agresivas.

Y entonces le tocaría el turno a Locke, tras unos días o semanas, para ofrecer una solución de compromiso, una solución de estadista: dejar al chico en el espacio.

Valentine sabía bien por qué Peter había cambiado de opinión. Fue el comentario estúpido del padre durante la cena: su recordatorio de que Peter siempre estaría a la sombra de Ender, hiciera lo que hiciese.

Bien, incluso las ovejas políticas a veces decían algo que daba buenos resultados. Ahora Val no tendría que convencer a Peter de la necesidad de mantener a Ender lejos de la Tierra. Todo sería idea de Peter.

* * *

Una vez más, Theresa se sentó en el borde de la cama, llorando. A su alrededor se encontraban dispersas las copias impresas de los ensayos de Demóstenes y Locke que, sabía bien, evitarían el regreso de Ender a casa.

—No puedo evitarlo —le dijo a su marido—. Sé que es lo correcto... justo lo que Graff quería que comprendiésemos. Pero pensaba que le volvería a ver. De veras lo creía.

John Paul se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima.

—Es lo más duro que hemos hecho nunca.

—¿No fue entregarlo en su día?

—Eso fue duro —dijo John Paul—, pero no teníamos otra opción. Se lo iban a llevar de todas formas. Pero esta vez... sabes que si fuésemos a la red y pusiésemos vídeos rogando por el regreso a casa de nuestro hijo... tendríamos muy buenas posibilidades.

—Y nuestro pequeñín va a preguntarse por qué no lo hicimos.

—No, no lo hará.

—Oh, ¿crees que es tan listo que deducirá lo que hacemos ? ¿ Por qué no hacemos nada?

—¿Por qué no?

—Porque no nos conoce —respondió Theresa—. No sabe lo que pensamos o sentimos. Por lo que a él respecta, le hemos olvidado por completo.

—Algo por lo que me siento bien, en todo este desastre —dijo John Paul—. Todavía se nos da bien manipular a los genios de nuestros hijos.

—Oh, eso —dijo Theresa desdeñosa—. Es fácil manipular a tus propios hijos cuando están convencidos de que eres totalmente estúpido.

—Lo que me entristece —dijo John Paul— es que Locke se llevará la fama de preocuparse más que nadie por Ender. Así que, cuando se revele su identidad, dará la impresión de que su lealtad le hizo proteger a su hermano.

—Es nuestro chico, ese Peter—dijo Theresa—. Oh, es todo un personaje.

—Tengo una duda filosófica. Me pregunto si lo que llamamos «bondad» no será un rasgo inadaptado. Si la mayor parte de la gente la posee, y las reglas sociales la defienden como una

virtud, entonces los gobernantes naturales tienen espacio libre para actuar. Es por la bondad de Ender que es a Peter al que tendremos en casa, en la Tierra.

—Oh, Peter es bueno en lo que hace —dijo Theresa con preocupación.

—Sí, lo olvidé —se disculpó con ironía John Paul—. Es por el bien de la especie humana que se convertirá en gobernante del mundo. Un sacrificio altruista.

—Cuando leo sus ensayos tan repletos de suficiencia me gustaría arrancarle los ojos.

—También es nuestro hijo —dijo John Paul—. Tan resultado de nuestros genes como Ender o Val. Y nosotros le agujoneamos para ser lo que es.

Theresa sabía que John Paul tenía razón, pero no le servía de nada.

—No tenía que divertirse tanto mientras lo hacía, ¿no?

Capítulo 2

Para: hgraff%educadmin@ComFI.gob

De: demostenes@UltimaGranEsperanzadDeLaTierra.pol

Asunto: Usted sabe la verdad

Sabe quién decide lo que se escribe. Sin duda incluso tiene alguna idea de por qué. No voy a intentar defender mi ensayo o la forma en que otros me utilizan.

En una ocasión usted manipuló a la hermana de Andrew Wiggin para convencerlo de volver al espacio y ganar esa pequeña guerra que libraban. Ella cumplió con su deber, ¿no es así? Qué chica tan buena, siempre haciendo sus deberes.

Bien, tengo una misión para ella. En una ocasión envió usted a su hermano con ella, para que le diera apoyo y le hiciera compañía. La necesitará de nuevo, más que nunca, sólo que en esta ocasión él no podrá reunirse con ella. En esta ocasión no habrá ninguna casa junto al lago. Pero nada impide que ella salga al espacio para reunirse con él. Alístela en la F.I., páguele como consultora, lo que haga falta. Pero ella y su hermano se necesitan. Más de lo que cualquiera de ellos necesita la Vida En La Tierra.

No intente engañarla. Recuerde que ella es más inteligente que usted y que ama más que usted a su hermanito pequeño, y, además, es usted un hombre decente. Sabe que esto es lo correcto y lo adecuado. Usted siempre intenta hacer lo correcto y adecuado, ¿no es así?

Háganos un favor a los dos. Coja esta carta, rómpala y métasela donde no brilla el sol.

Su dedicado y humilde servidor —el servidor dedicado y humilde de todos—, servidor dedicado y humilde de la verdad y el jingoísmo nobles.

DEMÓSTENES

¿En qué invierte sus días un almirante de trece años?

Pues no en mandar una nave... eso se lo dejaron claro a Ender el día que recibió su nombramiento.

—Tienes un rango acorde con tus logros —dijo el almirante Chamrajnagar—, pero realizarás labores acordes con tu entrenamiento.

¿Para qué se había entrenado? Para jugar una guerra virtual en un simulador. Ya no quedaba nadie contra quien luchar, así que estaba entrenado para... nada.

Oh, y para otra cosa: para mandar niños al combate, extraer de ellos hasta la última gota de esfuerzo, concentración, talento e inteligencia. Pero los niños ya no tenían nada que hacer allí, y uno a uno iban volviendo a casa.

Iban a ver a Ender para decirle adiós.

—Pronto volverás a casa —dijo Hot Soup—. Tienen que preparar un recibimiento digno de un héroe. —Él se marchaba a la Escuela Táctica, para completar lo poco que le quedaba para recibir su título de bachillerato. «Así podré ir directamente a la universidad.»

—A los chicos de quince años la universidad siempre se les da genial —dijo Ender.

—Debo concentrarme en mis estudios —dijo Han Tzu—. Terminar la universidad, descubrir qué se supone que debo hacer con mi vida y luego encontrar a alguien para casarme y tener hijos.

—¿Participar en el ciclo de la vida? —inquirió Ender.

—Un hombre sin esposa y bebés es una amenaza para la civilización —sentenció Han Tzu—. Un soltero es un incordio. Diez mil solteros hacen una guerra.

—Me encanta cuando me sueltas sabiduría china.

—Soy chino, así que me la puedo inventar sobre la marcha —Han Tzu le sonrió—. Ender, ven a verme. China es un país hermoso. Hay más variedad dentro de China que en el resto del mundo.

—Lo haré si puedo —aseguró Ender. No tuvo ánimos para comentar que China estaba repleta de seres humanos, y que la combinación de bondad y maldad, fuerza y debilidad, valentía y temor sería básicamente la misma que en cualquier otro país, cultura o civilización... o aldea, casa o corazón.

—¡Oh, sí que podrás! —apostrofó Han Tzu—. Condujiste a la especie humana a la victoria, y todos lo saben. ¡Puedes hacer lo que quieras!

Excepto volver a casa, se dijo Ender en silencio. En voz alta respondió:

—No conoces a mis padres.

Había pretendido decirlo en el mismo tono jocoso empleado por Han Tzu, pero ya nada le salía como pretendía. Quizás un aspecto taciturno de su persona, sin que él se diese cuenta, daba un tono diferente a todo lo que decía. O quizás era Han Tzu quien no podía oír un chiste surgiendo de la boca de Ender; tal vez él y los demás chicos conservaban demasiados recuerdos de cómo habían sido las cosas casi al final, cuando les preocupaba que Ender estuviese perdiendo la cabeza.

Pero Ender sabía que no perdía la cabeza. La estaba encontrando. La mente profunda, el alma, el hombre cruelmente compasivo... capaz de amar a los demás tan profundamente que los comprendía, pero permaneciendo a la distancia adecuada para emplear ese conocimiento para destruirlos.

—Padres —dijo Han Tzu sin alegría—. El mío está en la cárcel, ya lo sabes. O quizá ya haya salido. Me hizo hacer trampas en el examen, para asegurarse de que vendría aquí.

—No te hacía falta hacer trampas —dijo Ender—. Eres auténtico.

—Pero mi padre necesitaba facilitarme el acceso, no valía con que yo me lo ganase. Así se hacía sentir necesario. Ahora lo comprendo. Yo planeo ser mucho mejor padre que él. ¡Soy el buen padre!

Ender rió, le abrazó y se dijeron adiós. Pero siguió pensando en la conversación. Comprendió que Han Tzu aprovecharía su entrenamiento militar y se convertiría en el padre perfecto. Y buena parte de lo que había aprendido en la Escuela de Batalla y allí, en la Escuela de Mando, probablemente le sirviera. Paciencia, autocontrol riguroso, saber descubrir el potencial de tus subordinados para compensar sus déficits durante el entrenamiento.

¿Para qué me entrenaron?

Yo soy un Hombre Tribal, pensó Ender. El jefe. Pueden confiar absolutamente en que haré lo mejor para la tribu. Pero tal confianza implica que soy yo el que decide quién vive y quién muere. Juez, ejecutor, general, dios. Para eso me prepararon. Lo hicieron bien; me porté tal y como me entrenaron. Ahora puedo repasar las ofertas de empleo de las redes y no encontrar ni un trabajo que requiera esas cualidades. Ninguna tribu que necesite un jefe, ninguna aldea que precise un rey, ninguna religión que busque un profeta guerrero.

* * *

Oficialmente, Ender jamás tendría que haber sido informado acerca de las actuaciones del consejo de guerra contra el ex coronel Hyrum Graff. Oficialmente, Ender era demasiado joven y estaba demasiado implicado personalmente, y los psicólogos juveniles declararon, después de varias y tediosas evaluaciones psicológicas, que Ender era demasiado frágil para exponerse a las consecuencias de sus actos.

Oh, vale, ahora os preocupa ese detalle.

Pero de eso iría el consejo, ¿no? De si Graff y otros oficiales —pero sobre todo Graff— se habían servido adecuadamente de los niños que les habían confiado. Todo se trataba con mucha seriedad, y por la forma en la que los oficiales adultos guardaban silencio o apartaban la vista cuando él entraba en una sala, Ender estaba razonablemente seguro de que lo que había hecho había tenido alguna terrible consecuencia.

Habló con Mazer justo antes del comienzo del juicio y le planteó su hipótesis sobre lo que realmente pasaba.

—Creo que hacen responsable al coronel Graff de cosas que hice yo. Pero dudo que sea de hacer estallar el mundo natal de los insectores y destruir toda una especie consciente... Eso les parece bien.

Mazer se limitó a asentir sabiamente pero sin decir nada... Era su modo habitual de responder, que conservaba de sus días como entrenador de Ender.

—Así que se trata de algo más que hice —dijo Ender—. Sólo se me ocurren dos actos míos que podrían hacer que un hombre acabase ante el tribunal por haberme dejado cometerlos. Uno fue una pelea en la Escuela de Batalla. Un chico mayor me acorraló en el baño. Se jactaba de que iba a golpearme hasta que ya no fuese tan listo, y su pandilla lo acompañaba. Le avergoncé para que pelease únicamente él y luego le derribé de un solo golpe.

—Vaya —dijo Mazer.

—Bonzo Madrid. Bonito de Madrid. Creo que está muerto.

—¿Crees?

—Al día siguiente me sacaron de la Escuela de Batalla. Nunca más hablaron de él. Di por supuesto que eso significaba que le había hecho daño de verdad. Creo que está muerto. Por algo así te someten a un consejo de guerra, ¿no? Tienen que responder ante los padres de Bonzo por la muerte de su hijo.

—Un razonamiento muy interesante —dijo Mazer. Mazer decía eso independientemente de que sus suposiciones fuesen correctas o erróneas, así que Ender no intentó interpretarlo—. ¿Eso es todo? —preguntó Mazer.

—Hay gobiernos y políticos interesados en desacreditarme. Hay un movimiento para impedirme volver a la Tierra. Leo las redes, sé lo que dicen, que yo no seré más que un balón político, un blanco para asesinos o un activo que mi país empleará para conquistar el mundo, y tonterías similares. Así que creo que hay gente que pretende aprovechar el consejo de guerra de Graff para hacer públicos detalles sobre mí que normalmente se mantendrían en secreto. Detalles que me harán parecer un monstruo.

—Sabrás que creer que el consejo de guerra de Graff es, en realidad, el tuyo bordea la paranoia.

—Por lo que resulta todavía más adecuado que yo esté viviendo en el manicomio —dijo Ender.

—Eres consciente de que no puedo decirte nada —dijo Mazer.

—No tienes que hacerlo —dijo Ender—. También se me ocurre que hubo otro chico. Hace años, cuando yo era pequeño. Apenas era mayor que yo, pero le acompañaba una banda. Le convencí de que no dejara intervenir a la banda... convertí el asunto en algo personal, una lucha de uno contra uno. Igual que con Bonzo. Entonces yo no era bueno luchando. No sabía hacerlo. Sólo pude abalanzarme sobre él como un loco para hacerle tanto daño que jamás se atreviese a venir de nuevo por mí. Tuve que volverme loco de verdad para que los asustara lo loco que estaba. Así que creo que ese incidente también formará parte del consejo de guerra.

—Tu egocentrismo es en realidad muy tierno... realmente estás convencido de ser el centro del universo.

—El centro del consejo de guerra—corrigió Ender—. Va de mí o la gente no se tomaría tanto trabajo para evitar que conociese los detalles. La ausencia de información es en sí información.

—Sois unos chicos muy listos —subrayó Mazer, con el sarcasmo justo para hacer sonreír a Ender.

—Stilson también está muerto —añadió Ender. No era una pregunta.

—Ender, no todos contra los que te peleas acaban muertos. —Pero después de decir aquello vaciló brevemente. Y Ender lo supo seguro. Todos aquellos contra los que se había peleado, peleado de verdad, habían muerto. Bonzo. Stilson. Todos los insectores, todas las reinas, todas las larvas, todos los huevos o como fuese que se reprodujesen habían desaparecido.

—¿Sabes? —susurró Ender—, no dejo de pensar en ellos. Pienso que jamás tendrán hijos. En eso consiste estar vivo, ¿no? En tener la capacidad de reproducirse. Incluso la gente sin hijos no deja de fabricar continuamente nuevas células. Duplicándose. Pero en el caso de Bonzo y Stilson ya no es así. No llegaron a vivir lo suficiente para reproducirse. Arrancados de raíz para la posteridad. Para ellos, yo fui la naturaleza salvaje y cruel. Yo decidí que no eran los mejor adaptados.

Incluso mientras lo decía Ender sabía que estaba siendo injusto. Mazer tenía órdenes de no hablarle de tales cuestiones, y si sus suposiciones eran correctas ni siquiera podía confirmárselas. Pero si ponía fin a la conversación se las confirmaría, incluso lo haría si negaba la verdad. Ender prácticamente le estaba obligando a hablar.

—No hace falta que respondas —dijo Ender—. En realidad no estoy tan deprimido como parece. La verdad es que no me considero culpable.

Mazer parpadeó.

—No, no estoy loco —dijo Ender—. Lamento que murieran. Sé que soy responsable de la muerte de Stilson, Bonzo y de todos los insectores del universo. Pero no es culpa mía. No fui en busca de Stilson ni de Bonzo. Ellos vinieron por mí, con amenazas de causarme daño de verdad. Amenazas plausibles. Cuéntaselo en el consejo de guerra. O reproduce la grabación de esta conversación, que sin duda estás registrando. No tenía intención de matarlos, pero tenía intención de impedir que me hiciesen daño. Y la única forma de hacerlo era actuar brutalmente. Lamento que muriesen de sus heridas. Es algo que desharía si pudiese. Pero carecía de la habilidad para causarles el daño suficiente para impedir ataques futuros sin matarlos. O lo que sea que les hice. Si sufren daños cerebrales o están paralíticos haré lo que pueda por ellos, a menos que sus respectivas familias prefieran que me mantenga a distancia. No quiero causar más daño.

»Pero, y ésta es la cuestión, Mazer Rackham: yo sabía lo que hacía. Es ridículo que juzguen por ello a Hyrum Graff. Él no tenía ni idea de mi forma de pensar cuando me encontré con Stilson. Él no podía saber lo que iba a hacer. Sólo yo lo sabía. Y pretendía hacerle daño... pretendía hacerle daño de verdad. No es culpa de Graff. La culpa fue de Stilson. Si me hubiese dejado en paz... y yo le ofrecí todas las oportunidades de abandonar. Le rogué que me dejase en paz. De haberlo hecho, estaría vivo. Él decidió. No porque creyera que yo era más débil que él, no porque creyera que yo no podía protegerme de ser culpa suya. Decidió atacarme precisamente porque pensó que no habría consecuencias. Sólo que sí que las hubo.

Mazer se aclaró la garganta. Luego dijo:

—Ya es suficiente.

—En el caso de Bonzo, sin embargo, Graff se arriesgó terriblemente. ¿Y si Bonzo y sus amigos me hubiesen hecho daño? ¿Y si hubiese muerto o sufrido daños cerebrales o, simplemente, me hubiese vuelto tímido y temeroso? Hubiera perdido el arma que estaba forjando. Bean hubiese ganado la guerra aunque yo no hubiese estado presente, pero Graff no podía saberlo. Fue una apuesta arriesgada. Porque Graff sabía que si yo salía con vida del enfrentamiento contra Bonzo, victorioso, entonces creería en mí mismo, en mi capacidad para ganar en cualquier circunstancia. El juego no me ofrecía eso... no era más que un juego. Bonzo me demostró que en la vida real yo podía ganar. Siempre que comprendiese a mi enemigo. Tú sabes lo que eso significa, Mazer.

—Incluso si algo de lo que dices fuese cierto...

—Toma este vid y preséntalo como prueba. O, en el caso remoto de que nadie esté grabando esta conversación, testifica a su favor. Haz saber al consejo de guerra que Graff actuó adecuadamente. Sentí furia contra él por hacerlo de esa forma, y supongo que todavía sigo furioso. Pero de estar en su lugar yo hubiese hecho lo mismo. Formaba parte de ganar la guerra. En la guerra muere gente. Envías a los soldados al combate y sabes que algunos no volverán. Pero Graff no envió a Bonzo. Bonzo se ofreció voluntario para la misión que él mismo se había asignado: atacarme y hacernos saber a todos que no, que yo no me permitiría perder, jamás. Bonzo se ofreció voluntario. Igual que los insectores se ofrecieron voluntarios viniendo aquí e intentando exterminar a la especie humana. De habernos dejado en paz, no les hubiéramos hecho daño. El consejo de guerra debe comprenderlo. La Escuela de Batalla se diseñó para crearme a mí, lo que todo el mundo quería crear. No se puede culpar a Graff por afilar y dar forma al arma. El no la manejaba. Nadie lo hizo. Bonzo encontró un cuchillo y se cortó a sí mismo. Y es así como deben verlo.

—¿Has terminado? —preguntó Mazer.

—¿Por qué, se te acaba el espacio de grabación?

Mazer se puso en pie y se fue.

Cuando regresó, no dijo nada sobre la conversación. Pero Ender era libre de ir y venir como quisiera. Ya no intentarían ocultarle nada. Pudo leer la transcripción de la comparecencia de Graff.

Había acertado en todo.

Ender comprendió también que Graff no sería condenado por nada importante... no iría a la cárcel. El consejo de guerra era exclusivamente para perjudicar a Ender e impedir que América le utilizara como líder militar. Ender era un héroe, sí, pero ahora oficialmente era un niño que daba mucho miedo. El consejo de guerra apuntalaría esa imagen en la opinión pública. Era posible que la gente hubiese seguido al salvador de la especie humana. Pero ¿a un niño monstruo que mataba a otros niños? Era demasiado espantoso, aunque hubiese sido en defensa propia. El futuro político de Ender en la Tierra se había esfumado.

Ender se interesó por la respuesta del comentarista Demóstenes a las revelaciones durante el juicio. El famoso chauvinista americano llevaba meses —desde que quedó claro que Ender no regresaría a casa de inmediato— agitando en las redes para «traer el héroe a casa». Incluso mientras las muertes privadas de Ender eran utilizadas en el juicio contra Graff, Demóstenes siguió declarando, más de una vez, que Ender era «un arma que pertenece al pueblo americano».

Lo que prácticamente garantizaba que nadie de ninguna otra nación consentiría que esa arma llegase a manos americanas.

Al principio Ender pensó que Demóstenes debía ser un idiota integral, porque jugaba fatal su mano. Luego comprendió que podía estar haciéndolo a sabiendas, alentando a la oposición, porque lo último que Demóstenes quería era un rival para el liderazgo político americano.

¿Era así de sutil? Ender examinó sus ensayos —¿qué otra cosa podía hacer?— y detectó un patrón de autoderrota. Demóstenes era elocuente, pero siempre se pasaba un poco. Lo suficiente para dar alas a la oposición, tanto en América como fuera de ella; desacreditando con cada argumento a su propio bando.

¿Deliberadamente?

Probablemente no. Ender conocía la historia de los líderes... sobre todo del Demóstenes original. La elocuencia no implicaba inteligencia o análisis profundo. Los verdaderos creyentes en una causa a menudo se comportaban de una forma perjudicial para sí mismos, porque esperaban que los demás comprendiesen el acierto de su causa si la exponían con la suficiente claridad. Como resultado, revelaban siempre su mano y no podían comprender por qué los demás se aliaban contra ellos.

Ender había visto las discusiones desarrollarse en las redes, había observado la formación de equipos, había visto cómo los «moderados», dirigidos por Locke, acababan beneficiándose de las provocaciones de Demóstenes.

Y mientras Demóstenes seguía apoyando a Ender, era en realidad quien más lo perjudicaba. Para todos los que temían el movimiento de Demóstenes —o sea, todo el mundo menos América—, Ender no sería un héroe, sería un monstruo. ¿Traerle a casa para dirigir una nueva destrucción imperialista? ¿Dejar que se convirtiera en el Alejandro, el Gengis Khan, el Adolf Hitler americano, que conquistara el mundo o lo obligara a unirse en una guerra brutal contra él?

Por suerte, Ender no quería ser un conquistador. Así que no iba a dolerle no tener la oportunidad de intentar serlo.

Aun así, le habría encantado tener la oportunidad de explicarle la situación a Demóstenes. Aunque el tipo jamás habría aceptado estar a solas en una sala con el héroe asesino.

* * *

Mazer nunca habló con Ender sobre el consejo de guerra, pero podían hablar de Graff.

—Hyrum Graff es un burócrata consumado —le contó Mazer—. Siempre va diez pasos por delante de los demás. En realidad no importa el cargo que ocupe. Se aprovecha de todo el mundo, superiores o subordinados, e incluso de desconocidos a los que nunca ha visto, para lograr lo que considera necesario para la especie humana.

—Me alegro de que decidiese usar ese poder suyo para hacer el bien.

—No estoy seguro de que sea así —dijo Mazer—. Lo emplea para lo que él cree que es bueno. Pero no tengo claro que se le dé especialmente bien determinar qué es lo «bueno».

—Creo que en clase de filosofía al final decidimos que «bueno» es un término recursivo hasta el infinito: sólo se puede definir en cuanto a sí mismo. Lo bueno es bueno porque es mejor que malo, aunque por qué es mejor ser bueno que malo dependa de cómo definas bueno, y así sucesivamente.

—Las cosas que la flota moderna enseña a sus almirantes.

—Tú también eres almirante, y mira dónde has acabado.

—Como tutor de un mocoso irritante que salva a la especie humana pero no hace sus tareas.

—En ocasiones me gustaría ser irritante —dijo Ender—. Sueño con ello... con desafiar a la autoridad. Pero incluso cuando tomo la decisión no puedo librarme de la responsabilidad. La gente cuenta conmigo... eso es lo que me controla.

—Entonces, ¿no tienes más ambición que el deber? —preguntó Mazer.

—Y ahora no tengo ninguno —dijo Ender—. Así que envidio al coronel... al señor Graff. Todos esos planes, todos esos propósitos... Me pregunto qué planea para mí.

—¿Estás seguro? —preguntó Mazer—. Me refiero a que tenga planes para ti.

—Quizá no —dijo Ender—. Trabajó duramente para afilar esta arma. Pero ahora que ya no volverá a hacer falta, quizá pueda dejarme tirado, para que me oxide, y no vuelva a pensar en mí.

—Quizá —dijo Mazer—. Es algo que debemos tener en cuenta. Graff no es... agradable.

—A menos que le haga falta serlo.

—A menos que le haga falta parecerlo —corrigió Mazer—. No le importa mentir descaradamente para hacerte creer que quieres hacer lo que él quiere que hagas.

—¿Así fue como te trajo durante la guerra para ser mi instructor?

—Oh, sí—dijo Mazer suspirando.

—¿Ahora vuelves a casa? —preguntó Ender—. Sé que tienes familia.

—Bisnietos —dijo Mazer—. Y tataranietos. Mis nietos me dicen que mi esposa ha muerto, y el único hijo que sobrevive está senil. Lo dicen sin darle mayor importancia, porque han aceptado que su padre o su tío ha tenido una vida plena y es muy viejo. Pero ¿cómo debo aceptarlo yo? No conozco a ninguno de ellos.

—Que te reciban como a un héroe no bastará para compensar el haber perdido cincuenta años, ¿eso quieres decir? —preguntó Ender.

—Una bienvenida de héroe —musitó Mazer—. ¿Sabes en qué consiste una bienvenida de héroe? Todavía no han decidido si me procesan con Graff. Creo que probablemente lo harán.

—Por tanto, si te acusan como a Graff —dijo Ender—, entonces serás absuelto como él.

—¿Absuelto? —dijo Mazer con pesar—. No nos encarcelarán ni nada de eso. Pero recibiremos una reprimenda. Añadirán una amonestación a nuestro expediente. Y a Graff probablemente lo echen. Los que decidieron que se celebrara un consejo de guerra no pueden quedar como unos tontos. El resultado debe ser que esas personas tenían razón.

Ender suspiró.

—Por tanto, para no herir su orgullo, los dos os lleváis una bofetada. Y es posible que Graff pierda su carrera.

Mazer se rió.

—En realidad no estará tan mal. Mi expediente ya estaba lleno de amonestaciones antes de derrotar a los insectores en la Segunda Guerra Insectora. Mi carrera se forjó a base de amonestaciones y reprimendas. ¿Y Graff? El Ejército jamás ha sido su vocación. No era más que una forma de acceder a la influencia y el poder que precisaba para llevar a cabo sus planes. Ahora ya no necesita al Ejército para nada, así que está dispuesto a que le echen.

Ender asintió, riendo.

—Apuesto a que tienes razón. Seguro que Graff ya está planeando alguna forma de explotar su situación. Se aprovechará de la culpabilidad que sentirán los que se beneficien de echarle para conseguir lo que quiere. Un premio de consolación que resultará ser su objetivo real.

—Bien, no pueden darle una medalla por lo mismo por lo que le sometieron a un consejo de guerra —soltó Mazer.

—Le darán un proyecto de colonización —vaticinó Ender.

—Oh, no sé si la culpa da para tanto —dijo Mazer—. Harían falta miles de millones de dólares para equipar y reacondicionar la flota con objeto de convertirla en un conjunto de naves de colonización, y nada garantiza que en la Tierra alguien se ofrezca voluntario para irse definitivamente. Menos aún para tripular las naves.

—Tendrán que hacer algo con esta flota inmensa y todo su personal. Las naves tendrán que ir a algún sitio. Y están todos esos soldados de la F.I. supervivientes en todos los mundos conquistados. Creo que Graff conseguirá sus colonias. No enviaremos naves para traerlos de regreso, enviaremos nuevos colonos para hacerles compañía.

—Veo que dominas todos los planteamientos de Graff.

—Tú también —dijo Ender—. Y apuesto a que irás con ellos.

—¿Yo? Soy demasiado viejo para ser colono.

—Pilotarás una nave —dijo Ender—. Una nave colonizadora. Volverás a partir. Porque ya lo has hecho antes. ¿Por qué no hacerlo una vez más? Un viaje a la velocidad de la luz, conduciendo la nave a uno de los antiguos planetas insectores.

—Quizá.

—Después de haber perdido a todo el mundo, ¿qué te queda por perder? —preguntó Ender—. Y crees en la misión de Graff. Ése ha sido siempre su plan, ¿no es así? Propagar la especie

humana más allá de los confines del Sistema Solar para que no esté sometida al destino de un único planeta. Propagarnos entre las estrellas hasta donde podamos llegar, para que como especie nos volvamos indestructibles. Es la gran causa de Graff. Y tú también crees que vale la pena.

—Nunca he dicho nada sobre ese tema.

—Cuando se comenta, tú no adoptas esa expresión de estar chupando un limón.

—Oh, ahora crees que puedes leer mis expresiones faciales. Soy maorí, no manifiesto nada.

—Eres medio maorí y llevo meses estudiándote.

—No me puedes leer la mente. Incluso aunque te engañes pensando que puedes leer mi rostro.

—El proyecto de colonización es la única cosa pendiente en el espacio que vale la pena realizar.

—No me han pedido que pilote nada —dijo Mazer—. Sabes que soy demasiado viejo para pilotar.

—No serás piloto, sino comandante de una nave.

—Tengo suerte de que me dejen apuntar por mi cuenta cuando voy a mear—dijo Mazer—. No confían en mí. Por eso me someterán a un consejo de guerra.

—Cuando termine —dijo Ender—, tú serás para ellos tan inútil como lo soy yo. Tendrán que enviarte a un lugar tan lejano que la F.I. vuelva a ser segura para los burócratas.

Mazer apartó la vista y esperó, pero su postura le indicó a Ender que estaba a punto de decir algo importante.

—Ender, ¿qué hay de ti? —preguntó por fin Mazer—. ¿Irías tú?

—¿A una colonia? —Ender se rió—. Tengo trece años. ¿De qué serviría yo en una colonia? ¿Como granjero? Conoces mis habilidades. Son inútiles en una colonia.

Mazer soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—Oh, a mí sí que me enviarías, pero tú no estás dispuesto a ir.

—Yo no envío a nadie —dijo Ender—. Y menos a mí.

—Tendrás que dedicar tu vida a algo —dijo Mazer.

Y allí estaba: el reconocimiento tácito de que Ender no iba a volver a casa. Que no viviría una vida normal en la Tierra.

* * *

Uno a uno, los otros chicos recibieron sus órdenes y se despidieron antes de irse. Era cada vez más incómodo despedirse porque Ender se encontraba progresivamente más apartado. No se relacionaba con ellos. Si por casualidad participaba en una conversación, no lo hacía durante mucho tiempo y realmente jamás se implicaba.

No era una elección deliberada, simplemente no le interesaba hacer lo que los demás estuviesen haciendo o hablar sobre lo que les interesaba. Estaban ocupados con sus estudios, con el regreso a la Tierra. Con lo que harían. Les preocupaba cómo encontrar una forma de volver a

reunirse después de pasar una temporada en casa, cuánto dinero recibirían de los militares como indemnización, la carrera que podrían escoger, cómo habría cambiado su familia.

Nada de eso le pasaría a Ender. No podía fingir lo contrario, o que tenía futuro. Y menos aún podía hablar de lo que realmente le inquietaba. No le habrían comprendido.

Él mismo no lo comprendía. Había logrado desprenderse de todo lo demás, de todo aquello en lo que se había concentrado a fondo durante tanto tiempo. ¿Tácticas militares? ¿Estrategia? Ya ni siquiera le interesaban. ¿Formas en las que podría haber impedido enfrentarse a Bonzo o Stilson? Aquello le producía emociones muy intensas, pero no tenía ninguna idea racional, así que no malgastaba el tiempo pensando en ello. Se olvidó, de la misma forma que olvidó su profundo conocimiento de todos los integrantes de su jeesh, su pequeño ejército de niños geniales a los que había guiado durante un entrenamiento que había resultado ser una guerra.

En su momento, conocer y comprender a esos chicos había sido parte de su trabajo, algo esencial para la victoria. Durante esa época los había acabado considerando sus amigos. Pero nunca había sido uno de ellos; su relación era demasiado asimétrica. Los había amado para poder conocerlos, y los había conocido para poder utilizarlos. Ya no le servían de nada... no era elección suya, simplemente ya no había nada que lograr manteniendo unido a ese grupo. Como grupo no existían. Eran simplemente unos chicos que habían superado juntos una acampada larga y difícil. Así era como Ender lo veía. Habían cooperado para regresar a la civilización, pero ahora todos volverían a casa, con su familia. Ya no estaban unidos. Excepto en el recuerdo.

Así que Ender se alejó de ellos. Incluso de los que seguían allí. Vio cómo les dolía —a los que habían querido ser algo más que simples colegas— cuando no dejó que las cosas cambiaran, cuando no les hizo partícipes de lo que pensaba. No podía explicarles que no los mantenía apartados, que simplemente no había forma de que pudiesen comprender lo que ocupaba su mente cuando no se veía obligado a pensar en otra cosa: las reinas de la colmena.

Lo que habían hecho los insectores no tenía sentido. No eran estúpidos. Sin embargo, habían cometido el error estratégico de agrupar a todas sus reinas (no a «sus» reinas, ellos eran las reinas, las reinas eran los insectores), se habían congregado todos ellos en su planeta natal, donde Ender, usando el Ingenio D.M. podía erradicarlos por completo. Como fue de hecho.

Mazer le había explicado que las reinas colmena hubiesen podido reunirse en el planeta natal años antes de saber que la flota humana poseía el Ingenio D.M. Sabían, debido a la forma en que Mazer había derrotado su expedición al sistema estelar de la Tierra, que su gran debilidad era que, si encontrabas a la reina colmena y la matabas, acababas con todo el ejército. Así que se retiraron de todas las posiciones avanzadas y reunieron a las reinas colmena en su mundo natal, y luego protegieron ese mundo con todo lo que tenían.

Sí, sí. Ender comprendía eso.

Pero Ender había empleado el Ingenio D.M. al principio de la invasión de los mundos insectores, para destruir una formación de naves. Las reinas colmena comprendieron de inmediato el potencial del arma y jamás permitieron que las naves se acercasen lo suficiente entre sí como para que el Ingenio D.M. pudiese iniciar una reacción autosostenida.

Por tanto: una vez que supieron que el arma existía y que los humanos estaban dispuestos a usarla, ¿por qué se quedaron en un único planeta? Debían saber que la flota humana se acercaba. Mientras Ender ganaba una batalla tras otra, debieron comprender que la derrota era una posibilidad. Hubiese sido fácil subir a las naves estelares y dispersarse lejos de su mundo natal. Antes del comienzo de la última batalla hubiesen podido estar lejos del alcance del Ingenio D.M.

Tendrían que haberlos cazado nave a nave, reina a reina. Sus planetas todavía estarían habitados por insectores y tendrían que haberse enfrentado en un sangriento conflicto en cada mundo, mientras ellos construían nuevas naves y enviaban nuevas flotas contra nosotros.

Pero se habían quedado. Y habían muerto.

¿Fue por miedo? Quizá. Pero Ender no lo creía. Las reinas colmena se habían criado para la guerra. Y todas las elucubraciones de los científicos que habían estudiado la anatomía y la estructura molecular de los cadáveres que habían quedado después de la Segunda Guerra contra los insectores llegaban a la misma conclusión: los insectores habían sido creados más que nada para luchar y matar. Lo que daba a entender que habían evolucionado en un mundo donde la lucha era necesaria.

La mejor suposición (al menos la que Ender consideraba que tenía más sentido) era que no luchaban contra especies depredadoras de su mundo natal. Al igual que los humanos, seguramente se habían apresurado a eliminar cualquier depredador realmente amenazador. No, habían evolucionado para luchar entre sí. Reinas luchando contra reinas, lanzando vastos ejércitos de insectores y desarrollando armas y herramientas para ellos, cada una intentando ser la reina dominante... o la única superviviente.

Pero de alguna forma habían superado esa fase. Habían dejado de pelear entre sí.

¿Fue antes de desarrollar el viaje espacial y colonizar otros mundos? ¿O fue una reina en concreto la que desarrolló naves cercanas a la velocidad de la luz y creó colonias para luego servirse del poder logrado para aplastar a las otras?

Daba igual. Seguramente sus propias hijas se habrían rebelado contra ella, y así sucesivamente, cada nueva generación intentando destruir a la anterior. Al menos así era como se comportaban las colmenas de la Tierra: había que expulsar o matar a la reina rival. Sólo se les permitía quedarse a las obreras, que no se reproducían, porque no eran rivales sino servidoras.

Era como el sistema inmunológico de un organismo. Cada reina colmena debía asegurarse de que la comida producida por sus obreros sólo se empleaba para alimentar a sus obreros, sus hijos, sus compañeros, y alimentarla a ella. Así que cualquier insector, ya fuese reina u obrero, que intentase infiltrarse en el territorio y utilizar sus recursos debía ser expulsado o eliminado.

Sin embargo, habían dejado de pelear entre sí y cooperaban.

Si las enemigas implacables que habían impulsado su evolución mutuamente hasta convertirse en los seres conscientes e inteligentes que eran habían podido cooperar entre sí, ¿por qué entonces no habían podido hacerlo con nosotros los humanos? ¿Por qué no habían intentado comunicarse con nosotros y llegar a un acuerdo, como habían hecho con las otras? Para dividirnos la galaxia tal vez, para vivir y dejar vivir.

Ender sabía que, si en cualquiera de las batallas hubiese apreciado algún intento de comunicación, habría sabido de inmediato que no se trataba de un juego. Los profesores no tenían ninguna razón para simular un intento de parlamentar. No consideraban que ésa fuese tarea de Ender: no lo iban a entrenar para eso. De haberse producido algún intento de comunicación, con toda seguridad los adultos habrían detenido a Ender de inmediato, fingiendo que el «ejercicio» había terminado, y se habrían ocupado ellos del asunto.

Pero las reinas colmena no intentaron comunicarse. Tampoco intentaron salvarse empleando la estrategia evidente de la dispersión. Se habían quedado donde estaban, esperando la llegada de Ender. Y a continuación Ender había ganado de la única forma posible: con una fuerza devastadora.

Así era como Ender luchaba siempre. Se aseguraba de que ya no habría más enfrentamientos. Empleaba la victoria para garantizar el fin del peligro.

Incluso de haber sabido que la guerra era real habría intentado hacer exactamente lo que hizo.

¿Por qué decidisteis dejar que os matase?

Su mente racional le presentó todas las demás posibilidades... incluida la opción de que quizás en realidad fuesen bastante estúpidas. O quizá tuviesen tan poca experiencia en la gestión de una sociedad de iguales que fuesen incapaces de consensuar una decisión racional. O, o, o, o, una y otra vez cuando repasaba posibles explicaciones.

Ahora Ender, cuando no estaba realizando las tareas escolares que alguien —¿seguía siendo Graff o eran los rivales de Graff?— no dejaba de asignarle, estudiaba los informes de los soldados que en su momento había capitaneado sin saberlo. Ahora los humanos caminaban por todas las colonias insectoras. Y todos los equipos de exploración decían lo mismo: todos los insectores estaban muertos y se pudrían, y habían dejado grandes fábricas y granjas listas para su uso. Los soldados, convertidos en exploradores, siempre estaban preparados para la posibilidad de una emboscada, pero a medida que fueron pasando los meses y no se produjo ningún ataque, sus informes fueron llenándose de detalles acerca de lo que descubrían los xenobiólogos que los habían acompañado: «No sólo podemos respirar el aire de todos los mundos insectores, además podemos consumir la mayoría de su comida.»

Y, por tanto, cada uno de los planetas insectores se convirtió en una colonia humana, donde los soldados se instalaban para vivir entre las reliquias de sus enemigos. No había mujeres suficientes, pero empezaban a desarrollar patrones sociales que maximizarían la reproducción y evitarían la presencia de grandes grupos de hombres sin esperanza de aparearse. Tras una o dos generaciones, si los bebés nacían en la proporción habitual, mitad niños y mitad niñas, podría recuperarse el patrón habitual humano de la monogamia.

Pero Ender sólo sentía un interés marginal por lo que los humanos estuviesen haciendo en los nuevos mundos. Lo que él estudiaba eran los artefactos insectores. Los patrones de los asentamientos insectores. Los túneles que en su momento habían sido el territorio de reproducción de las reinas colmena, repletos de larvas con dientes tan duros que podían atravesar la roca, perforando más y más túneles. Las granjas estaban en la superficie, pero descendían al subsuelo para reproducirse y criar a los jóvenes, y los jóvenes eran tan letales y potentes como los adultos. Mordiendo la roca... los exploradores encontraron cuerpos de larvas descomponiéndose con rapidez pero que podían ser fotografiados, diseccionados, examinados.

—Así que a esto dedicas el día —dijo Petra—. A mirar fotografías de túneles insectores. ¿Se trata de un caso de regreso al útero?

Ender sonrió y dejó a un lado las fotografías que había estado examinando.

—Pensaba que ya habías regresado a Armenia.

—No lo haré hasta que no sepa cómo termina este estúpido consejo de guerra —afirmó—. No hasta que el gobierno armenio esté preparado para recibirme con honores. Lo que implica que debe decidir si me quieren.

—Claro que te quieren.

—No saben lo que quieren. Son políticos. ¿Los beneficia mi regreso? ¿Mantenerme aquí arriba es peor que dejarme volver a casa? Es muy, muy duro cuando no tienes convicciones para permanecer en el poder y sólo te queda el ansia. ¿No te alegra que no participemos en política?

Ender suspiró.

—É. Nunca volveré a tener un cargo. Comandar la escuadra Dragón fue demasiado para mí, y no era más que un juego infantil.

—Eso es lo que no dejo de decirles. No quiero el puesto de nadie. No voy a apoyar políticamente a nadie. Quiero vivir con mi familia y ver si me recuerdan. Y viceversa.

—Te querrán —dijo Ender.

—¿Y lo sabes por...?

—Porque yo te quiero.

Ella le miró consternada.

—¿Cómo podría responder a un comentario de ese estilo?

—Oh. ¿Qué se suponía que debía decir?

—Ni idea. ¿Ahora se supone que debo escribirte el guión?

—Vale—dijo Ender—. ¿Debería haber bromeado? «Te querrán porque alguien tiene que quererte y está claro que no es nadie de aquí arriba.» O haber recurrido a un insulto étnico: «Te querrán porque, vamos, son armenios y tú eres mujer.»

—¿Qué significa eso?

—Lo aprendí de un azerí con el que hablé durante aquel lío del día de Sinterklaas, allá en la Escuela de Batalla. Por lo visto la idea es que los armenios saben que son los únicos que creen que las mujeres armenias... no te tengo que explicar los insultos étnicos, Petra. Son completamente intercambiables.

—¿Cuándo te dejarán volver a casa? —preguntó Petra.

En lugar de esquivar la pregunta o contestar cualquier tontería, Ender, por una vez, respondió sinceramente.

—Creo que eso no pasará nunca.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que ese estúpido consejo de guerra acabará condenándote a ti?

—Es a mí a quien juzgan, ¿no?

—De ninguna forma.

—Sólo porque soy un niño y, por tanto, no soy responsable. Pero la cuestión es que va de que soy un monstruito malvado.

—No es así.

—He visto los titulares en la redes, Petra. Lo que el mundo ve es que el salvador del mundo tiene un problemilla... Mata niños.

—Te defendiste de unos matones. Todos lo comprenden.

—Excepto los que dejan comentarios diciendo que soy un criminal de guerra todavía peor que Hitler o Pol Pot. Un asesino de masas. ¿Qué te hace pensar que yo quiero volver a casa y enfrentarme a esa situación?

Petra había dejado de bromear. Se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Ender, tienes familia.

—Tenía.

—¡Oh, no digas eso! Tienes familia. La familia sigue amando a sus hijos aunque hayan estado fuera ocho años.

—Yo sólo he estado fuera siete. Casi. Sí, sé que me aman. Al menos, algunos de ellos. Aman lo que yo era. Un niño mono de seis años. Seguro que no podían evitar abrazarme. Es decir, cuando no estaba matando a otros niños.

—Entonces, ¿de ahí tu obsesión con el porno insector?

—¿Porno?

—Tu forma de estudiarlo es... la clásica adicción. Tienes que conseguir cada vez más. Fotos explícitas de cuerpos de larvas en descomposición. Tomas de autopsias. Muestras de su estructura molecular. Ender, se han ido, y tú no los mataste. O, si lo hiciste, entonces lo hicimos nosotros. Pero no lo hicimos. ¡Jugamos a un juego! Nos entrenaban para la guerra y eso era todo.

—¿Y si realmente no hubiese sido más que un juego? —preguntó Ender—. ¿Y si luego nos hubiesen asignado a la flota, una vez graduados, y realmente hubiésemos pilotado esas naves o comandado esos escuadrones? ¿Lo habríamos hecho de verdad?

—Sí—dijo Petra—. Pero no lo hicimos. No sucedió.

—Sucedió. Han desaparecido.

—Bien, estudiar la estructura de sus cuerpos y la bioquímica de sus células no va a hacer que resuciten.

—No intento resucitarlos —dijo Ender—. Eso sería Una pesadilla.

—No, intentas convencerte de que mereces los embustes que dicen sobre ti en el consejo de guerra, porque si es así, entonces no mereces regresar a la Tierra.

Ender negó con la cabeza.

—Quiero volver a casa, Petra, incluso si no puedo quedarme. Y no tengo sentimientos encontrados sobre la guerra. Me alegro de que luchásemos, me alegro de que ganásemos y de que haya pasado ya.

—Pero te mantienes alejado de todos. Lo comprendíamos, o te compadecíamos, o fingíamos compadecerte. Pero te has mantenido a distancia. En cuanto uno de nosotros viene a charlar dejas de inmediato lo que estés haciendo, pero es un acto de hostilidad.

Vaya una ridiculez.

—¡Es pura cortesía!

—Nunca dices «un momento». Simplemente lo dejas todo. Es tan... evidente. El mensaje es: «Estoy muy ocupado, pero todavía te considero responsabilidad mía, así que dejaré lo que sea que esté haciendo porque tú precisas de mi tiempo.»

—Caramba —dijo Ender—. Sí que comprendes muchas cosas sobre mí. Eres tan lista, Petra. Una chica como tú... podría irle muy bien en la Escuela de Batalla.

—Vaya, eso sí que ha sido una verdadera respuesta.

—No tanto como lo que he dicho antes.

—¿Que me quieres, dices? No eres mi terapeuta, Ender. Ni mi sacerdote. No me mimes, no me digas lo que crees que quiero oír.

—Tienes razón —dijo Ender—. No debería dejarlo todo cuando mis amigos se pasan por aquí. —Recogió los papeles.

—Deja eso ahora mismo.

—Oh, ahora está bien que lo deje porque me lo has pedido con descortesía.

—Ender—dijo Petra—, todos volvimos de la guerra. Tú no. Tú sigues allí, todavía luchando contra... algo. Hablamos continuamente de ti. Nos preguntamos por qué no recurras a nosotros. Tenemos la esperanza de que haya alguien con quien hables.

—Hablo con todo el mundo. Soy un parlanchín.

—Te rodea un muro de piedra y esas palabras que acabas de pronunciar son algunos de los ladrillos.

—¿Ladrillos en un muro de piedra?

—¡Vaya, me prestas atención! —dijo Petra triunfante—. Ender, no intento violar tu intimidad. Guárdatelo todo. Lo que sea.

—No me guardo nada —dijo Ender—. No tengo secretos. Toda mi vida se encuentra en las redes. Ahora pertenece a la especie humana, y la verdad es que no me preocupa demasiado. Es como si no viviese en mi cuerpo, sólo en mi mente. Simplemente intento dar respuesta a una pregunta que se niega a dejarme en paz.

—¿Qué pregunta?

—La pregunta que no dejo de plantear a las reinas colmena y que nunca responden.

—¿Qué pregunta?

—No dejo de preguntarles: «¿Por qué moristeis?»

Petra le examinó la cara buscando... ¿qué? ¿Una indicación de que no estaba bromeando?

—Ender, murieron porque...

—¿Por qué siguieron en ese planeta? ¿Por qué no estaban en sus naves, alejándose a toda velocidad? Decidieron quedarse, sabiendo que teníamos esa arma, sabiendo lo que podía hacer y cómo funcionaba; se quedaron para plantar batalla, esperaron nuestra llegada.

—Lucharon todo lo que pudieron. No querían morir, Ender. No se suicidaron empleando a los soldados humanos.

—Sabían que las habíamos derrotado una y otra vez. Tenían que pensar que era al menos posible que volviese a pasar. Y aun así, se quedaron.

—Bien, se quedaron.

—No es que tuviesen que demostrar su lealtad o su valor ante la tropa de a pie. Los obreros y los soldados eran como miembros de sus cuerpos. Hubiera sido como decir: «Debo hacerlo porque quiero que mis manos sepan lo valiente que soy.»

—Veo que lo has pensado mucho. Ideas obsesivas que bordean la locura. Pero lo que te haga feliz... Eres feliz, ¿sabes? La gente de Eros no deja de comentar... lo feliz que parece siempre el chico Wiggin. Pero tienes que dejar de silbar. Vuelves loca a la gente.

—Petra, ya he realizado la tarea de mi vida. No creo que me dejen regresar a la Tierra, ni siquiera de visita. Odio esa idea, me enfurece, pero también lo comprendo. Y en cierta forma me parece bien. He tenido toda la responsabilidad que hubiese podido querer. He terminado.

Me he retirado. No tengo más obligaciones con nadie. Así que ahora debo pensar en lo que me inquieta. En el problema que debo resolver.

Le pasó las fotos sobre la mesa de la biblioteca.

—¿Quién es esta gente? —preguntó.

Petra miró las fotografías de larvas y obreros muertos de los insectores y dijo:

—No son gente, Ender. Son insectores. Y han desaparecido.

—Durante años he dedicado toda mi mente a comprenderlos, Petra. A conocerlos mejor de lo que conozco a cualquier ser humano. A amarlos. Para poder usar ese conocimiento con el fin de derrotarlos y destruirlos. Ahora han sido destruidos, pero eso no significa que pueda dejar de prestarles atención.

El rostro de Petra se iluminó.

—¡Al fin lo entiendo!

—¿Qué entiendes?

—Por qué eres tan raro, Ender Wiggin, señor. No eres ninguna rareza.

—Si crees que no soy raro, Petra, eso demuestra que no me comprendes en absoluto.

—Los demás luchamos en la guerra, la ganamos y volvemos a casa. Pero tú, Ender, tú estabas casado con los insectores. Cuando acabó la guerra te quedaste viudo.

Ender suspiró y apartó la silla de la mesa.

—No es una broma —dijo Petra—. Es igual que cuando murió mi bisabuelo. La bisabuela siempre había cuidado de él. Era patético ver que él no paraba de darle órdenes y ella hacía todo lo que le pedía. Mi madre me decía: «Nunca te cases con un hombre que te trate así.» Pero cuando se murió, una habría dicho que la bisabuela se sentiría liberada. ¡Al fin libre! Pero no fue así. Quedó como perdida. No dejaba de buscarle. No dejaba de hablar de las cosas que hacía para él. «No puedo hacer esto, no puedo hacer aquello, a Babo no le gustaría...» Hasta que mi abuelo, su hijo, le dijo: «Se ha ido.»

—Sé que los insectores han desaparecido, Petra.

—Y también la bisabuela lo sabía. Dijo: «Lo sé. Simplemente no consigo comprender por qué no he desaparecido yo también.»

Ender se dio una palmada en la frente.

—Gracias, doctora, al fin has sacado a la luz mis motivaciones más ocultas y ahora podré seguir con mi vida.

Petra pasó del sarcasmo.

—Murieron sin darte respuestas. Es por eso que apenas percibes lo que sucede a tu alrededor. Es por eso que no puedes comportarte como un amigo con nadie. Es por eso que incluso parece no importarte que haya gente en la Tierra impidiendo que puedas regresar a casa. Tú logras la victoria y ellos pretenden exiliarte para siempre, y a ti «o te importa porque sólo puedes pensar en tus insectores perdidos. Son tu esposa muerta y no puedes dejarlos marchar.

—No fue un gran matrimonio —dijo Ender.

—Sigues enamorado.

—Petra, no me va el romance entre especies.

—Tú mismo lo has dicho. Tenías que amarlos para derrotarlos. No hace falta que me des la razón ahora. Lo comprenderás más tarde. Te despertarás cubierto de sudor frío y gritarás: «¡Eureka! ¡Petra tenía razón!» Así podrás ponerte a luchar por el regreso al planeta que salvaste. Podrás volver a preocuparte por algo.

—Me preocupo por ti, Petra —dijo Ender. Lo que no dijo fue que ya se preocupaba por comprender a las reinas colmena, pero que ella no lo tenía en cuenta porque no lo comprendía.

Ella negó con la cabeza.

—No consigo atravesar el muro —dijo—. Pero me ha parecido que al menos valdría la pena intentarlo. No puedes permitir que esas reinas colmena marquen el resto de tu vida. Debes permitir que mueran y seguir adelante.

Ender sonrió.

—Espero que en tu hogar encuentres la felicidad, Petra. Y el amor. Y espero que tengas los hijos que desees y una buena vida llena de sentido y de logros. Eres muy ambiciosa... y creo que lo conseguirás todo: el amor verdadero, la vida familiar y los grandes logros.

Petra se puso de pie.

—¿Qué te hace pensar que quiero hijos? —dijo.

—Te conozco —afirmó Ender.

—Crees conocerme.

—¿De la misma forma que tú crees conocerme a mí?

—Yo no soy una niña enferma de amor —dijo Petra—, y si lo estuviese no sería de ti.

—Ah, así que te molesta que alguien crea conocer tus motivaciones más profundas.

—Me molesta que seas un tonto tan redomado.

—Bien, me ha alegrado usted estupendamente bien, señorita Arkanian. Los tontos agradecemos que la gente fina de la gran mansión venga a visitarnos.

La voz de Petra estaba cargada de furia y desafío cuando descargó su disparo de despedida.

—Bien, la verdad es que te quiero y me preocupo por ti, Ender Wiggin —dicho esto, se volvió y se fue.

—Y yo te quiero y me preocupo por ti, ¡sólo que no me has creído cuando lo he dicho!

En la puerta, la joven se volvió a mirarle.

—Ender Wiggin, yo no estaba siendo sarcástica y paternalista cuando lo he dicho.

—¡Yo tampoco!

Pero ya se había ido.

—A lo mejor intento estudiar una especie alienígena equivocada —murmuró.

Miró la pantalla de la mesa. La imagen seguía en movimiento, aunque sin sonido, mostrando fragmentos del testimonio de Mazer. Se le veía tan frío, tan altivo, era como si despreciase toda la situación. Cuando le preguntaron por la violencia de Ender, y si había dificultado su entrenamiento, Mazer se giró para mirar a los jueces y dijo:

—Lo siento. Si no lo he entendido mal, esto es un consejo de guerra, ¿no? ¿No somos todos los presentes soldados adiestrados para cometer actos violentos?

El juez descargó la maza y le reprendió, pero ya había dicho lo que quería. Los militares existían para la violencia... una forma de violencia controlada, dirigida contra los blancos apropiados. Sin tener que emitir ni una sola palabra sobre Ender, Mazer había dejado claro que la violencia no era un impedimento, era de lo que se trataba.

Hizo que Ender se sintiese mejor. Podía desconectar el enlace de noticias y volver al trabajo.

Se levantó para llegar al otro lado de la mesa y recoger las fotos que Petra había movido. El rostro de un insector granjero muerto en uno de los planetas lejanos le devolvió la mirada, con el torso abierto y los órganos dispuestos ordenadamente alrededor del cadáver.

No puedo creer que os rindiéis, dijo Ender en silencio a la imagen. No puedo creer que toda una especie perdiese la voluntad de vivir. ¿Por qué dejasteis que os matase?

—No descansaré hasta conocerlos —susurró.

Pero se habían ido. Por tanto, nunca jamás podría descansar.

Capítulo 3

Para: mazerrackham%inexistente@inimaginable.com/imaginario.heroes

De: hgraff%educadmin@ComFI.gob

[Protocolo de autodestrucción]

Asunto: ¿Qué tal un viajecito?

Estimado Mazer:

Sé tan bien como todos que estuviste a punto de negarte a volver a casa después de tu último viaje, y por supuesto no voy a permitir que ahora te envíen a algún otro lugar. Pero te arriesgaste demasiado testificando a mi favor (o a favor de Ender; o a favor de la justicia y la verdad; no pretendo suponer que conozco tus motivos) y estás en el punto de mira. Creo que la mejor forma de que te vean menos, y por tanto de que sea menos probable que se metan contigo, es hacer público que serás el comandante de cierta nave de colonización. La que llevará a Ender a un lugar seguro.

Una vez que pasen por completo de ti porque supondrán que partes en un viaje de cuarenta años, será muy fácil reasignarte en el último momento a otra nave que no parta hasta más tarde. Sin publicidad en esa ocasión. Simplemente resultará que no te vas.

En cuanto a Ender, le contaremos la verdad en todo momento. No necesita ni se merece más sorpresas. Pero tampoco necesita que le protejamos. Creo que lo ha demostrado más de una vez.

HYRUM

PS: Muy bonito por tu parte emplear tu verdadero nombre como identidad secreta en inimaginable.com. Quién hubiera dicho que tenías sentido del humor.

Padre y madre no estaban en casa. Mal asunto, porque implicaba que, si le daba la gana, Peter podía ponerse todo lo furioso que quisiera, y parecía que las cosas iban por ese derrotero.

—No puedo creer que me haya dejado enredar —dijo Peter.

—¿Enredarte en qué?

—En hacer que Locke y Demóstenes hagan campaña contra el regreso de Ender a casa.

—No has prestado atención —dijo Valentine—. Demóstenes defiende el regreso de Ender a casa para que pueda restaurar la antigua grandeza de América. Y Locke es el moderado conciliador, que intenta encontrar un punto medio, como hace siempre, el mísero apaciguador.

—Oh, calla —dijo Peter—. Es demasiado tarde para que te hagas la tonta. ¡Pero yo no podía saber que iban a convertir ese estúpido consejo de guerra en una campaña de desprestigio contra el apellido Wiggin!

—Oh, ya entiendo —dijo Valentine—. No se trata de Ender, es el hecho de que no puedes aprovecharte de ser Locke sin revelar quién eres, y tú eres el hermano de Ender. Ahora ya no es tan buena palanca.

—No puedo lograr nada a menos que alcance una posición influyente, y ahora va a resultarme más difícil porque Ender mató a gente.

—En defensa propia.

—Cuando era un bebé.

—Recuerdo con claridad que en una ocasión prometiste matarle a él —dijo Valentine.

—No iba en serio.

Valentine lo dudaba. Ella era la única que no se creía el súbito arrebato de bondad de Peter de hacía unas cuantas Navidades, cuando por lo visto san Nicolás (o Uriah Heap) le había ungido con el ungüento del altruismo.

—Lo que quiero decir es que Ender no mató a todos los que le amenazaron.

Y allí estaba... un destello de la antigua furia. Lo contempló, divertida, mientras Peter luchaba contra sí mismo y se controlaba.

—Es demasiado tarde para cambiar nuestras posiciones sobre el regreso de Ender. —Lo dijo como una acusación, como si todo hubiese sido idea de Valentine.

Bien, en cierto modo lo había sido. Pero no el modo de llevarla a cabo... Eso había sido un guión de Peter.

—Pero antes de permitir que se descubra quién es Locke, debemos limpiar la reputación de Ender. No va a ser fácil. No soy capaz de decidir cuál de nosotros debería hacerlo. Por una parte, sería muy propio del carácter de Demóstenes... pero nadie confiaría en sus motivos. Por otra parte, si Locke lo hace abiertamente, entonces, cuando se descubra que soy yo, todos creerán que mis motivos eran interesados.

Valentine ni se molestó en sonreír con suficiencia, aunque sabía (hacía años que lo sabía) que el coronel Graff y probablemente la mitad de los oficiales de la F.I. sabían quiénes eran en realidad Locke y Demóstenes. Habían guardado el secreto para no comprometer a Ender. Pero en algún momento a alguien se le escaparía... y no iba a ser en el mejor momento para Peter.

—No, creo que lo que debemos hacer, después de todo, es traer a Ender a casa —dijo Peter—. Pero no a Estados Unidos, o al menos no dejarlo bajo el control del gobierno de Estados Unidos. Creo que Locke necesita hablar compasivamente sobre el joven héroe que no pudo evitar ser explotado. —Peter adoptó su voz de Locke... un lamento conciliador que, si alguna vez llegaba a emplear en público, haría que Locke perdiese todo el apoyo de inmediato—. Permitámosle volver a casa, como ciudadano del mundo al que salvó. Dejemos que el Consejo del Hegemón le proteja. Si nadie le amenaza, el chico no representa ningún peligro. —Peter miró triunfal a Valentine y recuperó su propia voz—. ¿Ves? Le traemos a casa y luego, cuando se revele mi identidad, soy un hermano leal, sí, pero también actué por el bien de todo el mundo y no para dar ventaja a Estados Unidos.

—Olvidas un par de detalles —objetó Valentine.

Peter la miró furibundo. Odiaba que ella le acusase de cometer un error, pero debía prestarle atención porque habitualmente tenía razón. Aunque solía fingir que ya había tenido en cuenta su objeción.

—Primero, das por supuesto que Ender quiere volver a casa.

—Claro que quiere volver a casa.

—No lo sabes. No le conocemos. Segundo, das por supuesto que, si vuelve a casa, será un niño tan adorable que todos decidirán que realmente no es un monstruo asesino de niños.

—Los dos vimos los vídeos del consejo de guerra —dijo Peter—. Esos hombres adoran a Ender Wiggin. Se notaba en todo lo que decían y hacían. Lo único que les importaba era protegerle. Que es exactamente como actuaban todos cuando Ender vivía aquí.

—En realidad nunca vivió aquí—dijo Valentine—. Nos mudamos cuando se fue, ¿recuerdas? Otra mirada de furia.

—Ender hace que la gente quiera morir por él.

—O quiera matarle —dijo Valentine, sonriendo.

—Ender consigue que los adultos le adoren.

—Así que volvemos al primer problema.

—Quiere volver a casa —aventuró Peter—. Es humano. Los humanos quieren ir a casa.

—Pero ¿dónde está el hogar de Ender? —preguntó Valentine—. Ha pasado más de la mitad de su vida en la Escuela de Batalla. ¿Se acuerda siquiera de vivir con nosotros? ¿Recuerda a un hermano mayor que le acosaba continuamente, que amenazaba con matarle... ?

—Me disculparé —dijo Peter—. Lamento de veras haber actuado de esa forma.

—Pero no podrás disculparte si no vuelve a casa. Además, Peter, Ender es un chico listo. Más listo que nosotros... Hay una buena razón para que a él lo llevasen a la Escuela de Batalla y a nosotros no. Así que comprenderá perfectamente cómo le estás manipulando. Consejo del Hegemón... eso es pura basura. No permanecerá bajo tu control.

—Le han entrenado para la guerra, no para la política —dijo Peter.

La sonrisa incipiente de Peter resultó tan petulante que a Valentine le dieron ganas de golpearle en la cara con un bate.

—No importa —dijo Valentine—. No puedes hacer que vuelva a casa por mucho que diga Locke.

—¿Y por qué no?

—Porque no has creado las fuerzas que sienten pavor y temen su regreso, simplemente te has aprovechado de ellas. No van a cambiar de opinión, ni siquiera por seguir a Locke. Y además, Demóstenes no te lo permitirá.

Peter la miró con desprecio y diversión.

—Oh, vas por libre, ¿eh?

—Creo que puedo asustar a la gente para que Ender se quede en el espacio más de lo que tú puedes conseguir que se compadezcan y lo traigan de vuelta.

—Creía que le querías más que a nadie. Creía que le querías en casa.

—Le he querido en casa durante los últimos siete años, Peter —dijo Valentine—, y tú estabas encantado de que se hubiese ido. Pero ahora... traerle a casa para que pueda estar bajo el control del Consejo del Hegemón... es decir, bajo tu control, ahora que lo tienes repleto de tus aduladores...

—Los aduladores de Locke —le corrigió Peter.

—No voy a ayudar a traer a Ender de vuelta para que se convierta en una herramienta para tu carrera.

—Por tanto, ¿convertirás a tu adorado hermanito en un exiliado perpetuo en el espacio simplemente para fastidiar al desagradable hermano mayor? —preguntó Peter—. Caramba, me alegro de que no me quieras a mí.

—Has acertado, Peter —dijo Valentine—. He pasado todos estos años bajo tu control. Sé exactamente lo que es eso. Ender lo detestaría. Lo sé, porque yo lo detesto.

—Te ha encantado. Ser Demóstenes... saber lo que es poder.

—Sé lo que es dejar que el poder fluya a través de mí hasta tus manos —dijo Valentine.

—¿De eso se trata? ¿De pronto sientes ansias de poder?

—Peter, eres tan idiota con respecto a la gente a la que se supone que conoces bien. No te estoy diciendo que quiera poder. Te estoy diciendo que rechazo tu control.

—Vale, yo mismo escribiré los ensayos de Demóstenes.

—No, no lo harás, porque la gente se dará cuenta de que algo no encaja. No puedes ser Demóstenes.

—Todo lo que tú puedas hacer...

—He cambiado todas las claves. He ocultado todas las listas de miembros y el dinero, y no podrás encontrarlos.

Peter la miró con pena.

—Lo encontraré todo, si quiero.

—No te serviría de nada. Demóstenes se retira de la política, Peter. Va a alegar mala salud y ofrecerá su apoyo incondicional a... ¡Locke!

Peter puso cara de horror.

—¡No puedes! ¡El apoyo de Demóstenes destrozaría a Locke!

—¿Lo ves? Tengo un arma que temes.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Después de tantos años, y de pronto ahora has decidido recoger las muñecas y los platos y marcharte del picnic.

—Nunca he jugado con muñecas, Peter. Por lo visto, tú sí.

—Basta —negó Peter—. En serio. No tiene gracia. Hagamos que Ender vuelva a casa. No intentaré controlarlo tal como tú dices.

—Es decir, como me controlas a mí.

—Venga, Val —dijo Peter—. Sólo un par de años más y podré revelarme como Locke... y como el hermano de Ender. Ciertamente, salvar su reputación me ayudará, pero también ayudará a Ender.

—Creo que deberías hacerlo. Hazlo, Peter. Pero no creo que Ender deba volver a casa. En vez de eso, yo me iré con él. Apuesto a que mamá y papá también lo harán.

—No van a pagar para que tú te des un paseo por el espacio... no hasta Eros. Además, harían falta meses. Ahora mismo está prácticamente al otro lado del Sol.

—No es un paseo —dijo Valentine—. Abandono la Tierra. Me uno a Ender en el exilio.

Durante un momento Peter la creyó. Fue gratificante ver preocupación genuina en su rostro. Luego se relajó.

—Papá y mamá no te lo permitirán —objetó.

—Las mujeres de quince años no necesitan el permiso de sus padres para ofrecerse como voluntarias para ir a las colonias. Tenemos la edad ideal para la reproducción, y se supone que somos tan tontas como para ofrecernos voluntarias.

—¿Qué tienen que ver las colonias con todo esto? Ender no se convertirá en colono.

—¿Qué otra cosa podrían hacer con él? Es la única tarea que le queda a la F.I. y él es responsabilidad suya. Es por eso que lo estoy arreglando para que me asignen a la misma colonia que él.

—¿De dónde has sacado esas ideas imasen? —Si ella no comprendía el argot de la Escuela de Batalla, que se fastidiara—. Colonia, exilio voluntario, es una locura. Tu futuro está aquí, en la Tierra, no en los lejanos confines de la galaxia.

—Los mundos insectores se encontraban todos en el mismo brazo de la galaxia que nosotros, y no están tan lejos, en lo que a galaxias se refiere —dijo Valentine con formalidad, para pincharlo—. Y Peter, por el simple hecho de que tu futuro esté ligado a intentar convertirte en el gobernante del mundo no significa que yo quiera pasar todo mi futuro siendo tu ayudante. Has tenido mi juventud, me has utilizado, pero pasaré los años restantes sin ti, querido.

—Resulta enfermizo cuando hablas como si estuviésemos casados.

—Hablo como si estuviésemos en una película antigua —dijo Valentine.

—No veo películas —dijo Peter—, así que no sabría decirte.

—Hay tantas cosas que tú «no sabrías»... —dijo Valentine. Por un momento sintió la tentación de contarle la visita de Ender a la Tierra, cuando Graff había intentado utilizar a Valentine para convencer a un Ender ya quemado de que volviese al trabajo. Y de contarle a Peter que Graff conocía sus identidades secretas en la red. Hacerlo habría borrado la sonrisa de suficiencia de su rostro.

Pero ¿qué ganaría? Lo mejor para todos era dejar a Peter con su inocente ignorancia.

Mientras hablaba, Peter había estado realizando sobre la mesa algunos gestos desganados de apuntar y teclear. Ahora veía en su holo algo que le puso más furioso de lo que Valentine le había visto nunca.

—¿Qué pasa? —preguntó, dando por supuesto que se trataba de alguna horrenda noticia de ámbito mundial.

—¡Has cerrado mis puertas traseras!

Le llevó un momento comprender lo que quería decir. Luego lo entendió: aparentemente Peter había creído que no se daría cuenta de que poseía puntos de acceso secretos a todos los lugares e identidades vitales de Demóstenes. Vaya idiota. Cuando Peter se había vanagloriado de cómo había creado esas cuentas e identidades maravillosas para ella, por supuesto que dio por sentado que había creado puertas traseras en todas ellas para entrar y cambiar lo que Valentine hiciese. ¿Por qué se había imaginado que lo iba a dejar así? A las pocas semanas las había encontrado todas; lo que él hiciese con Demóstenes en la red, ella podía deshacerlo. Así que al cambiar todas las claves y códigos de acceso, evidentemente, también había cerrado las puertas traseras. ¿Qué se creía Peter?

—Peter —dijo—, no estarían cerradas si te dejase tener una llave, ¿cierto?

Peter se puso en pie, con el rostro enrojecido, los puños apretados.

—Zorra desagradecida.

—¿Qué vas a hacer, Peter? ¿Pegarme? Estoy lista. Creo que puedo ganarte.

Peter volvió a sentarse.

—Vete —dijo—. Vete al espacio. Acalla a Demóstenes. No te necesito. No necesito a nadie.

—Es por eso que eres un perdedor tan grande —dijo Valentine—. Jamás gobernarás el mundo hasta que comprendas que no puedes hacerlo sin la cooperación de todos. No puedes engañarlos, no puedes obligarlos. Tendrán que querer seguirte. De la misma forma que los soldados de Alejandro querían seguirle y luchar por él. Y en cuanto dejaron de querer eso, su poder se evaporó. Los necesitas a todos, pero eres demasiado narcisista para darte cuenta.

—Preciso de la cooperación voluntaria de algunas personas clave en la Tierra —dijo Peter—, pero tú no serás una de ellas, ¿verdad? Por tanto vete, cuéntales a mamá y a papá lo que haces. Rómpeles el corazón. ¿Qué te importa? Lo haces para ver a tu adorado Ender.

—Todavía le odias —le espetó Valentine.

—Nunca le he odiado —negó Peter—. Pero en este momento, sí que te odio a ti. No mucho, pero lo suficiente para tener ganas de mear en tu cama.

Era un chiste personal entre los dos. Valentine no pudo evitarlo, le hizo reír.

—Oh, Peter, eres tan crío.

* * *

Madre y padre se tomaron la decisión sorprendentemente bien. Pero se negaron a ir con ella.

—Val —dijo padre—, creo que tienes razón: Ender no volverá a casa. Nos rompió el corazón darnos cuenta. Y es maravilloso que quieras unirse a él, incluso si ninguno de los dos acaba yendo a una colonia. Incluso si son sólo unos pocos meses en el espacio. Incluso algunos años. Le hará bien volver a estar contigo.

—Sería todavía mejor teneros a vosotros dos.

Padre negó con la cabeza. Madre se llevó un dedo a cada ojo: un gesto que significaba: «No voy a llorar.»

—No podemos ir —dijo padre—. Nuestro trabajo está aquí.

—Podrían prescindir de vosotros un año o dos.

—A ti te resulta fácil decirlo —dijo padre—. Eres joven. ¿Qué son un par de años para ti? Pero nosotros somos mayores. No viejos, pero sí mayores que tú. Para nosotros el tiempo tiene otras connotaciones. Amamos a Ender, pero no podemos invertir meses o años en ir a visitarle. No nos queda tanto tiempo.

—A eso me refiero, precisamente —dijo Valentine—. No tenéis mucho tiempo... y todavía menos para tener una oportunidad de volver a ver a Ender.

—Val —dijo madre con la voz temblorosa—. Nada de lo que podamos hacer ahora nos devolverá los años que hemos perdido.

Tenía razón, y Valentine lo sabía bien. Pero no comprendía qué importancia podía tener.

—Por tanto, ¿vais a tratarle como si estuviese muerto?

—Val —dijo padre—. Sabemos que no está muerto. Pero también sabemos que no nos quiere. Le hemos escrito... desde el final de la guerra. Graff, el del consejo de guerra, nos respondió.

Ender no quiere escribirnos. Lee nuestras cartas, pero le dijo a Graff que no tenía nada que decir.

—Graff es un mentiroso —dijo Valentine—. Probablemente Ender ni las ha visto.

—Es posible —dijo padre—. Pero Ender no nos necesita. Tiene trece años. Se está haciendo un hombre. Lo ha hecho de maravilla desde que nos dejó, pero también ha pasado por situaciones terribles, y no estábamos allí con él. No estoy seguro de que pueda llegar a perdonarnos por haberle dejado ir.

—No teníais más remedio —dijo Valentine—. Se lo habrían llevado a la Escuela de Batalla os gustase o no.

—Estoy segura de que él lo sabe —dijo madre—. Pero ¿lo sabe su corazón?

—Entonces, iré sin vosotros —dijo. Nunca se le había pasado por la cabeza que ellos no quisiesen ir.

—Vas a dejarnos atrás —dijo padre—. Es lo que hacen los hijos. Viven en casa hasta que se van. Luego ya no están. Incluso si vienen de visita, incluso si vuelven al hogar, nunca es lo mismo. Tú crees que lo será, pero no. Le pasó a Ender, y te pasará a ti.

—Lo bueno —dijo madre, que ya lloraba un poquito— es que nunca más estarás con Peter.

Valentine no podía creer que su madre estuviese diciendo tal cosa.

—Has pasado demasiado tiempo con él —dijo madre—. Es una mala influencia. Te hace desgraciada. Te absorbe en su vida de forma que tú no puedes tener la tuya.

—Ahora ése será nuestro trabajo —dijo padre.

—Buena suerte —fue todo lo que Valentine pudo decir. ¿Era posible que sus padres realmente comprendiesen a Peter? Pero si así era, ¿por qué le habían consentido durante todos esos años?

—Compréndelo, Val —dijo padre—. Si ahora fuésemos con Ender, querríamos ser sus padres, pero no tenemos autoridad sobre él, ni nada que ofrecerle. Él ya no necesita padres.

—Pero una hermana... —dijo madre—. Una hermana sí que podría serle útil. —Tomó la mano de Valentine. Le pedía algo.

Así que Valentine le dio lo único que se le ocurrió que podía querer. Le hizo una promesa.

—Estaré a su lado —dijo— mientras me necesite.

—No esperábamos menos de ti, cariño —dijo madre. Apretó la mano de Valentine y la soltó. Aparentemente, aquello era lo que había querido.

—Es un gesto espléndido y cariñoso —dijo padre—. Siempre ha sido tu naturaleza. Y Ender siempre ha sido tu querido hermano pequeño.

Valentine se estremeció al oír la vieja frase de la niñez. Querido hermano pequeño. Le daba náuseas.

—Debo recordar llamarlo de este modo.

—Hazlo —dijo madre—. A Ender le gusta que le recuerden lo bueno.

¿Realmente madre imaginaba que lo que sabía de Ender a los seis años seguiría siendo válido para él a los trece?

Como si hubiese leído la mente de Valentine, madre le respondió.

—La gente no cambia, Val. Su carácter básico sigue siendo el mismo. Alguien que te conoce desde el momento de tu nacimiento ya puede ver lo que vas a ser de adulto.

Valentine rió:

—Entonces... ¿por qué dejasteis vivir a Peter?

Rieron, pero con incomodidad.

—Val —dijo padre—, no esperamos que lo comprendas, pero algunos de los detalles que hacen que Peter sea... difícil... son los que algún día le harán grande.

—Ya que estáis prediciendo el futuro, ¿qué hay de mí? —preguntó Valentine.

—Oh, Val —dijo padre—. No tienes más que vivir tu vida y todos los que te rodean serán más felices.

—Entonces, nada de grandeza.

—Val —dijo madre—, la bondad siempre es mejor que la grandeza.

—No en los libros de historia —dijo Valentine.

—En ese caso, no escriben los libros de historia las personas adecuadas, ¿verdad? —dijo padre.

Capítulo 4

Para: qmorgan%contraalmirante@ComFl.gob/comflota

De: chamra;nagar%comandante@ComFl.gob/comcent

{Protocolo autocompartido}

Asunto: ¿Aceptas o no?

Estimado Quince:

Soy más que consciente de las diferencias entre un puesto de mando en combate y pilotar una nave colonial durante unas docenas de años luz. Si sientes que ya no eres útil en el espacio, en ese caso, adelante, retírate con todas las compensaciones. Pero si te quedas y permaneces en el espacio cercano no puedo prometerte un ascenso dentro de la F.I.

Compréndelo, de pronto nos hallamos afectados por la paz. Siempre un desastre para aquellos cuya carrera todavía no ha llegado al máximo.

La nave de colonización que te he ofrecido no es, en contra de esa opinión que has manifestado en demasiadas ocasiones (de vez en cuando, prueba a ejercitar la discreción, Quince, y comprueba si no es más efectiva), una forma de enviarte al olvido. La jubilación es el olvido, amigo mío. Un viaje de cuarenta o cincuenta años significa que sobrevivirás a todos los que nos quedemos atrás. Todos tus amigos habrán muerto. Pero tú estarás vivo para hacer nuevos amigos. Y tendrás el mando de una nave. Una nave bonita, grande y rápida.

A eso se enfrenta toda la flota. Ahí fuera tenemos héroes que lucharon en esa guerra cuya victoria atribuyen al Chico. ¿Los hemos olvidado? TODAS nuestras misiones más importantes implican décadas de vuelo. Sin embargo, debemos poner al mando a nuestros mejores oficiales. Por lo que, en un momento dado, la mayoría de nuestros mejores oficiales serán extraños para todos los de CentCom porque llevarán volando media vida.

Con el tiempo, es posible que formen TODO el personal central viajeros estelares. Mirarán con altivez a cualquiera que NO haya realizado décadas de vuelo entre las estrellas. Se habrán liberado de la línea temporal de la Tierra. Se conocerán entre sí por medio de sus registros, transmitidos por ansible.

Lo que te ofrezco es la única fuente posible de viaje para avanzar en tu carrera: naves de colonización.

Y no sólo una nave de colonización, sino para una colonia cuyo gobernador es un chico de trece años. ¿Vas a responderme seriamente que no comprendes que tú no serás su «niñera»? Se te confía la tarea de extrema responsabilidad de garantizar que El Chico se quede tan lejos de la Tierra como sea posible, garantizando simultáneamente que disfrute de un éxito total en su nueva misión para que las futuras generaciones no puedan decir que no se le trató bien.

Naturalmente, yo no te he enviado esta carta y tú no la has leído. Nada de lo que hay aquí escrito debe entenderse como una orden secreta. Más bien te he comunicado mis observaciones personales sobre la posibilidad que te ha ofrecido un polemarca que cree en tu potencial como uno de los grandes almirantes de la F.I.

¿Aceptas? ¿No? Dentro de una semana debo cumplimentar el papeleo en un sentido u otro.

*Tu amigo
CHAM*

Ender sabía que nombrarle gobernador nominal de la colonia no era más que una broma. Cuando él llegase allí, la colonia sería una operación en marcha, con sus líderes electos. Él sería un chico de trece años (vale, para entonces quince), cuyo único derecho a la autoridad sería que cuarenta años antes había dirigido a los abuelos de los colonos, o al menos a sus padres, en una guerra que para entonces sería historia antigua.

Ya habrían formado una comunidad unida y sería escandaloso que la F.I. les enviase un gobernador, y más un adolescente.

Pero pronto descubrirían que, si nadie quería que gobernase, Ender estaría encantado de obedecer. Lo único que le importaba era llegar a un planeta insector para ver lo que habían dejado atrás.

Los cuerpos recientemente diseccionados se habrían descompuesto haría mucho tiempo; pero de ninguna forma los colonos podrían haber ocupado o incluso explorado más que una pequeña fracción de los edificios y artefactos de la civilización insectora. Gobernar la colonia sería un incordio... todo lo que Ender quería era comprobar si había alguna forma de comprender al enemigo al que había amado y destruido.

A pesar de todo, tenía que fingir que se preparaba para ser gobernador. Por ejemplo, mantener sesiones de preparación con los expertos legales que habían esbozado la Constitución que se impondría en todas las colonias. Y aunque a Ender realmente no le importaba, comprobaba que se habían esforzado sinceramente por reflejar lo que los soldados convertidos en colonos habían comunicado hasta el momento. Era de esperar. Todo lo que Graff hacía, u ordenaba que se hiciese, se hacía bien.

Y luego estaban las lecciones todavía menos relevantes sobre el funcionamiento de las naves estelares. ¿Qué le importaba a Ender? Él jamás sería miembro regular de la flota. No tenía interés en ser el capitán de una nave, independientemente del tamaño que tuviese.

En el tercer día de visita por la nave que los llevaría a él y a sus colonos, Ender estaba tan cansado de la pseudoterminología náutica transferida a las naves estelares que acabó haciendo comentarios sarcásticos. Por suerte, no los expresó en voz alta, simplemente los pensó. ¿Calafateamos el casco, marinero? ¿El contramaestre nos dejará subir a bodo? ¿Cuántos grados se inclina al viento, señor?

—¿Sabe? —dijo el capitán que ese día se ocupaba de Ender—, el verdadero problema del viaje interestelar no fue alcanzar la velocidad de la luz. Fue superar el problema de las colisiones.

—Se refiere a que con todo el espacio disponible... —Luego, al ver la sonrisa de satisfacción del capitán, Ender comprendió que había caído en una pequeña trampa—. Ah. Se refiere a las colisiones con restos espaciales.

—Esos antiguos vídeos que mostraban naves espaciales esquivando grupos de asteroides... no iban tan desencaminados. Porque al ir cerca de la velocidad de la luz y chocar contra una molécula de hidrógeno se emite una inmensa cantidad de energía. Es como chocar con un gran pedrusco a mucha menos velocidad. Lo rompe todo. Todos los sistemas de protección que se les ocurrieron a nuestros antepasados requerían tanta masa adicional, o gastaban tanta

energía y por tanto más combustible, que simplemente no resultaban prácticos. Acababan teniendo tanta masa que no podían llevar combustible suficiente para llegar a ninguna parte.

—Bien, ¿cómo lo resolvimos? —preguntó Ender.

—Bien, evidentemente no lo hicimos —dijo el capitán.

Una vez más, Ender comprendía que era una broma tradicional que se les gastaba a los novatos, y por tanto le concedió al hombre el placer de demostrar sus conocimientos superiores.

—Entonces, ¿cómo vamos de estrella a estrella? —preguntó Ender. En lugar de decir: «Ah, así que es tecnología insectora.»

—Los insectores lo hicieron por nosotros —dijo el capitán con deleite—. Cuando llegaron aquí, sí, devastaron algunas partes de China y casi nos ganan en las dos primeras guerras. Pero también nos enseñaron cosas. El simple hecho de que llegasen hasta aquí nos indicó que podía hacerse. Y luego, consideradamente, dejaron atrás docenas de naves espaciales operativas para que pudiésemos estudiarlas.

Para entonces el capitán había guiado a Ender hasta la parte delantera de la nave, pasando por varias puertas, para abrir las cuales hacía falta tener el permiso de seguridad más alto.

—No todos pueden ver esto, pero me indicaron que usted debía verlo todo.

Vio una sustancia cristalina y de forma ovalada, pero cuya parte trasera acababa en una punta afilada.

—Por favor, no me diga que es un huevo —dijo Ender.

El capitán rió.

—No se lo diga a nadie, pero los motores de esta nave y todo ese combustible no son más que para maniobrar cerca de planetas, lunas y demás. Y para empezar a mover la nave. Una vez que alcanzamos un uno por ciento de la velocidad de la luz, cambiamos a esta preciosidad y, desde ese momento, no es más que cuestión de controlar la intensidad y la dirección.

—¿De qué?

—Del campo impulsor —dijo el capitán—. Es una solución muy elegante, aunque nosotros ni siquiera habíamos descubierto el campo científico que nos hubiese permitido construirlo.

—¿Y qué campo es ése?

—Dinámica del campo de fuerza nuclear fuerte —dijo el capitán—. Cuando la gente lo comenta, casi siempre dice que el campo de fuerza fuerte rompe las moléculas, aunque no es verdad. Lo que realmente hace es cambiar la dirección de la fuerza fuerte. Simplemente, las moléculas no pueden mantenerse unidas cuando, a la velocidad de la luz, los núcleos de todos sus átomos se ponen a preferir una dirección concreta de movimiento.

Ender sabía que el capitán estaba enterrándole en términos técnicos, pero se había cansado del juego.

—Lo que quiere decir es que el campo generado por este dispositivo se hace con todas las moléculas y objetos con los que se encuentra en su camino, y que emplea la fuerza nuclear fuerte para que se muevan en una sola dirección y a la velocidad de la luz.

El capitán sonrió.

—Touché. Pero es usted almirante, señor, y le estaba dando la explicación que doy a todos los almirantes —guiñó un ojo—. En su mayoría no tienen ni idea de lo que digo, y son demasiado estirados para admitirlo y pedirme que se lo traduzca.

—¿Qué sucede con la energía generada al romper las moléculas en sus átomos constituyentes? —preguntó Ender.

—Eso, señor, es lo que impulsa la nave. No, voy a ser más específico. Eso es lo que realmente mueve la nave. ¡Es tan hermoso! Avanzamos por medio de cohetes, luego apagamos los motores (¡no podemos seguir generando moléculas!) y activamos el huevo... sí, lo llamamos «el huevo». El campo se activa, tiene exactamente la forma de esta bola de cristal, y el frente delantero se pone a chocar con las moléculas, rompiéndolas. Los átomos se canalizan a lo largo del campo y todo sale por detrás. Lo que nos ofrece una cantidad increíble de impulso. He hablado con físicos que todavía no lo comprenden. Dicen que en los enlaces moleculares no hay suficiente energía almacenada para producir ese impulso. Se les ocurren todo tipo de teorías para explicar de dónde surge la energía extra.

—Y lo obtuvimos de los insectores.

—Se produjo un accidente terrible la primera vez que activamos uno de éstos. Por supuesto, no lo empleaban dentro del sistema planetario. Pero uno de nuestros cruceros desapareció, simplemente porque estaba atracado junto a una nave insectora cuando se activó el huevo. Zas. Todas las moléculas del crucero y la tripulación más desafortunada de la historia acabaron incorporados al campo, que hizo que la nave insectora saliese disparada como una bala a lo largo de medio Sistema Solar.

—¿No mató también al personal de la nave insectora saltar tan rápido?

—No, porque el sistema antigravitatorio insector (técnicamente antiinercial) estaba activado. Por supuesto, también alimentado por la reacción del huevo. Es como si las moléculas del espacio estuviesen ahí para convertirse en combustible barato para nuestras naves y todo lo que transportan. En cualquier caso, los antigravitatorios compensaron el salto y el único problema fue comunicarse con la ComFI para contar lo sucedido. Sin el crucero, la única comunicación posible es por radio de corto alcance.

A continuación el capitán le contó el ingenioso método empleado por los hombres de la nave insectora para llamar la atención de los rescatadores, pero Ender estaba concentrado en otro asunto... en algo tan inquietante que se mareó, y le dieron náuseas debido a la conmoción.

El huevo, el generador de campo de fuerza nuclear fuerte, era evidentemente la fuente del ingenio de desintegración molecular. Lo que el capitán acababa de describir era la reacción que se producía en el Ingenio D.M., el «Pequeño Doctor» que Ender había empleado para destruir el mundo natal de los insectores y exterminar a las reinas colmena.

Ender creía que era una tecnología que los humanos habían inventado por sí solos. Pero evidentemente estaba basada en tecnología insectora. No hay más que eliminar los controles que dan forma al campo y obtienes un campo que lo devora todo a su paso y escupe algunos átomos aleatorios. Un campo que se alimenta de la misma energía que genera al jugar con la fuerza nuclear fuerte. Un devorador de planetas.

Los insectores debieron reconocerlo cuando Ender lo empleó por primera vez. Para ellos no era un misterio... tuvieron que reconocerlo de inmediato como una versión armamentística, cruda y descontrolada del principio que impulsaba todas las naves insectoras.

Entre esa batalla y la última, los insectores habían tenido tiempo de hacer lo mismo... de convertir en arma el generador de fuerza nuclear fuerte y emplearlo contra los humanos antes de que se acercasen.

Sabían perfectamente qué era el arma. Hubiesen podido fabricar su versión en cualquier momento. Pero no lo hicieron. Se quedaron allí sentados y esperaron a Ender.

Nos dieron el motor estelar que empleamos para llegar hasta ellos y el arma que usamos para matarlos. Nos lo dieron todo.

Se supone que los humanos somos inteligentes. Muy ingeniosos. Sin embargo, esto quedaba por completo más allá de nuestras posibilidades. Nosotros fabricamos mesas con ingeniosos proyectores holográficos que hacen que sea muy divertido jugar. Además, nos podemos enviar cartas a través de grandes distancias. Pero, comparados con ellos, ni siquiera sabíamos cómo matar adecuadamente. Mientras que ellos sí que lo sabían... pero decidieron no usar la tecnología de esa forma.

—Bien, esta parte de la visita habitualmente aburre a todos —dijo el capitán.

—No, no estaba aburrido. De verdad. Simplemente pensaba.

—¿En qué?

—En un material tan clasificado que sólo se podría comunicar por telepatía —dijo Ender. Lo que era cierto. La existencia del Ingenio D.M. sólo se revelaba en caso de necesidad, y el secreto se mantenía férreamente. Ni siquiera los hombres que desplegaban y usaban las armas sabían lo que eran y lo que podían hacer. Los soldados que habían visto al Pequeño Doctor consumir un planeta estaban muertos, perdidos en la misma tremenda reacción en cadena. Los soldados que habían visto usarlo en alguna de las primeras batallas simplemente lo consideraban una bomba increíblemente potente. Sólo los grandes jefes lo comprendían... y Ender, porque Mazer Rackham había insistido en que se le debía decir cuáles eran las armas que llevaba y cómo operaban. Como le había dicho Mazer después:

—Le dije a Graff: «A un hombre no se le da una bolsa de herramientas sin decirle para qué sirven o qué podría salir mal.»

Graff de nuevo. Graff había decidido que Mazer tenía razón y los había autorizado a contarle a Ender qué era y cómo operaba.

Mi exterminio de los insectores... todo está aquí, en el huevo.

—Ha vuelto a ensimismarse —dijo el capitán.

—Pensaba en lo milagroso que es el viaje espacial. Al margen de lo que pensemos de los insectores, nos abrieron la puerta a las estrellas.

—Lo sé —dijo el capitán—. Lo he pensado. Si se hubiesen saltado nuestro sistema en lugar de entrar e intentar limpiar la Tierra, nunca habríamos sabido de su existencia. Y dado nuestro grado de desarrollo tecnológico, probablemente no hubiéramos viajado a las estrellas hasta más tarde y hubiéramos encontrado todos los planetas cercanos ocupados por los insectores.

—Capitán, esta visita ha sido excelente y de lo más productiva.

—Lo sé. ¿Cómo si no habría sabido encontrar el baño en todas las cubiertas?

Ender le rió la broma. En parte porque era cierto. Durante el viaje necesitaría encontrar el baño varias veces al día.

—Doy por supuesto que permanecerá despierto durante el vuelo —dijo el capitán.

—No querría perderme el paisaje.

—Oh, no hay paisaje, porque a la velocidad de la luz... oh, era una broma. Lo siento, señor.

—Si cuando bromeo los demás se disculpan, entonces tengo que trabajar mi sentido del humor.

—Discúlpeme, señor, pero no habla como un niño.

—¿Hablo como un almirante? —preguntó Ender.

—Dado que es usted almirante, su forma de hablar es la de un almirante, señor —dijo el capitán.

—Qué forma tan ingeniosa de esquivar la pregunta, señor. Dígame, ¿vendrá conmigo en el viaje?

—Tengo familia en la Tierra, señor, y mi esposa no quiere unirse a una colonia en otro mundo. Me temo que no tiene espíritu pionero.

—Tiene una vida. Una buena razón para quedarse.

—Pero usted va —dijo el capitán.

—Debo ver el planeta natal de los insectores —dijo Ender—. O lo mejor que haya, teniendo en cuenta que el planeta natal ya no existe.

—De lo que me alegro mucho, señor —dijo el capitán—. Si usted no los hubiese derrotado para siempre, señor, nos habríamos pasado los próximos diez mil años de historia humana mirando por encima del hombro.

En aquello vio el germen de una idea. Ender lo atrapó, y de inmediato se le escapó. Era algo relativo a la forma de pensar de las reinas colmena. Sobre su propósito al permitir que Ender las matase.

Bien, si era importante, lo volvería a pensar.

Ender esperaba que esa esperanza optimista fuese correcta.

* * *

Cuando terminaron todas las visitas y sesiones de entrenamiento, pudo por fin entrevistarse con el ministro de Colonización.

—Por favor, no me llames coronel —dijo Graff.

—No puedo llamarle «mincol».

—Oficialmente, los ministros de la Hegemonía son «Su Excelencia».

—¿En serio?

—A veces —dijo Graff—. Pero somos colegas, Ender. Yo te llamaré por tu nombre y tú a mí por el mío.

—Jamás —dijo Ender—. Para mí es el coronel Graff, y eso jamás cambiará.

—No importa —dijo Graff—. Habré muerto cuando llegues a tu destino.

—No me parece justo. Venga con nosotros.

—Debo estar aquí para completar mi labor.

—Mi labor ya está completa.

—Eso no lo tengo tan claro —dijo Graff—. La labor que nosotros teníamos para ti está terminada. Pero tú ni siquiera sabes todavía en qué consiste tu labor.

—Sé que no será gobernar una colonia, señor.

—Y sin embargo has aceptado el puesto.

Ender sacudió la cabeza.

—He aceptado el título. Cuando llegue a la colonia, entonces veremos hasta qué punto seré gobernador. La Constitución que redactó está bien, pero la verdadera Constitución es siempre la misma: el líder sólo tendrá el poder que le concedan sus seguidores.

—Y, sin embargo, realizarás el viaje despierto en lugar de en estasis.

—No son más que un par de años —dijo Ender—. Y así tendré quince a nuestra llegada. Espero ser más alto.

—Espero que te lleves muchos libros para leer.

—Han cargado unos cuantos miles de títulos para mí en la biblioteca de la nave —dijo Ender—. Pero lo que me importa es que ustedes usen el ansible para transmitirnos toda la información que descubran sobre los insectores mientras estemos de viaje.

—Por supuesto —dijo Graff—. Eso lo enviaremos a todas las naves.

Ender sonrió un poco.

—Vale, sí, evidentemente también te la enviaré a ti directamente. ¿Sospechas que el capitán de la nave intentará controlar tu acceso a la información?

—Si usted estuviese en su lugar, ¿no haría lo mismo?

—Ender, nunca me colocaría en situación de intentar controlarte contra tu voluntad.

—Acaba de pasar seis años haciéndolo.

—Te habrás dado cuenta de que por eso me han sometido a un consejo de guerra.

—Y el castigo ha sido conseguir el trabajo que siempre ha querido. Veamos. El ministro de Colonización no va a la Tierra para ponerse bajo las órdenes del Hegemón. Se queda en el espacio, cómodamente acurrucado en la Flota Internacional. Así que, incluso si cambian al Hegemón, a usted no le afectaría. Y si le despidiesen...

—No lo harán —dijo Graff.

—Está muy seguro.

—No es una predicción, es una intención.

—Es usted increíble, señor —dijo Ender.

—Oh, hablando de cosas increíbles —dijo Graff—, ¿has oído que Demóstenes se ha retirado?

—¿El tipo de las redes? —preguntó Ender.

—No me refería al autor griego de las filípicas.

—La verdad es que no me importa —dijo Ender—. No son más que las redes.

—En las redes, con las diatribas de ese agitador en concreto, fue donde se libró la batalla, y tú perdiste —dijo Graff.

—¿Quién dice que perdí? —preguntó Ender.

—Touché —dijo Graff—. Lo importante es que la persona que se esconde tras la identidad online es realmente más joven de lo que imaginaba la mayoría de la gente. Así que la jubilación no es por edad, sino porque abandona el hogar. Abandona la Tierra.

—¿Demóstenes se convierte en colono?

—No es una decisión tan extraña —dijo Graff, como si para él no tuviese nada de raro.

—Por favor, no me diga que viene en mi nave.

—Técnicamente, es la nave del almirante Quincy Morgan. Tú no tienes el mando hasta que no pongas el pie en la colonia. Tal es la ley.

—Esquivando la pregunta, como siempre.

—Sí, tendrás a Demóstenes en la nave. Aunque, por supuesto, nadie usará ese nombre.

—Ha estado evitando el uso del pronombre masculino... el uso de cualquier pronombre —dijo Ender—. Así que Demóstenes es una mujer.

—Y está deseando verte.

Ender se hundió en la silla.

—Oh, señor, por favor.

—No es una de esas adoradoras de los héroes, Ender. Y como además estará despierta durante todo el viaje, creo que deberías prepararte viéndola por anticipado.

—¿Cuándo vendrá?

—Está aquí.

—¿En Eros?

—En mi cómoda antesala —dijo Graff.

—¿Me hará verla ahora? Coronel Graff, no me gusta nada de lo que escribió. Ni el resultado.

—Concédele el mérito que merece. Advirtió al mundo sobre el intento del Pacto de Varsovia por controlar la flota mucho antes de que nadie se tomase la amenaza en serio.

—También decía que América conquistaría el mundo una vez que yo volviese,

—Eso tendrás que preguntárselo.

—No tengo esa intención.

—Deja que te cuente una verdad pura y simple. El único propósito de todo lo que escribió sobre ti, Ender, era protegerte de las cosas terribles que la gente hubiera hecho para aprovecharse de ti o destruirte si alguna vez pisabas la Tierra.

—Hubiera podido afrontar todo eso.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad?

—Si le conozco, señor, lo que acaba de decirme es que usted ha estado detrás de todo. Detrás de mantenerme lejos de la Tierra.

—En realidad no —dijo Graff—. He seguido la corriente, es verdad.

Ender quería llorar de puro agotamiento moral.

—Porque usted sabe mejor que yo lo que me conviene.

—En este caso, Ender, creo que hubieses podido afrontar cualquier desafío. Excepto uno. Tu hermano Peter está decidido a convertirse en gobernante del mundo. Tú te hubieras convertido en su herramienta o en su enemigo. ¿Qué habrías escogido?

—¿Peter? —preguntó Ender—. ¿Cree que realmente tiene alguna posibilidad ?

—Hasta ahora lo ha hecho increíblemente bien... para ser un adolescente.

—¿No tiene ya veinte años? No, supongo que tiene diecisiete, o dieciocho.

—No sigo los cumpleaños de tu familia —dijo Graff.

—Si lo está haciendo tan bien —dijo Ender—, ¿por qué no he oído hablar de él?

—Oh, sí que lo has hecho.

Lo que significaba que Peter usaba un seudónimo. Ender repasó rápidamente todas las personalidades online que podían considerarse cerca de conseguir el dominio mundial y lo descubrió. Suspiró.

—Peter es Locke.

—Por tanto, chico listo, ¿quién es Demóstenes?

Ender se levantó y, para su disgusto, lloraba, tal cual. Ni siquiera supo que lloraba hasta que se le humedecieron las mejillas y vio borroso.

—Valentine —suspiró.

—Ahora voy a salir del despacho y os dejaré hablar —dijo Graff.

Cuando salió, dejó la puerta abierta. Y ella entró.

Capítulo 5

Para: imo%testadmin@MinCol.gob

De: hgraff%MinCol@heg.gob

Asunto: ¿Qué buscamos?

Estimado Imo:

He estado reflexionando profundamente sobre nuestra conversación y creo que puede que tengas razón. Se me ocurrió la estúpida idea de que deberías buscar rasgos deseables y útiles para formar equipos ideales y equilibrados para las colonias. Pero la verdad es que no estamos recibiendo tal volumen de voluntarios como para permitirnos ser excesivamente quisquillosos. Y tal y como nos demuestra la historia, cuando la colonización es voluntaria la gente se autoselecciona mejor que por medio de cualquier sistema de pruebas.

Es como aquellos absurdos intentos de controlar la inmigración a América según las características que se consideraban más deseables, cuando históricamente la única característica que define a los americanos es ser «descendiente de alguien que renunció a todo para venir a vivir aquí». ¡Y ya no hablemos de cómo seleccionaron a los colonos australianos!

El deseo de ir es la única prueba importante, como dijiste. Pero eso significa que todas las demás pruebas son... ¿qué?

No son tan inútiles como dabas a entender. Al contrario, creo que los resultados de las pruebas son un recurso valioso. Incluso si los colonos están todos locos, ¿no debería tener el gobernador un buen informe sobre la versión particular de locura que anida en cada individuo?

Lo sé, no vas a dejar pasar a nadie que requiera medicación para mantenerse funcionalmente cuerdo. Ni a adictos, alcohólicos y sociópatas conocidos, ni a personas con enfermedades genéticas, etcétera. En eso siempre hemos estado de acuerdo, para evitar sobrecargar las colonias. De todas formas, en unas pocas generaciones desarrollarán sus propias particularidades genéticas y cerebrales; por ahora, sin embargo, vamos a dejarles un buen margen de maniobra.

En lo que respecta a la familia por la que preguntaste, la que planea casar una hija con el gobernador: bien, estoy seguro de que admitirás que en la larga lista de motivos históricos para unirse a una colonia lejana el matrimonio era uno de los socialmente más nobles y más productivos.

HYRUM

—¿Sabes qué he hecho hoy, Alessandra?

—No, madre. —Alessandra, de catorce años, dejó la bolsa de los libros en el suelo, frente a la puerta, y pasó junto a su madre para llegar al fregadero, donde se sirvió un vaso de agua.

—¡Adivina!

—¿Has conseguido que vuelva la electricidad?

—Los duendes no hablan conmigo —dijo madre. En su momento había tenido gracia esa idea de que la electricidad era cosa de duendes. Pero ya no tenía demasiada gracia en medio del sofocante verano adriático, sin refrigeración para la comida, sin aire acondicionado y sin vídeos para distraerse del calor.

—En ese caso, no sé qué has hecho, madre.

—He cambiado nuestras vidas —dijo madre—. He creado un futuro para nosotras.

Alessandra se quedó completamente inmóvil y rezó una oración mentalmente. Hacía tiempo que había renunciado a cualquier esperanza de recibir respuesta a sus oraciones, pero se consolaba pensando que cualquier oración sin respuesta engrosaría la lista de agravios que le presentaría a Dios si se daba la ocasión.

—¿Qué futuro es ése, madre?

Madre apenas podía contenerse.

—Vamos a ser colonos.

Alessandra suspiró aliviada. En la escuela les habían dado todos los detalles sobre el Proyecto de Dispersión. Ahora que los insectores no existían, la idea era que los humanos colonizaran sus antiguos mundos, de forma que el destino de la humanidad no estuviese ligado a un único planeta. Pero los requerimientos para los colonos eran muy estrictos. No había ninguna posibilidad de que aceptasen a una persona inestable e irresponsable (no, perdón, quería decir «alegre de cascos y algo loca») como madre.

—Bien, madre, es maravilloso.

—No pareces muy emocionada.

—Lleva mucho tiempo que aprueben una solicitud. ¿Por qué iban a aceptarnos a nosotras? ¿Qué sabemos hacer?

—Qué pesimista, Alessandra. No tendrás futuro si frunces el ceño ante cualquier opción nueva. —Madre bailó a su alrededor, sosteniendo frente a ella un papel que agitaba—. Presenté la solicitud hace meses, querida Alessandra. ¡Hoy he recibido la confirmación de que nos aceptan!

—¿Me lo has ocultado durante todo este tiempo?

—Sé guardar secretos —dijo madre—. Tengo un montón de secretos. Pero eso no es un secreto. Este trozo de papel dice que viajaremos a un nuevo mundo, y en ese nuevo mundo no formarás parte de un excedente perseguido, serás necesaria, y notarán y admirarán todos tus talentos y encantos.

Todos sus talentos y encantos. En el colegio nadie parecía verlos. No era más que otra chica desgarbada, todo brazos y piernas, que se sentaba al fondo, hacía lo que le decían y no causaba problemas. Sólo madre consideraba a Alessandra una especie de criatura mágica y extraordinaria.

—Madre, ¿puedo leer ese papel? —preguntó Alessandra.

—¿Por qué, dudas de mí? —Madre se alejó bailando con la carta.

Alessandra tenía demasiado calor y estaba demasiado cansada para ponerse a jugar. No la persiguió.

—Claro que dudo de ti.

—Hoy no eres nada divertida, Alessandra.

—Incluso aunque fuese cierto, es una idea terrible. Deberías haberme consultado. ¿Sabes cómo será la vida de los colonos? Se la pasarán sudando en el campo como granjeros.

—No seas tonta —dijo madre—. Para eso tienen máquinas.

—Y no están seguros de que podamos comer la vegetación autóctona. Cuando los insectores atacaron la Tierra por primera vez, se limitaron a destruir toda la vegetación que crecía en esa parte de China. No tenían intención de comer nada de lo que allí crecía de forma natural. No sabemos si nuestras plantas pueden crecer en sus planetas. Todos los colonos podrían morir.

—Para cuando lleguemos, los supervivientes de la flota que derrotó a los insectores ya habrán resuelto esos problemas.

—Madre —dijo Alessandra con paciencia—. No quiero ir.

—Eso es porque las almas muertas de la escuela te han convencido de que eres una chica normal. Pero no es así. Eres mágica. Debes alejarte de este mundo de polvo y tristeza y llegar a una tierra verde y rebosante de poderes antiguos. ¡Viviremos en las cuevas de los ogros muertos y saldremos a cosechar los campos que una vez fueron suyos! ¡Y en las tardes frías, con una brisa dulce y verde agitándote la falda, bailarás con jóvenes que se quedarán boquiabiertos ante tu belleza y gracia!

—¿Y dónde encontrarás a esos jóvenes?

—Ya verás —dijo madre. Luego cantó—: ¡Ya verás! ¡Ya verás! Un buen joven con futuro te entregará su corazón.

Al fin el papel estuvo lo suficientemente cerca para que Alessandra pudiese robarlo de las manos a su madre. Lo leyó, con su madre inclinada hacia la hoja, con su sonrisa de hada. Era real. Dorabella Toscano (29) y su hija, Alessandra Toscano (14), aceptadas para la Colonia 1.

—Evidentemente no hacen ningún tipo de prueba psicológica —dijo Alessandra.

—Intentas hacerme daño pero no lo lograrás. Madre sabe lo que te conviene. No cometerás los errores que cometí yo.

—No, pero los pagaré —dijo Alessandra.

—Piensa, mí querida, hermosa, inteligente, grácil, buena, generosa y avinagrada niña, piensa en esto: ¿Qué te espera aquí en Monopoli, Italia, viviendo en un piso en el extremo menos elegante de Via Luigi Indelli?

—No hay ningún extremo elegante de Luigi Indelli.

—Mejor me lo pones.

—Madre, no sueño con casarme con un príncipe y cabalgar hacia la puesta de sol.

—Eso está bien, querida, porque no existen los príncipes... sólo hombres y animales que fingen ser hombres. Me casé con uno de los segundos, pero al menos te dio los genes de esas mejillas asombrosas, esa sonrisa devastadora. Tu padre tenía muy buena dentadura.

—Si al menos hubiese sido un ciclista más atento.

—No fue culpa suya, querida.

—Los tranvías van sobre raíles, madre. No te pillan si no te metes entre las vías.

—Tu padre no era ningún genio. Pero, por suerte, yo sí que lo soy, y por tanto por ti fluye la sangre de las hadas.

—Nadie diría que las hadas sudan tanto. —Alessandra apartó de la cara de su madre uno de sus rizos empapados—. Oh, madre, no nos irá bien en una colonia. Por favor, no lo hagas. —El viaje dura cuarenta años... fui a casa del vecino y lo miré en la red.

—¿Esta vez le pediste permiso?

—Claro que sí, ahora atrancan las ventanas. Se alegraron mucho de saber que nos íbamos a las colonias.

—De eso estoy segura.

—Pero por efecto de la magia, para nosotras sólo pasarán dos años.

—Debido al efecto relativista de viajar a velocidades cercanas a la de la luz.

—Mi hija es un genio. E incluso durante esos dos años podemos dormir, por lo que no envejeceremos.

—No mucho.

—Será como si nuestros cuerpos durmiesen una semana y nos despertásemos cuarenta años después.

—Y todos nuestros conocidos en la Tierra serán cuarenta años mayores que nosotros.

—Y en su mayoría habrán muerto —cantó madre—. Incluida la bruja odiosa de mi madre, que me repudió cuando me casé con el hombre al que amaba, y que por tanto jamás pondrá sus manos sobre mi querida hija. —La melodía de ese estribillo siempre sonaba alegre. Alessandra no conocía a su abuela. Pero entonces se le ocurrió que quizás una abuela podría impedirle unirse a una colonia.

—No voy a ir, madre.

—Eres menor de edad e irás a donde yo vaya, toma.

—Eres una loca y pediré la emancipación legal antes que ir, toma tú.

—Te lo pensarás antes porque voy a irme contigo o sin ti, y si crees que tu vida es dura entonces deberías probar cómo será sin mí.

—Sí, debería —dijo Alessandra—. Déjame conocer a la abuela.

La mirada de furia de madre fue inmediata, pero Alessandra insistió.

—Déjame vivir con ella. Tú vete a la colonia.

—Pero yo no tengo ninguna razón para ir a la colonia, querida. Lo hago por ti. Así que sin ti, no iré.

—Entonces no iremos. Díselo.

—Vamos a ir, y estaremos encantadas de hacerlo.

Bien podía bajarse del ti vivo; a madre no le importaba dar vueltas una y otra vez a lo mismo, pero a Alessandra le aburría.

—¿Qué mentiras contaste para que te aceptasen?

—No conté ninguna mentira —dijo madre, fingiéndose indignada por la acusación—. Sólo me identifiqué. Ellos se encargan de la investigación, por lo que, si tienen información falsa, es culpa suya. ¿Sabes por qué nos quieren?

—¿Lo sabes tú? —preguntó Alessandra—. ¿De verdad te lo dijeron?

—No hace falta ser un genio para darse cuenta, ni siquiera hace falta ser un hada —dijo madre—. Nos quieren porque las dos podemos tener hijos.

Alessandra gimió asqueada, pero madre se acicalaba delante de un espejo de cuerpo entero imaginario.

—Sigo siendo joven —dijo madre—, y tú te estás haciendo mujer. Allí tienen a hombres de la flota, jóvenes que jamás se han casado. Esperarán ansiosos nuestra llegada. Así que yo me uniré a un muy ansioso viejo de sesenta años, le daré bebés y luego él se morirá. Ya estoy acostumbrada. Pero tú... tú serás un premio para cualquier joven. Serás un tesoro.

—Te refieres a mi útero —dijo Alessandra—. Tienes razón, eso es exactamente lo que piensan. Apuesto a que han aceptado a todas las mujeres sanas que se ofrecieron a ir.

—Las hadas siempre estamos sanas.

Era muy cierto... Alessandra no recordaba haber estado enferma, excepto por la intoxicación sufrida aquella vez que madre insistió, después de un largo día de mucho calor, en que probasen la comida de un vendedor callejero.

—Así que envían un rebaño de mujeres, como vacas.

—Sólo eres una vaca si así lo decides tú —dijo madre—. Ahora lo único que me queda por decidir es si queremos dormir durante el viaje y despertar justo antes de aterrizar o quedarnos despiertas durante dos años, recibiendo instrucción y adquiriendo habilidades para estar listas y ser productivas durante la primera oleada de colonización.

Alessandra estaba impresionada.

—¿En serio has leído la documentación?

—Es la decisión más importante de nuestra vida, mi querida Alessandra. Estoy siendo extremadamente cuidadosa.

—Si hubieses leído las facturas de la compañía eléctrica...

—No eran interesantes. Sólo describían nuestra pobreza. Ahora comprendo que Dios nos preparaba para un mundo sin aire acondicionado, sin vídeos y sin redes. Un mundo de naturaleza. Nosotros los elfos nacimos para la naturaleza. Tú irás al baile y con tu gracia de hada deslumbrarás al hijo del rey, y el hijo del rey bailará contigo hasta que se enamore tanto que su corazón se rompa por ti. A continuación, tú serás quien decida si él es el adecuado para ti.

—Dudo que haya un rey.

—Pero hay un gobernador. Y otros altos cargos. Y jóvenes con futuro. Yo te ayudaré a elegir.

—No me ayudarás a elegir, eso te lo aseguro.

—Es igual de fácil enamorarse de un rico que de un pobre.

—Como si tú lo supieses.

—Lo sé mejor que tú, porque en una ocasión lo hice muy mal. El flujo de sangre caliente al corazón es la magia más oscura, y debe ser controlada. No debes permitir que suceda hasta que no hayas escogido a un hombre que merezca tu amor. Te ayudaré a elegir.

No tenía sentido discutir. Mucho tiempo atrás Alessandra había aprendido que discutir con su madre no conducía a nada, mientras que pasar de ella resultaba muy efectivo.

Excepto por aquello. Una colonia. Era claramente el momento de buscar a la abuela. Vivía en Polignano a Mare, la siguiente ciudad un poco grande de la costa del Adriático. Eso era todo

lo que sabía de ella. Y la madre de madre no se apellidaría Toscano. Alessandra tendría que investigar en serio.

* * *

Una semana más tarde, madre todavía intentaba decidirse entre si dormir durante el viaje o no, mientras Alessandra descubría que había mucha información a la que no permitían acceder a una menor. Rebuscando por casa encontró su certificado de nacimiento, pero no le sirvió de mucho porque sólo indicaba el nombre de sus padres. Necesitaba el certificado de su madre y no iba a encontrarlo en el apartamento.

La gente del gobierno apenas reconocía su existencia, y cuando escuchaban lo que quería la enviaba de vuelta a casa. Sólo cuando pensó en la Iglesia católica avanzó algo. Lo cierto era que no habían ido a misa desde que Alessandra era muy pequeña, pero el párroco la ayudó a buscar para dar con su fe de bautismo. Tenían constancia de los padres y padrinos del bebé Alessandra Toscano, y Alessandra supuso que los padrinos eran sus abuelos o sabrían quiénes eran sus abuelos.

En la escuela buscó en la red y descubrió que Leopoldo e Isabella Santangelo vivían en Polignano a Mare, lo que era buena señal, porque allí vivía la abuela.

En lugar de volver a casa, hizo uso de su bono de estudiante y se subió al tren que iba a Polignano. Se pasó cuarenta y cinco minutos recorriendo la ciudad en busca de la dirección. Para su disgusto, acabó al final de un callejón que daba a Via Antonio Ardito, frente a un edificio de apartamentos de aspecto lamentable que daba la espalda a las vías del tren. No había timbre. Alessandra subió al cuarto piso y llamó.

—¡Si quieres golpear algo, golpéate la cabeza! —gritó una mujer desde el interior.

—¿Es usted Isabella Santangelo?

—Soy la Virgen María y estoy ocupada respondiendo a las plegarias. ¡Vete!

La primera cosa que se le ocurrió a Alessandra fue: así que madre mintió sobre lo de ser hija de las hadas. Realmente es la hermana menor de Jesucristo.

Pero decidió que el humor no sería la mejor forma de encarar la cuestión. Ya estaba en un lío por abandonar Monopoli sin permiso, y tenía que descubrir si la Virgen María era o no su abuela.

—Lamento molestarla, pero soy la hija de Dorabella Toscano y yo...

La mujer debía de estar detrás de la puerta, esperando, porque la abrió antes de que Alessandra pudiese terminar la frase.

—¡Dorabella Toscano está muerta! ¡Las muertas no pueden tener hijas!

—Mi madre no está muerta —dijo Alessandra, conmovida—. Usted aparece como mi madrina en el registro de la parroquia.

—Fue el peor error de mi vida. Se casó con ese cerdo de chico, mensajero en bicicleta, cuando apenas tenía quince años. ¿Y por qué? Porque se le hinchaba la barriga contigo, ¡por eso! ¡Cree que una boda lo limpia y lo purifica todo! Y el idiota de su marido se deja matar. Se lo dije, ¡eso demuestra que Dios existe! ¡Ahora vete a la mierda!

Le cerró la puerta en las narices a Alessandra.

Había llegado muy lejos. No era posible que su abuela pretendiese deshacerse de ella de esa forma. Apenas habían tenido tiempo de verse.

—Pero soy tu nieta —dijo Alessandra.

—¿Cómo podría tener una nieta si no tengo hija? Dile a tu madre que antes de enviar a su medio bastarda a pedir a mi puerta, mejor será que venga ella misma para disculparse en serio.

—Se va a una colonia —dijo Alessandra.

La puerta volvió a abrirse.

—Está más loca que nunca —dijo la abuela—. Pasa. Siéntate. Dime qué estupidez se le ha ocurrido hacer.

El apartamento estaba impecable. Todo era increíblemente barato, de la peor calidad, pero había muchas cosas: cerámicas, pequeñas obras artísticas enmarcadas... y todo estaba limpio y reluciente. El sofá y los sillones estaban tan llenos de mantas, fundas y pequeños cojines bordados que no había dónde sentarse. La abuela Isabella no movió nada, y al final Alessandra se sentó encima de un montón de cojines.

Sintiéndose de repente bastante desleal e infantil al hablar de su madre como si estuviese en el patio del recreo, Alessandra intentó suavizar la situación.

—Tiene sus razones, lo sé, y supongo que cree que lo hace realmente por mi bien...

—¿Qué es eso que hace por ti que tú no quieres que haga? ¡No tengo todo el día!

La mujer que ha bordado todos estos cojines dispone de todo el día todos los días. Pero Alessandra se guardó el comentario.

—Nos ha apuntado para ir en una nave colonial y nos han aceptado.

—¿Una nave colonial? Ya no hay colonias. Ahora esos lugares son países. No es que Italia tuviese verdaderas colonias, no desde los tiempos del Imperio romano. Después de esa época perdieron las pelotas... me refiero a los hombres. Desde entonces los italianos son unos inútiles. Tu abuelo, que Dios lo mantenga bajo tierra, era bastante inútil, nunca le plantó cara a nadie, dejó que todos le manejasen de cualquier manera, pero al menos trabajó duro y me dio sustento hasta que mi desagradecida hija me escupió en la cara y se casó con el chico de la bici. Ese padre inútil tuyo nunca ganó ni un céntimo.

—Bien, al menos no desde que se murió —dijo Alessandra, algo más que un poco indignada.

—¡Me refiero a cuando estaba vivo! Trabajaba tan pocas horas como podía. Creo que se drogaba. Probablemente tú fuiste un bebé de la cocaína.

—No lo creo.

—¿Cómo puedes saberlo? —dijo la abuela—. ¡Entonces ni siquiera sabías hablar!

Alessandra se quedó sentada y esperó.

—¿Bien? Cuéntamelo.

—Ya te lo he contado, pero no me has creído.

—¿Qué es lo que me has dicho?

—Te he hablado de una nave colonial. Una nave espacial para uno de los planetas insectores, para cultivarlos y explorarlos.

—¿Los insectores no se quejarán?

—Ya no hay insectores, abuela. Murieron todos.

—Un asunto muy desagradable, pero inevitable. Si ese chico Ender Wiggin está disponible, tengo una lista de otra mucha gente que precisa una buena destrucción. En todo caso, ¿qué quieres?

—No quiero ir al espacio con madre. Pero todavía soy menor de edad. Si firmases como mi tutora, podría emanciparme y quedarme en casa. Es la ley.

—¿Como tu tutora?

—Sí. Para supervisarme y mantenerme. Viviría aquí.

—Fuera.

—¿Qué?

—Levántate y sal de aquí. ¿Te crees que esto es un hotel? ¿Dónde crees que ibas a dormir? ¿En el suelo, para que me tropiece contigo por la noche y se me rompa la cadera? Aquí no hay sitio para ti. Tendría que haber supuesto que vendrías con exigencias. ¡Fuera!

No había posibilidad de discusión. Al cabo de un momento Alessandra bajaba a toda prisa las escaleras, furiosa y humillada. Esa mujer estaba todavía más loca que madre.

No tengo dónde ir, pensó Alessandra. Seguro que la ley no permite que mi madre me obligue a ir al espacio, ¿verdad? No soy un bebé, no soy una niña, tengo catorce años, puedo leer, escribir y tomar decisiones racionales.

Cuando el tren llegó a Monopoli, Alessandra no se fue directamente a casa. Tenía que ocurrírsele una buena mentira sobre dónde había estado, así que bien podía inventarse una que explicase una ausencia más prolongada. Quizá la oficina del Proyecto Dispersión siguiese abierta.

Pero no lo estaba. Ni siquiera podía conseguir un folleto. ¿Y qué sentido hubiera tenido? Cualquier detalle interesante estaría en la red. Hubiera podido quedarse después de la escuela y descubrir todo lo que quería saber. En lugar de eso, había ido a visitar a su abuela.

Eso demuestra lo buenas que son las decisiones que tomo.

Madre estaba sentada a la mesa, con una taza de chocolate delante. Alzó la vista y miró a Alessandra cerrar la puerta y dejar la bolsa de libros, pero no dijo nada.

—Madre, lo siento, yo...

—Antes de que me mientas... —dijo madre en voz baja—. La bruja me ha llamado y me ha gritado por haberte enviado. Le he colgado, que es lo que hago habitualmente, y luego he desconectado el teléfono de la pared.

—Lo siento —dijo Alessandra.

—¿No se te ocurrió que yo tenía una razón para mantenerla alejada de tu vida?

Por algún motivo, ese comentario desató algo en el interior de Alessandra y, en lugar de ceder, estalló:

—No me importa si tenías una razón —dijo—. Hubieras podido tener diez millones de razones, ¡pero no me contaste ni una! Esperabas que te obedeciese ciegamente. Pero a tu madre no la obedeces ciegamente.

—Tu madre no es un monstruo —dijo madre.

—Hay muchos tipos de monstruos —dijo Alessandra—. Tú eres del tipo que revolotea como una mariposa pero jamás se posa el tiempo suficiente para saber siquiera quién soy.

—¡Todo lo que hago es por ti!

—Nada es por mí. Todo es para la niña que imaginas que tuviste, la que no existe, la niña perfecta y feliz que habría sido el resultado de que tú hubieras sido lo opuesto a tu madre en todo, hasta el más mínimo detalle. Bien, yo no soy esa niña. Y en casa de tu madre, ¡hay electricidad!

—¡Entonces vete a vivir allí!

—¡No me deja!

—Acabaría odiando vivir allí. Nunca podrías tocar nada. Siempre tendrías que hacer las cosas a su modo.

—¿Como partir en una nave de colonización?

—Lo hice por ti.

—Que fue como comprarme un sujetador de gran tamaño. ¿Por qué no miras quién soy antes de decidir qué necesito?

—Te diré quién eres. Eres una chica demasiado joven e inexperta para saber qué necesita una mujer. Por ese camino yo te llevo diez kilómetros de ventaja, sé lo que está por venir, intento darte lo que precisas para que ese camino te resulte llano y fácil, y ¿sabes qué? A pesar de ti, lo he hecho. Te me has resistido a cada paso del camino, pero contigo he hecho un gran trabajo. Tú ni siquiera sabes hasta qué punto es bueno el trabajo que he hecho contigo, porque ni siquiera sabes lo que podrías haber sido.

—¿Quién podría haber sido, madre? ¿Tú?

—Tú nunca podrías haber sido yo —dijo madre.

—¿Qué quieres decir? ¿Que podría haber sido ella?

—Nunca sabremos lo que habrías sido, ¿verdad? Porque ya eres aquello en lo que yo te he convertido.

—Falso. Parezco lo que sea que debo parecer para sobrevivir en tu hogar. En lo más hondo, realmente soy una extraña para ti. Una extraña a la que pretendes arrastrar al espacio sin ni siquiera preguntarle si quiere ir. Antes había una palabra para las personas a las que trataban de esa forma. Las llamaban «esclavos».

Más que nunca en su vida, Alessandra quería correr a su dormitorio y dar un portazo. Pero no tenía dormitorio. Dormía en un sofá, en el mismo cuarto de la cocina y la mesa de la cocina.

—Comprendo —dijo madre—. Iré al dormitorio y podrás cerrarme la puerta de golpe.

El hecho de que madre supiese realmente lo que pensaba era lo que la ponía más furiosa. Pero Alessandra no gritó, no arañó a su madre, no se tiró al suelo con una rabieta y ni siquiera se lanzó al sofá y hundió la cara en el cojín. Se sentó a la mesa, frente a su madre, y dijo:

—¿Qué hay de cenar?

—Vaya. ¿Así se acaba la discusión?

—Discutamos mientras cocinamos. Tengo hambre.

—No hay nada para comer, porque no he presentado el consentimiento final, porque todavía no he decidido si dormiremos o estaremos despiertas durante el viaje, y por tanto no hemos recibido la bonificación por el consentimiento, y por tanto no tenemos dinero para comprar comida.

—Entonces, ¿qué pasa con la cena?

Madre se limitó a apartar la vista.

—Ya lo sé —dijo Alessandra, animada—. ¡Vamos a casa de la abuela!

Madre se volvió y la miró furiosa.

—Madre —dijo Alessandra—, ¿cómo es posible que nos quedemos sin dinero cuando vivimos del subsidio? Otras personas que viven del subsidio se las arreglan para comprar comida y pagar la electricidad.

—¿En qué crees tu? —dijo madre—. Mira a tu alrededor. ¿En qué me he gastado todo el dinero del gobierno? ¿Dónde están las extravagancias? Mira en mi armario y cuenta cuántos vestidos tengo.

Alessandra pensó un momento.

—Nunca se me había ocurrido. ¿Le debes dinero a la mafia? ¿Se lo debía padre antes de morir?

—No —dijo madre desdeñosa—. Posees toda la información necesaria para comprenderlo perfectamente, y aun así todavía no te has enterado, tan inteligente y adulta como eres.

Alessandra no tenía ni idea de qué hablaba madre. Alessandra no poseía ningún dato nuevo. Tampoco tenía nada que comer.

Se levantó y fue abriendo armarios. Encontró una caja de radiatori secos y un frasco de pimienta negra. De debajo del fregadero sacó una cazuela, la llenó de agua, la puso sobre el fogón y encendió el fuego.

—No hay salsa para la pasta —dijo madre.

—Hay pimienta. Hay aceite.

—No se pueden comer los radiatori sólo con aceite y pimienta. Es como meterse en la boca un puñado de harina húmeda.

—No es problema mío —dijo Alessandra—. Dada la situación, es pasta o suela de zapato, así que será mejor que cierres tu armario.

Madre intentó adoptar de nuevo un tono jocoso.

—Por supuesto, como una buena hija, te comerías mis zapatos.

—Date por satisfecha si paro antes de llegar al pie.

Madre fingió que seguía bromeando cuando dijo:

—Los hijos se comen vivos a sus padres, eso hacen.

—Entonces, ¿qué hace esa criatura odiosa viviendo todavía en ese piso de Polignano a Mare?

—¡Se me rompieron los dientes al morderla! —Aquél fue el último intento de bromear de madre.

—Me hablas de las cosas espantosas que hacen las hijas, pero tú también eres hija. ¿Las hiciste?

—Me casé con el primer hombre que me ofreció un atisbo de lo que podían ser la dulzura y el placer. Me casé como una estúpida.

—Yo tengo la mitad de los genes del hombre con el que te casaste —dijo Alessandra—. ¿Es por eso que soy demasiado estúpida como para decidir en qué planeta quiero vivir?

—Es evidente que quieres vivir en cualquier planeta donde yo no esté.

—¡Fue a ti a la que se le ocurrió la idea de la colonia, no a mí! Pero ahora creo que has expresado tu propia motivación. ¡Sí! ¡Quieres colonizar otro planeta porque tu madre no está allí!

Madre se hundió en su silla.

—Sí, en parte. No voy a pretender que no lo consideraba una de las mejores consecuencias de irnos.

—Así que admites que no lo hacías únicamente por mí.

—No admitiré tal mentira. Es todo por ti.

—Alejarte de tu madre, eso es por ti —dijo Alessandra.

—Es por ti.

—¿Cómo podría ser por mí? Hasta hoy ni siquiera conocía la cara de mi abuela. Nunca la había visto. Ni siquiera sabía cómo se llamaba.

—¿Y sabes cuánto me costó? —preguntó madre.

—¿A qué te refieres?

Madre apartó la vista.

—El agua hierve.

—No, lo que oyes es mi enfado. Dime lo que quieres decir. ¿Cuánto te costó impedir que conociese a mi abuela?

Madre se puso en pie, fue al dormitorio y cerró la puerta.

—¡Se te ha olvidado dar un portazo, madre! En todo caso, ¿quién es la adulta en esta casa? ¿Quién demuestra tener sentido de la responsabilidad? ¿Quién prepara la cena?

El agua tardó otros tres minutos en hervir. Alessandra le echó dos puñados de radiatori. Luego sacó los libros y se puso a estudiar sentada a la mesa. Acabó cocinando la pasta en exceso y era tan barata que se le apelotonó y el aceite no logró despegarla. Se amazacotó en el plato y la pimienta apenas lograba que la masa fuera comestible. Mientras comía, mantuvo la vista fija en el libro y en los deberes, y tragó, mecánicamente hasta que el contenido de su boca le dio arcadas. Se levantó, escupió en el fregadero y luego se bebió un vaso de agua y casi vomitó todo lo que había comido. Tuvo arcadas dos veces en el fregadero antes de poder controlar el vómito.

—Mm, delicioso —murmuró. Luego regresó a la mesa.

Allí estaba sentada madre, recogiendo con los dedos un único trozo de pasta. Se la metió en la boca.

—Qué buena madre soy —dijo en voz muy baja.

—Estoy haciendo los deberes, madre. Ya hemos agotado el tiempo de pelea.

—Sé sincera, cariño. Casi nunca nos peleamos.

—Eso es cierto. Tú revoloteas pasando de lo que yo diga, repleta de felicidad. Pero créeme, no dejo de dar vueltas mentalmente a mi parte de la discusión.

—Voy a contarte algo, porque tienes razón: eres lo suficientemente mayor para comprender las cosas.

Alessandra se sentó.

—Vale, cuéntame. —Miró a su madre a los ojos.

Madre apartó la vista.

—Así que no me lo vas a contar. Haré los deberes.

—Te lo voy a contar —dijo madre—. Simplemente, no te miraré mientras lo hago.

—Y yo tampoco te miraré a ti. —Regresó a los deberes.

—Alrededor del día diez de cada mes, mi madre me llama. Contesto al teléfono porque sé que si no lo hago se subirá a un tren y vendrá aquí, y luego tendré problemas para sacarla de casa antes de que tú vuelvas del colegio. Así que contesto y ella me dice que no la quiero, que soy una hija desagradecida, porque allí está ella sola en su casa, y no tiene dinero, no puede tener nada bonito en su vida. Múdate a mi casa, dice, tráete contigo a tu hermosa hija, podemos vivir en mi apartamento y compartir nuestro dinero, y así tendremos suficiente. No, mamá, le digo. No me mudaré a tu casa. Y ella llora y grita y me dice que soy una hija odiosa que arranca de su vida toda alegría y toda belleza porque la dejo sola y sin un céntimo, así que le prometo que le enviaré algo. Ella dice que no lo envíe, que eso es gastar dinero en sellos. Yo iré a buscarlo, dice, y yo digo, no, no estaré aquí, cuesta más dinero ir en tren que enviarlo, así que lo enviaré. Y de alguna forma consigo que cuelgue antes de que tú vuelvas a casa. A continuación me siento durante un rato sin cortarme las venas y luego meto algo de dinero en un sobre y lo llevo a Correos, donde lo envío, y luego ella coge el dinero y compra algún trozo odioso de basura y lo cuelga de una pared o lo coloca en un estante, hasta que la casa está repleta de cosas que yo he pagado con el dinero que debería haber dedicado a la crianza de mi hija, y yo pago por todo eso de forma que todos los meses me quedo sin dinero a pesar de que recibo el mismo subsidio que ella. Porque vale la pena. Vale la pena pasar hambre. Vale la pena que te enfades conmigo, porque así no tienes que conocer a esa mujer, no tienes que tenerla en tu vida. Así que sí, Alessandra, lo hice todo por ti. Y si puedo sacarnos de este planeta, no tendré que mandarle más dinero, y no me llamará más, porque para cuando lleguemos al otro mundo ya habrá muerto. Sólo desearía que hubieses confiado en mí lo suficiente para haber llegado a este punto sin tener que ver su rostro malvado y oír su voz malvada.

Madre se levantó y regresó a su cuarto.

Alessandra terminó los deberes, los devolvió a la mochila y luego se fue a sentar al sofá y a mirar el televisor que no funcionaba. Recordó haber vuelto a casa cada día, de la escuela, durante años, y allí estaba madre, siempre, revoloteando por la casa, diciendo tonterías sobre hadas, magia y todo lo bonito que hacía durante el día y, mientras tanto, lo que hacía durante el día era luchar contra el monstruo para evitar que entrase en casa, evitar que atrapase a la pequeña Alessandra.

Explicaba el hambre. Explicaba la electricidad. Lo explicaba todo.

No significaba que madre no estuviese loca. Pero ahora su locura tenía una especie de sentido. Y la colonia significaba que al fin madre sería libre. No era Alessandra la que tenía que emanciparse.

Se puso de pie, fue hacia la puerta y llamó.

—Yo digo que durmamos durante el viaje.

Una larga espera. Luego, desde el otro lado:

—Eso creo yo también. —Al cabo de un momento, madre añadió—: En esa colonia habrá un joven para ti. Un buen joven con futuro.

—Creo que lo habrá —dijo Alessandra—. Y sé que adorará a mi madre feliz y loca. Y mi maravillosa madre también lo adorará a él.

Y luego silencio.

El calor en el piso era insoportable. El aire no se movía a pesar de que las ventanas estaban abiertas. Alessandra se tendió en el sofá en ropa interior, deseando que el tapizado no fuese tan pegajoso y viscoso. Se tendió en el suelo, pensando que quizás allí el aire fuese un pelín más fresco, porque el aire caliente sube. Sólo que el aire caliente del piso de abajo también debía estar subiendo y calentaba el suelo, por lo que no servía de nada. Y encima el suelo estaba duro.

O quizá no estuviese tan duro, porque a la mañana siguiente se despertó en el suelo, había algo de brisa que llegaba del Adriático y madre freía algo.

—¿De dónde has sacado los huevos? —preguntó Alessandra cuando salió del baño.

—Los he pedido —dijo madre.

—¿A uno de los vecinos?

—A un par de gallinas de los vecinos —dijo madre.

—¿Nadie te ha visto?

—Nadie me ha detenido, me viese o no.

Alessandra rio y la abrazó. Fue a la escuela y, en esa ocasión, no fue tan orgullosa como para no comerse el almuerzo de caridad, porque pensó: mi madre pagó esta comida para mí.

Esa noche había comida en la mesa, pero no cualquier comida, sino pescado, salsa y verduras frescas. Así que madre debía haber presentado el último documento y había recibido la bonificación por el consentimiento. Se iban.

Madre fue escrupulosa. Llevó consigo a Alessandra cuando fue a casa de los dos vecinos que criaban gallinas y les dio las gracias por no llamar a la policía y luego pagó los huevos que había cogido. Intentaron negarse, pero ella insistió en que no podía irse dejando esas deudas, que su generosidad contaría a su favor en los cielos, y hubo besos y lágrimas, y madre no caminó con su estilo fingido de hada, sino con el paso ligero de una mujer que se ha quitado un peso de encima.

Dos semanas más tarde, Alessandra estaba en la red, en la escuela, y descubrió algo que la hizo jadear con fuerza, allí mismo, en la biblioteca, de forma que varias personas se le acercaron corriendo y tuvo que pasar a otra pantalla y todos estuvieron seguros de que miraba pornografía; pero no le importó, porque no veía el momento de llegar a casa y contárselo a su madre.

—¿Sabes quién va a ser el gobernador de nuestra colonia?

Madre no lo sabía.

—¿Importa? Será un viejo gordo. O un aventurero atrevido.

—¿Y si no fuese un hombre? ¿Y si fuese un chico, un chico de trece o catorce años, un chico tan absolutamente inteligente y bueno que salvó a la especie humana?

—¿A qué te refieres ?

—Han anunciado la tripulación de nuestra nave colonial. El piloto será Mazer Rackham y el gobernador de la colonia será Ender Wiggin.

Ahora le tocó jadear a madre.

—¿Un niño? ¿Un niño será el gobernador?

—Comandó la flota durante la guerra, así que puede gobernar una colonia —dijo Alessandra.

—Un niño. Un niño pequeño.

—No tan pequeño. De mi edad.

Madre la miró.

—¿Qué, tan mayor eres?

—Soy lo suficientemente mayor. Como dijiste... ¡puedo quedarme embarazada!

Madre adoptó una expresión reflexiva.

—Y de la misma edad que Ender Wiggin.

Alessandra notó que se ruborizaba.

—¡Madre! ¡No creas que no sé qué piensas!

—¿Y por qué no pensarlo? En ese mundo distante y solitario tendrá que casarse con alguien. ¿Por qué no contigo? —Luego el rostro de madre también se puso rojo y se llevó las manos a las mejillas—. ¡Oh, oh, Alessandra! Temía contártelo... ¡y ahora me alegro, y tú también te alegrarás!

—¿Contarme qué?

—¿Recuerdas que decidimos dormir durante el viaje? Bien, fui a la oficina a presentar el formulario, pero vi que accidentalmente había marcado la otra casilla, la de estar despiertas, estudiar y participar en la primera oleada de colonos. Y pensé, ¿y si no me lo dejan cambiar? Y decidí, ¡los obligaré a cambiarlo! Pero al sentarme con la funcionaria me entró miedo y ni siquiera lo comenté, y me limité a presentarlo como una cobarde. Pero ahora comprendo que no fue cobardía, fue Dios guiando mi mano, sí que lo fue. Porque ahora estarás despierta durante todo el viaje. ¿Cuántos chicos de catorce años habrá en la nave, despiertos? Ender y tú, eso creo. Los dos.

—No va a enamorarse de una niña estúpida como yo.

—Sacas muy buenas notas, y además, un chico listo no busca una chica todavía más lista, busca una chica que le ame. Él es un soldado que después de la guerra nunca regresará a casa. Tú te convertirás en su amiga. Una buena amiga. Pasarán años antes de que llegue el momento adecuado para casaros. Pero cuando llegue ese momento, él te conocerá.

—Quizá tú te cases con Mazer Rackham.

—Si él tiene suerte —dijo madre—. Pero me contentaré con cualquier viejo que me lo pida, siempre que pueda verte feliz.

—No me casaré con Ender Wiggin, madre. No esperes lo imposible.

—No te atrevas a decirme lo que debo esperar. Pero me contentaré con el simple hecho de que os hagáis amigos.

—Yo me contentaré con verle y no mearme en los pantalones. Es el ser humano más famoso del mundo, el mayor héroe de toda la historia.

—No mojarse los pantalones es un buen primer paso. Los pantalones mojados no dan una buena impresión.

Acabó el año escolar. Recibieron las instrucciones y los billetes. Tomarían el tren a Nápoles y luego volarían a Kenia, donde los colonos de Europa y África se reunían para tomar el trans-

bordador al espacio. Los últimos días los invirtieron en hacer todas las cosas que adoraban hacer en Monopoli: ir al puerto, a los parquecitos donde Alessandra había jugado de niña, a la biblioteca, a despedirse de todo lo que había sido agradable en su vida en la ciudad. A la tumba de su padre, para depositar las últimas flores.

—Me gustaría que hubieses podido venir con nosotras:—susurró madre. Alessandra se preguntó si en caso de no haber muerto tendrían que haber ido al espacio para encontrar la felicidad.

Esa última noche en Monopoli volvieron tarde a casa y, cuando llegaron al piso, ahí estaba la abuela, en el escalón delantero del edificio. Se puso de pie en cuanto las vio y rompió a gritar incluso antes de que pudiesen oír lo que decía.

—Es mejor que no volvamos al piso —dijo Alessandra—. Allí no hay nada que necesitemos.

—Necesitamos ropa para el viaje a Kenia —dijo madre—. Y además, no le tengo miedo.

Así que recorrieron la calle mientras los vecinos se asomaban para ver qué pasaba. La voz de la abuela se fue haciendo más comprensible.

—¡Hija desagradecida! ¡Planeas robarme a mi querida nieta y llevártela al espacio! ¡No la volveré a ver y ni siquiera me lo contaste, para que no pudiese despedirme! ¿Qué monstruo hace algo así? ¡Nunca te has preocupado por mí! Me dejas sola en mi vejez... ¿qué devoción es ésta? Los vecinos, ¿qué pensáis de una hija así? ¡Qué monstruo ha estado viviendo entre vosotros! ¡Un monstruo de ingratitud! —Y así siguió sin parar.

Pero Alessandra no estaba avergonzada. Al día siguiente no serían sus vecinos. No tenía de qué preocuparse. Además, cualquiera de ellos con un mínimo de sentido común lo comprendería. Pensaría: no es de extrañar que Dorabella Toscano se lleve a su hija lejos de esta bruja vil. El espacio es apenas lo suficientemente grande para apartarse de esta arpía.

La abuela se situó directamente frente a su madre y le gritó a la cara. Madre no habló, se limitó a apartarse e ir hacia la puerta del edificio. Pero no la abrió. Se volvió y alzó la mano para hacer callar a la abuela.

La abuela no se calló.

Pero madre se limitó a sostener la mano en alto. Al final, la abuela terminó su retahíla diciéndolo:

—¡Así que ahora quiere hablar conmigo! ¡No quiso hablar conmigo durante todas estas semanas que ha estado planeando ir al espacio! ¡Sólo ahora que vengo aquí con el corazón roto y el rostro desencajado se molesta en hablar conmigo, sólo ahora! ¡Habla entonces! ¿Qué esperas? ¡Habla! ¡Te escucho! ¿Qué te lo impide?

Finalmente, Alessandra se colocó entre las dos y le gritó a la cara a su abuela:

—¡Nadie podrá hablar hasta que no te calles!

La abuela le dio una bofetada. Fue un golpe duro, y Alessandra se tambaleó.

Entonces madre le ofreció un sobre a la abuela.

—Aquí tienes todo el dinero que queda de nuestra bonificación por el consentimiento. Todo lo que tengo en el mundo, excepto la ropa que nos llevaremos a Kenia, te lo doy. Y ahora he terminado contigo. Te llevas lo último que me sacarás. Aparte de esto.

Le cruzó la cara con una tremenda bofetada.

La abuela se tambaleó y estaba a punto de gritar cuando madre, la alegre Dorabella Toscano nacida de las hadas, pegó su rostro al suyo y le gritó:

—¡Nadie, nunca, jamás, pega a mi niña! —Luego metió el sobre dentro de la blusa de la abuela, la agarró por los hombros, le dio la vuelta y la empujó calle abajo.

Alessandra rodeó a su madre con los brazos y sollozó.

—Mamá, nunca lo había comprendido hasta ahora. No lo sabía.

Madre la agarró con fuerza y miró por encima de su hombro a los vecinos que miraban conmocionados.

—Sí—dijo—, soy una hija horrible. ¡Pero soy muy, muy buena madre!

Varios vecinos aplaudieron y rieron, aunque otros chasquearon la lengua y se fueron. A Alessandra no le importó.

—Deja que te mire —dijo madre.

Alessandra dio un paso atrás. Madre le examinó la cara.

—Un cardenal, creo, pero no muy grande. Sanará con rapidez. Creo que no quedará ni rastro cuando conozcas a ese buen joven con futuro.

Capítulo 6

Para: GobNom%Colonial@MinCol.gob

De: GobLey%Colonial@MinCol.gob

Asunto: Nombre de la colonia

Estoy de acuerdo que llamar a este lugar Colonia 1 acabará por cansar. Estoy de acuerdo en que será mucho mejor darle un nombre ahora en lugar de rebautizarla cuando usted y su nave lleguen aquí, dentro de cincuenta años.

Pero su propuesta de ponerle «Próspero» no es demasiado acertada ahora mismo. Estamos enterrando a antiguos pilotos de combate al ritmo de uno cada dos días, mientras nuestro xenobiólogo se esfuerza por encontrar medicinas o tratamientos que controlen o eliminen los gusanos aéreos que inhalamos y que nos agujerean las venas hasta que nos desangramos internamente.

Sel (el XB) me garantiza que la droga que nos acaba de administrar los ralentizará y nos ganará algo de tiempo. Por lo que hay cierta posibilidad de que para cuando lleguen aquí haya una colonia. Si tiene preguntas sobre el gusano del polvo, tendrá que planteárselas a Sel directamente en SMenach%Colonia 1 @MinCol.gob\divxb.

Mi dirección es mi cargo laboral, pero me llamo Vitaly Kolmogorov y mi graduación es la de almirante. ¿Cómo se llama usted? ¿A quién le estoy escribiendo?

Para: GobLey%Colonial@MinCol.gob

De: GobNom%Colonial@MinCol.gob

Asunto: Re: Nombre de la colonia

Estimado almirante Kolmogorov:

He leído con enorme alivio el reciente informe que indica que el gusano del polvo ha sido controlado por completo empleando el cóctel de drogas desarrollado por su XB, Sel Menach. El gusano se llama Menach de momento, pero su verdadero nombre tendrá que esperar mientras los comités discuten interminablemente sobre si debe usarse el latín para nombrar las xeno especies. Algunos argumentan que debería emplearse una lengua diferente para cada mundo colonial; otros piden la estandarización en todas las colonias; otros defienden una lengua para las especies nativas de cada planeta y otra para las del mundo natal insector trasplantadas a los mundos coloniales. Así es como los que permanecen en la Tierra se entretienen mientras ustedes hacen el verdadero trabajo de establecer una cabeza de puente en una ecoesfera alienígena.

Yo formo parte del problema, con todas mis tonterías sobre el nombre de la colonia. Por favor, perdóneme por malgastar su tiempo con esa cuestión; sin embargo, debe hacerse, y usted ya me ha ahorrado una metedura de pata que hubiese perjudicado las relaciones entre sus colonos y el ministerio y sus lacayos (incluido yo). Tenía razón al decir que Próspero no sería conveniente, pero, por alguna razón, me atrae la idea de emplear un nombre extraído de La Tempestad, de William Shakespeare. Quizá Tem-

pestad, Miranda o Ariel. Sospecho que Calibán no sería una buena elección. ¿Gonzalo? ¿Sycorax?

En cuanto a mi nombre, se debate si informar a sus colonos de quién soy. Tengo estrictamente prohibido decírselo ni siquiera a usted, el gobernador en «funciones». Mientras tanto, mi nombre recorre las redes y no es un secreto para nadie que me han nombrado gobernador de Colonia 1. Simplemente, la información no les ha sido transmitida a ustedes por ansible. Qué fácil engañarlos o mantenerles en la ignorancia... algo que tendré en cuenta cuando, como gobernador, dentro de 40 años, reciba información del MinCol. A menos que antes de mi partida haya logrado que cambien esta absurda práctica.

Creo que los poderes fácticos creen que nombrar gobernador de su colonia a un niño de trece años podría desmoralizar a sus colonos, aunque faltan cuarenta años para mi llegada. Al mismo tiempo, otros opinan que tener como gobernador al comandante victorioso les levantará la moral. Mientras se deciden, confío tanto en su poder de deducción como en su discreción.

Para: GobNom%Colonia 1 @MinCol.gob

De: GobLey%Colonia 1 @MinCol.gob

Asunto: Re: Nombre de la colonia

Estimado gobernador Wiggin:

Me impresiona la presteza de la respuesta del MinCol a su petición de que hubiera ancho de banda de ansible disponible para que los colonos puedan acceder sin restricciones a las redes, a discreción de los gobernadores.

Mi primera idea fue informar a toda la colonia de la identidad de su gobernador en tránsito. Aquí se reverencia el nombre de Ender Wiggin. Después de nuestra propia victoria, estudiamos sus batallas y debatimos qué superlativo se ajustaba mejor a su grado de genio militar. Pero también he visto los informes del consejo de guerra contra el coronel Graff y el almirante Rackham. Su reputación ha quedado por los suelos, y no quiero dar ningún incentivo a los colonos, cuando finalmente disfruten del lujo de conectarse al hogar de la humanidad, para pensar sobre si es usted un salvador o un sociópata. No es que ninguno de nuestros soldados y pilotos tenga la más mínima duda que es usted un salvador; pero durante los cincuenta años de su viaje nacerán niños que no habrán luchado bajo su mando.

Confieso que he tenido que releer La Tempestad tras leer su lista de nombres. ¡Sycorax, por supuesto! Y sí, por tenebroso que sea el nombre en la obra, es asombrosamente apropiado para nuestra situación. La madre de Calibán, la bruja que llenó de magia la isla que no salía en los mapas... Sycorax sería el nombre adecuado para la reina colmena que una vez gobernó este mundo, pero que ahora ha desaparecido, dejando atrás muchos artefactos... y trampas.

Nuestro XB, un joven asombroso que no quiere que le demos las gracias por habernos salvado la vida, dice que los cuerpos de los insectores estaban llenos de agujeros de los gusanos del polvo. Apparently, los insectores, individualmente hablando, eran considerados tan prescindibles que no hubo ningún intento de controlar o prevenir la enfermedad. ¡Vaya una forma de malgastar vidas! Por suerte, Sel ha descubierto que el ciclo vital del gusano del polvo pasa por una fase en que necesita alimentarse de

cierta especie de planta. Está trabajando en algún método para eliminar por completo esa especie. Ecocidio, lo llama... un monstruoso crimen biológico. Le consume la culpa. Pero la alternativa es que sigamos inyectándonos para siempre o modificar genéticamente a los niños que nazcan en este mundo para que nuestra sangre sea venenosa para el gusano del polvo.

En resumen, Sel ES Próspero. La reina colmena era Sycorax. Los insectores, Calibán. Por ahora, no hay ninguna Ariel, aunque aquí se venera a todas las mujeres en edad fértil. Vamos a celebrar una lotería con fines reproductivos. Yo he decidido no participar, no vaya a ser que se me acuse de amañarla para asegurarme una compañera. A nadie le gusta este plan tan poco romántico y sin libertad... pero votamos cuál era el mejor método de disponer de los escasos recursos reproductivos y Sel convenció a la mayoría de que era éste. Aquí no tenemos tiempo para los noviazgos, los sentimientos heridos ni el rechazo.

Le hablo a usted porque aquí no tengo a nadie con quien hablar, ni siquiera Sel. Ya tiene responsabilidades suficientes sin que yo descargue las mías sobre sus hombros.

Por cierto, el capitán de su nave no deja de escribirme como si creyese que puede darme órdenes sobre el gobierno de Colonia 1, sin referirse a usted. Me ha parecido que debía comunicárselo con el fin de que tome las medidas adecuadas para evitar, a su llegada, tener que lidiar con un aspirante a regente. Me parece que se trata del tipo de oficial que yo considero un «hombre de paz»; un burócrata que prospera en el Ejército sólo cuando no hay guerra, porque su verdadero enemigo es cualquier otro oficial que ocupe el puesto que él ansia. Usted es lo que él más odia: un hombre de guerra. Vigile su espalda; allí es donde siempre intenta ocultarse el hombre de paz, con un puñal en la mano.

VITALY DENISOVITCH

Para: GobLey%Colonial@MinCol.gob

De: GobNom%Colon1@MinCol.gob

Asunto: Re: Tengo el nombre

Estimado Vitaly Denisovitch:

Lo tengo: Shakespeare. Como nombre del planeta y del primer asentamiento. Asentamientos posteriores pueden llamarse como personajes de La Tempestad y otras obras.

Mientras tanto, podemos referirnos a cierto almirante como Thane de Cawdor, así no olvidaremos el resultado inevitable de la ambición desmedida.

¿Te gusta el nombre de Shakespeare? Me parece apropiado que un nuevo mundo reciba el nombre de ese gran retratista de almas humanas. Pero si lo consideras demasiado inglés, demasiado ligado a una cultura en concreto, empezaré de nuevo a buscar por otra senda completamente diferente.

Te agradezco tu confianza. Espero que continúe durante el viaje, aunque la dilatación temporal hará que lleve semanas enviar y recibir cada mensaje. Por supuesto, eso significa que no estaré en estasis... llegar con quince años será mejor que llegar con trece.

Y, como sabes, el viaje no durará cincuenta años, sino más bien cuarenta... Se han realizado ciertas mejoras en los huevos que propulsan las naves y en la protección

inercial, de forma que podemos acelerar y desacelerar más rápido dentro de los sistemas estelares y pasar más tiempo a velocidades relativistas. Es posible que obtuviésemos toda nuestra tecnología de los insectores, pero eso no significa que no podamos mejorarla.

ENDER

Para: GobNom%Colonia 1 @MinCol.gob

De: GobLey%Colonial@MinCol.gob

Asunto: Re: Nombre de la colonia

Estimado Ender:

Shakespeare pertenece a todo el mundo, pero ahora sobre todo a nuestra colonia. Se lo comenté a algunos colonos y a los que les importaba les pareció un buen nombre.

Haremos lo posible por seguir con vida hasta que lleguéis con más personas para incrementar nuestro número. Pero recuerdo mi propio viaje hasta el punto de la guerra: tus dos años se te harán más largos que nuestros cuarenta. Nosotros estaremos haciendo algo. Tú te sentirás frustrado y aburrido. Los que se decidieron por la estasis fueron más felices. Sin embargo, tu comentario de que es mejor llegar a los quince que a los trece es muy sabio. Comprendo mejor que tú el sacrificio que vas a realizar.

Te enviaré informes cada pocos meses —para ti cada pocos días— para que tengas alguna idea de quiénes son los colonos y cómo funciona el pueblo, socialmente, agrícola y tecnológicamente, así como de nuestros logros y los problemas que habremos superado. Haré lo posible para que conozcas a las personas más destacadas. Pero no se lo voy a contar a ellos, porque se sentirían espiados. Cuando llegues, intenta no dejar claro lo mucho que te habré contado. Te hará parecer intuitivo. Ésa es una muy buena reputación.

Haré lo mismo con el almirante Morgan, ya que cabe la posibilidad de que tenga el control... los soldados de la nave obedecerán sus órdenes, no las tuyas, y el organismo policial más cercano se encuentra a cuarenta años de distancia en caso de que decida desplegar ilegalmente sus tropas en la superficie del planeta. Nuestros colonos no tendrán armas ni entrenamiento militar, por lo que no se le opondría resistencia.

Sin embargo, el almirante Morgan insiste en enviarme órdenes sin preguntar ni una sola vez por las condiciones en este mundo, más allá de lo que pueda haber leído o no en mis informes oficiales. También le irrita mucho mi incapacidad para responder de forma satisfactoria (a pesar de que he respondido detalladamente a todas sus preguntas y peticiones legítimas). Sospecho que, si está al mando a vuestra llegada, su mayor prioridad será retirarme del cargo. Por suerte, los datos demográficos sugieren que habré muerto antes de que lleguéis, por lo que no importará.

Puede que aparentes trece años, pero al menos comprendes que no se puede liderar a unos extraños, sólo puedes coaccionarlos o sobornarlos.

VITALY

A Sel Menach le dolían la espalda y el cuello por haber pasado horas mirando por el microscopio mohos alienígenas.

Si sigo así, antes de los treinta y cinco andaré encorvado como una vieja bruja. Pero sería igual en el campo, con la azada, intentando evitar que las malas hierbas creciesen por encima del maíz, bloqueando el sol. Allí también tendría la espalda doblada, y la piel se le pondría oscura. Bajo aquel sol violento apenas se distinguía una raza de otra. Era como una visión del futuro: personas escogidas de todas las razas de la Tierra para ser cirujanos, geólogos, xenobiólogos y climatólogos —y también pilotos de combate, para matar al enemigo que había sido dueño de ese mundo— y que, ahora que la guerra había terminado, se mezclarían tanto que en tres generaciones, quizá dos, no quedaría ninguna idea de raza u origen nacional.

Y, sin embargo, cada mundo colonial tendría su propio aspecto, su propia versión del Común F.I., que no era más que el inglés con algunos cambios ortográficos. A medida que los colonos fuesen pasando de un mundo a otro, aparecerían nuevas ramificaciones. Mientras tanto, la Tierra conservaría muchas de las antiguas razas y nacionalidades, y muchos de los idiomas, de forma que la diferencia entre colonos y terrestres sería cada vez más clara e importante.

No es mi problema, pensó Sel. Puedo ver el futuro, cualquiera puede; pero no habrá ningún futuro en este planeta ahora llamado Shakespeare a menos que pueda encontrar una forma de matar este moho que infesta los cultivos de cereales de la Tierra. ¿Cómo puede haber un moho específico para las hierbas, si las hierbas de la Tierra, incluidos los cereales, no tienen análogo genético en este mundo?

Afraima volvió con más muestras del jardín experimental plantado en el invernadero. Resultaba muy irónico: todo ese equipo agrícola de alta tecnología que las naves estelares de transporte habían traído en sus vientres junto con los cazas de combate y, sin embargo, cuando fallase, no habría piezas, ningún repuesto, hasta dentro de cincuenta años. Quizá cuarenta, si el nuevo impulsor estelar hacía que la nave colonial llegase antes. Para cuando llegue, es posible que estemos viviendo en el bosque, arrancando raíces del suelo y no dispongamos de ninguna tecnología operativa.

O puede que yo tenga éxito en ajustar y adaptar nuestros cultivos para que prosperen en este lugar, y tengamos grandes excedentes de comida, los suficientes como para poder permitarnos invertir tiempo en desarrollar una infraestructura tecnológica.

Llegamos con un nivel tecnológico extremadamente alto... pero sin ninguna base de sostén. Si nos desmoronamos, caeremos hasta el fondo.

—Mira esto —dijo Afraima.

Obedientemente, Sel se apartó del microscopio y caminó a su lado.

—Sí, ¿qué estoy mirando?

—¿Qué ves? —preguntó ella.

—No juegues a eso.

—Te pido una verificación independiente. No puedo decirte nada.

Así que era algo importante. Prestó más atención.

—Es un pedazo de una hoja de maíz. De la zona estéril, por lo que está totalmente limpia.

—Pero no es así—dijo ella—. Es de D-4.

Sel se sintió tan aliviado que casi se echó a llorar; pero al mismo tiempo se puso furioso. La furia se impuso.

—No, no lo es —dijo tajante—. Has mezclado las muestras.

—Eso pensaba —dijo—. Así que he vuelto y he tomado otra selección de D-4. Y otra más. Es una comprobación triple.

—Y D-4 es fácil de fabricar con materiales locales. Afraima, ¡lo hemos conseguido!

—Todavía no he comprobado si funciona en el amaranto.

—Eso sería tener demasiada suerte.

—O una bendición. ¿Alguna vez has pensado que Dios quiere que tengamos éxito en este lugar?

—Podría haber matado el moho antes de nuestra llegada.

Era una broma, pero contenía cierta dosis de verdad. Afraima era una judía convencida. En el momento de realizar la votación sobre el emparejamiento se había puesto un nombre hebreo que significaba «fértil» con la esperanza de que de alguna forma eso indujese a Dios a permitirle tener un marido judío. Pero el gobernador simplemente la había puesto a trabajar con el otro único judío ortodoxo de la colonia. El gobernador Kolmogorov respetaba la religión. También Sel.

Sólo que no estaba seguro de que Dios conociese aquel lugar. Podía ser que la Biblia estuviese exactamente en lo cierto con respecto a la creación de un sol, una luna y una tierra determinados... pero que ésa fuese toda la creación de Dios mientras que mundos como aquél eran creación de dioses alienígenas, con seis miembros, simetría trilateral o algo parecido, como algunas de las formas de vida presentes en el planeta... las que a Sel le parecían las especies autóctonas.

Pronto estuvieron de vuelta en el laboratorio, con las muestras de amaranto tratadas de la misma forma.

—Así que eso es... en cualquier caso, vale para empezar.

—Pero fabricarlo lleva mucho tiempo —dijo Afraima.

—No es problema nuestro. Ahora que sabemos que es efectivo, los químicos pueden descubrir cómo fabricarlo más rápido y en grandes cantidades. No parece haber dañado ninguna planta, ¿verdad?

—Eres un genio, doctor Menach.

—No tengo doctorado.

—Defino la palabra «doctor» como «persona que sabe lo suficiente como para realizar descubrimientos capaces de salvar a una especie».

—Lo añadiré a mi currículum.

—No —dijo.

—¿No?

Ella le tocó el brazo.

—Estoy llegando a mi periodo fértil, doctor. Quiero tu semilla en este campo.

Él intentó tomárselo a broma.

—Lo siguiente será citar el Cantar de los Cantares.

—No prometo romance, doctor Menach. Después de todo, tenemos que trabajar juntos. Y estoy casada con Evezezer. No tiene que saber que el bebé no es suyo.

Por lo que parecía Afraima ya se lo había pensado bien. Sel estaba sinceramente avergonzado. Y disgustado.

—Tenemos que trabajar juntos, Afraima.

—Quiero los mejores genes posibles para mi bebé.

—Vale —dijo él—. Tú te quedas aquí y te ocupas de los estudios de adaptación. Yo iré a trabajar a los campos.

—¿A qué te refieres? Hay gente de sobra para esa tarea.

—O te despido a ti o me despido yo. Después de esto ya no trabajaremos juntos.

—¡Pero no tiene por qué enterarse nadie!

—No cometerás adulterio —dijo Sel— Se supone que eres creyente.

—Pero las hijas de Madián...

—Se acostaron con su propio padre porque era más importante tener bebés que practicar la exogamia —Sel suspiró—. También es importante respetar absolutamente las reglas de la monogamia, de forma que la colonia no se fracture por un conflicto sobre las mujeres.

—Vale, olvida lo que he dicho —dijo Afraima.

—No puedo olvidarlo —dijo Sel.

—Entonces, ¿por qué no...?

—Perdí la lotería, Afraima. Ahora es ilegal que tenga hijos. Sobre todo si es robando a otro hombre la compañera. Pero tampoco puedo tomar los supresores de libido porque tengo que estar atento y enérgico para poder realizar mi estudio de las formas de vida de este mundo. No puedo tenerte aquí, ahora que te has ofrecido a mí.

—No era más que una idea —dijo ella— Me necesitas para trabajar.

—Necesito a alguien —dijo Sel—. No tienes por qué ser tú.

—Pero la gente se preguntará por qué me has despedido. Evenezer supondrá que había algo entre nosotros.

—Ése es tu problema.

—¿Y si les digo que me has dejado embarazada?

—Estás despedida. Desde ahora mismo. Es irrevocable.

—¡Era una broma!

—Recupera el sentido. Harán una prueba de paternidad. De ADN. Mientras tanto, tu marido quedará en ridículo y todos los demás hombres mirarán a sus esposas, preguntándose si la suya se habrá ofrecido a otro para poner un cuclillo en su nido. Fuera. Por el bien de todos.

—¡Si lo haces de una forma tan evidente, entonces mermará tanto la confianza de la gente en el matrimonio como si lo hubiésemos hecho de verdad!

Sel se sentó en el suelo del invernadero y ocultó la cara entre las manos.

—Lo siento —dijo Afraima—. Sólo lo decía medio en serio.

¿Quieres decir que, si hubiese dicho que sí, tú me habrías dicho que sólo bromeabas y me habrías dejado humillado por haber aceptado el adulterio?

—No —dijo ella—. Yo lo haría. Sel, eres el más listo, todos lo saben. Y no deberías quedarte sin hijos. No es correcto. Necesitamos tus genes.

—Ése es el argumento genético —dijo Sel—. Luego está el argumento social. La monogamia ha demostrado ser, una y otra vez, la organización social óptima. No es cuestión de genes, es cuestión de niños... deben crecer en la sociedad que queramos que preserven. Lo votamos.

—Y yo voto por tener a tu bebé. Sólo uno.

—Por favor, vete —dijo Sel.

—Soy la opción lógica, ya que soy judía y tú eres judío.

—Por favor, vete. Cierra la puerta al salir. Tengo que trabajar.

—No puedes echarme —dijo ella—. Sería malo para la colonia.

—Matarte también lo sería —dijo Sel—, pero a cada momento que permaneces aquí para torturarme más tentaciones siento de hacerlo.

—Sólo es una tortura porque me deseas.

—Mi cuerpo es humano y de hombre —dijo Sel—, y por supuesto que quiero participar en el apareamiento, independientemente de las consecuencias. Mis funciones lógicas ya están superadas, así que es mejor que haya tomado una decisión irrevocable. No hagas que convierta esa decisión en una dolorosa realidad cortándome los mamones.

—¿Es eso? Te castras de una forma u otra. Bien, yo soy una hembra humana y ansío el compañero que me dé los mejores hijos.

—Entonces búscate a alguien grande, fuerte y saludable, si quieres cometer adulterio, y no dejes que yo te pille o te denunciaré.

—El cerebro. Quiero tu cerebro.

—Bien, el niño probablemente tenga tu cerebro y mi cara. Ahora vete, saca los informes sobre el tratamiento D-4 y llévalos a química.

—¿No estoy despedida?

—No —dijo Sel—. Voy a renunciar. Iré a los campos y te dejaré aquí.

—No soy más que la XB suplente. No puedo hacer este trabajo.

—Tendrías que haberlo pensado antes de hacer que sea imposible que trabajemos juntos.

—¿Quién ha oído jamás hablar de un hombre que no quiera rodar por el heno ocasionalmente?

—Ahora esta colonia es mi vida, Afraima. La tuya también. No cagas donde comes. ¿Puedo expresarlo con mayor claridad?

Afraima se echó a llorar.

—¿Qué he hecho para que Dios me castigue de esta forma? —dijo Sel—. ¿Qué tendré que hacer luego? ¿Interpretar los sueños del panadero y el copero del faraón?

—Lo siento —dijo ella—. Tú tienes que seguir siendo el XB. Sinceramente, eres un genio. Yo ni siquiera sabría por dónde empezar. Ahora lo he estropeado todo.

—Sí, efectivamente lo has hecho —dijo Sel—. Pero también tienes razón con respecto a mi solución. Causaría casi tanto perjuicio como tú idea original. Así que esto es lo que haremos.

Ella esperó, con las lágrimas saliéndole todavía de los ojos.

—Nada —dijo él—. No lo volveremos a mencionar. Nunca. No me tocarás. Siempre que estés conmigo te vestirás con perfecta modestia. Sólo me hablarás de trabajo. Lenguaje científico, todo lo formal que sea posible. La gente creerá que tú y yo nos detestamos. Porque no me puedo permitir drogar mi libido y seguir intentando hacer este trabajo. ¿Entendido?

—Sí.

—Cuarenta años hasta que la nave de colonización llegue con el nuevo XB y yo pueda dejar este horrible puesto.

—No pretendía ponértelo difícil. Pensaba que te alegrarías.

—Mis hormonas estaban encantadas. Les ha parecido la mejor idea que habían oído nunca.

—Bien, en ese caso me siento mejor —dijo ella.

—¿Te sientes mejor porque voy a pasar los próximos cuarenta años viviendo en el infierno?

—No seas tonto —dijo ella—. Tan pronto como tenga niños me pondré gorda y perderé el atractivo, y estaré demasiado ocupada para venir a trabajar. La producción de niños es lo principal, ¿no? Y pronto la siguiente generación te ofrecerá un aprendiz al que educar. Como mucho te molestaré unos meses. Quizás un año.

—Para ti es fácil decirlo.

—Doctor Menach, lo lamento de veras. Somos científicos, empiezo a considerar la reproducción humana igual que la de los animales. No pretendía ser desleal con Evezezer. No pretendía hacerte sentir mal. Simplemente sentía una oleada de deseo. Simplemente sabía que, si iba a tener un bebé, debía ser tuyo, debía ser el bebé que más valiese la pena tener. Pero sigo siendo una persona racional. Una científica. Haré exactamente lo que has dicho... sólo ciencia. Como si nos despreciásemos mutuamente y ninguno de los dos deseara al otro. Deja que me quede hasta que deba abandonar el trabajo para tener bebés.

—Vale. Levántate, lleva la fórmula a química y déjame a solas para trabajar en el siguiente problema.

—¿Y cuál es? Tras el gusano del polvo, y el moho del maíz y el amaranto, ¿en qué trabajarás?

—El siguiente problema en el que voy a trabajar —dijo Sel— es enterrarme en cualquier tarea tediosa en la que no participes en absoluto. ¿Me haces el favor de irte ya?

Se fue.

Sel redactó su informe y lo envió a la máquina del gobernador para que pasase a la cola de la transmisión ansible. Si resultaba que el moho aparecía en otros planetas, era posible que su solución también fuese efectiva. Además, así era la ciencia: compartir información, poner en común el conocimiento.

Ése es mi fondo genético, Afraima, pensó. El fondo memético, el conocimiento colectivo de la ciencia. Lo que descubro aquí, lo que aprendo, los problemas que resuelvo... éstos son mis hijos. Formarán parte de todas las generaciones que vivan en este planeta.

Terminado el informe, Afraima seguía sin volver. Bien, pensó Sel. Que se pase el día en química.

Cruzó el pueblo y llegó a los campos comunes. Fernáo McPhee era el capataz al mando.

—Dame un trabajo —le dijo Sel.

—Pensaba que te ocupabas del problema del moho.

—Creo que está resuelto. Ahora le toca a química decidir cómo llevar la solución a las plantas.

—Ya tengo a todas las cuadrillas ocupándose de todos los trabajos. Tu tiempo es demasiado valioso para que lo malgastes en trabajo manual.

—Todos realizan trabajos manuales. El gobernador trabaja con las manos.

—Las cuadrillas están al completo. No conoces el trabajo; conoces tu trabajo, que es mucho más importante. ¡Ve y hazlo, y no me molestes!

Lo dijo en tono de broma, pero iba en serio. ¿Y qué podía responder Sel? ¡Necesito que me des un trabajo que me haga sudar y pasar calor para calmar la excitación de que mi bonita ayudante me haya ofrecido su cuerpo para plantar bebés!

—No me has ayudado nada —le dijo Sel a Fernão.

—Entonces estamos a la par.

Así que Sel dio un largo paseo. Más allá de los campos, por los bosques, recogiendo muestras. Cuando no tienes ninguna emergencia a la que enfrentarte, practicas el método científico: recoges, clasificas, analizas, observas. Siempre queda trabajo por hacer.

Nada de fantasear con Afraima, de fantasear con lo que hubiese podido pasar. Las fantasías sexuales son guiones para comportamientos futuros. ¿Qué sentido tenía decir no hoy y sí dentro de seis meses, después de ensayar mentalmente el adulterio una y otra vez?

Habría sido mucho más fácil de no estar decidido a hacer lo mejor para todos. El que dijo que la virtud era su propia recompensa no sabía de qué hablaba.

Capítulo 7

Para: jpwiggin@gso.nc.pub, twiggin@uncg.edu

De: vwiggin%Colonial @MinCol.gob/ciudad

Asunto: Ender está bien

Cuando digo «bien» me refiero, evidentemente, a que su cuerpo y su mente parecen funcionar con normalidad. Se alegró de verme. Hablamos sin problemas. Parece sentirse en paz con todo. No manifiesta hostilidad contra nadie. Hablé de vosotros dos con genuino afecto. Compartimos muchos recuerdos de la infancia.

Pero tan pronto como concluyó esa conversación le vi recluirse, casi visiblemente, en una concha. Está obsesionado con los insectores. Creo que carga con la culpa de haberlos destruido. Sabe que no debería —que no sabía lo que hacía, que ellos intentaban destruirnos, así que en cualquier caso fue en defensa propia—, pero los caminos de la conciencia son misteriosos. La conciencia evolucionó para interiorizar los valores de la comunidad y controlarnos a nosotros mismos. Pero ¿qué pasa cuando tenemos una conciencia hiperactiva que inventa reglas de las que nadie sabe nada para poder castigarnos por haberlas incumplido?

Nominalmente, él es el gobernador, pero dos personas me han advertido acerca de que el almirante Quincy Morgan no tiene intención de permitir que Ender gobierne nada. Si Peter estuviese en esa posición, ya estaría conspirando para retirar a Morgan antes del comienzo del viaje. Pero Ender se limita a reír y dice: «Qué cosas.»

Cuando le insistí, me dijo: «Dos no se pelean si uno no quiere.» Y cuando insistí más se irritó y dijo: «Nací para una guerra. La gané y ya he terminado.»

Así que ahora no sé qué camino tomar. ¿Intento maniobrar por él o hago lo que me pide y paso de la situación? Él cree que yo debería pasar el tiempo del viaje en esta-sis, para que a la llegada tengamos los dos la misma edad, quince... o, si permanezco despierta, que debería escribir una historia de la Escuela de Batalla. Graff ha prometido facilitarme todos los documentos sobre la Escuela de Batalla... aunque los podría conseguir en los archivos públicos, porque salieron a la luz durante el consejo de guerra.

He aquí mi pregunta filosófica: ¿Qué es el amor? ¿Mi amor por Ender implica hacer lo que creo mejor para él, incluso si me pide que no lo haga? ¿O el amor implica hacer lo que me pide, aunque yo opine que para él ser un gobernador puramente decorativo será una experiencia infernal?

Son como las lecciones de piano, queridos padres. Hay muchos adultos que se quejan de la horrible experiencia de haber sido obligados a practicar y practicar. Y, sin embargo, hay otros que dicen a sus padres: «¿Por qué no me OBLIGASTEIS a practicar para que ahora pudiese tocar bien?»

Con cariño,
VALENTINE

Para: vwiggin%Colonial@MinCol.gob/ciudad

De: twiggin@uncg.edu

Asunto: Re: Ender está bien

Estimada Valentine:

Tu padre dice que te enfadarás si te digo lo sorprendente que es descubrir que uno de mis hijos no lo sabe todo, lo admite, e incluso pide consejo a sus padres. Durante los últimos cinco años, Peter y tú habéis estado tan apartados como gemelos que comparten una lengua privada. Ahora, sólo unas semanas después de haberte alejado de la influencia de Peter, has descubierto de nuevo a tus padres. Me resulta gratificante. Por tanto, te nombro mi descendiente favorita.

Sigue siendo devastador para nosotros (una lenta y corrosiva devastación) que Ender no quiera escribirnos. Dices que no está furioso con nosotros. No lo entendemos. ¿No comprende que nos prohibieron escribirle? ¿Por qué no lee ahora nuestras cartas? ¿O es que las lee y ha decidido no acercarse al correo para decirnos por lo menos que las recibió?

En cuanto a tus preguntas, las respuestas son simples. Tú no eres ni su padre ni su madre. Nosotros somos los que tenemos derecho a entrometernos y hacer lo que le conviene, le guste a él o no. Tú eres su hermana. Considérate una compañera, una amiga, una confidente. Tu responsabilidad es recibir lo que él te ofrezca y darle lo que pide sólo si crees que es lo mejor. No tienes ni el derecho ni la responsabilidad de darle lo que él específicamente te pide que no le des. Eso no sería un regalo; eso no es ser ni amiga ni hermana.

Los padres son un caso especial. Él ha levantado un muro justo donde la Escuela de Batalla lo alzó originalmente. Nos mantiene alejados. Él cree que no nos necesita. Se equivoca. Sospecho que nosotros somos lo que anhela. Es una madre la que puede ofrecer el alivio inefable a un alma herida. Es un padre el que puede decir: «Ego te absolvo» y «cumpliste bien, buen siervo fiel» y ser creído hasta lo más hondo.

Si estuvieses mejor educada y no hubieses vivido en un hogar ateo, comprenderías esas citas. Cuando las busques, recuerda que yo no he tenido que hacerlo.

*Con cariño,
TU SARCÁSTICA, EXCESIVAMENTE ANALÍTICA,
PROFUNDAMENTE HERIDA PERO BASTANTE SATISFECHA MADRE*

Para: jpwiggin@gso.nc.pub, twiggin@uncg.edu

De: vwigginXColonia 1 @MinCol.gob/ciudad

Asunto: Ender está bien

Lo sé todo sobre el confesionario de padre y tu Biblia del rey Jacobo, y yo tampoco he tenido que buscar nada. ¿Creéis que la religión de padre y la tuya eran un secreto para vuestros hijos? Incluso Ender lo sabía, y él se fue a los seis años.

Voy a aceptar tu consejo porque es sabio y porque no se me ocurre nada mejor. Y también seguiré los consejos de Ender y Graff, y escribiré una historia de la Escuela de Batalla. Mi meta es simple: publicarla lo antes posible para participar en la tarea de borrar las calumnias ruines del consejo de guerra, limpiar la reputación de los niños que ganaron la guerra y de los adultos que los entrenaron y dirigieron. No es que no les siga odiando por habernos robado a Ender. Pero me resulta muy posible odiar

a alguien y, aun así, comprender su punto de vista. Posiblemente sea el único regalo valioso que me hizo Peter.

Peter no me ha escrito, ni yo a él. Si pregunta, dile que pienso a menudo en él. Me doy cuenta de que ya no le veo, y si eso equivale a «echarle de menos», entonces le echo de menos.

Mientras tanto, he tenido la oportunidad de conocer a Petra Arkanian en tránsito y he hablado —bien, más bien he ESCRITO— con Bean, Dink Meeker y Han Tzu, y he enviado cartas a otros. Cuanto mejor comprenda lo que pasó Ender (ya que Ender no me lo cuenta), mejor sabré lo que debería hacer pero no hago porque, como has dicho, no soy su madre y él me pidió que no lo hiciese. Mientras tanto, finjo que se trata sólo de escribir un libro.

Escribo asombrosamente rápido. ¿Estás segura de que no tenemos genes de Winston Churchill? ¿De alguna aventura suya, por ejemplo, con una exiliada polaca durante la Segunda Guerra Mundial? Le siento como un espíritu similar al mío, excepto por las ambiciones políticas, el nivel constante de alcohol en sangre y lo de dar vueltas por la casa sin ropa. Por cierto, era él el que hacía esas cosas, no yo.

Con cariño,

Tu igualmente sarcástica, lo suficientemente analítica, hija todavía no herida ni satisfecha,

VALENTINE

Graff había desaparecido de Eros poco después del consejo de guerra, pero ya había regresado. Parecía ser que, como ministro de Colonización, no podía dejar pasar la oportunidad publicitaria que representaba la partida de la primera nave de colonización.

—La publicidad es buena para el Proyecto de Dispersión —dijo Graff cuando Mazer se rió de él.

—¿Y no te gustan las cámaras ?

—Mírame —dijo Graff—. He perdido veinticinco kilos. No soy más que una sombra de lo que fui.

—Durante toda la guerra ganaste peso, poco a poco. Te hinchaste durante el consejo de guerra. Y ahora pierdes peso. ¿Ha sido por la gravedad de la Tierra?

—No fui a la Tierra —dijo Graff—. Estaba muy ocupado en convertir la Escuela de Batalla en un punto de reunión para los colonos. Nadie comprendía por qué insistí en que todas las camas fuesen para adultos. Ahora no dejan de comentar mi capacidad de previsión.

—¿Por qué me mientes? No estabas al mando cuando se construyó la Escuela de Batalla.

Graff sacudió la cabeza.

—Mazer, yo no estaba al mando de nada cuando te convencí para que volvieres a casa, ¿verdad?

—Estabas al mando del proyecto «trae a Rackham de vuelta para que ayude a entrenar a Ender».

—Pero nadie sabía de la existencia de ese proyecto.

—Excepto tú.

—Por tanto, también estaba al mando del proyecto «asegurarse de que la Escuela de Batalla esté habilitada para el Proyecto de Dispersión del Genoma Humano».

—Y es por eso que adelgazas —dijo Mazer—. Porque al fin tienes los fondos y la autoridad necesarios para llevar a cabo el proyecto que siempre has tenido en mente.

—Ganar la guerra era lo más importante. ¡Estaba concentrado en el trabajo de entrenar a los niños! ¿Quién iba a saber que ganarían de modo que pondrían a nuestro alcance todos esos planetas habitables ya terraformados y deshabitados? Esperaba que Ender ganase, o Bean, en caso de que Ender fallase, pero pensaba que luego pelearíamos con los insectores mundo a mundo, y que correríamos a fundar colonias en la dirección opuesta, de forma que no fuésemos vulnerables a un contraataque.

—Así que has venido a hacerte la foto con los colonos.

—Estoy aquí para hacerme una foto de mi cara sonriente contigo, Ender y los colonos.

—Ah —dijo Mazer—. Los del consejo de guerra.

—El aspecto más cruel de ese consejo de guerra es que destruyó la reputación de Ender. Por suerte, la mayoría de la gente recuerda la victoria, no las pruebas del consejo de guerra. Ahora les inculcaremos otra imagen.

—Así que realmente te preocupa Ender.

Graff pareció dolido.

—Siempre me he preocupado por ese chico. Haría falta ser un idiota moral para no preocuparse por él. Reconozco la bondad profunda cuando la veo. Odio que su nombre se relacione con el asesinato de niños.

—Los mató.

—No sabía lo que hacía.

—No fueron casos como el de ganar la guerra pensando que era un juego, Hyrum —dijo Mazer—. Sabía que de verdad luchaba por su vida, y sabía que debía ganar con contundencia. Tenía que saber que la muerte de su oponente era siempre una posibilidad.

—Entonces, ¿dices que era tan culpable como afirman nuestros enemigos?

—Digo que los mató, y que sabía lo que hacía. No sabía el resultado final, pero sí que estaba ejecutando acciones que podían causar un daño real y permanente en esos chicos.

—¡Iban a matarle!

—Bonzo sí —dijo Mazer—. Stilson no era más que un matón.

—Pero Ender no tenía entrenamiento y no sabía el daño que hacía, o que sus zapatos tenían la punta de acero. Mira que no fuimos listos manteniéndole a salvo al insistir que llevase esos zapatos.

—Hyrum, creo que las acciones de Ender fueron perfectamente justificables. Él no escogió luchar contra esos chicos, así que sólo podía escoger hasta qué punto ganar.

—O perder.

—Ender nunca tuvo la opción de perder, Hyrum. No lo lleva dentro, incluso aunque él crea que sí.

—Sólo sé que me prometió incluir en su programa de actividades hacerse una foto contigo y conmigo.

Mazer asintió.

—Y crees que eso significa que lo hará.

—No tiene programa de actividades. Lo tomé por una ironía. Aparte de pasar el tiempo con Valentine, ¿qué más tiene que hacer?

Mazer rió.

—Lo que lleva haciendo desde hace más de un año: estudiar a los insectores tan obsesivamente que a todos nos preocupaba su salud mental. Aunque debo decir que, con la llegada de los colonos, se ha estado preparando para ser gobernador no sólo de nombre.

—El almirante Morgan estará decepcionado.

—El almirante Morgan espera salirse con la suya —dijo Mazer—, porque no comprende que Ender se toma en serio lo de gobernar la colonia. Lo que Ender hace es memorizar los informes sobre todos los colonos: los resultados de sus pruebas, las relaciones familiares con otros colonos y con los miembros de la familia que se quedan en casa, sus ciudades y países de origen y qué aspecto tienen esos lugares y qué ha pasado en el último año, mientras se ofrecían voluntarios.

—¿Y el almirante Morgan no lo comprende?

—El almirante Morgan es un líder—dijo Mazer—. Da órdenes y éstas se transmiten cadena abajo. Conocer a los soldados rasos es trabajo de los oficiales de menor rango.

Graff rió.

—Y la gente se pregunta por qué utilizamos a los niños para comandar la campaña final.

—Todo oficial aprende a actuar dentro del sistema que lo asciende —dijo Mazer—. El sistema sigue estando enfermo... siempre lo ha estado y siempre lo estará. Pero Ender aprendió a ser un líder de verdad.

—O nació sabiendo serlo.

—Aquí recibe a todos los colonos saludándolos por su nombre y se asegura de conversar con ellos al menos media hora.

—¿No lo puede hacer en la nave, después de partir?

—Se reúne con los que pasarán a estasis. A los que se queden despiertos los verá después del lanzamiento. Así que, cuando dijo que intentaría incorporarte a su programa no ironizaba. La mayoría de los colonos dormirán y apenas tiene tiempo de mantener una verdadera conversación con todos ellos.

Graff suspiró.

—¿No duerme?

—Me parece que ha decidido que después del lanzamiento ya tendrá tiempo de dormir... cuando el almirante Morgan esté al mando de su nave y Ender no tenga ninguna tarea oficial aparte de las que él mismo se asigne. O, al menos, así es como Valentine y yo interpretamos su comportamiento.

—¿Ender no habla con ella?

—Claro que sí. Simplemente, no admite tener ningún plan ni otras razones para lo que hace.

—¿Por qué guardarle secretos a ella?

—No creo que sean secretos —dijo Mazer—. Creo que puede que él no sepa que tiene planes. Creo que recibe a los colonos porque es lo que necesitan y lo que esperan. Es su deber, porque para ellos significa mucho, así que lo hace.

—Tonterías —dijo Graff—. Ender siempre tiene planes dentro de los planes.

—Creo que estás pensando en ti mismo.

—A Ender se le da mejor que a mí.

—Lo dudo —dijo Mazer—. ¿Las maniobras burocráticas en tiempo de paz? A nadie se le dan mejor que a ti.

—Me gustaría ir con ellos.

—Entonces ve —dijo Mazer riendo—. Pero no deseas tal cosa.

—¿Por qué no? —dijo Graff—. Puedo dirigir el MinCol por ansible. Puedo ver de primera mano lo que nuestros colonos han logrado durante los años que han estado esperando socorro. Y las ventajas del viaje relativista me mantendrían con vida para ver el final de mi gran proyecto.

—¿Ventajas?

—Para ti, un sacrificio espantoso. Pero te habrás dado cuenta que no me casé, Mazer. No padezco de ninguna disfunción reproductiva oculta. Mi libido y mi deseo de tener familia son tan intensos como los de cualquier hombre. Pero hace años decidí casarme póstumamente con la Madre Eva y adoptar como propios a todos sus hijos. Vivían todos en la misma casa atestada, donde un mal fuego podía matarlos. Mi labor consistía en llevarlos a casas más dispersas donde pudiesen vivir para siempre. Es decir, colectivamente. Así que no importa a qué lugar vaya, no importa con quién esté, estoy rodeado de mis hijos adoptivos.

—De verdad juegas a ser Dios.

—Te aseguro que no estoy jugando.

—Viejo actor... crees que estaban haciendo el casting para el personaje y que has conseguido el papel.

—Quizá soy el sustituto. Cuando él se olvida de algún detalle, ya me ocupo yo.

—Bien, ¿qué vas a hacer sobre eso de hacerte una foto con Ender?

—Muy simple. Yo soy quien decide cuándo parte la nave. En el último momento habrá un problema técnico. A Ender, habiendo ya cumplido con su deber, se le animará a dar una cabezadita. Cuando despierte, haremos las fotos y, acto seguido, los problemas técnicos se resolverán milagrosamente y la nave partirá.

—Sin que estés a bordo —dijo Mazer.

—Debo quedarme aquí para seguir luchando por el proyecto —dijo Graff—. Si no estuviese aquí para mantener a raya a mis enemigos a cada paso, el proyecto decaería a los pocos meses. Hay muchas personas poderosas en este mundo que se niegan a apreciar cualquier planteamiento que no se les haya ocurrido a ellas.

* * *

A Valentine le gustaba ver como Graff y Rackham trataban a Ender. Graff era uno de los hombres más poderosos del mundo; Rackham seguía siendo considerado un héroe legendario.

Sin embargo, los dos se mostraban deferentes con Ender. Nunca le ordenaban hacer nada. «¿Te parecería bien ponerte aquí para la foto?» «¿A las 08.00 te viene bien?» «Lo que lleves estará bien, almirante Wiggin.»

Por supuesto, Valentine sabía que lo de llamarle «almirante Wiggin» iba dedicado a los almirantes, generales y jefes políticos que miraban, la mayoría de ellos enfurecidos por no salir en la foto. Pero mientras observaba, vio muchos momentos en que Ender expresaba una opinión... o se mostraba aparentemente dudoso sobre algo. Graff solía tratar con deferencia a Ender. Y, cuando no lo hacía, un sonriente Rackham expresaba el punto de vista de Ender e insistía.

Cuidaban de él.

Los suyos eran un amor y un respeto verdaderos. Era posible que le hubiesen creado como se crea una herramienta en la forja; era posible que le hubiesen golpeado y dado la forma que querían, y luego le hubiesen clavado en el corazón del enemigo. Pero realmente amaban el arma que habían creado, se ocupaban de Ender.

Creían que estaba herido, mellado por todo lo que había tenido que superar. Creían que su pasividad era una reacción al trauma de descubrir lo que realmente había hecho: la muerte de los niños, el exterminio de los insectores, las bajas de miles de soldados humanos que habían muerto en la última campaña, cuando Ender creía jugar a un juego.

Simplemente no le conocen tan bien como yo, pensó Valentine.

Oh, conocía el peligro de pensar así. Se mantenía constantemente atenta, no fuese a quedar atrapada en una red tejida por ella misma. No había dado por supuesto que conocía a Ender. Se había acercado a él como a un extraño, observándolo todo para ver qué hacía, qué decía y lo que parecía querer decir con todo lo que hacía y decía.

Pero gradualmente aprendió a reconocer al niño que se ocultaba tras el joven. Le había visto obedecer a sus padres, de inmediato, sin preguntar, aunque hubiese podido argumentar y rogar para librarse de tareas pesadas. Ender aceptaba la responsabilidad, y aceptaba también la idea de que no siempre podía decidir qué responsabilidades eran suyas o cuándo era necesario cumplirlas. Así que obedecía a sus padres sin vacilación.

Pero era más que eso. Ender realmente estaba herido, tenían razón. Porque su obediencia iba más allá de la que un niño feliz demuestra cuando se apresura por cumplir las exigencias de sus padres. Su obediencia tenía mucho de lo que Ender le había demostrado a Peten sumisión para evitar el conflicto. Estaba en algún punto entre el anhelo y la temerosa resignación.

Ender deseaba hacer el viaje por el trabajo que realizaría. Pero comprendía que ser gobernador era el precio que pagaba por el billete. Así que cumplía con su parte, se ocupaba de todas sus obligaciones, incluidas las fotos, las despedidas formales, incluidos los discursos de los mismos comandantes que habían permitido que su nombre fuera arrastrado por el lodo durante el consejo de guerra contra Graff y Rackham.

Ender sonreía —con una sonrisa sincera, como si aquel tipo le cayese bien— mientras el almirante Chamrajnagar le imponía la máxima condecoración concedida por la Flota Internacional. Valentine lo contempló todo con amargura. ¿Por qué no le habían concedido esa medalla durante el consejo de guerra, cuando hubiese implicado un rechazo tajante de las cosas terribles que se decían sobre Ender? ¿Por qué el consejo de guerra había sido público, si Chamrajnagar tenía el poder de celebrarlo a puerta cerrada? Es más, ¿por qué habían celebrado un consejo de guerra? No lo exigía ninguna ley. Chamrajnagar nunca había sido, ni por un momento, amigo de Ender... a pesar de que Ender le había entregado la victoria que no hubiese podido lograr de ninguna otra forma.

Al contrario que Graff y Rackham, Chamrajnagar no daba muestra de respetar a Ender. Oh, él también le llamaba almirante, con sólo algunos «mi chico»... que Rackham corregía de inmediato, para visible irritación de Chamrajnagar. Por supuesto, Chamrajnagar tampoco podía hacer nada con respecto a Rackham... excepto asegurarse de que también saliese en las fotos, ya que dos héroes asociados con el gran polemarca constituirían una imagen todavía más memorable.

Lo que a Valentine le quedaba más que claro era que Chamrajnagar estaba feliz, y que esa felicidad provenía claramente de la idea de Ender subiéndose a esa nave espacial para ir lejos. Chamrajnagar deseaba que fuese lo más rápidamente posible.

Aun así, todos esperaron a que las fotografías estuvieran impresas físicamente para que Ender, Rackham y Chamrajnagar pudiesen firmar aquellos espléndidos recuerdos.

Luego, al fin, Chamrajnagar se fue «a la estación de observación, para ver la gran nave partir en una misión de creación en lugar de destrucción». En otras palabras, para dejar que le hicieran una foto con la nave de fondo. Valentine dudaba que permitiesen a algún miembro de la prensa hacer una foto de algún aspecto de la ocasión que no incluyese el rostro sonriente de Chamrajnagar.

Así que realmente fue una concesión que se permitiese tomar la fotografía de Graff, Rackham y Ender. Quizá Chamrajnagar no supiese que la habían hecho. Había sido el fotógrafo oficial de la flota quien la había tomado, pero a lo mejor era tan desleal como para hacer una fotografía que sabía que su jefe detestaría.

Valentine conocía a Graff lo suficiente para saber que las fotos del polemarca aparecerían raramente, mientras que la fotografía de Graff, Rackham y Ender lo haría en todos los medios de la Tierra: electrónicos, virtuales y físicos. Serviría al propósito de Graff de hacer que en la Tierra todos recordasen que la F.I. ya sólo tenía dos propósitos: apoyar el programa de colonización y castigar desde el espacio a cualquier potencia de la Tierra que se atreviese a emplear, o amenazase con emplear, armas nucleares.

Chamrajnagar todavía no se había reconciliado con la idea de que la mayor parte de los fondos recibidos por la F.I., y por sus bases y estaciones, pasaban por las manos de Graff como ministro de Colonización... el MinCol. Al mismo tiempo, Graff era perfectamente consciente de que el temor a lo que pudiera hacer una F.I. descontenta —como tomar el control del mundo de manos de los políticos, que era lo que había pretendido el Pacto de Varsovia— era lo que permitía que la financiación llegase a su proyecto.

Lo que Chamrajnagar jamás comprendería era por qué él era un segundón en todo aquello, por qué sus intrigas no habían llegado a nada más que al castigo de Ender en el consejo de guerra.

Lo que una vez más hizo que Valentine sospechase que Graff, él también, habría podido evitar el consejo de guerra si así lo hubiese querido, y que quizás aquél era el precio que había pagado para obtener alguna otra ventaja. Aunque sólo le hubiese servido para «demostrar» que no todo seguía sus designios, había sido una gran fuente de complacencia para los rivales y oponentes de Graff, y Valentine sabía bien que la complacencia era la mejor actitud que podía desearse de rivales y oponentes.

Graff amaba y respetaba a Ender, pero dejaría que le pasase algo desafortunado si con ello contribuía a un propósito superior. ¿No lo había demostrado Graff una y otra vez?

Bien, mi querido MinCol, para cuando lleguemos a la colonia Shakespeare, casi con toda seguridad estarás muerto o serás muy, muy viejo. Para entonces, ¿seguirás controlándolo todo?

Pobre Peter. Aspirando a gobernar el mundo, mientras que Graff ya lo había hecho. La diferencia era que Peter necesitaba que se supiese que él gobernaba el mundo; era preciso que todas las formas externas de gobierno convergiesen hacia el trono de Peter. A Graff le bastaba con el control de lo que fuese que quisiera controlar para lograr su único y elevado propósito.

Pero, aparte de eso, ¿no eran iguales? Manipuladores. Dejaban que fuesen los demás los que pagaban el precio para alcanzar la meta. En el caso de Graff, la meta era buena. Valentine la compartía, creía en ella, colaboraba con gusto. Pero ¿no era también buena la meta de Peter? El final de la guerra, porque el mundo quedaría unificado bajo un único gobierno bueno. Si lo lograba, ¿no sería una bendición tan grande para la humanidad como lo que lograra Graff?

En el caso de Graff y Peter tenía que admitirlo: no eran monstruos. No exigían que los demás pagasen todo el precio y ellos ninguno. Ellos también realizarían todos los sacrificios personales necesarios. Servían a una causa superior a sí mismos.

Pero ¿no podía decirse lo mismo de Hitler? Al contrario que Stalin y Mao, que vivían lujosamente mientras otros trabajaban y se sacrificaban, Hitler vivía con austeridad y realmente creía estar trabajando para una causa superior a sí mismo. Eso era precisamente lo que lo convertía en un monstruo tan enorme. Por tanto, Valentine no estaba segura de que los sacrificios personales de Peter y Graff fuesen suficientes para justificar que no eran monstruos.

Bien, ahora los dos eran problema de otros. Que Rackham vigilase a Graff y lo matase si se pasaba, cosa que probablemente no sucedería. Y que padre y madre dedicasen los esfuerzos patéticos que pudiesen para evitar que Peter se convirtiese en un demonio. ¿Comprendían siquiera que el comportamiento de buen hijo de Peter era una farsa, que años atrás Peter había tomado la decisión consciente de fingir ser igual que el chico que había sido Ender? Toda una actuación, queridos padres... ¿lo comprendéis? En ocasiones me parece que sí, pero en otras parecéis no daros cuenta.

Vosotros os habréis perdido en el pasado cuando yo llegue a donde voy, todos vosotros. Mi presente estará con Ender y con lo que sea que él haga. Él es mi rebaño y debo guiarlo sin dejarle ver el cayado que uso para dirigirlo y protegerlo.

¿Qué estoy pensando? ¿Quién es la megalómana ahora? ¿Por qué creo que yo sabré lo que le conviene más a Ender, a dónde debería ir, qué debería hacer y de qué debo protegerlo?

Sí, eso pienso justamente, porque es verdad.

* * *

Ender tenía tanto sueño que apenas podía mantenerse en pie, pero lo hizo, durante toda la sesión fotográfica, con una sonrisa tan cálida y sincera como le fue posible.

Son también las fotografías que verán madre y padre. Las fotografías para los hijos de Peter, si los tiene, para que recuerden algún día que tuvieron un tío Ender que en su adolescencia hizo algo muy famoso y luego se fue. Éste era su aspecto cuando se fue. ¿Veis? Estaba feliz. ¿Veis, padre y madre? No me hicisteis daño cuando dejasteis que me llevasen. Nada me ha hecho daño. Estoy bien. Mirad mi sonrisa. No miréis lo cansado que estoy, o lo que me alegraré de irme... cuando me dejen partir.

Luego, al fin la última fotografía. Ender estrechó la mano de Mazer Rackham. Tenía ganas de decirle: «Me gustaría que vinieses con nosotros.» Pero no podía decirle que lo deseaba porque sabía que Mazer no quería ir, y por tanto era un deseo egoísta. Así que se limitó a decir:

—Gracias por todo lo que me enseñaste y por apoyarme. —No añadió «por apoyarme en el consejo de guerra» porque algún micrófono hubiese podido captar esas palabras.

Luego le dio la mano a Hyrum Graff y dijo:

—Espero que disfrute de su nuevo trabajo. —Era una broma y Graff la entendió, al menos lo suficiente para sonreír un poco. Quizá su sonrisa no fuese más expresiva porque había oído a Ender darle las gracias a Mazer y se preguntaba por qué no se las daba a él. Pero Graff no había sido su maestro, sólo su amo, y no era lo mismo. Además, Ender no sabía que Graff le hubiese apoyado. ¿La idea central del programa educativo de Graff no había sido acaso hacerle creer a Ender, hasta lo más profundo de su alma, que no tenía el apoyo de nadie?

—Gracias por la siesta —le dijo a Graff.

Graff se rió sonoramente.

—Que siempre tengas todas las que necesites.

Luego Ender hizo una pausa, mirando una sala vacía, y pensó: Adiós, mamá. Adiós, papá. Adiós, Peter. Adiós a todos los hombres, mujeres y niños de la Tierra. He hecho lo posible por vosotros, y he tenido todo lo que podía recibir de vosotros. Y ahora sois responsabilidad de otro.

Ender subió la rampa del transbordador. Valentine le seguía justo detrás.

El transbordador los sacó de Eros por última vez.

Adiós, Eros, y adiós a todos los soldados que contiene, los que lucharon por mí y los otros niños, y adiós a quienes nos manipularon y mintieron por el bien de la humanidad, adiós a los que conspiraron para difamarme y evitar que regresase a la Tierra, a todos vosotros, buenos y malos, generosos y egoístas, adiós a todos. Ya no soy uno de vosotros, ni vuestro peón ni vuestro salvador. Dímelo.

Ender no le hizo a Valentine más que comentarios triviales durante el viaje. Sólo hizo falta una media para que el transbordador atracase contra el casco de la nave de transporte. Su propósito había sido llevar soldados y armas a la guerra. Ahora transportaba grandes cantidades de equipo y suministros para cubrir las necesidades agrícolas y de manufactura de la colonia Shakespeare, y más gente para unirse a ella, para mejorar su fondo genético, para ayudarlos a mejorar la productividad de forma que hubiese tiempo libre para la ciencia, la creatividad y el lujo, una vida más parecida a la que ofrecían las sociedades de la Tierra.

Pero todo eso ya estaba a bordo, así como toda la gente. Sólo faltaba Ender. Ender y Valentine eran los últimos.

Al pie de la escalerilla que los llevaría a la nave, Ender se detuvo y miró a Valentine.

—Todavía puedes echarte atrás —dijo—. Ya ves que estaré bien. La gente de la colonia que he conocido hasta ahora es muy agradable y no me sentiré solo.

—¿Temes entrar tú primero? —preguntó Valentine—. ¿Es por eso que te paras a dar un discurso?

Así que Ender subió la escalerilla y Valentine le siguió, convirtiéndose en la última de los colonos en cortar la conexión con la Tierra.

Debajo, la escotilla del transbordador se cerró y luego lo hizo la de la nave. Se quedaron en la esclusa de aire hasta que la puerta se abrió, y allí estaba el almirante Quincy Morgan, sonriendo, ofreciéndoles la mano. Ender se preguntó cuánto tiempo llevaría en esa postura antes de que se abriera la puerta. ¿Llevaría allí horas, quizá, posando como un maniquí?

—Bienvenido, gobernador Wiggin —dijo Morgan.

—Almirante Morgan —dijo Ender—. No soy gobernador de nada hasta que no ponga el pie en el planeta. En este viaje, en su nave, soy un estudiante de la xenobiología y la agricultura adaptada de la colonia Shakespeare. Pero espero que cuando no esté demasiado ocupado me dé ocasión de hablar con usted y aprender de usted sobre la vida militar.

—Es usted el que entró en combate —dijo Morgan.

—Jugué a un juego —dijo Ender—. No vi la guerra. Pero hay colonos en Shakespeare que realizaron este mismo viaje hace años y no tuvieron jamás la esperanza de regresar a la Tierra. Me gustaría hacerme una idea de cómo fue su entrenamiento, su vida.

—Para eso tendrá que leer libros —dijo Morgan, todavía sonriendo—. Éste es también mi primer viaje interestelar. Es más, por lo que sé, nadie ha realizado dos. Incluso Mazer Rackham sólo realizó un único viaje, que terminó en el lugar de partida.

—Vaya, creo que tiene usted razón, almirante Morgan —dijo Ender—. Eso nos convierte a todos los que estamos a bordo de su nave en pioneros. —Bien, ¿había repetido «su nave» las veces suficientes para garantizarle a Morgan que respetaba la cadena de mando a bordo?

Morgan no cambió su sonrisa.

—Estaré encantado de que hablemos en cualquier momento. Es un honor tenerlo a bordo, señor.

—Por favor, no me llame «señor», señor —dijo Ender—. Los dos sabemos que sólo soy almirante de nombre, y no quiero que los colonos oigan a nadie llamarme de otro modo que no sea «señor Wiggin», y preferiblemente tampoco así. Mejor Ender. O Andrew, si quiere ser formal. ¿Es aceptable o contraviene la disciplina de la nave?

—Creo que no contraviene la disciplina —dijo el almirante Morgan—, por tanto se hará como usted prefiera. Ahora el alférez Akbar les mostrará a usted y su hermana su camarote. Dado que tan pocos pasajeros realizan el viaje despiertos, la mayoría de las familias disponen de alojamientos de tamaño similar. Lo comento por su memorando solicitando no disponer en la nave de un espacio desmesurado.

—¿Su familia está a bordo, señor? —preguntó Ender.

—Engatusé a mis superiores y ellos iniciaron mi carrera —dijo Morgan—. La Flota Internacional ha sido mi única esposa. Al igual que usted, viajó como soltero.

Ender le sonrió.

—Me da la impresión de que nuestra soltería pronto será puesta en cuestión.

—Nuestra misión es la reproducción de la especie más allá de los confines de la Tierra —declaró Morgan—. Pero el viaje irá mucho mejor si durante el mismo preservamos celosamente nuestra soltería.

—La mía disfruta de la seguridad de la juventud ignorante —dijo Ender—, y la suya de la distancia de la autoridad. Gracias por el gran honor de recibirnos aquí. En los últimos días he dormido muy poco y espero que me disculpe por consentirme dieciocho horas de sueño. Me temo que me perderé el comienzo de la aceleración.

—Todos se la perderán, señor Wiggin —dijo Morgan—. La supresión inercial de esta nave es excelente. Es más, ya estamos acelerando al ritmo de dos gravedades, y sin embargo la única gravedad aparente es la producida por la fuerza centrífuga del giro de la nave.

—Lo que es extraño —dijo Valentine—, ya que la fuerza centrífuga también es inercial y uno diría que estaría contrarrestada.

—La supresión tiene una dirección muy definida y afecta sólo al movimiento hacia delante de la nave —explicó Morgan—. Lamento haberle hecho tan poco caso a usted, señorita Wiggin. Me temo que la fama y la graduación de su hermano me han distraído y he olvidado la cortesía.

—A mí no se me debe ninguna —excusó Valentine sonriendo un poco—. Simplemente vengo de acompañante.

Y con eso se separaron y el alférez Akbar los guió al camarote. No era un espacio enorme, pero estaba bien equipado y al alférez le llevó varios minutos mostrarles dónde habían almacenado su ropa, los suministros y escritorios, y cómo usar el sistema de comunicación interno de la nave. Insistió en bajar las dos camas y subirlas de nuevo, apartándolas, para que Ender y Valentine disfrutasen de una demostración completa. Luego les enseñó cómo subir y bajar la pantalla de intimidad que convertía el camarote en dos zonas de dormir.

—Gracias —dijo Ender—. Ahora creo que volveré a bajar la cama y me echaré a dormir.

El alférez Akbar, sin dejar de disculparse, bajó las dos camas, ignorando las protestas de que el propósito de la demostración era que ellos pudiesen hacerlo solos. Cuando terminó, se detuvo en la puerta.

—Señor —dijo—, sé que no debería pedírselo. Pero ¿podría estrecharle la mano, señor?

Ender se la tendió y sonrió cálidamente.

—Gracias por su ayuda, alférez Akbar.

—Es un honor tenerle a bordo, señor. —A continuación saludó. Ender le devolvió el saludo, el alférez se fue y la puerta se cerró.

Ender se sentó en la cama. Valentine se sentó en la suya, justo delante de él. Ender la miró y se echó a reír. Ella se le unió.

Rieron hasta que Ender se vio obligado a tenderse y frotarse los ojos para secarse las lágrimas.

—¿Puedo preguntar si nos estamos riendo de lo mismo? —dijo Valentine.

—¿Por qué? ¿De qué te reías tú?

—De todo —dijo Valentine—. Lo de las fotos antes de partir, de Morgan recibiéndonos tan cálidamente, como si no estuviese preparándose para apuñalarte por la espalda, y de la adoración al héroe del alférez Akbar a pesar de tu insistencia en no ser más que el «señor Wiggin»... lo que, por supuesto, también es afectación. Me río de todo eso.

—Comprendo que todo eso es divertido, si lo miras así. Yo estaba demasiado ocupado para verle la gracia. Sólo intentaba permanecer despierto y decir lo adecuado.

—Entonces, ¿de qué te reías?

—De puro deleite. Deleite y alivio. Ahora no mando en nada. Durante el viaje, la nave es de Morgan y yo soy un hombre libre por primera vez en mi vida.

—¿Hombre? —preguntó Valentine—. Todavía eres más bajito que yo.

—Pero Val —dijo Ender—, ahora ya me tengo que afeitar una vez por semana o me sale bigote.

Volvieron a reír, sólo un poco. Luego Valentine dio la orden para bajar la barrera entre las camas. Ender se quedó en ropa interior, se metió bajo una única sábana, porque no hacía falta nada más en aquel entorno controlado, y en un segundo se quedó dormido.

Capítulo 8

Para: GobDes%Shakespeare@MinCol.gob/viaje

De: MinCol@MinCol.gob

Asunto: Informe sobre creación de planeta

Estimado Ender:

No sabía si debía enviarte esto. Por una parte es fascinante, incluso alentador; por otra, sé que has sufrido enormemente por la destrucción del mundo natal de los insectores y que los recordatorios podrían serte dolorosos. Me arriesgo al dolor (tu dolor, así que para mí no es ningún riesgo, ¿no?) porque si alguien debe recibir estos informes, ése eres tú.

HYRUM

Mensaje reenviado:

Para: MinCol@MinCol.gob

De: LPo%formcent@ComFl.gob/vda

Asunto: Informe sobre creación de planeta

Estimado Hyrum:

No estoy seguro de si formas parte del grupo de los que deben conocer esta información, ya que pasará mucho tiempo antes de que el planeta objetivo esté listo para la colonización. Pero dado que allí ya no hay presencia enemiga, he creído que te gustaría conocer el resultado... nuestro informe oficial de «valoración de daños».

(Te habrás dado cuenta de que en mi nuevo puesto, NO se me permite emplear las abreviaturas militares habituales y llamar a mi área «ValDa» o «DaVal» Debemos emplear sólo el acrónimo VDA. Como dicen los chicos: kuso.)

*EnlaceSeguro7977@rTfu7&la *****vda, gob*

Lo he arreglado de tal forma que tu nombre completo sea una clave temporal la semana que viene.

Por si no tienes tiempo de leer el informe completo, aquí tienes un resumen. El antiguo mundo natal de los insectores destruido el año pasado por medio de desintegración molecular se está formando de nuevo. Nuestra nave de seguimiento, en lugar de intentar recuperar una batalla perdida, ha descubierto que su misión es astronómica: observar la formación de un planeta a partir de, literalmente, polvo elemental.

Dado que el campo MD lo rompió todo dejando sólo los átomos constituyentes, está recomponiéndose con asombrosa rapidez. Recientemente la nave observadora estuvo en posición de ver la nube de polvo con la estrella directamente detrás, y durante ese periodo realizó espectrometría de masas suficiente para garantizar que la mayoría de los átomos han vuelto a formar las moléculas habituales y esperadas, y que la gravedad de la nube era la suficiente para mantener el material en su sitio. Se han producido algunas pérdidas debido a la velocidad de escape y otras adicionales debido a la

gravedad solar, el viento solar y demás, pero según las mejores estimaciones el nuevo planeta no tendrá menos de un ochenta por ciento de la masa original, y quizá tenga más. Con ese tamaño, todavía tendrá una atmósfera potencialmente respirable. También habrá un núcleo fundido y un manto, océanos y la probabilidad de movimientos tectónicos en las áreas más gruesas de la corteza: a saber, continentes.

Es decir, aunque nunca se encontrarán artefactos de la antigua civilización, el planeta en sí volverá a ser un buen paquete, en órbita estelar, durante los próximos mil años, y posiblemente dentro de diez mil esté tan frío como para poder ser explorado. Se podría colonizar dentro de cien mil años, si lo sembramos con bacterias oxigenadoras y otras formas de vida en cuanto se formen por completo los océanos.

Puede que los humanos seamos destructivos, pero la sed de creación del universo no descansa nunca.

Li

Los espacios públicos eran más bien escasos en la «Gran Nave de Gominola» (como la llamaba Valentine), también conocida como «Ficoltrans1» (como llevaba pintado en el lateral y que su baliza emitía continuamente), o «Señora Morgan » (como la llamaban los oficiales y el resto de la tripulación cuando el capitán no estaba presente).

Había un comedor, donde no se podía pasar mucho rato porque cada hora empezaba un turno de comida. La biblioteca estaba destinada a la investigación en serio por parte del personal de la nave; los pasajeros tenían acceso completo al contenido de la biblioteca desde sus escritorios en los camarotes y no eran especialmente bien recibidos en ella.

Los pasajeros sólo podían entrar en los salones de los oficiales y la tripulación por estricta invitación, y esas invitaciones eran muy poco habituales. El teatro estaba bien para ver holos y vídeos, o para reunir a todos los pasajeros en una reunión o para un anuncio, pero lo habitual era que, con cierta hostilidad, interrumpiesen las conversaciones privadas.

Para socializar quedaban únicamente la cubierta de observación, cuyas paredes sólo ofrecían una vista cuando el motor estelar estaba apagado y la nave maniobraba cerca de un planeta, y unos cuantos espacios abiertos del muelle de carga... que aumentarían en número y tamaño a medida que se consumiesen suministros durante el viaje.

Era por tanto a la cubierta de observación a donde Ender se retiraba todos los días después del desayuno. A Valentine le sorprendía esa aparente sociabilidad. En Eros se había mostrado reservado, poco dado a conversar, obsesionado por sus estudios. Ahora saludaba a todos los que entraban en la cubierta de observación y charlaba amistosamente con todo el que requiriese de su tiempo.

—¿Por qué dejas que te interrompan? —le preguntó Valentine una noche, después de volver al camarote.

—No me interrumpen —dijo Ender—. Mi propósito es conversar con ellos; de mi trabajo me ocupo cuando nadie me quiere.

—Por tanto, estás siendo su gobernador.

—No lo soy —dijo Ender—. En este momento no soy gobernador de nada. Ésta es la nave del almirante Morgan y aquí no tengo autoridad.

Era la respuesta enlatada de Ender para cualquiera que le pidiese que resolviera un problema, dirimiera una disputa, pusiera en tela de juicio una norma, solicitara un cambio o exigiera un privilegio.

—Me temo que no tendré autoridad hasta que no toque la superficie del planeta Shakespeare —decía—. Pero estoy seguro de que recibirás una respuesta satisfactoria del oficial al que el almirante Morgan le haya encargado tratar con nosotros, los pasajeros.

—Pero tú también eres almirante —decían varios. Incluso algunos sabían que la graduación de Ender, entre los almirantes, era superior a la de Morgan—. Eres su superior.

—Él es el capitán de la nave —decía Ender, siempre sonriendo—. No hay ninguna autoridad superior.

Valentine no se iba a conformar con esa respuesta, no estando solos.

—Y una mierda, hermano —dijo—. Si no tienes ninguna obligación oficial y no estás ejerciendo como gobernador, entonces, ¿para qué pasas tanto tiempo siendo... afable?

—Presumiblemente —dijo Ender—, algún día llegaremos a nuestro destino. Cuando eso suceda, tengo que conocer a todas las personas que se vayan a quedar en la colonia. Necesito conocerlas bien. Necesito saber cómo encajan con su familia, con los amigos que hagan en la nave. Necesito saber quién habla bien el común y quién tiene problemas para comunicarse si no es en su lengua materna. Debo saber quién es beligerante, quién precisa atención, quién es creativo e ingenioso, qué estudios tienen, qué opinión sobre ideas poco habituales. En el caso de los pasajeros congelados, sólo pasé media hora con cada grupo. En el caso de los que viajan despiertos como nosotros, dispongo de mucho más tiempo. Quizá sea el suficiente para descubrir por qué decidieron no dormir durante el viaje. ¿Temían el éxtasis? ¿Esperaban tener alguna ventaja a la llegada? Como puedes comprender, Valentine, no dejo de trabajar constantemente. Me cansa.

—He estado pensando en enseñar inglés —dijo Valentine—. En ofrecerme para dar clases.

—Inglés, no —dijo Ender—. Común. La ortografía es más fácil (nada de ughs e ighs), tiene vocabulario especial y carece de subjuntivo, además of se escribe como la letra «v», por mencionar algunas diferencias.

—Pues enseñaré común —dijo Valentine—. ¿Qué te parece?

—Me parece que será más difícil de lo que crees, pero que realmente sería de gran ayuda para los que asistiesen a clases... si asisten aquellos que lo precisan.

—Miraré qué software de enseñanza de idiomas hay en la biblioteca.

—Antes espero que se lo comentes al almirante Morgan.

—¿Por qué?

—Es su nave. Ofrecer dar clase sólo se puede hacer con su permiso.

—¿Por qué iba a importarle?

—No sé si le importa. Sólo sé que en su nave debemos descubrir si lo hace antes de empezar algo tan formal y regular como es dar clase.

Resultó que el oficial encargado de las relaciones con los pasajeros, un coronel llamado Jarrko Kitunen, ya estaba planeando organizar clases de común y aceptó a Valentine como instructora en cuanto se presentó voluntaria. También flirteó descaradamente con ella hablándole con su acento finés, y ella descubrió que disfrutaba de su compañía. Con Ender siempre ocupado hablando con alguien o leyendo lo que fuese que hubiese recibido por ansible o se

hubiese descargado de la biblioteca, valía la pena disponer de una forma agradable de pasar el tiempo. Sólo soportaba trabajar en la historia de la Escuela de Batalla durante unas horas, así que era un alivio tener compañía humana.

Se había unido a aquel viaje por Ender, pero hasta que él no estuviese dispuesto a confiar en ella por completo, Valentine no tenía ninguna obligación de andar abatida deseando más de Ender de lo que él estaba dispuesto a compartir. Y si resultaba que Ender no deseaba aceptarla en su vida, rehacer el viejo vínculo, entonces ella debía crearse una vida propia, ¿no?

Jarrko no iba a formar parte de esa vida. Para empezar, era al menos diez años mayor que ella. Además, era miembro de la tripulación, lo que significaba que, en cuanto la nave hubiese cargado la maquinaria, los productos y suministros que Shakespeare pudiese ofrecerle, daría media vuelta y volvería a la Tierra, o al menos a Eros. Ella no iría a bordo. Así que cualquier relación con Jarrko se terminaría. Tal vez a él le pareciese bien, pero a ella no.

Como siempre decía su padre: «A la larga, la monogamia es lo mejor para cualquier sociedad. Es por eso que la mitad de nosotros nacemos hombres y la otra mitad mujeres... para emparejarnos.»

Por lo que Valentine no siempre estaba con Ender. Estaba ocupada, tenía cosas que hacer, tenía su vida. Eso era más de lo que Peter le había dado nunca, así que la disfrutaba.

Pero resultó que Valentine estaba con Ender en la cubierta de observación, trabajando en el libro, cuando una italiana y su hija adolescente se acercaron a su hermano y se quedaron allí, sin decir nada, esperando a ser vistas. Valentine las conocía porque las dos asistían a la clase de común.

Ender las vio de inmediato y les sonrió.

—Dorabella y Alessandra Toscano —dijo—. Es un placer conoceros al fin.

—No estábamos preparadas —dijo Dorabella con un acento italiano entrecortado—, hasta que tu hermana nos ha enseñado suficiente inglés... —Rió—. Quiero decir, común.

—Me gustaría hablar italiano —dijo Ender—. Es una lengua hermosa.

—La lengua del amor —dijo Dorabella—. No el francés, una lengua fea de labios besando y escupiendo.

—El francés también es hermoso —dijo Ender, riéndose por el modo en que la mujer había imitado el acento y la pose franceses.

—Para los franceses y los sordos —dijo Dorabella.

—Madre —dijo Alessandra. Tenía muy poco acento italiano. Hablaba más bien como una británica con educación—. Entre los colonos hay francófonos, y no podemos ofenderlos.

—¿Por qué iban a sentirse ofendidos ? Cuando hablan ponen los labios para besar, ¿debemos fingir que no nos damos cuenta?

Valentine rió en voz alta. Lo cierto era que Dorabella resultaba muy graciosa, era toda una personalidad. Llamativa era la palabra. A pesar de tener edad suficiente para haber sido la madre de Ender (su hija tenía la edad de Ender), flirteaba con Ender. Quizá fuese una de esas mujeres que flirteaban con todos porque no conocían otra forma de relacionarse.

—Ahora estamos listas —dijo Dorabella—. Tu hermana nos enseña bien, así que estamos preparadas para pasar media hora contigo.

Ender parpadeó.

—Oh, eso pensasteis... Pasé media hora con todos los colonos que iban a viajar en éxtasis porque ése era todo el tiempo que tenía antes de que ya no fuese posible. Pero los colonos de la nave... Tenemos un año o dos, tiempo de sobra. No hace falta que reservéis media hora. Estoy siempre aquí.

—Pero eres un hombre importante, salvando a todo el mundo.

Ender negó con la cabeza.

—Eso era en mi antiguo puesto. Ahora no soy más que un niño con un trabajo que me supera. Así que sentémonos, hablemos. Aprendéis inglés muy bien... de hecho, Valentine me ha hablado de vosotras y de lo mucho que trabajáis... y tu hija no tiene el más mínimo acento, lo habla con fluidez.

—Es muy inteligente mi niña Alessandra —dijo Dorabella—. Y bonita también, ¿no? ¿No te lo parece? Tiene una bonita figura para tener catorce años.

—¡Madre! —Alessandra se hundió en el asiento—. ¿Soy un coche de segunda mano? ¿Soy un bocadillo en un puesto callejero?

—Puestos callejeros —suspiró Dorabella—. Todavía los echo de menos.

—«Ya» —la corrigió Valentine.

—Ya los echo de menos —dijo Dorabella, corrigiéndose orgullosa—. Tan pequeño Shakespeare será. ¡Ninguna ciudad! ¿Qué dijiste, Alessandra? Dile.

Alessandra parecía inquieta, pero su madre insistió.

—Dije que hay más personajes en las obras de Shakespeare que colonos en el planeta que lleva su nombre.

Ender rió.

—¡Qué idea! Tienes razón. Probablemente no podríamos representar todas sus obras sin asignar más de un papel a cada colono. No es que tenga pensado representar una obra de Shakespeare. Aunque quizá deberíamos hacerlo. ¿Qué opinas? ¿Alguien estaría dispuesto a representar una obra para los colonos que ya están allí?

—No sabemos si les gusta el nuevo nombre —dijo Valentine. También pensó: ¿Sabe Ender el trabajo que llevaría representar una obra?

—Lo conocen —le garantizó Ender.

—Pero ¿les gusta? —preguntó Valentine.

—No importa —dijo Alessandra—. No hay suficientes ruoli, parti... para mujeres. ¿Cómo se dice? —Se volvió, indefensa, hacia Valentine.

—«Papel» —dijo Valentine—. O «parte».

—Oh —Alessandra rió. No era una risa molesta, era más bien encantadora. No le hacía parecer estúpida—. Claro.

—Tiene razón —dijo Valentine—. Los colonos son más o menos cincuenta y cincuenta y, en las obras de Shakespeare, hay, ¿qué? ¿Un cinco por ciento de papeles femeninos?

—Oh, bien —dijo Ender—. Sólo era una idea.

—Me gustaría que representáramos una obra —dijo Alessandra—. ¿Podríamos leerla juntos?

—En el teatro —dijo Dorabella—. El lugar de la holografía. Todos leemos. Yo escucho, mi inglés no bueno.

—Es buena idea —dijo Ender—. ¿Por qué no lo organizas tú, signora Toscano?

—Por favor, llámame de Dorabella.

—Esa frase no lleva «de» —dijo Alessandra—. Tampoco en italiano.

—El inglés tiene tantos «de» por todas partes... ¡menos donde yo los pongo! —Mientras Dorabella reía, le tocó el brazo a Ender. Probablemente Dorabella no se dio cuenta de cómo Ender se controló para no estremecerse. No le gustaba que lo tocasen los desconocidos, nunca le había gustado. Pero Valentine se dio cuenta. Seguía siendo Ender.

—Nunca he visto una función —dijo Ender—. He leído las obras. He visto holos y vídeos, pero jamás he estado en una sala donde la gente recitara las frases. Yo jamás podría organizarlo, pero me encantaría estar presente y escuchar.

—¡Entonces así debe ser! —dijo Dorabella—. ¡Eres el gobernador, haz que así sea!

—No puedo —dijo Ender—. En serio. Hazlo tú, por favor.

—No, no puedo —dijo Dorabella—. Mi inglés es muy malo. El teatro es para jóvenes. Yo miraré y escucharé. Hacedlo Alessandra y tú. Sois estudiantes, sois jóvenes. ¡Romeo y Julieta!

¿Se puede ser menos sutil?, pensó Valentine.

—Madre cree que si tú y yo pasamos mucho tiempo juntos —dijo Alessandra—, nos enamoremos y nos casaremos.

Valentine estuvo a punto de echarse a reír. Así que la hija no formaba parte de la conspiración, era una recluta.

Dorabella fingió horrorizarse.

—¡No tengo tal plan!

—Oh, madre, lo planeaste desde el principio. Incluso en la ciudad de la que venimos...

—Monopoli —dijo Ender.

—Te ha estado llamando «joven con futuro». Un candidato probable para ser mi esposo. Mi opinión personal es que soy muy joven y tú también.

Ender estaba ocupado apaciguando a la madre.

—Por favor, Dorabella, no me ofendo, y por supuesto que sé que no planeabas nada. Alessandra se mete conmigo. Se mete con los dos.

—No es verdad, pero puedes decir lo que haga falta para contentar a madre —dijo Alessandra—. Nuestra vida en común es una obra larga. Ella me convierte... no precisamente en la estrella de mi propia autobiografía. Pero, desde el principio, madre siempre ha visto el final feliz.

Valentine no estaba segura de cómo tomarse la relación entre aquellas dos. Las palabras eran cortantes, casi hostiles, pero mientras las pronunciaba Alessandra abrazaba a su madre, aparentemente con sinceridad, como si las frases formasen parte de un antiguo ritual entre ambas ya sin ningún matiz doloroso.

Estuviera lo que estuviese pasando entre Ender y Alessandra, Dorabella parecía tranquilizada.

—Me gusta el final feliz.

—Deberíamos representar una tragedia griega —dijo Alessandra—. Medea. Ésa en la que la madre mata a sus propios hijos.

Valentine quedó conmocionada al oírlo: vaya un comentario más cruel para hacerlo delante de su madre. Pero no; a juzgar por la reacción de Dorabella, Alessandra no se refería a ella. Porque Dorabella rió, asintió y dijo:

—Sí, sí, Medea, ¡odiosa mamá!

—Sólo que le cambiaremos el nombre —dijo Alessandra—. ¡Se llamará Isabella!

—¡Isabella! —gritó Dorabella casi al mismo tiempo. Las dos rieron con tantas ganas que casi se les saltaron las lágrimas, y Ender se unió a ellas.

Luego, para sorpresa de Valentine, mientras las otras dos hipaban dejando de reír, Ender se volvió hacia ella y le explicó:

—Isabella es la madre de Dorabella. Tuvieron una despedida dolorosa.

Alessandra dejó de reír y miró a Ender con ojos inquisitivos, pero si a Dorabella le sorprendió que Ender supiese tanto sobre su pasado, no lo manifestó:

—Vamos a esa colonia a librarnos de mi madre perfecta. Santa Isabella, ¡no te rezaremos!

Luego Dorabella se levantó y ejecutó una especie de danza, un vals quizá, sosteniendo en alto con una mano una falda imaginaria y dibujando con la otra un patrón arcano en el aire.

—Siempre tengo una tierra mágica donde ser feliz, y allí me llevo a mi hija, siempre feliz. —Calló y miró a Ender—. Ahora la colonia Shakespeare es nuestra tierra mágica. Tú eres el rey de los... ¿folletti? —Miró a su hija.

—Elfes —dijo Alessandra.

—«Elfos» —dijo Valentine.

—¡Gli elfi! —gritó Dorabella con deleite—. ¡Otra vez la misma palabra! ¡Elfe!

—«Elfo» —dijeron Valentine y Alessandra al unísono.

—Rey de los elfos —dijo Ender—. Me pregunto qué dirección de email me darán con ese título. Elforey@hadas.gob. —Se volvió hacia Valentine—. ¿O aspira Peter a ese título?

Valentine sonrió.

—Todavía no ha logrado decidirse entre Hegemón y Dios —dijo.

Dorabella no comprendió a qué se referían. Volvió a bailar, y en esta ocasión lo hizo cantando una tonada sin letra pero evocadora. Alessandra cabeceó, pero a pesar de todo la acompañó, en armonía. Así que la había oído antes, la conocía y la había cantado con su madre. Sus voces se mezclaban dulcemente.

Valentine miró bailar a Dorabella, fascinada. Al principio el suyo le había parecido un comportamiento infantil y alocado. Pero ahora se daba cuenta de que Dorabella sabía que estaba haciendo el tonto pero que era completamente sincera. Imprimía al movimiento y a su expresión facial una especie de comicidad que hacía fácil olvidar el absurdo y la afectación, mientras que la sinceridad lo convertía en algo encantador.

La mujer no es vieja, pensó Valentine. Todavía es joven y atractiva. Incluso hermosa; sobre todo ahora, sobre todo durante este baile extraño de hadas.

La canción terminó. Dorabella siguió bailando en silencio.

—Madre, ya puedes dejar de volar —dijo Alessandra con ternura.

—Pero no puedo —dijo Dorabella, que ahora la chinchaba abiertamente—. ¡En esta nave volamos durante cincuenta años!

—Cuarenta años —puntualizó Ender.

—Dos años —dijo Alessandra.

Aparentemente a Ender le gustaba la idea de representar una obra, porque volvió a ese tema.

—Romeo y Julieta no —dijo—. Necesitamos una comedia, no una tragedia.

—Las alegres comadres de Windsor —sugirió Valentine—. Tienen muchos papeles para mujeres.

—¡La fierecilla domada!—gritó Alessandra, y Dorabella casi se cayó de la risa. Aparentemente, aquello era otra referencia a Isabella. Y cuando dejaron de reír insistieron en que La fierecilla era la obra perfecta—. Yo leeré las frases de la loca —dijo Dorabella. Valentine se dio cuenta de que Alessandra se guardaba algún comentario.

Y así fue cómo se concibió el plan de leer la obra en el teatro, tres días más tarde... días del tiempo de la nave, aunque la idea del tiempo a Valentine le resultaba bastante absurda en un viaje durante el cual cuarenta años pasarían en menos de dos. ¿Cuál sería en aquel momento su edad? ¿Debía contar su edad de acuerdo con el tiempo de la nave o con el transcurrido en el calendario en el momento de su llegada? ¿Y qué importancia tendría el calendario terrestre en Shakespeare?

Naturalmente, Dorabella y Alessandra hablaron a menudo con Ender durante los días de ensayo, planteándole infinidad de preguntas. Aunque él dejó claro que las decisiones eran cosa suya, que él no era el encargado, nunca se impacientó. Parecía disfrutar de su compañía... aunque Valentine sospechaba que no era por la razón que había ansiado Dorabella. Ender no se estaba enamorando de Alessandra... Si estaba encaprichado de alguien, probablemente fuese de la madre. No, Ender se estaba enamorando del hecho de que fuesen una familia. Estaban unidas de la forma en que Ender y Valentine habían estado unidos. E incluían a Ender en esa unidad.

¿Por qué no puedo hacer yo eso por él? Valentine estaba muy celosa, pero sólo a causa de su fracaso, no porque deseara privarle del placer que obtenía de las Toscano.

Por supuesto, fue inevitable que convenciesen a Ender para leer el papel de Lucencio, el guapo y joven pretendiente de Bianca, interpretada, por supuesto, por Alessandra. Dorabella leyó la parte de Kate, la Fierecilla, mientras que Valentine se quedó con el papel de la Viuda. Valentine ni siquiera fingió no querer leer el papel... era lo más interesante que estaba pasando en la nave, ¿por qué no estar en el meollo? Era la hermana de Ender; que la gente oyese su voz, sobre todo en el papel pícaro y exagerado de la Viuda.

A Valentine le resultaba entretenido ver cómo los hombres y chicos asignados a los muchos otros papeles se centraban en Dorabella. La mujer poseía una risa increíble, intensa, gutural y contagiosa. En esa comedia conseguir que riera estaba muy bien, y los hombres competían por complacerla. Lo que hizo que Valentine se preguntase si unir a Ender y a Alessandra era realmente lo que Dorabella pretendía. Quizá creía pretenderlo, pero en realidad Dorabella ocupaba el centro del escenario, y parecía encantada de atraer todas las miradas. Flirteaba con todos, se enamoraba de todos y, sin embargo, simultáneamente, parecía vivir en su propio mundo.

¿Kate, la Fierecilla, había sido interpretada alguna vez de esta forma?

¿Todas las mujeres tienen lo que tiene esta Dorabella? Valentine escrutó su corazón en busca de esa exaltación. Sé divertirme, se repitió. Sé como ser juguetona.

Pero sabía que su ingenio siempre estaba teñido de ironía, que había una cierta arrogancia en sus réplicas. La timidez de Alessandra teñía cuanto hacía: era atrevida, pero parecía sorpren-

dida y avergonzada de sus propias palabras una vez pronunciadas. Dorabella, sin embargo, no se mostraba ni irónica ni asustada. Era una mujer que se había enfrentado a todos los dragones y los había derrotado; ya estaba preparada para los elogios de la multitud admirada. Recitaba los diálogos de Kate con el corazón: su furia, su pasión, su petulancia, su frustración y al final su amor. El monólogo final, en el que se sometía a la voluntad de su esposo, resultó tan hermoso que Valentine lloró un poco y pensó: Me preguntó cómo será amar y confiar tanto en un hombre como para que esté dispuesta a degradarme tanto como Kate. ¿Hay algo en las mujeres que nos impulsa a humillarnos? ¿O es algo humano que al ser dominadas nos alegramos de nuestra sumisión? Eso explicaría muchos aspectos de la historia.

Como todos los interesados en la obra ya participaban en ella, y asistían a los ensayos, no era como si la representación en sí fuese a sorprender a nadie. Valentine casi le dijo al grupo, en el último ensayo, que para qué molestarse en representarla. Acababan de hacerlo, y había sido maravilloso.

Pero había excitación en la nave debido a la representación y Valentine comprendía que el ensayo no era lo mismo que la representación, por bien que saliera. Y después de todo había quienes no habían asistido al ensayo: Dorabella no dejaba de invitar a miembros de la tripulación, muchos de los cuales habían prometido asistir. Y los pasajeros que no participaban en la obra parecían emocionados con la idea de asistir a la representación, y algunos se mostraban abiertamente pesarosos por haberse negado a participar.

—La próxima vez —decían.

Cuando llegaron al teatro a la hora acordada, se encontraron a Jarrko en la puerta, rígido, con una expresión formal en la cara. No, el teatro no se abriría; por orden del almirante la lectura de la obra se había cancelado.

—Ah, gobernador Wiggin... —dijo Jarrko.

Era una mala señal que hubiese vuelto a usar el título, pensó Valentine.

—El almirante Morgan desearía verle de inmediato, si me hace el favor, señor.

Ender asintió y sonrió.

—Por supuesto —dijo.

Entonces, ¿Ender se lo esperaba? ¿O era tan impasible que parecía que nada le sorprendía?

Valentine se disponía a ir con él, pero Jarrko le tocó el hombro.

—Por favor, Val —susurró—. A solas.

Ender le sonrió y avanzó con paso rápido, como si realmente le emocionase ir a ver al almirante.

—¿De qué va esto? —le preguntó Valentine a Jarrko en voz baja.

—No sabría decirte —dijo—. En serio. Sólo me lo han ordenado. Nada de obra, el teatro queda cerrado por esta noche, que el gobernador tenga la amabilidad de ir a ver de inmediato al almirante.

Así que Valentine se quedó con Jarrko para tranquilizar a los actores y a los colonos, que reaccionaban con decepción, indignación y fervor revolucionario. Algunos incluso se pusieron a recitar en el mismo pasillo, hasta que Valentine les pidió que lo dejaran.

—El pobre coronel Kitunen tendrá problemas si persistís, y él es demasiado cortés para hacerlos callar.

El resultado fue que todos estaban furiosos con el almirante Morgan por su arbitraria cancelación de un acto completamente inocuo. Y la propia Valentine no pudo evitar preguntarse en qué pensaba aquel hombre. ¿No había oído hablar de la moral del pasaje? Quizás hubiese oído hablar de ello pero estuviese en contra.

Allí estaba pasando algo, y Valentine empezó a preguntarse si Ender no estaría detrás de todo. ¿Podía ser que, a su modo, Ender fuese tan artero y sibilino como Peter?

No. No era posible. Sobre todo porque Valentine siempre había podido ver las intenciones de Peter. Ender no era tortuoso en absoluto. Siempre decía lo que pensaba y pensaba lo que decía.

¿Qué está haciendo este chico?

Capítulo 9

Para: demostenes@UltimaGranEsperanzaParaLaTierra.pol

De: PeterWiggin@hegemonia.gob/hegemon

Asunto: Mientras estabas de viaje

He hecho que mi personal calculase cuánto tiempo ha pasado para ti desde que iniciaste tu viaje relativista al futuro. Como mucho, pudieron darme un rango de posibles duraciones subjetivas... en cualquier caso, unas semanas. Para mí, un par de años. Por tanto, me siento seguro al decir que te echo más de menos de lo que tú me echas a mí. Ahora mismo probablemente todavía crees que jamás me echarás de menos. El mundo está lleno de gente convencida de lo mismo. Recuerdan vagamente que fui elegido para el puesto de Hegemón. Simplemente no pueden recordar qué hace el Hegemón. Cuando se molestan en pensar en mí, piensan que mi nombre es Locke.

Sin embargo, estoy en guerra. Mis fuerzas son diminutas, comandadas por, de entre todos los posibles, el viejo amigo de Ender, Bean. Los otros niños del jeesh de Ender (el «ejército» en el argot de la Escuela de Batalla, pero se ha puesto de moda y así los llaman) fueron todos secuestrados por los rusos, inspirados por un pequeño cabrón artero llamado Achilles, que fue expulsado de la Escuela de Batalla. Parece que Achilles escogió a su enemigo principal bastante mejor que Bonito de Madrid... Fue Bean quien se enfrentó a él en un conducto de aire oscuro, o eso cuentan, y, en lugar de matarlo, lo entregó a las autoridades. ¿Habías oído esa historia? ¿Lo supo Ender cuando sucedió? Achilles es un Hitler sigiloso, un Stalin con cerebro, un Mao con energía, un Pol Pot con sutileza... el monstruo que prefieras, y Achilles posee todas las virtudes poco convenientes que hacen muy difícil pararlo y mucho más difícil matarlo. Bean jura que lo hará, pero ya tuvo una oportunidad y no la aprovechó, así que soy más bien escéptico.

Me gustaría que estuvieses aquí.

Más aún, la verdad es que me gustaría que Ender estuviese aquí. Estoy haciendo la guerra con la ayuda de un ejército compuesto por unos pocos cientos de hombres... muy leales y genialmente entrenados, ¡pero sólo son doscientos! Bean no es el comandante más de fiar. Siempre gana, pero no siempre hace lo que se le dice y no siempre va a donde le digo. Escoge entre sus misiones. Eso sí, no discute conmigo delante de sus hombres (que supuestamente son «míos»).

El problema es que esos chicos de la Escuela de Batalla son todos muy cínicos. No creen en nada. Ciertamente no creen en MÍ. Simplemente porque Achilles no deja de intentar asesinar a Bean y tiene aterrorizada a toda la Escuela de Batalla, creen que no le deben al hermano mayor de Ender Wiggin su servicio personal para toda la vida. (Es broma, no me deben nada.)

Hay guerras por todo el mundo, alianzas que cambian... lo que predije que sucedería después de que los chicos de la Escuela de Batalla volviesen a casa. Son armas excelentes: potencialmente devastadoras, pero sin restos radiactivos, sin nubes en forma de hongo. De alguna forma siempre me vi cabalgando en la cresta de la ola. Ahora me encuentro arrastrado al fondo de la ola, de forma que apenas sé en qué dirección

está la superficie y constantemente me quedo sin aire. Llego a lo alto, boqueo y una nueva ola me hunde.

En cualquier caso, por ahora hay unos cuantos privilegios inherentes a este puesto. El ministro de Colonización Graff me comenta que tengo acceso ilimitado al ansible: puedo hablar contigo siempre que quiera. Felicítame por no abusar de esa opción. Sé que estás preparando una historia de la Escuela de Batalla y se me ocurrió que podría serte útil tener información sobre las carreras de los graduados más importantes de la Escuela de Batalla, quizá para un epílogo. Los miembros del jeesh de Ender lucharon contra los insectores y ganaron; pero todos los demás están ahora implicados de una forma u otra, ya sea como cautivos, siervos, líderes, figuras decorativas o víctimas, en la estrategia y las tácticas militares de cualquier nación que tenga la suerte de contar al menos con un graduado y disponga además de la fuerza suficiente para conservarlo.

Así que prepárate para recibir un montón de información. Graff me dice que llevará semanas enviarlo todo desde su oficina (ahora está en la antigua estación de la Escuela de Batalla), pero que a ti te parecerá que llega toda de una vez. Espero que eso no moleste excesivamente al capitán de tu nave (tengo entendido que es un don nadie, no Mazer Rackham como se esperaba), pero lo estoy enviando con el grado de prioridad de la hegemonía, lo que significa que no podrá leer nada de esto y cualquier mensaje que ÉL espere tendrá que aguardar su turno. Discúlpate en mi nombre. O no, como creas conveniente.

En mi vida he estado tan solo. Todos los días deseo que estés aquí. Por suerte, padre y madre han resultado ser sorprendentemente útiles. No, debería decir «serviciales». Pero dejaré el «útiles» para que puedas decir: «No ha cambiado nada.» También te echan de menos, y entre la información que te envió hay cartas de padre y madre. También las cartas que le envían a Ender. Espero que el chico supere esa fase y les responda. Echarte de menos me ha hecho comprender mejor lo que sienten por Ender (y ahora por ti): para ellos sería toda una alegría que él les escribiese. ¿Y qué le costaría hacerlo?

No, yo no voy a escribirle. No tengo acciones en esa empresa. Mamá y papá están deprimidos de tenerme sólo a mí como prueba visible de que se reprodujeron. Vosotros dos, alegradles la vida. ¿Qué OTRA cosa tenéis que hacer? Os imagino deslizándoos a la velocidad de la luz, con sirvientes trayéndoos julepes y colonos zalameros rogándole a Ender que cuente una vez más cómo el mundo natal de los insectores voló en mil pedazos.

Escribir esto en ocasiones me hace sentir como si te hablase como lo hacía antaño. Pero en este momento es un recordatorio doloroso de que no se parece en nada a hablar contigo.

Como monstruo oficial de la familia, espero que me compares con un verdadero monstruo como Achilles y me concedas algunos puntos por no ser tan horrible como se puede llegar a ser. También te digo que he aprendido que, cuando no es posible confiar en nadie (y quiero decir en nadie) te queda la familia. De alguna forma logré ser partícipe en el alejamiento de dos de las cuatro personas en las que podía confiar. Muy torpe por mi parte, ¿n'est-ce pas?

Te quiero, Valentine. Me gustaría haberte tratado mejor desde la niñez. A Ender también. Ahora, disfruta leyendo. El mundo está tan patas arriba que me alegro de que no

estéis aquí. Pero te prometo una cosa: haré lo posible por restaurar el orden y traer la paz. Sin, espero, hacer demasiado la guerra.

Con todo mi corazón, tu irritante hermano,

PETER

El almirante Morgan hizo esperar a Ender dos horas fuera de su despacho. Sin embargo, era justo lo que Ender esperaba, así que cerró los ojos y aprovechó el tiempo para disfrutar de una larga y relajante siesta. Se despertó al oír a alguien gritar desde el otro lado de la puerta:

—Bien, despiértale, hazle entrar. ¡Estoy listo!

Ender se sentó de inmediato, consciente instantáneamente de su entorno. Aunque jamás había entrado en combate sabiéndolo, había adquirido la costumbre militar de permanecer atento incluso dormido. Cuando el alférez encargado de despertarle llegó, Ender ya estaba de pie y sonreía:

—Tengo entendido que es la hora de mi reunión con el almirante Morgan.

—Sí, señor, por favor, señor. —El pobre chico (aunque tenía seis o siete años más que Ender era demasiado joven para que un almirante le estuviese gritando todo el día) se deshacía en deseos de agradar a Ender. Así que Ender se esforzó por mostrarse visiblemente encantado:

—Está de mal humor —le susurró el alférez.

—Veamos si puedo alegrarle un poco —dijo Ender.

—No es muy probable —susurró el alférez. Luego abrió la puerta—. El almirante Andrew Wiggin, señor.

Ender entró mientras lo anunciaban; el alférez se retiró a toda prisa y cerró la puerta.

—¿Qué demonios crees que haces? —preguntó el almirante Morgan con el rostro lívido. Como Ender llevaba durmiendo dos horas, eso significaba que Morgan había conservado la lividez durante todo ese tiempo o era capaz de activarla a voluntad, como gesto dramático. Ender apostaba por esto último.

—Me reúno con el capitán de la nave, como me ha pedido.

—Señor —dijo el almirante Morgan.

—Oh, no hace falta que me llame señor —dijo Ender—. Basta con Andrew. No me gusta insistir en los privilegios de mi graduación. —Ender se sentó en un sillón cómodo junto a la mesa de Morgan, en lugar de en la silla incómoda que había justo delante.

—En mi nave no tienes graduación —dijo Morgan.

—No tengo autoridad —dijo Ender—. Pero mi graduación viaja conmigo.

—Fomentas la rebelión en mi nave, requisas recursos vitales subvirtiendo una misión cuyo propósito principal es llevarte a la colonia que se supone que estás preparado para gobernar.

—¿Rebelión? Leemos La fierecilla domada, no Ricardo III.

—¡Todavía estoy hablando, niño! Puede que te creas el heroísmo personificado porque tú y tus amiguitos jugasteis a un video-juego que resultó ser real, ¡pero no toleraré esta subversión en mi propia nave! Lo que hicieses para volverte famoso y conseguir esa graduación ridícula ya es pasado. Ahora estás en el mundo real y no eres más que un mocoso con delirios de grandeza.

Ender permaneció en silencio, mirándole con tranquilidad.

—Ahora puedes responder.

—No tengo ni idea de lo que me está diciendo —dijo Ender.

Momento en el que Morgan dejó escapar una retahíla de obscenidades y vulgaridades tal que pareció que había recopilado las expresiones favoritas de toda la flota. Si antes estaba rojo, ahora se había puesto violeta. Y durante todo ese proceso, Ender se esforzó en comprender qué aspecto de leer una obra de teatro le había puesto tan demencialmente furioso.

Cuando Morgan calló para tomar aliento, apoyándose (no, dejándose caer) sobre la mesa, Ender se puso en pie.

—Creo que será mejor que prepare los cargos contra mí para el consejo de guerra, almirante Morgan.

—¡Consejo de guerra! ¡No voy a someterte a un consejo de guerra, niño! ¡No me hace falta! ¡Puedo ponerte en estasis durante el resto del viaje sólo con el poder de mi firma!

—Me temo que no puede hacerle tal cosa a alguien con la graduación de almirante —dijo Ender—. Y da la impresión de que la presentación formal de cargos para un consejo de guerra será la única forma que tendré de obtener una expresión coherente de lo que se supone que he hecho para ofender su dignidad y provocar tal alarma.

—Oh, ¿quieres una expresión formal? Qué tal esto: secuestras todas las comunicaciones de ansible durante tres horas de forma que a todos los efectos estamos aislados del resto del universo conocido, ¿qué tal suena? Tres horas significan más de dos días en tiempo real... Por lo que sé, podría haber habido una revolución, o mis órdenes podrían haber cambiado, o podrían estar pasando un buen montón de cosas, ¡y ni siquiera puedo enviar un mensaje para preguntar!

—Eso es ciertamente un problema —dijo Ender—. Pero ¿por qué cree que tengo algo que ver?

—Porque tu nombre aparece por todas partes —dijo Morgan—. El mensaje va dirigido a ti. Y sigue llegando, ocupando todo nuestro ancho de banda de ansible.

—¿Se le ha ocurrido pensar —dijo Ender con tacto— que el mensaje es para mí, no mío?

—De Wiggin a Wiggin, totalmente confidencial, tan cifrado que ninguno de los ordenadores de a bordo puede abrirlo.

—¿Ha intentado abrir un mensaje seguro dirigido a un oficial de alto rango sin pedir antes el permiso de dicho oficial?

—¡Es una comunicación subversiva, niño, por eso he intentado abrirla!

—Sabe que es subversiva porque no puede abrirla, y ha intentado abrirla porque sabe que es subversiva —dijo Ender. Mantuvo la voz baja y alegre. Ender no seguía impasible porque supiese que eso volvería loco a Morgan... aquello no era más que la guinda. Simplemente daba por supuesto que la conversación estaba siendo grabada para ser usada luego como prueba, y Ender no iba a decir nada ni a manifestar ninguna emoción que no le fuese provechosa en algún consejo de guerra posterior. Por tanto, Morgan podía insultarle cuanto quisiera... Ender no iba a decir nada que pudiese citarse aisladamente y hacerle parecer subversivo o furioso.

—No tengo que justificarme ante ti —dijo Morgan—. Te he hecho venir y he cancelado tu supuesta lectura de la obra para que abras la transmisión delante de mí.

—Una comunicación segura y totalmente confidencial... no estoy seguro de que sea apropiado que insista en verla.

—O la abres ahora mismo, delante de mí, o vas a estasis y no sales de esta nave hasta volver a Eros para tu consejo de guerra.

El consejo de guerra de alguien, pensó Ender, pero probablemente no el mío.

—Déjeme echar un vistazo —dijo Ender—. Aunque no puedo prometer abrirlo, ya que no tengo ni idea de qué es ni de quién es.

—Es tuyo —dijo Morgan ácidamente—. Dispusiste su envío antes de partir.

—No lo hice, almirante Morgan —dijo Ender—. Doy por supuesto que tiene un punto de acceso seguro en su despacho.

—Sí, ven aquí y ábrelo ahora —dijo Morgan.

—Le sugiero que gire el terminal, almirante Morgan —dijo Ender.

—¡He dicho que vengas aquí!

—Con mis respetos, almirante Morgan, no habrá ningún vídeo en el que se me vea sentado a su mesa.

Morgan le miró fijamente, otra vez colorado. Luego giró hacia Ender la holopantalla de su mesa.

Ender se inclinó y escogió algunas opciones en la holopantalla mientras el almirante Morgan se acercaba a mirar.

—Más espacio, para que vea qué haces.

—No hago nada —dijo Ender.

—Entonces irás a estasis, niño. Nunca has estado preparado para gobernar nada. No eres más que un niño que ha recibido demasiados halagos y que está completamente mimado. ¡Nadie en esa colonia te va a prestar atención! Tu única forma de sobrevivir como gobernador sería con mi apoyo... y, después de esto, puedes estar seguro de que no te lo daré. Estás acabado en este juego de disfraces.

—Como desee, almirante —dijo Ender—. Pero no estoy haciendo nada con este mensaje porque no hay nada que yo pueda hacer. No va dirigido a mí y no tengo forma de abrir una comunicación segura que no es mía.

—¿Crees que soy idiota? ¡Tu nombre aparece por todas partes!

—En el exterior especifica al almirante Wiggin, que soy yo, porque se ha enviado desde la ComFI a través de un canal militar seguro y el receptor no tiene cargo en la flota. Pero, tan pronto como lo abres, y estoy seguro de que sus técnicos llegaron hasta ese punto, se ve que el Wiggin al que va dirigida la porción segura del mensaje no es A. Wiggin ni E. Wiggin, que sería yo, sino V. Wiggin, que es mi hermana Valentine.

—¿Tu hermana?

—¿Sus técnicos no se lo han dicho? Y aunque la verdadera autoridad del mensaje es el propio ministro de Colonización, una vez más, el remitente es P. Wiggin, y su título parece ser el de Hegemón. Lo encuentro interesante. El único P. Wiggin que conozco personalmente es mi hermano mayor, Peter, por lo que da la impresión de que mi hermano es ahora Hegemón. ¿Lo sabía usted? Yo no. No lo era cuando partí.

A su espalda, un largo silencio con origen en el almirante Morgan. Al fin Ender se volvió para mirarle... una vez más, haciendo lo posible por evitar que cualquier manifestación de triunfo se reflejase en su rostro.

—Creo que mi hermano, el Hegemón, le escribe en privado a mi hermana, con la que mantuvo una larga relación colaborativa. Quizá le pida consejo. Pero esto no tiene nada que ver conmigo. Ya sabe usted que no he visto a mi hermano ni he mantenido comunicación con él desde que entré en la Escuela de Batalla, a los seis años. Y sólo reanudé la comunicación con mi hermana unas semanas antes del lanzamiento de nuestra nave. Lamento que haya interrumpido las comunicaciones, pero, como le he dicho, no sé nada sobre esto y no tiene ninguna relación conmigo.

Morgan se apartó y se sentó a su mesa.

—Estoy asombrado—dijo Morgan.

Ender aguardó.

—Estoy avergonzado —dijo Morgan—. Me parecía que las comunicaciones de mi nave estaban siendo atacadas, y que el agente atacante era el almirante Wiggin. Por tanto, sus reuniones repetidas con un subconjunto de los colonos, a las que ha estado invitando a miembros de mi tripulación, se parecían sospechosamente al motín. Así que lo he encarado como un motín. Ahora comprendo que la premisa fundamental era falsa.

—Un motín es algo muy grave —dijo Ender—. Ha hecho bien en alarmarse.

—Resulta que su hermano es verdaderamente Hegemón. Me llegó la noticia hace una semana. Dos semanas. En cualquier caso, hace un año que lo es en tiempo de la Tierra.

—Es perfectamente correcto que no me lo contase —dijo Ender—. Estoy seguro de que pensó que lo descubriría por otros medios.

—No se me pasó por la cabeza que esta comunicación pudiese ser suya y no para usted.

—Resulta fácil pasar por alto a Valentine. Se mantiene siempre en segundo plano. Así es ella.

Morgan miró agradecido a Ender.

—Así que lo comprende.

Por supuesto que comprendo que eres un idiota paranoico sediento de poder, dijo Ender en silencio.

—Claro que lo comprendo —respondió Ender.

—¿Le importa si hago venir a su hermana?

De pronto era «le importa»... pero Ender no tenía interés en hacer sufrir a Morgan.

—Por favor, hágalo. Siento tanta curiosidad por este mensaje como usted.

Morgan envió un alférez a buscarla, y luego se sentó e intentó conversar de cosas triviales mientras esperaban. Contó dos historias muy divertidas sobre sus días de entrenamiento... nunca había sido de la Escuela de Batalla, había ascendido «de la forma dura, grado a grado». Estaba claro que sentía rencor por la Escuela de Batalla y la inferioridad implícita de cualquiera que no hubiera sido invitado a asistir a la misma.

¿Se trata de eso?, se preguntó Ender. ¿De la rivalidad tradicional entre los graduados de una academia militar y los que no disfrutaron de esa ventaja?

Valentine llegó para encontrarse a Ender riéndose de una historia de Morgan.

—Val —dijo Ender, todavía riendo—. Tienes que ayudarnos con algo. —En un momento le explicó lo del mensaje que había acaparado horas de tiempo de ansible, cortando todo lo demás—. Ha provocado mucha consternación y, naturalmente, el almirante Morgan está preocupado. Nos tranquilizaría que abrieras el mensaje aquí mismo y nos dices una idea de qué es.

—Tendré que ver cómo lo abre —dijo Morgan.

—No, no lo hará —dijo Valentine.

Se miraron un buen rato.

—Lo que Valentine pretende decir —dijo Ender— es que no quiere que usted vea sus procedimientos de seguridad... considerando que es un mensaje del Hegemón, podrá comprender su cautela. Pero estoy seguro de que nos indicará cuál es el contenido del mensaje de una forma que podamos verificar sin problemas. —Ender miró a Valentine y le dedicó una sonrisa burlescamente encantadora y un encogimiento de hombros—. ¿Por mí, Val?

Él sabía que ella entendería que aquello era una farsa representada para beneficio de Morgan; por supuesto, cooperó.

—Por ti, cabeza de patata. ¿Dónde está el acceso?

Enseguida Valentine estuvo sentada a un extremo de la mesa, abriéndose paso por la holopantalla.

—Oh, es sólo semiseguro —dijo—. Basta una huella digital para abrirlo. Cualquiera hubiese podido acceder tras cortarme el dedo. Tendré que decirle a Peter que emplee seguridad total, retina, ADN, pulso... para que tengan que mantenerme con vida si quieren acceder al mensaje. Simplemente, no me valora lo suficiente.

Se quedó sentada un rato, leyendo.

—No puedo creer que Peter sea tan idiota. Ni Graff, ya puestos. Aquí no hay nada que no se hubiese podido enviar sin seguridad, y no hay ninguna razón para no enviarlo a trozos en lugar de con un único flujo ininterrumpible de alta prioridad. No son más que un montón de artículos, resúmenes y demás sobre los acontecimientos en la Tierra durante los últimos años. Parece que hay guerras y rumores de guerra. —Echó un vistazo a Ender.

Ender captó la referencia a la versión del rey Jacobo. Varios años antes había memorizado largos pasajes como parte de su estrategia para lidiar con las crisis menores en la Escuela de Batalla.

—Bien, transmitirlo desde luego ha llevado tiempo, y tiempo y más tiempo —dijo.

—Bien, eso es lo embarazoso —dijo Valentine—. No tengo ningún problema en dejarle ver toda la información... es más, le sugiero que la añada a la biblioteca para que todos tengan acceso a ella. Seguro que a la gente le resultará fascinante tener una idea de lo que ha estado pasando en la Tierra. Yo misma no veo el momento de leerlo.

—¿Pero? —preguntó Ender.

—La carta inicial en sí... —Valentine parecía sinceramente avergonzada—. Mi hermano se refiere a usted con condescendencia. Espero que comprenda que ni Ender ni yo hemos hablado de usted con Peter... lo que dice es suposición suya. Le garantizo que Ender y yo le tenemos en la máxima consideración.

Y, dicho eso, giró la holopantalla y Ender y Valentine se quedaron sentados en silencio viendo a Morgan leer.

Al final, Morgan suspiró, luego se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa, con los dedos en la frente.

—Bien, efectivamente me siento avergonzado.

—En absoluto —dijo Ender—. Es un error perfectamente comprensible. Prefiero volar con un capitán que se toma en serio todas las amenazas potenciales a su nave que con uno que pensase que perder las comunicaciones durante tres horas no tiene mayor importancia.

Morgan aceptó la rama de olivo.

—Me alegro de que lo vea así, almirante Wiggin.

—Ender —le corrigió Ender.

Valentine se puso en pie, sonriendo.

—Por tanto, si no le importa, lo dejaré todo descifrado sobre su mesa, siempre que me garantice que todo acabará en la biblioteca, excepto la carta personal de mi hermano. —Se volvió hacia Ender—. Dice que me quiere, que me echa de menos y quiere que te diga que escribas a nuestros padres. Ya no son jóvenes y les duele no saber de ti.

—Sí —dijo Ender—. Debería haberlo hecho tan pronto como partió la nave. Pero no quería ocupar tiempo de ansible con asuntos personales. —Le sonrió con pesar a Morgan—. Y, al final, hemos acabado en esta situación simplemente porque Peter y Graff tienen una idea exagerada de su propia importancia.

—Le diré a mi egocéntrico hermano que envíe de otra manera los mensajes futuros —dijo Valentine—. Doy por supuesto que no le importará que envíe por ansible ese mensaje.

Iban hacia la puerta con un Morgan todo sonrisas, escoltándolos y diciendo «me alegra que lo comprendan», cuando Ender se detuvo.

—Oh, almirante Morgan —dijo.

—Por favor, llámame Quincy.

—Oh, jamás lo haría —dijo Ender—. Nuestra graduación lo permite, pero si alguien me oye-se hablarle de esa forma, no habría modo de borrar la imagen visual de un adolescente hablándole al capitán de la nave de una forma que sólo se podría considerar irrespetuosa. Estoy seguro de que está de acuerdo. Nada puede minar la autoridad del capitán.

—Muy sabio —respondió Morgan—. Está cuidando mejor de mi puesto que yo mismo. Pero ¿deseaba decir algo?

—Sí. La lectura de la obra. No era más que eso... Leemos La fierecilla domada. Yo interpreto a Lucencio. Val también tiene un pequeño papel. Todos estaban muy emocionados. Y ahora ha sido cancelada sin explicación.

Morgan pareció confuso:

—Si es sólo una lectura de la obra, entonces, adelante.

—Claro que lo haremos —dijo Ender—, ahora que contamos con su permiso. Pero veré, algunos de los participantes invitaron a asistir a miembros de la tripulación. Y es posible que la cancelación haya causado una mala impresión. Es un problema para la moral, ¿no le parece? Querría proponerle una especie de gesto, para demostrar que realmente ha sido un malentendido. Para borrar cualquier mala impresión.

—¿Qué tipo de gesto? —preguntó Morgan.

—Simplemente... cuando la volvamos a programar, ¿por qué no viene a verla? Que se le vea riéndose de una comedia.

—Podría interpretar un papel —dijo Valentine—. Estoy segura de que el hombre que interpreta a Christopher Sly...

—Mi hermana bromea —dijo Ender—. Es una comedia y todos los papeles se encuentran por debajo de la dignidad del capitán de la nave. Sólo propongo su asistencia. Quizá sólo durante la primera parte. En el intermedio siempre puede alegar tener que ocuparse de algún asunto urgente. Todos lo comprenderán. Pero, mientras tanto, verán que realmente se preocupa por ellos y por lo que hacen durante el viaje. Será muy beneficioso para su liderazgo, tanto durante el viaje como tras nuestra llegada.

—¿Tras nuestra llegada? —preguntó Valentine.

Ender la miró con unos ojos completamente inocentes.

—Como me ha señalado el almirante Morgan durante nuestra conversación, es poco probable que algún colono esté dispuesto a aceptar el liderazgo de un adolescente. Deberán tener la garantía de que la autoridad del almirante Morgan está detrás de todo lo que yo haga, oficialmente, como gobernador. Por tanto, creo que eso hace que sea todavía más importante que vean al almirante y que le conozcan, para que confíen en que les ofrecerá un liderazgo fuerte.

Ender temía que Valentine perdiese el control en ese momento y se riese o le gritarse. Pero no hizo nada de eso.

—Comprendo —se limitó a decir.

—La verdad es que se trata de una buena idea —dijo el almirante Morgan—. ¿Lo hacemos ahora mismo?

—Oh, no —dijo Valentine—. Todos están demasiado molestos. Nadie lo haría bien. Mejor será que vayamos a calmar los ánimos y a explicar que ha sido todo por mi culpa. Y luego podremos anunciar su asistencia, que le alegra que se realice la lectura y que tendremos la oportunidad de actuar para usted. Los emocionará y los hará felices. Y, si puede permitir la asistencia de los miembros de la tripulación que no estén ocupados, mejor.

—No quiero que nada relaje la disciplina existente en la nave —dijo Morgan.

La respuesta de Valentine fue inmediata.

—Si usted está allí con ellos, riéndose de la obra y disfrutándola, no veo cómo podría causar ningún problema entre la tripulación. Incluso podría contribuir a subir la moral. La verdad es que la obra nos sale bastante bien.

—Significaría mucho para todos nosotros —dijo Ender.

—Por supuesto —dijo Morgan—. Lo haré y allí estaré mañana a las 19.00. Era la hora de inicio de hoy, ¿cierto?

Ender y Valentine se despidieron. Los oficiales que los vieron irse estuvieron asombrados y aliviados de verlos sonreír y charlar tranquilamente.

Hasta que llegaron al camarote no abandonaron la fachada, y sólo lo justo para que Valentine dijese:

—¿Planea que seas una figura decorativa y gobernar tras el trono ?

—No hay trono —dijo Ender—. Me resuelve muchos problemas, ¿no crees? Iba a ser difícil para un chico de quince años dirigir a un montón de colonos que, cuando yo llegue allí, ya

llevarán cuarenta años viviendo en Shakespeare y cultivando sus tierras. Pero un hombre como el almirante Morgan está acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido. Todos aceptarán su autoridad.

Valentine le miró como si estuviese loco. Luego Ender le ofreció el ligero estremecimiento del labio inferior que siempre indicaba que estaba siendo irónico. Esperaba que Valentine llegase a la conclusión correcta: que con toda seguridad el almirante Morgan tenía medios de escuchar todas sus conversaciones y que en aquel mismo instante seguro que los usaba, por lo que no podían considerar privado nada de lo que dijeran.

—Vale —dijo Valentine—. Si a ti te parece bien, a mí me parece bien —dijo, desorbitando los ojos, como hacía siempre que quería hacerle saber a Ender que mentía.

—He dejado atrás las responsabilidades, Val —dijo Ender—. Tuve más que suficientes en la Escuela de Batalla y Eros. Planeo pasar el viaje haciendo amigos y leyendo todo lo que pueda.

—Y al final, podrás escribir una redacción: «Qué hice en mis vacaciones de verano.»

—Siempre es verano cuando tu corazón rebosa de alegría —dijo Ender.

—Mira que eres tontorrón —respondió Valentine.

Capítulo 10

Para: PeterWiggin@hegemonia.gob/hegemon

De: vwiggin%Colonia 1 @MinCol.gob/ciudad

Asunto: Cabrón arrogante

¿Te haces una idea de todos los problemas que causaste enviando ese paquete de datos con una prioridad tan alta que consumió toda la capacidad de comunicación por ansible de la nave? Ciertas personas lo tomaron por un ataque contra el enlace ansible y Ender estuvo a punto de acabar en estasis durante el viaje... y habría sido uno de ida y vuelta.

Pero, una vez resuelto todo, el paquete en sí resultó muy informativo. Aparentemente, algún pseudoconfuciano te maldijo a vivir tiempos interesantes. Por favor, cuéntame cómo siguen las cosas. Pero que sea con una prioridad lo suficientemente baja, por favor, de forma que la nave pueda mantener sus comunicaciones regulares. Y no dejes que Graff lo dirija a Ender. Que venga dirigido a mí como colona, no al gobernador nombrado.

Me parece que te va bastante bien. Aunque es posible que la situación haya cambiado desde tu envío y mi respuesta. ¿No es genial el viaje espacial?

¿Ya les ha escrito Ender a nuestros padres? No puedo preguntárselo (bien, se lo he preguntado, pero no consigo respuestas) y no puedo preguntárselo a ellos, porque sabrán que he intentado que escriba, lo que les hará todavía más daño si no ha escrito y, si lo ha hecho, restará emotividad a la misiva.

Sigue siendo listo. Eso no te lo pueden quitar.

*Tu antigua marioneta,
DEMÓSTENES*

Alessandra se alegró al saber que se realizaría la lectura de la obra. Su madre se había quedado destrozada, aunque sólo se lo manifestó a Alessandra en la intimidad de su camarote. Dejó bien claro que no iba a llorar, lo que estaba bien, pero no dejaba de recorrer el diminuto espacio, abriendo y cerrando puertas, golpeando cosas y dando patadas siempre que podía y, de vez en cuando, soltando alguna declaración incomprensible del estilo:

—¿Por qué siempre estamos en la estela de la nave de otra persona?

Luego, en medio de una partida de backgammon:

—¡En las guerras de los hombres, las mujeres siempre pierden!

Y a través de la puerta del baño:

—¡No hay placer tan simple como para que alguien no te lo robe simplemente por hacerte daño!

En vano Alessandra intentaba apaciguarla:

—Madre, no iba dirigido contra ti, claramente iba contra Ender.

Esas respuestas siempre provocaban una larga diatriba, y ninguna lógica podía hacerle cambiar de idea... aunque al cabo de un momento era posible que adoptara por completo el punto de vista de Alessandra, actuando como si hubiese pensado siempre así.

Sin embargo, si Alessandra no respondía a las observaciones epigramáticas de su madre, la tormenta era cada vez peor... Necesitaba una respuesta, de la misma forma que otras personas necesitan aire. Pasar de ella era darle fuelle. Así que Alessandra respondía, participaba en la conversación intensa y sin sentido, y luego pasaba de la incapacidad de su madre para admitir que había cambiado de opinión aunque así hubiese sido.

A su madre no parecía habersele ocurrido que la propia Alessandra estaba decepcionada, que interpretar a Bianca frente al Lucencio de Ender le había hecho sentir... ¿qué? No era amor... definitivamente no estaba enamorada. Ender era muy agradable, pero era tan agradable con Alessandra como con todos los demás, por lo que quedaba claro que para él ella no era nadie especial, y Alessandra no tenía intención de entregar su afecto a alguien que primero no se lo hubiese entregado a ella. No, lo que Alessandra sentía era gloria. Gloria reflejada, claro, de la muy asombrosa interpretación de su madre como Kate y de la fama de Ender como salvador de la especie humana... y de su notoriedad como monstruo asesino de niños, que Alessandra no tomaba por cierta pero que claramente se sumaba a la fascinación.

Toda decepción quedó olvidada en cuanto llegó el mensaje a los escritorios de todos: la lectura se celebraría a la noche siguiente, y el propio almirante asistiría.

Alessandra pensó de inmediato: ¿El almirante? Había dos almirantes en el viaje, y uno ya formaba parte del programa. ¿Era aquello un desaire calculado, para que el mensaje sonase como si un único oficial poseyese esa graduación superior? El mismo hecho de que Ender hubiese sido convocado perentoriamente para ver al almirante Morgan era otra señal... ¿realmente Ender merecía tan poco respeto? Aquello la hacía sentirse un poco furiosa por él.

Luego se dijo: No tengo ninguna relación con Ender Wiggin que me obligue a proteger sus privilegios. Me he contagiado de la enfermedad de madre, actuando como si sus planes y sueños fuesen reales. Ender no me ama de la misma forma que yo no le amo a él. Cuando lleguemos a Shakespeare allí habrá chicas; cuando él tenga edad de casarse, ¿qué seré yo para Ender?

¿Qué he hecho, viniendo en este viaje con destino a un lugar donde no habrá suficiente gente de mi edad como para llenar un bus?

No por primera vez, Alessandra envidió la capacidad de su madre para ponerse contenta por simple fuerza de voluntad.

Para la lectura se vistieron con sus mejores galas... no es que durante el viaje hubiese mucha variedad en lo que a ropa se refería. Pero habían empleado parte de la compensación por el consentimiento en comprar ropa antes de entregarle el resto a la abuela. La mayoría de las prendas debían ajustarse a la descripción de la lista del Ministerio de Colonización: ropa caliente para un invierno frío, pero no excesivamente, ropa ligera pero resistente para trabajar en verano y al menos un traje duradero para ocasiones especiales. La lectura de esa noche era una de tales ocasiones... y su madre se había asegurado de gastar parte del dinero en baratijas y accesorios. Lo cierto era que las joyas eran exageradas y claramente falsas. Luego estaban los deslumbrantes pañuelos de madre, que a ella le quedaban casi irónicamente extravagantes pero a Alessandra patéticos. Madre se había vestido para matar; Alessandra sólo podía aspirar a no desaparecer por completo en la sombra proyectada por su madre.

Llegaron justo cuando se suponía que debía comenzar la lectura. Alessandra corrió de inmediato a su taburete, pero su madre avanzó despacio, saludando a todos, tocando a todos, dedicando a todos su sonrisa. Excepto a uno.

El almirante Morgan estaba sentado en la segunda fila, rodeado de algunos oficiales que lo aislaban de cualquier contacto con el público... era más que evidente que se consideraba de una raza aparte y no quería tener nada que ver con los simples colonos. Tal era el privilegio de su rango, y Alessandra no se lo echó en cara. Más bien deseó tener el poder de crear un cordón a su alrededor para mantener a raya a personas que quisiesen violar su intimidad.

Para horror de Alessandra, una vez que madre llegó a la parte delantera, siguió con su majestuoso avance siguiendo la primera fila, saludando a la gente... y también la segunda fila. ¡Iba a intentar obligar al almirante Morgan a hablarle!

Pero no, el plan de su madre era todavía peor. Se presentó (y flirteó) con los oficiales sentados a ambos lados del almirante. Pero ni siquiera hizo una pausa frente a Morgan, como si no existiese. ¡Un desaire! ¡Al hombre más poderoso de su pequeño mundo!

Alessandra apenas podía soportar mirar la cara de Morgan, pero tampoco podía apartar la vista de él. Al principio, Morgan había seguido con resignación la aproximación de su madre... iba a tener que hablar con esa mujer. Pero cuando ella le dejó atrás, la expresión de desdén apenas contenida de Morgan dio paso a la de consternación y luego a la de furia turbulenta. Madre se había ganado un enemigo. ¿En qué estaba pensando? ¿De qué podía servir hacerlo?

Pero era hora de empezar. Los actores principales estaban sentados en taburetes; los demás ocupaban la fila delantera, listos para levantarse y mirar al público cuando les tocara. Madre finalmente llegó hasta el taburete del centro del escenario. Antes de sentarse, miró caritativamente al público y dijo:

—Muchas gracias por venir a nuestra modesta representación. La obra transcurre en Italia, donde nacimos mi hija y yo. Pero está escrita en inglés, que para nosotras es una segunda lengua. Mi hija lo habla con fluidez, pero yo no. Así que si me equivoco al pronunciar, recordad que Catalina era italiana y que en inglés ella también hubiese tenido mi acento.

Lo dijo con el brillo característico de madre, con su aire de ligereza y felicidad. El tono que había sido tan molesto para Alessandra que en ocasiones deseaba gritar de furia al oírlo resultaba en aquel momento absolutamente encantador. Y el resto de los colonos y la tripulación respondieron al discursito con risas e incluso aplausos. Y el actor que interpretaba a Petruchio (que evidentemente sentía algo por madre, a pesar de haberse traído a una esposa y cuatro hijos) incluso añadió:

—¡Brava! ¡Brava!

Así que la obra comenzó con todos los ojos centrados en madre, a pesar de que ella no intervenía hasta el segundo acto. Por medio de miradas de reojo, Alessandra comprobaba que su madre se encontraba en un trance perfecto de introspección durante las escenas en las que los hombres se ocupaban de la exposición y hacían el trato con Petruchio. Mientras los otros actores mencionaban repetidamente a la hermosa Bianca y a la monstruosa Catalina, Alessandra comprobaba que la pose de su madre surtía efecto... A medida que crecía su reputación, el público no dejaba de mirarla y encontraba una quietud perfecta.

Pero eso no sería apropiado en el caso de Bianca, pensó Alessandra. Recordó un comentario de Ender durante el último ensayo: «Bianca es perfectamente consciente del efecto que surte en los hombres.»

Por tanto, Catalina estaría tan inmóvil como madre, pero la labor de Bianca era estar radiante, ser feliz y deseable. Así que Alessandra sonreía y apartaba la vista cuando los hombres hablaban de la hermosa Bianca, como si estuviese enrojeciendo y fuese tímida. No importaba que Alessandra no fuese hermosa... como siempre le repetía madre; las mujeres más simples se convertían en estrellas de cine gracias a la manera en que se presentaban, sin avergonzarse de sus peores rasgos. Lo que Alessandra no podía hacer en la vida real (saludar al mundo con una gran sonrisa), podía hacerlo como Bianca.

Y entonces lo comprendió por primera vez. Madre no es capaz de cambiar de estado de ánimo simplemente decidiendo ser feliz. No, es una actriz. Siempre ha sido una actriz. Simplemente actúa como si fuera feliz para su público. Durante toda mi vida yo he sido su público. E incluso cuando yo no aplaudía su interpretación, igualmente la hacía para mí; y ahora comprendo la razón. Porque madre sabía que cuando se ponía con su baile de hadas, era imposible mirar o pensar en nada que no fuese ella.

Pero ahora, la reina de las hadas había desaparecido y en su lugar sólo había una reina: madre, monárquica e inmóvil, dejaba que los peones y cortesanos hablasen, porque sabía que, de desearlo, podría sacarlos del escenario con un soplido.

Y así fue. Sucedió en el segundo acto, escena primera, donde Catalina supuestamente arrastraba a Bianca, atada de manos. Alessandra se volvió conmovedora y dulce, rogándole a su madre que la soltase, jurando que no amaba a nadie, mientras madre la injuriaba, ardiendo con tal furia interna que realmente asustó a Alessandra, al menos momentáneamente. Ni siquiera en los ensayos madre había sido tan vehemente. Alessandra dudaba que se hubiese estado conteniendo antes... a madre no se le daba bien lo de contenerse. No, ese fuego especial era debido al público.

Pero no a todo el público, como quedó claro a medida que avanzaba la escena. ¡Todas las frases de Catalina sobre la injusticia de su padre y la estupidez de los hombres invariablemente las disparaba directamente hacia el almirante Morgan! No era sólo imaginación de Alessandra. Todos se daban cuenta, y al principio el público reía disimuladamente, pero luego empezó a reírse abiertamente a medida que flecha tras flecha se clavaba no sólo en los personajes de la obra, sino también en el hombre sentado en el centro de la segunda fila.

Era Morgan el único que no parecía darse cuenta; aparentemente, con madre mirándole directamente, simplemente pensaba que la representación, no el sentido de las palabras, iba dirigida a él.

La obra fue bien. Oh, las escenas de Lucencio fueron tan aburridas como siempre... En realidad no era culpa de Ender, Lucencio simplemente no era uno de los papeles graciosos. Era un destino compartido por Bianca, por lo que se suponía que Alessandra y Ender debían ser la «dulce pareja» mientras el foco de atención (de las risas y el romance) eran Catalina y Petruccio. Es decir, a pesar de todos los esfuerzos de un Petruccio bastante bueno, todos los ojos estaban fijos en su madre. Puede que él gritase, pero era el rostro de ella, sus reacciones lo que provocaba la risa. El ansia de madre, su somnolencia, su desesperación y, finalmente, su aquiescencia juguetona cuando Catalina comprendía al final y empezaba a seguir el juego alocado de Petruccio, quedaban completamente claros en el rostro de madre, en su postura, en su tono de voz.

Madre es genial, comprendió Alessandra. Completamente genial. Y lo sabe. ¡No es de extrañar que propusiese leer una obra!

Y luego otra idea: Si madre puede hacer algo así, ¿por qué no es actriz? ¿Por qué no se ha convertido en estrella del escenario o la pantalla para que todos viviésemos en la opulencia?

La respuesta, comprendió, era bien simple: Alessandra había nacido cuando su madre sólo tenía quince años.

Me concibió cuando tenía exactamente la edad que yo tengo ahora, comprendió Alessandra. Se enamoró y se entregó a un hombre (a un muchacho) y tuvo una niña. Para Alessandra era increíble, ya que ella jamás había sentido ninguna pasión por ninguno de los chicos de su escuela.

Padre debía ser asombroso.

O madre debía estar desesperada por alejarse de la abuela. Lo que resultaba más probable. En lugar de esperar unos años más y convertirse en una gran actriz, se casó y se dedicó a cuidar de la casa y de su bebé (no por ese orden) y, como me tuvo a mí, nunca pudo emplear su talento para avanzar en el mundo.

¡Hubiésemos podido ser ricos!

¿Y ahora qué? A las colonias, un lugar de granjeros, tejedores, constructores y científicos, sin tiempo para el arte. No habrá tiempo libre en la colonia, no como lo hay en la nave durante el viaje. ¿Llegará madre a tener la oportunidad de demostrar lo que puede hacer?

La obra llegaba a su final. Valentine interpretó a la Viuda con sorprendente ingenio y brío... Comprendía por completo el papel, y no por primera vez Alessandra deseó poseer la genialidad y la belleza de Valentine. Pero algo ensombrecía ese deseo. Por primera vez en su vida, Alessandra envidiaba a su madre y deseaba parecerse más a ella. Increíble, pero cierto.

Madre se apartó de su taburete y recitó su monólogo mirando directamente al frente (directamente al almirante Morgan), hablando del deber de una mujer con un hombre. De la misma forma que todas las flechas las había dirigido contra Morgan, ahora ese discurso (esa homilía dulce, sumisa, grácil, sentida y repleta de amor) la pronunció mirando directamente a los ojos a Morgan.

Y Morgan quedó fascinado. Tenía la boca ligeramente abierta, sus ojos no dejaron un momento de mirar a su madre con total atención. Y cuando ésta se arrodilló y dijo: «Mi mano está lista, que le trate con dulzura», ¡había lágrimas en los ojos de Morgan!

Petruchio aulló su parte:

—¡Menuda mujer! ¡Ven y bésame, Kate!

Graciosamente, su madre se levantó, sin intentar fingir un beso, sino más bien poniendo la cara que una mujer le pone a su amante cuando está a punto de besarle... y sus ojos, una vez más, estaban clavados en Morgan.

Por fin Alessandra comprendía a qué jugaba madre. ¡Hacía que Morgan se enamorase de ella!

Y funcionaba. Cuando se hubieron recitado las últimas frases y el público se puso en pie para vitorearlos mientras todos los lectores hacían reverencias y saludaban, Morgan pasó a la primera fila de asientos, de forma que, mientras los aplausos continuaban, llegó al escenario y tomó la mano de su madre. ¿La tomó? No, se aferró a ella y no la soltaba, diciéndole lo maravillosa que era.

La altivez de madre, su desaire inicial, formaba parte del plan. Ella era la fierecilla, castigándolo por haberse atrevido a cancelar la lectura; pero, al final, estaba domada; le pertenecía completamente a Morgan.

Toda esa velada, mientras Morgan invitaba a todos al comedor de oficiales (que hasta ese momento había estado estrictamente prohibido a los colonos), revoloteó alrededor de madre.

Resultaba tan evidente que estaba locamente enamorado que varios oficiales se lo comentaron, indirectamente, a Alessandra.

«Tu madre parece haber fundido el gran corazón de piedra», dijo uno. Y oyó a dos oficiales hablando y a uno decir: «¿Me equivoco o ya está quitándose los pantalones?»

Si creían que eso iba a pasar, no conocían a su madre. Alessandra había soportado años de consejos de su madre sobre los hombres. No dejes que hagan esto, no dejes que hagan aquello... da a entender, insinúa, promete, pero que no obtengan nada hasta no haberse comprometido. Madre lo había hecho al revés en su juventud y llevaba quince años pagando el error. Ahora con seguridad seguiría su propio consejo, más triste pero más sabio, y seduciría a ese hombre sólo con palabras y sonrisas. Le quería perdidamente enamorado, no satisfecho.

Oh, madre, vaya un juego que te has montado.

¿De verdad... es posible... realmente te atrae este hombre? Es un tipo atractivo con su uniforme. Y cerca de ti no es frío en absoluto, ni altivo; o, si lo es, te incluye a ti en su altivez.

Un momento esclarecedor; mientras Morgan hablaba con otro hombre (uno de los pocos oficiales que se había traído a su esposa), la mano de Morgan acabó sobre el hombro de su madre, en un abrazo ligero. Ella instantáneamente alzó la suya y apartó la de él, pero al mismo tiempo se dio la vuelta y le habló a Morgan dedicándole una sonrisa cálida, haciendo una broma, porque todos rieron. El mensaje era complejo, pero claro: No me toques, mortal, pero sí, te concederé esta sonrisa.

Tú eres mío, pero yo todavía no soy tuya.

Eso es lo que madre pretende que haga yo con Ender Wiggin, mi supuesto «joven con futuro». Pero no podría poseer a un hombre de la misma forma que no puedo volar. Siempre seré la que suplica, nunca la seductora; siempre la agradecida, nunca la agraciada.

Ender se le acercó.

—Esta noche tu madre ha estado genial —dijo.

Claro que lo dijo. Era lo que decían todos.

—Pero sé algo que los demás no saben —dijo él.

—¿Qué es? —preguntó Alessandra.

—Sé que la única razón para que mi interpretación fuese buena has sido tú. Todos los que interpretamos a los pretendientes de Bianca, toda esa comedia, todo se cimentaba en que el público creyese que nosotros aspirábamos a tu amor. Y estabas tan encantadora que nadie lo ha dudado ni por un momento.

Ender le sonrió y se alejó para volver con su hermana.

Dejando a Alessandra boquiabierta.

Capítulo 11

Para: vwiggin%Shakespeare@MinCol.gob/viaje=PoslDreq

De: GobDes%Shakespeare@MinCol.gob/viaje

Asunto: ¿Cuan limpio está tu escritorio?

Mi escritorio es completamente inmune a intrusiones... aunque varias veces al día el ordenador de la nave intenta instalar programas espía. Además, doy por supuesto que toda habitación, pasillo, baño y armario de esta nave registra como mínimo el sonido. En un viaje como éste, sin ninguna fuerza externa para apuntalar la autoridad del capitán, el peligro de motín es continuo, y no es por paranoia que Morgan escucha todas las conversaciones de la gente que considera un peligro para la seguridad interna de la nave.

Ha sido desafortunado pero predecible que me considerase a mí un peligro de ese tipo. Poseo una autoridad que de ninguna forma depende de él o sus buenos deseos. Su amenaza de ponerme en estasis y devolverme a Eros (dentro de ochenta años) es una que efectivamente puede cumplir, y aunque posiblemente sería reprendido, el suyo no sería considerado un acto criminal. Se supone que al capitán de la nave hay que creerle siempre cuando hace una acusación de motín o conspiración. Incluso para mí es peligroso cifrar este mensaje. Sin embargo, no tenemos ninguna otra forma segura de hablar. (Te habrás dado cuenta de que, al contrario que Peter, yo exijo pruebas de que estás vivo, no sólo tu dedo insertado en el holoespacio.)

Estoy haciendo cosas que seguro que vuelven loco a Quincy.

Recibo mensajes casi diarios (mensuales) del gobernador en funciones Kolmogorov, que me mantiene informado de lo que va sucediendo en la colonia Shakespeare. Morgan no tiene ni idea de lo que nos decimos; debe limitarse a pasar las notas cifradas en cuanto llegan por el ansible.

También recibo todos los artículos e informes científicos que entregan los equipos de químicos y biólogos. El XB Sel Menach es el Linneo y el Darwin de ese planeta. Se enfrenta a la ÚNICA biota no insectora jamás descubierta (aparte de la Tierra, claro), y su trabajo creando las adaptaciones genéticas para producir variaciones comestibles de plantas y animales nativos, así como de variedades de especies terrestres que puedan vivir en ese mundo, ha sido brillante. Sin él, probablemente llegaríamos a una colonia andrajosa e indigente; pero en cambio generan excedentes de comida y podrán abastecer la nave para su partida inmediata (inshallah).

El almirante Morgan tiene a su disposición toda la información científica por si le interesa. No parece interesarle. Yo soy la única persona de la nave que accede a los artículos del XB de la colonia Shakespeare, ya que nuestros xenobiólogos están en estasis y no despertarán hasta que no abandonemos las velocidades relativistas.

Comprenderás por qué decidí no pasar a estasis. Tuve visiones del almirante Morgan en las que no se molestaba en despertarme hasta que tenía el control total de la colonia, digamos unos seis meses después de nuestra llegada. No tendría derecho a hacerlo, pero sí que hubiese tenido el poder de hacerlo. ¿Y quién iba a contradecirle, con sus cuarenta marines cuya única misión es garantizar que se cumpla su voluntad, y

una tripulación cuya supervivencia y libertad están íntimamente relacionadas con su satisfacción?

Pero ahora, cualquier cosa que yo haga es una provocación en potencia... es lo que ha dejado más que claro con sus amenazas y actos. No creo que fuese intencionado... Me parece que realmente creía estar enfrentándose a algún tipo de ataque. Pero llegó demasiado rápidamente a la conclusión de que yo era el responsable, y fue tan paranoico como para intentar resolverlo como si fuese un ataque contra su autoridad, no contra la nave en sí. Estamos a prueba, y entre nosotros no puede haber ni una palabra que pueda tomar por burla, denigrarlo o poner en duda sus decisiones.

Tampoco podemos confiar en nadie más. Aunque tengo absoluta confianza en el gobernador Kolmogorov (y él en mí), no se puede contar con que nadie más en el planeta esté dispuesto a admitir que tener de gobernador a un chico de quince años sea una buena idea. Por tanto, no puedo realizar ninguna acción preventiva recurriendo a mi futura autoridad como gobernador. Así que mi única alternativa es dar la impresión de que considero a Quincy una especie de padre y que tengo la intención de dejarme guiar por él. Cuando me ves haciéndole desvergonzadamente la pelota, se trata del equivalente moral de la guerra. Estoy pasando un ejército bajo sus narices, disfrazado de un montón de simples granjeros. Que tú y yo seamos todo el ejército no es un problema... siempre que estés dispuesta a fingir que eres todo inocencia. Tú y Peter lo hicisteis durante años, ¿no es así?

A esta carta no la seguirán muchas otras... sólo en caso de verdadera urgencia. No quiero que se pregunte qué nos decimos. Tiene derecho a requisar nuestros escritorios y a obligarnos a revelar su contenido. Por tanto, borrarás este mensaje, como lo haré yo. Por supuesto, ESTOY tomando la precaución de copiárselo, con seguridad total, a Graff. En caso de que algún día se celebre un consejo de guerra para determinar si Morgan hizo bien poniéndome en estasis y llevándome de vuelta a Eros, quiero que este mensaje esté disponible como prueba de mi estado mental después de nuestro pequeño incidente por el mensaje de Peter.

Sin embargo, cabe siempre la posibilidad de que el plan de Morgan sea más funesto: que planea hacer regresar la nave en lugar de quedársela, mientras él permanece en Shakespeare como gobernador de por vida. Para cuando se pueda enviar a alguien desde Eros para sofocar su rebelión, su vida ya habrá pasado o será tan viejo que no valdrá la pena juzgarle.

Sin embargo, no creo que eso sea propio de su carácter. Es una criatura burocrática: ansia la supremacía, no la autonomía. Además, mi valoración de momento es que sólo puede ejecutar actos pérfidos que en su propia cabeza pueda justificar moralmente... como enfurecerse todo lo posible por mi supuesto sabotaje de las comunicaciones anfibles para justificar lo que hubiera sido un golpe de Estado contra mí como gobernador.

Eso sólo en lo que respecta a lo que planea conscientemente, no a sus deseos inconscientes. Es decir, pensará que responde a los acontecimientos a medida que se produzcan, pero en realidad estará interpretando los hechos para justificar las acciones que desea realizar... aunque ignore su deseo de realizarlas. Por tanto, cuando lleguemos a Shakespeare, cabe siempre la posibilidad de que encuentre una «emergencia» que le exija quedarse más tiempo de lo que puede quedarse la nave y lo «obligue» a enviarla de vuelta mientras que él se queda.

La necesidad de comprender a Quincy es el motivo por el que permanezco tan cerca de las Toscano. Está claro que la madre apuesta por Quincy, y no por mí, como poder futuro, aunque sin duda no está más que confirmando la apuesta para asegurarse de que, gobierne quien gobierne, ella o su hija estarán casadas con una figura poderosa.

Pero la madre no tiene ninguna intención de permitir que la hija escape a su control, como pasaría si nos casásemos y yo me convirtiese en gobernador de hecho así como de nombre. Por tanto, deliberadamente o no, la madre será mi enemiga; sin embargo, ahora mismo es mi mejor guía del estado mental de Quincy, ya que está con él todo lo que puede. Debo conocer a ese hombre. Nuestro futuro depende de saber qué va a hacer antes de que lo haga.

Mientras tanto, no te haces ni idea del alivio que representa tener a alguien con quien compartir todo esto. En todos los años en la Escuela de Batalla, lo más parecido a un confidente para mí fue Bean. Sin embargo, sólo podía descargarme hasta cierto punto; esta carta es mi primer ejercicio de auténtico candor desde que hablamos hace ya tanto tiempo en Carolina del Norte.

Oh, un momento. Sólo han pasado tres años. ¿Menos? El tiempo es muy confuso. Gracias por estar conmigo, Valentine. Sólo espero ser capaz de evitar que se convierta en un ejercicio sin sentido que nos lleve de vuelta a Eros en estasis, habiendo perdido ochenta años de historia humana y sin lograr nada más que ser derrotado por un burócrata.

ENDER

Virlomi no había contado con cómo le afectaría regresar a la Escuela de Batalla después de todo lo que había vivido, de todo lo que había hecho.

Se entregó a sus enemigos al comprender que ya no quedaba nada de la guerra excepto la carnicería. Sabía para desesperación de su corazón que todo era culpa suya. Amigos y futuros amigos se lo habían advertido: «Esto es demasiado.»

Fue suficiente para hacer salir a los chinos de la India y liberar tu patria. No pretendía castigarlos.

Había sido tan tonta como Napoleón, Hitler, Jerjes y Aníbal: creía que, como no había sido derrotada nunca, jamás lo sería. Había superado a enemigos cuyas fuerzas eran mucho mayores que las suyas; había supuesto que siempre sería así.

Lo peor, se dijo, fue que me creí mi propio mito. Deliberadamente cultivé la idea de que era una diosa, pero al principio recordaba que simplemente fingía.

Al final, fue el Pueblo Libre de la Tierra (el PLT, la Hegemonía de Peter Wiggin bajo un nuevo nombre) el que la derrotó. Fue Suriyawong, un tailandés de la Escuela de Batalla, que en su momento la había amado, quien acordó su rendición. Al principio, ella se negó... pero comprendía que el orgullo era la única diferencia entre rendirse inmediatamente y esperar a que murieran todos sus hombres. Y el orgullo no valía la vida de uno solo de sus soldados.

—Satyagraha —le dijo Suriyawong—. Soportar lo que debe soportarse.

Satyagraha fue lo último que gritó a su gente. Os ordeno vivir y soportar esta situación.

Así que salvó la vida de sus ejércitos y se entregó a Suriyawong. Y, a través de él, a Peter Wiggin.

A Wiggin, quien había tenido misericordia con ella en la victoria, que era más de lo que su hermano pequeño, el legendario Ender, había tenido con los insectores. ¿Ellos también habían visto en él la mano de la muerte, repudiándolos? ¿Ellos tenían dioses a los que rezar, ante los que resignarse, a los que maldecir al comprender su destrucción? Quizá para ellos hubiese sido más fácil ser eliminados del universo.

Virlomi siguió con vida. No podían matarla... todavía la adoraban en toda la India; si la ejecutaban o la encarcelaban, la India se convertiría en una revolución continua, imposible de gobernar. Si simplemente desaparecía, se convertiría en el mito de la diosa que se fue y que algún día regresaría.

Por lo que grabó los vídeos que le pidieron. Rogó a su pueblo que votara unirse libremente al Pueblo Libre de la Tierra, que aceptara el gobierno del Hegemón, que licenciara y desmantelara su ejército y, a cambio, que tuviera la libertad de gobernarse a sí mismo.

Han Tzu hizo lo mismo en China, y Alai, que había sido su esposo hasta que ella le traicionó, lo hizo en el mundo musulmán. Más o menos surtió efecto.

Todos ellos aceptaron el exilio. Pero Virlomi sabía que sólo ella lo merecía.

El exilio consistía en convertirse en gobernadores de colonias. Ah, ¡si la hubiesen nombrado con Ender Wiggin y no hubiese regresado jamás a la Tierra para derramar tanta sangre! Pero, en todo caso, era porque había conseguido tan espectacularmente la libertad de la India ante un ejército chino ampliamente superior, porque había unido un país imposible de unir, que la consideraban capaz de gobernar. Precisamente por los actos monstruosos que cometí, pensó, se me confía fundar un nuevo mundo.

Durante su cautiverio en la Tierra, en los meses pasados bajo custodia tailandesa y luego brasileña, siempre vigilada pero bien tratada, empezó a impacientarse y a desear abandonar el planeta y empezar una nueva vida.

Con lo que no había contado era con que la nueva zona de partida era la estación espacial antiguamente conocida como Escuela de Batalla.

Era como despertar de un sueño muy real y encontrarse en el lugar de su infancia. Los pasillos no habían cambiado; el código de luces de distintos colores en las paredes todavía ejecutaba su función: guiar a los colonos a sus dormitorios. Los barracones habían cambiado, claro: los colonos no iban a admitir el hacinamiento ni la reglamentación que habían soportado los alumnos de la Escuela de Batalla. Tampoco había la tontería de un juego en ingravidez. Si usaban la sala de batalla para algo, no se lo contaron.

Pero los comedores seguían allí, tanto el de oficiales como el de soldados... aunque ahora comía en aquel en el que jamás había estado siendo estudiante: el de profesores. A sus propios colonos no se les permitía entrar allí; era el lugar en el que se refugiaba de ellos. La rodeaba el personal de Graff del Ministerio de Colonización. Eran discretos y la dejaban en paz, cosa que agradecía; eran altivos y se mantenían a distancia de ella, cosa que lamentaba. Respuestas opuestas, suposiciones opuestas sobre sus motivaciones; sabía que estaban siendo amables, pero aun así se sentía como una leprosa, apartada. Si hubiera querido amistad, probablemente la habría conseguido; probablemente esperaban a que ella les hiciese saber si quería conversación. Ansiaba la compañía humana. Pero jamás atravesó el corto espacio entre su mesa y la de los demás. Comía sola. Porque no creía merecer participar en la sociedad humana.

Lo que la irritaba era la adoración con que le trataban los colonos. Siendo estudiante en la Escuela de Batalla, era normal. Ser una chica la hacía diferente, y tenía que esforzarse para ganarse su puesto... pero ella no era Ender Wiggin, no era una leyenda. Tampoco era una gran líder. Eso llegaría después, ya en la India, con gente a la que comprendía, sangre de su sangre.

El problema era que aquellos colonos eran en su mayoría indios. Se habían ofrecido voluntarios para el programa de colonización precisamente porque Virloomi sería la gobernadora de su colonia: varios le contaron que habían competido en una lotería para ganarse la oportunidad de ir. Cuando se mezclaba con ellos, para hablarles, para conocerlos, le resultaba prácticamente inútil. La reverenciaban tanto que apenas podía hablar o, si lograba hacerlo, usaban un lenguaje tan formal, tan culto, que no había posibilidad de mantener una verdadera comunicación con ellos.

Se comportaban como si creyeran que hablaban con una diosa.

Durante la guerra cumplí demasiado bien con mi tarea, se dijo. Para los indios, la derrota no era una señal de la desaprobación de los dioses. Lo que importaba era el modo en que ella soportaba su carga. Y ella no podía evitarlo: mantenía su dignidad y, por tanto, precisamente por eso les parecía divina.

Quizás así resulte más fácil gobernarlos. O quizás haga que el día de su desilusión sea un momento terrible.

Un grupo de colonos de Hyderabad le presentó una petición.

—El planeta se llama Ganges en honor al río sagrado —dijeron—, lo que es adecuado. Pero ¿no podríamos también recordar a todos los que venimos del sur? Hablamos telugu, no hindi ni urdu. ¿No podría haber una parte de la nueva colonia que nos pertenezca?

Virloomi les respondió en telugu fluido, lengua que había aprendido porque no hubiese podido unificar por completo la India hablando sólo hindi e inglés, y les dijo que haría lo que los colonos le permitiesen hacer.

Fue la primera prueba de su liderazgo. Se acercó a la gente y preguntó, dormitorio por dormitorio, si aceptarían bautizar el pueblo que construirían en el nuevo mundo con el nombre de Andhra, por la provincia que tenía por capital Hyderabad.

Todos aceptaron al instante la propuesta. El mundo se llamaría Ganges, pero el primer asentamiento sería Andhra.

—Nuestra lengua debe ser el común —les dijo—. Me rompe el corazón olvidar las hermosas lenguas de la India, pero debemos poder comunicarnos con una sola voz, con una lengua. Vuestros hijos deben aprender común en casa como lengua materna. También podéis enseñarles hindi, telugu o cualquier otra lengua, pero primero el común.

—El lenguaje del Raj —dijo un anciano. De inmediato, los otros colonos le gritaron que fuese respetuoso con Virloomi.

Pero Virloomi se limitó a reír.

—Sí —dijo—. La lengua del Raj. Conquistados en su momento por los británicos y, una vez más, por la Hegemonía. Pero es la lengua que todos tenemos en común: los de la India, precisamente porque los británicos nos gobernaron durante tanto tiempo y luego tuvimos mucho trato con América; los que no son indios, porque es un requisito hablar común para realizar este viaje.

El anciano se rió con ella.

—Así que recuerda —dijo—: Hemos tenido una relación más larga con el llamado común que nadie a excepción de los propios americanos e ingleses.

—Siempre hemos tenido la capacidad de aprender las lenguas de nuestros conquistadores y convertirlas en propias. Nuestra literatura se convierte en su literatura, y la de ellos se convier-

te en la nuestra. Con esas palabras hablamos a nuestro modo y pensamos nuestras ideas. Somos quienes somos. Nada cambia.

Así habló a los colonos indios. Pero había otros, un quinto de los colonos aproximadamente, que no eran de la India. Algunos la habían escogido porque era famosa y su lucha por la libertad había arraigado en su espíritu. Después de todo, ella era la creadora de la Gran Muralla de la India, y por tanto la consideraban una celebridad y la seguían por esa razón.

Pero había otros a quienes el azar había situado en la colonia Ganges. Fue decisión de Graff no permitir que más de cuatro quintas partes de los colonos fuesen de la India. Su mensaje había sido conciso: «Puede que llegue un día en que pueda fundar las colonias un grupo concreto. Pero la ley de estas primeras colonias es que todos los humanos son ciudadanos por igual. Nos estamos arriesgando al permitirte llevar a tantos indios. Sólo la realidad política de la India me hizo contravenir la política habitual de no aceptar más de un quinto de población de una nación determinada. Y claro, ahora los keniatas, los darfurianos, los kurdos, los hablantes de quechua y maya y otros grupos sienten la necesidad de una patria exclusivamente propia. Ya que se la concedemos a los indios de Virlomi, ¿por qué no a ellos? Tienen que hacer la guerra para... etcétera, etcétera... Es por eso que preciso a ese veinte por ciento que no son indios y por lo que necesito estar seguro de que efectivamente los convertirás en ciudadanos de pleno derecho.»

Sí, sí, coronel Graff, se hará como dices. Incluso cuando hayamos llegado a Ganges y tú estés a años luz de distancia y ya no puedas inmiscuirte en lo que hacemos, yo mantendré mi promesa y animaré los matrimonios mixtos y el tratamiento igualitario e insistiré en que el inglés (disculpa, el común) sea la lengua de todos.

Pero, a pesar de mis esfuerzos, el veinte por ciento acabará asimilado. Dentro de seis generaciones, de cinco, quizá de tres, vendrán visitantes a Ganges y se encontrarán con indios rubios y pelirrojos, de piel blanca con pecas y piel negra como el ébano, rostros africanos y chinos que, sin embargo, insistirán en que «yo soy indio» y tratarán con desprecio a quien insista en que no lo son.

La cultura india es demasiado fuerte para que nadie pueda controlarla. Yo goberné la India sometiéndome a las costumbres de la India, cumpliendo los sueños de la India. Ahora guiaré la colonia Ganges, al pueblo de Andhra, enseñando a los indios a fingir ser tolerantes con los demás, mientras los convertimos en nuestros amigos y los atraemos a nuestras costumbres. Pronto se darán cuenta de que, en ese extraño y nuevo mundo, nosotros los indios seremos los nativos y los demás los intrusos hasta que «se conviertan en nativos» y en otros más de «nosotros». Es inevitable. Es la naturaleza humana combinada con la terquedad y la paciencia de la India.

Aun así, Virlomi se aseguró de hablar con los no indios que había en la Escuela de Batalla... allí, en la Estación de Paso.

La aceptaron bastante bien. Su fluidez hablando común de la Escuela de Batalla y argot la situaban en una buena posición. Tras la guerra, los niños de todo el mundo habían adoptado el argot de la Escuela de Batalla, y ella lo usaba con soltura. Llamaba la atención de niños y jóvenes, y divertía a los adultos. De esa forma, la sentían más cercana, menos como una celebridad.

En los barracones (no, en los dormitorios) que antiguamente ocupaban los estudiantes recién llegados (lanzados, como se decía) había una mujer con un bebé en brazos que se mantenía a distancia. A Virlomi le parecía bien (no tenía por qué ser ella la favorita de todos), pero pronto le quedó claro, visitando a menudo los barracones, que Nichelle Firth no era simplemente tímida o altiva, era activamente hostil.

Virloomi quedó fascinada e intentó descubrir más acerca de ella. Pero la biografía de su expediente era tan sucinta que Virloomi sospechó que era falsa; había varias así, de personas que se unían a la colonia para dejar atrás su pasado, incluso su identidad.

Sin embargo, no había forma de hablar directamente con la mujer. Con neutralidad cortés respondía apenas, si respondía; cuando decidía no hacerlo, sonreía con la mandíbula rígida, de forma que, a pesar de la sonrisa dentada, Virloomi notaba su furia subyacente. No forzó la situación.

Pero observó las reacciones de Nichelle a lo que Virloomi y los otros decían cuando podía oírlos, aunque no formase parte del grupo. Lo que parecía dispararla, lo que hacía que su lenguaje corporal se pusiese de mal humor, era oír mencionar la Hegemonía, a Peter Wiggin, las guerras de la Tierra, el Pueblo Libre de la Tierra o el Ministerio de Colonización. También ante la mención de Ender Wiggin, Graff, Suriyawong y, especialmente, la de Julián Bean Delphiki agarraba al bebé con más fuerza y le susurraba algún tipo de encantamiento.

Virloomi pronunció ella misma algunos de esos nombres, como prueba. Estaba claro que Nichelle Firth no había participado en la guerra de ninguna forma: envió una foto suya al personal de Peter y no pudieron ofrecerle nada. Aun así, parecía tomarse muy personalmente los acontecimientos de la historia reciente.

Sólo hacia el final del periodo de preparación se le ocurrió probar con otro nombre. Lo encajó en una conversación con un par de belgas, pero asegurándose de estar lo suficientemente cerca de Nichelle para que ésta pudiese oírlo. «Achilles Flandres», dijo, comentando que era el belga más famoso de la historia reciente. Por supuesto, se ofendieron y negaron que fuese realmente belga, pero mientras ella quitaba hierro al asunto con los belgas también observaba a Nichelle.

La reacción fue intensa, sí, y a primera vista la misma de siempre: apretar más al bebé, acariciarlo, hablarle.

Pero luego Virloomi se dio cuenta: no estaba rígida. No estaba malhumorada. Era cariñosa con el niño. Era delicada y estaba feliz. Sonreía.

Y susurraba una y otra vez el nombre de «Achilles Flandres».

Resultaba tan inquietante que Virloomi tuvo ganas de acercársele y gritarle: ¡Cómo te atreves a venerar el nombre de ese monstruo!

Pero también era extremadamente consciente de otros hechos monstruosos. Sí, había diferencias entre Achilles y ella, pero también había similitudes, y no era inteligente por su parte condenarle con demasiada vehemencia. Así que la mujer sentía afinidad por él... ¿A qué se debía?

Virloomi abandonó los barracones y volvió a buscar. No había ningún archivo que situase a Achilles en algún lugar donde hubiese podido conocer á aquella mujer que sin duda alguna era americana. Virloomi no se la imaginaba hablando francés, ni siquiera mal. No parecía tener la suficiente educación: como la mayoría de los americanos, conocería una única lengua, que hablaría mal pero fuerte. No era posible que el bebé fuese de Achilles.

Pero debía comprobarlo. El comportamiento de la mujer indicaba demasiado claramente esa posibilidad.

No permitió que los Firth, madre e hijo, pasasen a estasis y fuesen almacenados en la nave hasta no haber recibido los resultados de la comparación entre la huella genética del bebé y los archivos de los genes de Achilles Flandres.

No había coincidencia. No podía ser su padre.

Vale, pensó Virlomi. La mujer es rara. Será un problema. Pero no uno que no se pueda controlar con algo de tiempo. Lejos de la Tierra, lo que sea que la convirtió en devota de ese monstruo se irá debilitando. Aceptará la presión de la amistad de los demás.

O no lo hará, y entonces esa ofensa se volverá contra ella y aquellos a los que niegue su amistad la condenarán al ostracismo. En cualquier caso, Virlomi afrontaría la situación. ¿Cuan problemática puede ser una única mujer entre miles de colonos? No es que Nichelle Firth fuese precisamente una líder. Nadie la seguiría. No lograría nada.

Virlomi dio la orden de autorizar el paso a estasis de los Firth. Pero, debido al retraso, seguían allí cuando Graff fue en persona a hablar con los que estarían despiertos durante el viaje. Eran sólo unos cien colonos, porque la mayoría había preferido la opción de dormir, y la tarea de Graff consistía en dejarles claro que era el capitán de la nave quien tenía el mando absoluto así como poder casi ilimitado para imponer castigos.

—Haréis cualquier cosa que os pida un miembro de la tripulación y lo haréis inmediatamente.

—¿O qué? —preguntó alguien.

Graff no se ofendió... la voz sonaba más asustada que desafiante.

—El capitán tiene poder sobre la vida y la muerte... dependiendo de la seriedad de la infracción. Y es el único que juzga la gravedad de la ofensa. No hay apelación. ¿Me explico?

Todos lo comprendieron. Unos cuantos incluso se decidieron por la opción in extremis de viajar en estasis... no porque pretendiesen amotinarse, sino porque no les gustaba la idea de estar encerrados durante años con alguien que tenía tanto poder.

Al terminar la reunión, hubo un tremendo ruido y ajeteo mientras algunos se apresuraban hacia la mesa donde podían solicitar la estasis, otros se dirigían a los dormitorios y, unos pocos, se reunían alrededor de Graff: cazadores de famosos, claro, ya que era casi tan famoso a su modo como Virlomi y, además, no había estado a su alcance hasta aquel momento.

Virlomi se acercaba a la mesa de estasis cuando oyó un estruendo de jadeos y exclamaciones de la gente que rodeaba a Graff. Miró pero no vio qué pasaba. Graff estaba allí, sonriéndole a alguien, y parecía perfectamente tranquilo. Sólo algunas miradas (en realidad, miradas de furia) de algunos de los testigos guiaron sus ojos hacia una mujer que salía de la sala de mal humor, alejándose del corrillo de Graff.

Era Nichelle Firth, claro, con su querido hijo Randall en brazos.

Bien, lo que hubiese hecho aparentemente no había incomodado a Graff, aunque sí a otras personas.

Aun así, era preocupante que Nichelle hubiese buscado la oportunidad de enfrentarse a Graff. Su hostilidad la hacía actuar; muy mala noticia.

¿Por qué no ha sido abiertamente hostil conmigo? Yo soy tan famosa como...

Famosa, pero ¿por qué? Porque la Hegemonía me derrotó y me encarceló. ¿Y los enemigos dispuestos contra mí? Suriyawong, Peter Wiggin. Acompañados de todo el mundo civilizado. Básicamente la misma lista que odiaba y se enfrentaba a Achilles Flandres.

No es de extrañar que se ofreciese voluntaria para mi colonia y no para alguna de las otras. Cree que soy un alma gemela, derrotada por los mismos enemigos. No comprende (o al menos no lo comprendía cuando se ofreció voluntaria) que estoy de acuerdo con los que me derrotaron, que yo me había equivocado y era preciso detenerme. No soy Achilles. No soy como Achilles.

Si la diosa deseaba castigar a Virlomi por haberla usurpado para obtener poder y unir a la India, no había mejor forma que ésta: hacer que todos creyesen que ella era como Achilles... y que por eso les cayese bien.

Por suerte, Nichelle Firth era la única persona, y no le caía bien a nadie porque a ella no le caía bien nadie. Sus opiniones, las que fuesen, no podían afectar a Virlomi.

No dejas de repetírtelo, pensó Virlomi. ¿Significa eso que en las profundidades de mi mente, las extrañas opiniones de esa mujer ya empiezan a afectarme?

Claro que sí.

Satyagraha. Esta carga también la soportaré.

Capítulo 12

Para: GobDes%Shakespeare@MinCol.gob/viaje

De: MinCol@MinCol.gob

Asunto: Extraño encuentro

Estimado Ender:

Sí, sigo vivo. He permanecido en estasis diez meses al año para poder ver la conclusión de este proyecto. Es sólo posible porque tengo un personal al que literalmente confío mi vida. Las tablas actuariales sugieren que estaré vivo para cuando llegues a Shakespeare.

Sin embargo, ahora te escribo porque eras íntimo de Bean. Te adjunto documentación relativa a su enfermedad genética. Ahora sabemos que el verdadero nombre de Bean era Julián Delphiki; lo secuestraron siendo un embrión congelado y era el único superviviente de un experimento genético ilegal. La modificación de sus genes le volvió extraordinariamente inteligente. Por desgracia, también afectó a su patrón de crecimiento. Muy pequeño en la infancia... el Bean que conociste. Nada de crecimiento súbito en la pubertad. Simplemente un avance progresivo hasta la muerte por gigantismo. Bean, que no deseaba ser hospitalizado y acabar patéticamente su vida, se ha embarcado en un viaje de exploración a la velocidad de la luz. Vivirá todo lo que pueda llegar a vivir, pero, a todos los efectos, ha abandonado la Tierra y a la especie humana.

No sé si alguien te lo ha contado, pero Bean y Petra se casaron. A pesar del miedo de Bean a que cualquier hijo suyo heredase su enfermedad, fertilizaron nueve óvulos... porque, por desgracia, los engañó un médico que afirmaba ser capaz de corregir en ellos esa tara genética. Petra dio a luz a uno, pero secuestraron los otros ocho embriones (repitiendo lo que le había pasado al propio Bean cuando era embrión) y los implantaron en madres de alquiler que no conocían el origen de sus bebés. Después de una búsqueda amplia y exhaustiva, encontramos a siete de los bebés perdidos. No habíamos encontrado al último. Hasta ahora.

Me refiero a un extraño encuentro que he tenido hoy mismo. Me encuentro en Ellis Island: el apodo que damos a la Escuela de Batalla. Por aquí pasan todos los colonos para ser distribuidos y enviados a sus naves. Ahora mismo Eros está demasiado lejos en su órbita para ser cómodo, así que acondicionamos y lanzamos las naves desde un lugar más cercano.

Daba una conferencia de orientación, repleta de la sabiduría y el ingenio habituales, a un grupo que se dirige a la colonia Ganges. Después, una mujer se me acercó (americana, a juzgar por su acento) con un bebé. No dijo nada. Se limitó a escupirme en un zapato y se fue.

Naturalmente, ese hecho me llamó la atención... no me resisto a las mujeres que flirtean conmigo. Busqué información. Es decir, hice que uno de mis amigos de la Tierra hiciese una comprobación exhaustiva de su pasado. Resulta que su nombre de colona es falso... no es que eso sea raro, y no nos importa; puedes ser quien quieras ser, siempre que no seas un pedófilo o un asesino en serie. En una vida anterior estaba casada con un ayudante de encargado de supermercado estéril. Así que su bebé no es de

su ex marido... una vez más, eso tampoco tiene nada de raro. Lo que es raro es que tampoco es suyo.

Ahora voy a confesarte algo que me avergüenza un poco. Prometí a Bean y a Petra que en ningún lugar quedarían registros del mapa genético de sus hijos. Pero conservé una copia en el archivo que empleamos para la búsqueda de los niños, dada la posibilidad de que algún día pudiera dar con ese último niño perdido.

De alguna forma, a esa mujer, Randi Johnson (Alba de soltera), ahora conocida como Nichelle Firth, le fue implantado el niño perdido de Bean y Petra. El niño padece el gigantismo genético de Bean.

Será un genio, pero morirá después de los veinte años (o antes) de un crecimiento que, simplemente, no se detendrá.

Y lo cría una mujer que, por alguna razón, considera importante escupirme. No me ofende personalmente, pero me interesa, porque tal acción me hace sospechar que, al contrario que las otras madres de alquiler, ella podría saber de quién es el niño. O, lo que es más probable, puede que le hayan contado historias falsas. En cualquier caso, no puedo preguntárselo, porque para cuando tuve la información ya se había ido.

Va a la colonia Ganges, que al igual que la tuya está dirigida por una joven graduada de la Escuela de Batalla. Cuando se fue, Virilomi no era tan joven como tú... Tras la Escuela de Batalla dispuso de años suficientes en la Tierra para convertirse en la salvadora de la India bajo la ocupación china e instigadora de una fallida (y mal planificada) invasión de China. A finales de su ascenso al poder se volvió muy fanática y autodestructiva, creyéndose su propia propaganda. Ahora ha recuperado la cordura, y en lugar de intentar decidir si honrarla por la liberación de su pueblo o condenarla por la invasión de la nación de sus opresores, la han convertido en jefa de una colonia que, por primera vez, tiene en cuenta el origen cultural en la Tierra. La mayor parte de los colonos son hindúes... pero no todos.

El hijo de Bean será genial... como su padre y su madre. Y Randi podría contarle historias que deformarían su personalidad de formas muy extrañas.

¿Por qué te lo cuento? Porque la colonia Ganges es nuestro primer esfuerzo por colonizar un mundo que NO era originariamente insector. Viajan a una fracción ligeramente inferior a la velocidad de la luz, así que no llegarán hasta que los xenobiólogos hayan tenido la oportunidad de realizar su labor y tener el planeta listo para los colonos.

Si te sientes feliz gobernando Shakespeare y deseas pasar allí el resto de tu vida, entonces esta información no te resultará especialmente interesante. Pero si, tras unos años, decides que el gobierno no es lo tuyo, te pediría que viajases por transporte hasta Ganges. Evidentemente, cuando hayas pasado cinco (o diez) años en Shakespeare, la colonia ni siquiera se habrá establecido. Y el viaje a Ganges será a tal distancia que puedes abandonar Shakespeare y llegar a Ganges a los catorce (o diecinueve) años de su fundación. Para entonces, el chico llamado Randall Firth tendrá la altura de un adulto (no, será mayor) y podría ser tan espeluznantemente genial que Virilomi no tenga la más mínima oportunidad de evitar que sea un peligro para la paz y la seguridad de la colonia. O tal vez ya sea un dictador. O el gobernador elegido democráticamente que los habrá salvado de la locura de Virilomi. O puede que haya muerto. O que sea un completo don nadie. ¿Quién sabe?

Una vez más: tú eliges. No tengo poder sobre ti; Bean y Petra no tienen poder sobre ti. Pero si te resulta interesante, más interesante que quedarte en Shakespeare, éste es un lugar al que podrías ir y quizás ayudar a una joven gobernadora, Virlomi, que es muy inteligente pero también dada a ocasionales decisiones equivocadas.

Por desgracia, todo está en el aire. Cuando debas abandonar Shakespeare con tiempo suficiente para ser efectivo en Ganges, ¡los colonos de Ganges ni siquiera habrán desembarcado de su nave! Podríamos estar enviándote a una colonia que no tendrá ningún problema y en la que por tanto no tendrás nada que hacer.

Así compruebas cómo planifico cosas que no se pueden planificar. Pero en ocasiones me alegro mucho de haberlo hecho. Si decides que a partir de ahora no quieres participar en mis planes, ¡yo te comprenderé mejor que nadie!

*Tu amigo,
HYRUM GRAFF*

PS: Dada la posibilidad de que el capitán no te lo haya comunicado, te diré que cinco años después de tu partida la F.I. aceptó mi petición urgente y lanzó una serie de transportes, uno cada cinco años, a cada una de las colonias. Las naves no son los monstruos enormes que llevan a los colonos, pero tienen espacio para bastante carga y esperamos que se conviertan en un instrumento de comercio entre las colonias. Nuestra intención es que una nave visite cada colonia cada cinco años... pero a continuación viajarán de colonia en colonia y regresarán a la Tierra sólo después de realizar un circuito completo. La tripulación tendrá la opción de completar todo el viaje o entrenar a sus sustitutos en cualquier mundo colonial y quedarse allí mientras otros completan el viaje. De tal forma nadie quedará atrapado toda su vida en un único mundo, y nadie pasará el resto de su vida atrapado en una nave espacial. Como puedes suponer, no nos faltan voluntarios.

Vitaly Kolmogorov estaba tendido en la cama, esperando morir y bastante impaciente.

—No lo apresures —dijo Sel Menach—. Sería un mal ejemplo.

—No apresuro nada. Simplemente estoy impaciente. ¡Me parece que tengo derecho a sentir lo que siento!

—Y me parece que también tienes derecho a pensar lo que piensas —dijo Sel.

—Vaya, ahora precisamente practicas el sentido del humor.

—Fuiste tú el que decidiste que éste era tu lecho de muerte, no yo —dijo Sel—. Pero el humor negro me parece apropiado.

—Sel, te he pedido que vinieras a verme por una razón.

—Para deprimirme.

—Cuando muera, la colonia necesitará un gobernador.

—Llega un gobernador de la Tierra, ¿no es así?

—Técnicamente, de Eros.

—Ah, Vitaly, todos venimos de Eros.

—Muy gracioso y muy clásico. Me pregunto cuánto tiempo más habrá todavía gente capaz de divertirse con un juego de palabras basado en el sistema de asteroides del sistema terrestre y los dioses griegos.

—En cualquier caso, Vitaly, por favor, no me digas que me nombras a mí.

—Nada de eso —dijo Vitaly—. Te voy a encargar un recado.

—Para el que sólo te sirve un xenobiólogo de avanzada edad.

—Exacto —dijo Vitaly—. En la cola de ansible espera un mensaje... cifrado, y no, no te voy a dar la clave. Sólo te pido lo siguiente: cuando esté completa y totalmente muerto, pero antes de que escojan a un nuevo gobernador, por favor, envía el mensaje.

—¿A quién?

—El mensaje ya conoce su destino.

—Qué mensaje más listo. ¿Por qué no deduce cuándo estarás muerto y se envía a sí mismo?

—¿Prometido?

—Claro, por supuesto.

—Y prométeme algo más.

—Me hago viejo. No cuentes con que recuerde simultáneamente demasiadas promesas.

—Cuando te elijan gobernador, acepta.

—No lo harán.

—Si no lo hacen, entonces nada —dijo Vitaly—. Pero cuando te elijan, como esperan todos menos tú, acepta.

—No.

—Y es precisamente por eso que debes aceptar —dijo Vitaly—. Eres el más cualificado para el puesto precisamente porque no lo quieres.

—Nadie cuerdo lo quiere.

—Lo ansían demasiados hombres, no porque lo quieran, sino porque los atrae el honor de ocuparlo. El prestigio. La posición. —Vitaly rió, y la risa se convirtió en una tos desagradable hasta que logró beber agua y calmar los espasmos del pecho—. Es algo que no echaré de menos una vez esté muerto.

—¿La posición?

—Habla de la tos. Ese cosquilleo constante en el fondo del pecho. Respirar con dificultad. Flatulencia. Visión borrosa por buenas que sean las gafas y por mucha luz que tenga. Toda la desagradable degeneración de la edad.

—¿Qué hay de tu mal aliento?

—Eso es para que te alegres de mi muerte. Sel, lo digo en serio. Si eligen a otro gobernador, será alguien que desea el puesto y no querrá dejarlo cuando llegue el nuevo gobernador.

—Eso es lo que se merecen, allá en Eros, por decidir que además de suministros, equipo y experiencia, también iban a enviarnos a un dictador.

—Yo al principio fui un dictador —dijo Vitaly.

—Cuando empezamos y la supervivencia parecía imposible, sí, mantuviste la calma hasta que encontramos una forma de controlar todo lo que podía matarnos en este planeta. Pero esos días ya han pasado.

—No, no es así—dijo Vitaly—. Voy a decírtelo con claridad. En la nave que viene viajan dos almirantes. Uno es nuestro futuro gobernador. Y el otro es el capitán de la nave. Adivina cuál cree que debería ser nuestro gobernador.

—El capitán de la nave, evidentemente, o no lo habrías expresado de esa forma.

—Un burócrata. Un trepa. No le conocía antes de partir en nuestro viaje, pero conozco a los de su clase.

—Así que la nave nos trae todo lo que necesitamos y una lucha de poder.

—No quiero una guerra. No quiero que se derrame sangre. No quiero que los recién llegados tengan que conquistar a un gobernador en funciones con aires de grandeza, aquí en Shakespeare. Quiero que nuestra colonia esté lista para recibir a los nuevos colonos y todo lo que traen consigo... y que siga unida al gobernador que nombraron en Eros. Sabían lo que hacían cuando le nombraron.

—Sabes quién es —dijo Sel—. Lo sabes y no se lo has dicho a nadie.

—Claro que lo sé —dijo Vitaly—. Llevo treinta y cinco años carteándome con él. Desde que partió la nave de colonización.

—Y no dijiste ni una palabra. ¿Quién es? ¿Alguien a quien conozco?

—¿Cómo voy a saber yo a quién conoces o dejas de conocer? —dijo Vitaly—. Me estoy muriendo, no me incordies.

—Así que no me lo vas a decir.

—Cuando salga de la velocidad de la luz, contactará contigo. Luego podrás arreglar lo de comunicárselo a los colonos. Lo que él te diga tú se lo podrás decir a ellos.

—Pero no confías en mí para guardar el secreto.

—Sel, tú eres incapaz de guardar un secreto. Dices lo que se te pasa por la cabeza. El engaño no es lo tuyo. Por eso serías un gobernador tan genial... y ésa es la razón por la que no te cuento nada que no puedas contar en cuanto te enteras.

—¿No sé mentir? Bien, vale, no me molestaré en prometerle que aceptaré ser gobernador, porque no lo haré. No me hará falta. Escogerán a otro. Sólo te caigo bien a ti, Vitaly. Soy un viejo cascarrabias que da órdenes a todos y hace llorar a los ayudantes torpes. Lo que yo he podido hacer por la colonia ya está hecho hace mucho tiempo.

—Cierra la boca —dijo Vitaly—. Tú haz lo tuyo y yo haré lo mío. Que en mi caso es morir.

—Yo también me moriré, ¿sabes? Probablemente antes que tú.

—En ese caso tendrás que darte prisa.

—Ese nuevo gobernador... ¿Tiene alguna idea de lo que tendrá que hacer la gente nueva para vivir aquí? ¿Sabe lo de las inyecciones? ¿Lo de la dosis regular de cerdo modificado para ingerir las proteínas que mantienen a raya los gusanos? Espero que no hayan enviado a vegetarianos. Es un incordio que los nuevos vayan a superarnos en número desde el momento en que bajen de la nave.

—Los necesitamos —dijo Vitaly.

—Lo sé. El fondo genético los necesita, las granjas y fábricas los necesitan.

—¿Fábricas?

—Estamos trasteando con uno de los viejos generadores de energía solar de los insectores. Creemos que podemos conseguir que impulse un telar.

—¡La revolución industrial! ¡Sólo treinta y seis años después de llegar al planeta! Y dices que últimamente no has hecho nada por la gente...

—No lo hago yo —dijo Sel—. Sólo convencí a Lee Tee para que le echase un vistazo.

—Oh, bien, si eso es todo...

—Dilo.

—¿Decir qué? He dicho lo que iba a decir.

—Que convencer a alguien para que intente hacer algo es exactamente el modo en que tú has gobernado durante las últimas tres décadas y media.

—No tengo que decir lo que tú ya sabes.

—No te mueras —dijo Sel.

—Me conmueves —dijo Vitaly—. Pero ¿no lo comprendes? Es lo que quiero. Ya he terminado. Estoy agotado. Fui a la guerra, luchamos, ganamos y luego Ender Wiggin ganó la batalla del mundo natal y murieron todos los insectores que estaban allí. De pronto, ya no era soldado. Y yo era un soldado, Sel. No era un burócrata. Definitivamente no era gobernador. Pero era almirante, estaba al mando, era mi deber, y lo cumplí.

—Yo no soy tan leal como tú.

—Ahora no estoy hablando de ti, maldita sea. Tú haz lo que quieras. Hablo de mí. ¡Te estoy contando lo que debes decir en mi maldito funeral!

—Oh.

—Yo no quería ser gobernador. Esperaba morir en la guerra, pero la verdad es que pensaba en el futuro tan poco como tú. Veníamos a este lugar, nos entrenaron para sobrevivir en este mundo colonial insector, pero yo pensaba que ése sería tu trabajo, tuyo y de los otros técnicos, mientras yo me ocupaba de la lucha, de la resistencia contra las hordas de insectores que descenderían de las colinas, cavando bajo nuestros pies... No te imaginas las pesadillas que tuve sobre la ocupación, la limpieza, la resistencia. Temía que no hubiese suficientes balas en todo el mundo. Creía que moriríamos.

—Y luego Ender Wiggin te decepcionó.

—Sí. Mocosito egoísta. Soy un soldado y él me quitó la guerra.

—Y por eso le adoras.

—Cumplí con mi deber, Sel. Cumplí con mi deber.

—Yo también—dijo Sel—. Pero no cumpliré con el tuyo.

—Lo harás cuando yo no esté.

—No estarás vivo para verlo.

—Tengo esperanzas con respecto a la otra vida —dijo Vitaly—. No soy un científico, se me permite decir esas cosas.

—La mayoría de los científicos creen en Dios —dijo Sel—. Al menos aquí.

—Pero tú no crees que yo no vaya a estar vivo para ver lo que haces.

—Me gustaría creer que Dios tiene mejores cosas de las que ocuparse. Además, el cielo de por aquí es un cielo insector. Espero que Dios permita que la parte de ti que esté viva vuelva al cielo donde están todos los humanos.

—O al infierno —dijo Vitaly.

—Olvidaba lo pesimistas que sois los rusos.

—No es pesimismo. Simplemente quiero estar donde están todos mis amigos. Donde está mi padre, el viejo cabrón.

—¿No te caía bien y quieres estar con él?

—¡Quiero darle una paliza al viejo borracho! Luego nos iremos a pescar.

—Así que no será el cielo para los peces.

—Es el infierno para todos. Pero con buenos momentos.

—Igual que nuestra vida en este planeta —dijo Sel.

Vitaly rió.

—Los soldados no deberían dedicarse a la teología.

—Los xenobiólogos no deberían gobernar.

—Gracias por hacer que mi lecho de muerte esté tan repleto de incertidumbres.

—Lo que sea por tenerte entretenido. Y ahora, si no te importa, debo alimentar a los cerdos.

Sel se fue y Vitaly se quedó tendido, preguntándose si no debía salir de la cama y enviar personalmente el mensaje.

No, su decisión era la correcta. No quería mantener ningún tipo de conversación con Ender. Que lo recibiese cuando ya fuese demasiado tarde para responder, tal era el plan y era un buen plan.

Es un chico listo, un buen muchacho. Hará lo que haga falta hacer. No quiero que me pida consejo porque no lo necesita, y además podría seguirlo.

Capítulo 13

Para: GobDes%Shakespeare@MjnCol.gob/viaje

De: GobLey%Shakespeare@MinCol.gob

Re: Lo recibirás cuando haya muerto

Estimado Ender:

Lo he puesto claramente en el asunto. No hay necesidad de andarse por las ramas. Escribo este mensaje cuando siento en mí las semillas de la muerte. Dispondré su envío para cuando hayan acabado conmigo.

Espero que mi sucesor sea Sel Menach. No quiere el puesto, pero es muy apreciado y la confianza en él es generalizada, lo que resulta vital. A tu llegada no intentará aferrarse al puesto. Pero entonces estarás solo y te deseo suerte.

Sabes lo difícil que será para mi pequeña comunidad. Durante treinta y seis años hemos estado viviendo y casándonos. La nueva generación ya ha restaurado el equilibrio de sexos; hay nietos que casi han llegado a la edad de casarse. Luego llegará tu nave y, de pronto, tendremos cinco veces la población anterior, y sólo uno de cada cinco pertenecerá al grupo original. Será duro. Lo cambiará todo. Pero creo que ahora te conozco y, si tengo razón, entonces mi gente no tiene nada que temer. Ayudarás a los nuevos colonos a adoptarse a nuestras costumbres, siempre que nuestras costumbres tengan sentido aquí. Ayudarás a mi gente a adaptarse a los nuevos colonos, siempre que deban hacerlo porque la forma de hacer las cosas en la Tierra tenga sentido.

En cierta forma, Ender, tenemos la misma edad, o al menos nos encontramos en la misma fase de la vida. Hace mucho tiempo dejamos atrás a nuestra familia. En lo que al mundo respecta, bajamos a una tumba abierta y desaparecimos. Para mí esto ha sido la otra vida, la carrera tras el final de mi carrera, la vida tras el final de mi vida. Y ha estado bien. Ha sido el paraíso. Atareada, aterradora, triunfante y finalmente pacífica. Que sea igual para ti, amigo mío. Dure lo que dure, que te satisfaga cada día.

Jamás he olvidado que debo nuestra victoria, y esta segunda vida, a ti y a los otros niños que nos comandaron en la guerra. Una vez más, desde esta mi tumba, te doy las gracias.

*Con amor y respeto,
VITALY DENISOVITCH KOIAAOGOROV*

—No me gusta lo que haces con Alessandra —dijo Valentine.

Ender apartó la vista de lo que leía.

—¿Y qué es?

—Sabes muy bien que has hecho que se enamore de ti.

—¿Lo he hecho?

—¡No finjas no haberte dado cuenta! Te mira como un cachorrillo hambriento.

—Nunca he tenido perro. No permitían mascotas en la Escuela de Batalla y no había ninguno vagabundo.

—Y lo has hecho deliberadamente.

—Si yo puedo hacer que una mujer se enamore de mí sólo con quererlo, debería embotellarlo, venderlo en la Tierra y hacerme rico.

—No has hecho que una mujer se enamore de ti, has hecho que una niña emocionalmente dependiente, tímida y protegida se enamore de ti, y eso es patéticamente fácil. Te ha bastado con ser extraordinariamente agradable con ella.

—Tienes razón. De no haber sido tan egoísta, le habría dado un par de bofetadas.

—Ender, habla conmigo. ¿Crees que no te he estado observando? Buscas oportunidades para alabarla. Para pedirle consejo sobre los detalles más nimios. Para darle las gracias por nada. Y le sonríes. ¿Alguien te ha dicho que tu sonrisa podría fundir el acero?

—No está bien en una nave espacial. Sonreiré menos.

—¡La activas como... un impulsor estelar! Esa sonrisa... con toda tu cara, como si estuvieses sacándote el alma y poniéndola en sus manos.

—Val —dijo Ender—. Esta carta es más bien importante. ¿Qué quieres decirme?

—¿Qué planeas hacer con ella ahora que es tuya?

—Nadie es mío —dijo Ender—. No le he puesto la mano encima... literalmente. Ni en las manos temblorosas, ni en el hombro, nada. No ha habido contacto físico. Tampoco he flirteado con ella. No ha habido insinuaciones sexuales ni bromas entre nosotros. Tampoco he estado a solas con ella. Mes tras mes, mientras su madre conspiraba para dejarnos solos, yo no lo he permitido. Incluso si para ello he tenido que salir con descortesía de una estancia. Dime, ¿qué de todo esto consiste en hacer que se enamore de mí?

—Ender, no me gusta que me mientas.

—Valentine, si quieres una respuesta sincera, escíbeme una carta sincera.

Valentine suspiró y se tendió en la cama.

—Me muero porque acabe este viaje.

—Quedan poco más de dos meses. Casi ha terminado. Y has terminado tu libro.

—Sí, y es muy bueno —dijo Valentine—. Sobre todo considerando que apenas conocía a ninguno de ellos y tú casi no me ayudaste.

—Respondí a todas tus preguntas.

—Excepto para evaluar a las personas, para evaluar la escuela. Para...

—Mis opiniones no son historia. Se suponía que el libro no iba a ser Los días de escuela de Ender Wiggin contados por su hermana.

—No me uní a este viaje para pelearme contigo.

Ender la miró con un asombro tan histriónico que ella le lanzó una almohada.

—Por lo que pueda valer —dijo Valentine—, nunca he sido tan desagradable contigo como lo era continuamente con Peter.

—En ese caso, en el mundo todo va bien.

—Pero estoy enfadada contigo, Ender. No deberías jugar con los sentimientos de una chica. A menos que planees casarte con ella...

—No —dijo Ender.

—Entonces no deberías darle alas.

—No lo he hecho —dijo Ender.

—Y yo digo lo contrario.

—No, Valentine —dijo Ender—. Lo que he hecho es exactamente lo que ella necesita para que pueda tener lo que más desea.

—Es decir, a ti.

—Que definitivamente no soy yo. —Ender se sentó a su lado, en la cama—. Me ayudaría mucho más estudiando a otra persona.

—Yo los estudio a todos —dijo Val—. Los juzgo a todos. Pero tú eres mi hermano. Te puedo controlar.

—Y tú eres mi hermana. Puedo hacerte cosquillas hasta que te hagas pis o grites. O ambas cosas. —Y lo intentó, aunque no llegó tan lejos. O al menos Valentine sólo se hizo un poco de pis y luego le dio a Ender un golpe fuerte en el brazo y le obligó a quejarse de una forma arrogante y sarcástica, de tal modo que supo que Ender fingía que no le había hecho daño pero sí que le había dolido. Cosa que se merecía. Lo cierto era que se estaba portando fatal con Alessandra y a Ender ni siquiera le importaba, y peor aún, creía poder negarlo. Lamentable.

* * *

Ender pasó toda la tarde pensando en lo que le había dicho Valentine. Él conocía bien sus propios planes, y realmente lo hacía por el bien de Alessandra, pero se estaba equivocando si realmente la chica se estaba enamorando de él. Se suponía que lo suyo debía ser amistad, confianza, quizá gratitud. Como hermano y hermana. Sólo que Alessandra no era Valentine. No podía estar a la altura. No llegaba igual de rápido a las conclusiones que Val... o al menos, no llegaba a las mismas conclusiones. La verdad era que no podía cumplir con su parte.

¿Dónde voy a encontrar a una mujer con la que pueda casarme? Se preguntó Ender. En ningún lugar y nunca, si las comparo a todas con Valentine.

Vale, sí, sabía que estaba haciendo que Alessandra sintiese algo por mí. Me gusta cuando me mira de esa forma. Petra jamás me miró de esa forma. Nadie lo hacía. Las hormonas se despiertan y se excitan. Es divertido. Tengo quince años. No he dicho nada para engañarla sobre mis intenciones, y no he hecho nada, jamás, para indicar cualquier tipo de atracción física. Así que disparadme por gustarme que le guste y hacer lo que la hace sentirse de esa forma. ¿Cuál es la regla? ¿Pasar de ella completamente y restregarle por la cara su pequeñez o casarme con ella aquí mismo? ¿Son las únicas posibilidades?

Pero reconcomiéndole en el fondo había una pregunta: ¿Soy Peter? ¿Estoy aprovechándome de los demás para mis planes? ¿Importa algo que mi intención sea lograr un resultado que le ofrezca a Alessandra una oportunidad de ser feliz? No se lo he preguntado, no le estoy dejando elegir, la estoy manipulando. Dando forma a su mundo de tal modo que ella escoja ciertas cosas y ejecute ciertas acciones que hagan que otras personas hagan lo que yo quiero que hagan y...

¿Y qué? ¿Cuál es la otra opción? ¿Dejar pasivamente que pasen las cosas y luego decir «Vaya, vaya, qué desastre»? ¿No manipulamos siempre a la gente? Incluso si les pedimos abiertamente que escojan, ¿no lo expresamos de forma que escojan lo que creemos que deberían elegir?

Si le cuento a Alessandra lo que estoy tramando, probablemente me siga la corriente. Lo haría voluntariamente.

Pero ¿es lo suficientemente buena actriz para evitar que su madre sepa que tramamos algo? ¿La obligaría a contárselo? Alessandra seguía siendo todavía bastante una criatura de Dorabella como para que Ender la creyese capaz de ocultarle un secreto a su madre. Y si lo cuenta todo, el coste para Alessandra sería nulo (estaría justo como ahora) mientras que yo lo perdería todo. ¿No tengo derecho a considerar en la balanza mi propia felicidad, mi propio futuro? Y, teniendo en cuenta la posibilidad de que yo sea mejor gobernador que el almirante Morgan, ¿no les debo a los colonos el asegurarme de que yo acabe siendo gobernador en lugar de él?

Sigue siendo la guerra, aunque no haya armas sino sonrisas y palabras. Debo emplear las fuerzas de las que dispongo, aprovechar las ventajas del terreno e intentar enfrentarme a un enemigo más poderoso en circunstancias que neutralicen sus ventajas. Alessandra es una persona, sí... también lo es cada soldado, cada peón del gran juego. A mí me utilizaron para ganar Una guerra. Ahora yo utilizaré a otra persona. Todo por «el bien mayor».

Pero había algo más bajo todos esos razonamientos morales. Lo sentía. Un escozor, un ansia, un anhelo. Era su chimpancé interior, como lo llamaban Valentine y él. El animal que olía la femineidad en Alessandra. ¿Escogí este plan, estas herramientas, porque eran los mejores? ¿O lo hice porque me ponían cerca de una chica bonita que desea mi afecto?

Por tanto, era posible que Valentine tuviese toda la razón.

Y si así era... ¿qué? No puedo borrar todas las atenciones que he dedicado a Alessandra. ¿De pronto me pongo frío con ella, sin ninguna razón? ¿Sería menos manipulador?

¿No puedo desactivar mi cerebro a veces y ser el chimpancé desnudo con ojos sólo para una hembra disponible?

No.

* * *

—¿Hasta cuándo vas a seguir con ese jueguecito con Ender Wiggin? —preguntó Dorabella.

—¿Juego? —preguntó Alessandra.

—Está claro que le interesas —dijo Dorabella—. Siempre va directo a ti. Le he visto sonreírte. Le gustas.

—Como una hermana —suspiró Alessandra.

—Es tímido —dijo Dorabella.

Alessandra suspiró.

—No me suspire —dijo Dorabella.

—Oh, ¿cuando estoy contigo no se me permite exhalar?

—No me obligues a cerrarte la nariz y llenarte la boca de galletas.

—Madre, no puedo controlar lo que hace Ender.

—Pero puedes controlar lo que haces tú.

—Ender no es el almirante Morgan.

—No, no lo es. Es un niño. Sin experiencia. A un niño se le puede guiar, se le puede ayudar, se le puede enseñar.

—¿Enseñar qué, madre? ¿Estás proponiéndome algo físico?

—Dulce y feérica hija mía —dijo Dorabella—, no es por ti ni es por mí. Es por el bien del propio Ender Wiggin.

Alessandra puso los ojos en blanco. Era tan... infantil.

—Esa expresión no es una respuesta, mi querida, dulce y feérica hija.

—Madre, la gente que hace lo más horrible siempre dice que es por el bien de otra persona.

—Pero en este caso, tengo toda la razón. Verás, el almirante Morgan y yo nos hemos vuelto íntimos. Muy, muy íntimos.

—¿Te acuestas con él?

La mano de Dorabella salió disparada, dispuesta a golpear, antes de darse cuenta de lo que hacía. Pero se controló a tiempo.

—Oh, mira —dijo—. Mi mano cree que es la de tu abuela.

La voz de Alessandra temblaba un poco.

—Cuando has dicho que la relación era muy, muy íntima, me he preguntado si estabas dando a entender que...

—Quincy Morgan y yo mantenemos una relación adulta —dijo Dorabella—. Nos comprendemos. Yo ilumino su vida como nadie ha hecho y él me ofrece una estabilidad masculina que tu padre, bendito sea, nunca tuvo. También existe atracción física, pero somos adultos maduros, amos de nuestra libido, y no, no le he dejado tocarme.

—Entonces, ¿a qué te refieres? —preguntó Alessandra.

—A lo que yo no sabía cuando tenía tu edad —dijo Dorabella—: Que entre la fría castidad y hacer lo que produce bebés hay una amplia variedad de pasos y fases que pueden indicarle a un joven que sus intenciones, hasta cierto punto, son bien recibidas.

—De eso soy más que consciente, madre. Veía a las otras chicas del colegio vistiéndose como putas y enseñándolo todo. Vi los toqueteos, los pellizcos. Somos italianas, yo iba a una escuela italiana y todos los chicos planeaban convertirse en hombres italianos.

—No intentes distraerme enfureciéndome con tu estereotipo étnico —dijo Dorabella—. Sólo faltan unas cuantas semanas para nuestra llegada...

—Dos meses no son «unas cuantas semanas».

—Ocho son pocas. Cuando lleguemos a Shakespeare, una cosa es segura: el almirante Morgan no le va a entregar la colonia a un chico de quince años. Eso sería una irresponsabilidad. Le cae bien Ender, le cae bien a todo el mundo, pero en la Escuela de Batalla lo único que hacía era jugar todo el día. Para gobernar una colonia hace falta alguien con experiencia en el liderazgo. Es decir, no es que lo haya expresado tan claramente, pero lo he deducido sobreentendiendo cosas o por cosas casi explícitas u... oídas sin querer.

—Has estado espiando.

—He estado presente y los oídos humanos no se cierran. Lo que quiero decir es que lo mejor que podría pasar sería que Ender Wiggin fuese gobernador, pero aceptando el consejo del almirante Morgan.

—Su consejo en todo.

—Es mejor que poner a Ender en estasis y enviarlo a casa.

—¡No! ¡Eso no lo haría!

—Ya se le ha amenazado y ha habido señales de que podría ser necesario. Bien, ahora míralo de esta forma: Ender y una hermosa colona se enamoran. Se prometen en matrimonio. Ahora él está prometido. Resulta que su suegra...

—Es una loca que cree ser un hada y la madre de un hada.

—Está casada o se va a casar con el almirante que definitivamente será el poder en la sombra, digamos... a menos que Ender le dé problemas, en cuyo caso se hará con el trono abiertamente. Pero Ender no le dará problemas, porque no le hará falta. Su joven y hermosa esposa cuidará de sus intereses discutiéndolo todo con su madre, quien a su vez se lo comentará a su marido, y todo les irá bien a todos.

—En otras palabras, me casaría con él para convertirme en espía.

—Habría un par de amorosas y amadas intermediarias que se asegurarían de resolver todos los conflictos entre los almirantes de esta nave.

—Anulando a Ender y haciéndolo bailar al son de Quincy.

—Hasta que tenga más edad y experiencia —dijo Dorabella.

—Lo que nunca sucederá, a menos no a ojos de Quincy —dijo Alessandra—. Madre, no soy estúpida ni tampoco lo es ninguno de los implicados. Tú apuestas que el almirante Morgan obtendrá el poder. Casándote con él serás la esposa del gobernador de la colonia. Pero, como no puedes estar segura de que Ender Wiggin no prevalezca, quieres que me case con él. De esa forma, pase lo que pase, nosotras nos quedamos con el dinero. ¿Tengo razón?

Alessandra había dicho «dinero». Dorabella lo aprovechó.

—En la colonia Shakespeare todavía no hay dinero, querida —dijo—. Todo se hace mediante trueque y cuotas. No has estado estudiando tus lecciones.

—Madre —dijo Alessandra—. Ése es tu plan, ¿me equivoco?

—Claro que no lo es —dijo Dorabella—. Soy una mujer enamorada. Tú también. ¡No lo niegues!

—Pienso continuamente en él —dijo Alessandra—. Todas las noches sueño con él. Si eso es estar enamorada, entonces nos hace falta una pastilla curativa.

—Sólo piensas eso porque el chico al que amas no es tan consciente de sus sentimientos como para dejar las cosas claras. Eso es lo que intento decirte.

—No, madre —dijo Alessandra—. Lo has intentado todo excepto decírmelo. Lo que quieres que haga, pero te niegas a expresarlo, es que le seduzca.

—No.

—¡Madre!

—Ya te lo he dicho. Hay un amplio margen entre suspirar por él y seducirlo. Hay pequeños toques.

—No le gusta que le toquen.

—Él cree que no le gusta que le toquen porque no comprende que está enamorado de ti.

—Guau —dijo Alessandra—. Todo eso sin título de psicología.

—Un hada no necesita estudiar psicología, ya nace así.

—¡Madre!

—No dejas de repetir esa palabra. Como si yo no estuviese segura de saber quien soy. Sí, querida, soy tu madre.

—Por una vez en tu vida, ¿no puedes hablar claramente?

Dorabella cerró los ojos. Nunca le había ido bien diciendo las cosas a las claras. Pero sí, Alessandra tenía razón. La chica era tan ingenua que de verdad no sabía a qué se refería Dorabella. No comprendía la necesidad, la urgencia... y no comprendía lo que tenía que hacer en ese caso.

Probablemente el candor fuese inevitable. Superarlo tal vez también.

—Siéntate, querida—dijo Dorabella.

—Así que va a ser un autoengaño más complejo —dijo Alessandra—. Uno que requiere descanso.

—Si sigues así te borraré del testamento.

—Amenaza que no servirá de nada hasta que no tengas algo que yo desee.

—Siéntate, mocosa —dijo Dorabella, usando una juguetona voz seria.

Alessandra se tendió en su cama.

—Te escucho.

—Nunca puedes hacer justo lo que te pido, ¿eh?

—Te escucho y tú no me has pedido nada, me lo has ordenado.

Dorabella respiró hondo y soltó el aire.

—Si no tienes a Ender Wiggin atado en una relación durante las próximas cuatro semanas, casi con toda seguridad se quedará en la nave, ya sea retenido o en estasis, cuando el almirante Morgan baje a ver cómo le va a la colonia. Pero si Ender Wiggin es el yerno del almirante Morgan, entonces es muy probable que llegue a Shakespeare para ser el nuevo gobernador. Así que, o te prometes con el gobernador titular y héroe de la especie humana, o estarás permanentemente separada de él y, cuando llegue el momento de casarte, tendrás que escoger a uno de los payasos locales.

Alessandra mantuvo los ojos cerrados tanto tiempo que Dorabella consideró si echarle un vaso de agua a la cara para despertarla.

—Gracias —dijo Alessandra.

—¿Por qué?

—Por decirme lo que realmente piensas —dijo Alessandra—. Cuál es el plan. Comprendo que lo que haga será por el bien de Ender. Pero tengo quince años, madre, y sólo conozco el comportamiento de las peores chicas del colegio. No creo que eso dé buenos resultados con Ender Wiggin. Por tanto, aunque me gustaría hacer lo que dices, no tengo ni idea de cómo.

Dorabella se acercó a la cama de Alessandra, se arrodilló a su lado y besó la mejilla de su hija.

—Mi querida hija, no tenías más que preguntar.

Capítulo 14

Para: smenach%ShakespeareCol@MinCol.gob

De: GobDes%ShakespeareCol@MinCol.gob/viaje

Asunto: Al acercarnos

Estimado doctor Menach:

He admirado (y agradecido) su trabajo mientras lo estudiaba durante el viaje. Vitaly Kolmogorov hablaba de usted con más que admiración (asombro y profunda amistad son expresiones inadecuadas), y aunque yo no le conozco como le conocía él, he visto sus logros. El hecho de que miles de nuevos colonos lleguemos para encontrar la colonia Shakespeare en marcha, en lugar de llegar para rescatar una colonia fracasada, se debe a todos los colonos, por supuesto, pero sin sus soluciones para las enfermedades e incompatibilidades proteínicas, es muy probable que hubiésemos llegado para no encontrar a nadie.

Vitaly me contó su renuencia a considerar la aceptación del puesto de gobernador, pero compruebo que lo ha hecho, y que lleva casi cinco años gobernando efectivamente. Gracias por comprometer un poco sus principios y aceptar un trabajo político. Puedo asegurarle que yo mismo me mostré casi igual de renuente a aceptar el trabajo; en mi caso, no tenía ningún otro lugar al que ir.

Como gobernador soy joven y carezco de experiencia, aunque al igual que usted he sido soldado. Espero encontrarle ahí al llegar, para poder aprender de usted y contar con su ayuda para integrar a cuatro mil «nuevos colonos» y mil «antiguos colonos» de forma que, dentro de un tiempo razonable, sean todos simplemente... ciudadanos de Shakespeare.

Me llamo Andrew Wiggin, pero solían llamarme por mi mote de la infancia, Ender. Como fue usted piloto durante la batalla en el sistema en el que es ahora colono, es muy posible que oyese mi voz; seguro que oyó la de al menos uno de mis compañeros de mando. Lloro por los pilotos perdidos en esa batalla; puede que no supiésemos que nuestros errores costarían vidas reales, pero eso no nos exime de la responsabilidad. Comprendo que para usted han pasado más de cuarenta años; para mí, esa batalla tuvo lugar hace sólo tres, y siempre la tengo presente. Estoy a punto de conocer a los soldados que lucharon en ella y que recuerdan a quienes perdieron la vida por culpa de mis errores.

Ansío conocer a los hijos y nietos descendientes de sus compatriotas. Ellos, por supuesto, no recuerdan batallas que deben parecerles historia antigua. No tendrán ni idea de quién soy yo ni de por qué se los insulta haciendo que un chico de quince años sea su gobernador.

Por suerte, cuento con el experimentado almirante Quincy Morgan, quien amablemente se ha ofrecido a ejercer su liderazgo sobre la colonia así como sobre la nave durante todo el tiempo que esté aquí. Vitaly y yo comentamos la naturaleza del liderazgo y el mando, y acabamos considerando a Quincy Morgan como un hombre de paz y autoridad; usted sabrá mejor que yo lo que eso significa para la colonia.

Lamento las cargas que le impondrá nuestra llegada y le doy las gracias de antemano.

*Sinceramente,
Andrew*

Para: GobDes%ShakespeareCol@MinCol.gob/viaje

De: smenach%ShakespeareCol@MinCol.gob

Asunto: Mal momento

Estimado Ender:

Gracias por tu considerada misiva. Comprendo perfectamente a qué te refieres con eso de que el almirante Morgan sea un hombre de paz y autoridad, y me gustaría estar equipado para darle el recibimiento adecuado. Pero nuestros únicos soldados son tan viejos como yo; nuestros jóvenes no han tenido ninguna razón para aprender disciplina militar o habilidades de ningún tipo. Me temo que para ti nuestros intentos de maniobra te avergonzarían. Las ceremonias que se puedan celebrar a tu llegada deben ser planeadas por tu parte. Habiendo visto TU trabajo, observándolo al menos tan de cerca como tú has seguido el mío, confío completamente en que lo ejecutarás todo con perfecto aplomo.

Desde la muerte de Vitaly no había tenido ocasión de emplear la palabra «aplomo». Quizá, dado que serás nuestro gobernador (para mi gran alivio), he usado contigo el estilo de discurso que siempre empleé con él.

Es una lástima que tu llegada coincida con un viaje urgente ya planificado desde hace tiempo que debo realizar. Ya no soy el xenobiólogo jefe, pero mis deberes en esa área no se han esfumado. Ahora que llegas, puedo al menos realizar ese viaje a la amplia extensión de terreno del sur, que está casi totalmente inexplorada. Nos asentamos en un clima semitropical para no morir congelados si no podíamos encontrar a nuestra llegada combustible adecuado o refugio. Ahora traéis vegetación terrestre que necesita climas más fríos para prosperar, y debo comprobar si hay entornos apropiados. También me hace falta comprobar si hay frutas, verduras y hierbas autóctonas que podamos usar ahora que traéis medios de transporte que harán que sea práctico cultivar en un clima y consumir lo cosechado en otro.

Por razones que te resultarán evidentes, también creo que tener rondando por ahí a un viejo no será tan conveniente como imaginas. Cuando dos hombres que han tenido el título de «gobernador» están juntos, la gente recurre al que mejor conoce. Y la nueva gente, puesto que ha estado en estasis, probablemente siga el ejemplo de la vieja. Mi ausencia será tu mejor baza. Ix Tolo, el xenobiólogo jefe, puede ponerte al día acerca de los proyectos en marcha.

Estoy seguro de que comprenderás que este viaje no implica ningún deseo por mi parte de no ayudarte o de no verte. Si creyese que mi presencia iba a ser mejor para la colonia que mi ausencia, sería un gran placer para mí estrechar la mano al comandante que nos llevó a la victoria. Entre los viejos de la colonia encontrarás todavía a muchos a los que intimidas. Por favor, ten paciencia con ellos si al principio les cuesta hablar.

*Sinceramente,
SEL*

Sel se puso tranquilamente a preparar la expedición al sur. Iría a pie... la expedición original no había traído bestias de carga y no iba a privar a la colonia de uno de sus medios de transporte. Y aunque muchos de los nuevos híbridos comestibles se habían extendido por grandes zonas, tenía intención de ir más allá del clima óptimo, lo que significaba que tendría que llevar comida. Por suerte, no comía mucho, y se llevaría con él a seis de los nuevos perros, que había modificado genéticamente para metabolizar las proteínas locales. Los perros cazarían, y luego él sacrificaría dos de ellos... y soltaría a los otros cuatro, dos parejas en edad reproductiva que podrían vivir de lo que encontrarán.

Nuevos depredadores liberados en estado salvaje... Sel sabía lo peligroso que podía ser para la ecología local. Pero los perros no podían comer todas las especies nativas y no serían un inconveniente para la vegetación. Para los exploradores y colonizadores futuros sería importante encontrar criaturas comestibles y domesticables en estado salvaje.

No estamos aquí para conservar la ecología local como si fuese un museo. Hemos venido a colonizar, a crearnos un mundo.

Que era precisamente lo que los insectores habían empezado a hacer en la Tierra. Sólo que lo habían hecho con un método más drástico... quemarlo todo para luego plantar vegetación del mundo natal insector.

Sin embargo, por alguna razón no lo habían hecho allí. No había encontrado ninguna de las especies que los insectores habían plantado en la Tierra durante la Masacre de China, casi un siglo antes. Aquella era una de las colonias insectoras más antiguas, y su flora y fauna parecían demasiado distantes, genéticamente, como para compartir antepasados comunes con las variedades insectoras. Seguramente lo habían ocupado antes de desarrollar la estrategia de formificación que habían empezado a usar en la Tierra.

En todos aquellos años, hasta entonces, Sel se había dedicado por entero a la investigación genética necesaria para que la colonia fuese viable, y, durante los últimos cinco, a gobernarla. Ahora podía salir a territorio inexplorado y aprender lo que pudiese.

No podía recorrer grandes distancias (suponía que su límite estaría en unos pocos cientos de kilómetros) porque no hubiese estado bien que se alejara tanto como para no poder volver y comunicar sus descubrimientos.

Ix Tolo le ayudó a guardar las cosas, quejándose sobre esto y aquello... como era habitual en él. No llevas suficiente equipo, llevas demasiado, no bastante comida, demasiada agua, por qué esto, por qué no aquello... Su atención constante a los detalles era lo que le hacía tan eficiente en su trabajo y Sel lo soportaba con buen humor.

Y, por supuesto, Ix tenía planes propios.

—Puedes deshacer esa otra bolsa—le dijo Sel—, porque no vienes conmigo.

—¿Otra bolsa?

—No soy tonto. La mitad del equipo que he decidido no llevar tú lo has guardado en otra bolsa, con más comida y un saco de dormir adicional.

—Jamás he pensado que seas tonto. Pero yo no soy tan estúpido como para poner en peligro a la colonia enviando a sus dos principales xenobiólogos en el mismo viaje.

—Bien, ¿entonces para quién es la bolsa?

—Para mi hijo Po.

—Siempre me ha incordiado que le pusieras el nombre de un poeta chino demencialmente romántico. ¿Por qué no de un personaje de la historia maya?

—Todos los personajes del Popol Vuh llevan números en lugar de nombre. Es un chico práctico. Fuerte. Si hace falta, él te cargará de vuelta a casa.

—No soy tan viejo y no estoy tan arrugado.

—Él podría hacerlo —dijo Ix—. Pero sólo si estás vivo. En caso contrario, observará y registrará el proceso de descomposición y luego tomará muestras de los microbios y gusanos que logren alimentarse de tu viejo cadáver terrestre.

—Me alegra comprobar que sigues pensando como un científico y no como un tonto sentimental.

—Po es buena compañía.

—Y me permitirá cargar suficiente equipo como para que el viaje sea útil. Mientras tú te quedas aquí y juegas con lo nuevo que llegue en la nave de colonización.

—Y entreno a los xenobiólogos que han enviado —dijo Ix—. Sin duda le has dicho a Wiggin que le ayudaré. No va a pasar. Tendré trabajo de sobra con lo mío sin cuidar del nuevo gobernador.

Sel hizo caso omiso de la queja. Sabía que Ix ayudaría a Wiggin en todo lo que necesitase.

—¿Y a la madre de Po le parece bien que se vaya conmigo?

—No —dijo Ix—. Pero sabe que no volvería a hablarle si se lo prohibiese. Así que tenemos su bendición. Más o menos.

—Entonces saldremos a primera hora de la mañana.

—A menos que el nuevo gobernador lo prohíba.

—No tiene autoridad hasta que no ponga el pie en el planeta. Todavía ni siquiera está en órbita.

—¿No has mirado el manifiesto? Tienen cuatro deslizadores.

—Si nos hace falta, lo pediremos por radio. En caso contrario, no les cuentes dónde hemos ido.

—Es una suerte que los insectores eliminasen a todos los grandes depredadores de este planeta.

—Ningún depredador en su sano juicio se comería un viejo montón de cartílagos como yo.

—Pensaba en mi hijo.

—Él tampoco querrá comerme, aunque nos quedemos sin comida.

Esa noche, Sel se acostó temprano y, luego, como era habitual, se levantó a orinar después de haber dormido unas horas. Se dio cuenta de que el ansible parpadeaba. Mensajes.

No es problema mío.

Bien, no era cierto, ¿verdad? Si Wiggin no tenía autoridad hasta no haber puesto un pie en el planeta, entonces Sel seguía siendo el gobernador en funciones. Así que tenía que recibir cualquier mensaje de la Tierra.

Se sentó e indicó que estaba listo.

Había dos mensajes grabados. Reprodujo el primero. Era el rostro del ministro de Colonización, Graff, y el mensaje era breve:

—Sé que planea huir de ahí antes de que llegue Wiggin. Antes de hacerlo hable con Wiggin. No intentará impedirselo, así que tranquilícese.

Eso era todo.

El otro mensaje era de Wiggin. Aparentaba su edad, pero empezaba a ser tan alto como un adulto. En la colonia, se esperaba que los adolescentes de su altura realizaran tareas de hombre, y tenían voto en las reuniones. Por tanto, quizá su posición no fuese tan incómoda como se temía Sel.

—Por favor, póngase en contacto conmigo vía ansible en cuanto reciba este mensaje —dijo Ender—. Estamos a distancia de radio, pero no quiero que nadie pueda interceptar la señal.

Sel consideró la idea de pasar el mensaje a Ix para que lo respondiese él, pero decidió que no. No tenía sentido ocultarse de Wiggin, ¿no? Sólo era preciso dejarle el campo libre.

Así que indicó su intención de establecer una conexión. Sólo hicieron falta unos minutos para que apareciese Wiggin. Ahora que la nave de colonización no viajaba a velocidad relativista, no había desfase temporal, y por tanto el ansible transmitía instantáneamente. Ni siquiera se notaba el retraso de la radio.

—Gobernador Menach —dijo Ender Wiggin. Sonrió.

—Señor —respondió Sel. Intentó devolverle la sonrisa, pero hablaba con Ender Wiggin.

—Cuando tuvimos noticia de que se iba, mi primera idea fue rogarle que se quedase.

Sel hizo caso omiso.

—Me he alegrado de ver en el manifiesto todo tipo de bestias de carga, además de animales productores de leche, lana, huevos y carne. ¿Son naturales de la Tierra o han sido modificados genéticamente para consumir la vegetación local?

—Cuando partimos sus métodos eran muy prometedores, pero no quedaron demostrados hasta que ya estábamos de camino. Por tanto, todos los animales y plantas que hemos traído son naturales de la Tierra. Todos están en estasis, y durante un tiempo podrán permanecer en ese estado en la superficie, incluso cuando la nave se haya marchado. Por tanto, habrá tiempo para modificar la siguiente generación.

—Ix Tolo está ocupado con sus propios proyectos, pero creo que podrá enseñar las técnicas a los nuevos xenos.

—En su ausencia, Ix Tolo seguirá siendo el xenobiólogo jefe —dijo Wiggin—. He visto su trabajo de las últimas semanas... años para ustedes. Le enseñó usted muy bien, y los xenos de esta nave tienen la intención de aprender de él. Aunque esperan su pronto regreso. Quieren conocerle. Para ellos es usted un héroe. Éste es el único mundo que tiene flora y fauna no insectora. Las otras colonias han estado trabajando con los mismos grupos genéticos... éste es el único mundo que ofrece desafíos únicos, así que usted tuvo que hacer, solo, lo que en otras colonias pudieron hacer cooperativamente.

—Darwin y yo.

—Darwin tuvo más ayuda que usted —dijo Wiggin—. Espero que tenga la radio en stand by en lugar de desactivada. Porque me gustaría poder pedirle consejo si lo necesito.

—No lo necesitaré. Ahora me vuelvo a la cama. Mañana voy a caminar mucho.

—Puedo enviar un deslizador para que siga sus pasos. No tendrán que cargar con todo el equipo. Podrían explorar hasta más lejos.

—Pero entonces los viejos colonos esperarían que regresase pronto. Estarían esperándome a mí en lugar de depender de usted.

—Pero no puedo fingir que no podemos localizarle y encontrarle.

—Pero puede decirles que respeta mi deseo de no hacerlo.

—Sí —dijo Ender—. Eso haré.

Poco más se podía decir. Cortaron la conexión y Sel volvió a la cama. Durmió plácidamente. Y, como era habitual, despertó justo cuando quería... una hora antes del amanecer.

Po le esperaba.

—Ya me he despedido de papá y mamá —dijo.

—Bien —dijo Sel.

—Gracias por dejarme venir.

—¿Hubiese podido impedírtelo?

—Sí—dijo Po—. No te desobedecería, tío Sel. —Toda la generación de nietos le llamaba así.

Sel asintió.

—Bien. ¿Has comido?

—Sí.

—Entonces vámonos. Yo no necesito comer hasta el mediodía.

* * *

Da un paso, luego otro. Eso es el viaje. Pero dar un paso con los ojos abiertos no es en absoluto un viaje, es rehacer tu mente. Ves cosas que no has visto nunca. Cosas que no han visto los ojos de ningún ser humano. Y ves con tus ojos en concreto, que fueron entrenados para no ver sólo una planta, sino esta planta, que ocupa este nicho ecológico, pero con tal o cual diferencia.

Y cuando tus ojos se han estado entrenando durante cuarenta años para familiarizarse con los patrones de un nuevo mundo, entonces eres Antonie Van Leeuwenhoek, quien vio por primera vez el mundo de animáculos a través del microscopio; eres Cari Linneo, el primero en ordenar criaturas en familias, géneros, especies; eres Darwin, distinguiendo líneas de paso evolutivo de una especie a otra.

Así que no era un viaje rápido. Sel tenía que obligarse a avanzar con cierta prisa.

—No me dejes demorarme demasiado rato con cualquier cosa nueva que vea —le dijo a Po—. Sería muy humillante que mi gran expedición me llevase sólo a diez kilómetros al sur de la colonia. Al menos debo cruzar la cordillera montañosa.

—¿Y cómo debo evitar que te demores, si me tienes fotografiando, recogiendo muestras, almacenando y anotando?

—Niégate a hacerlo. Dime que separe las rodillas huesudas del suelo y me ponga a caminar.

—Durante toda mi vida me han enseñado a obedecer a mis mayores, a observar y a aprender. Soy tu ayudante. Tu aprendiz.

—Simplemente esperas que no nos alejemos demasiado para, cuando muera, no tener que arrastrar el cadáver mucha distancia.

—Creía que mi padre te lo había dicho... Si de verdad mueres, se supone que debo pedir ayuda y observar el proceso de descomposición.

—Eso es. Sólo puedes cargar conmigo si estoy respirando.

—¿Quieres que empiece ahora? ¿Te cargo a hombros para que no puedas descubrir toda una nueva familia de plantas cada cincuenta metros?

—Para ser un joven respetuoso y obediente puedes llegar a ser muy sarcástico.

—No estaba siendo más que un poco sarcástico. Puedo hacerlo mejor si quieres.

—Esto está bien. He estado tan ocupado discutiendo contigo que he avanzado un trecho sin ver nada.

—Sólo que los perros han encontrado algo.

Resultó ser una pequeña familia de los reptiles cornudos que parecían ocupar el nicho de los conejos: un comedor de hojas de grandes dientes que saltaba y sólo peleaba si lo acorralaban. A Sel los cuernos no le parecían instrumentos defensivos (demasiado romos) y cuando se imaginó un ritual de cortejo en el que esas criaturas saltasen en el aire y los entrechocasen, no logró imaginar cómo iban a servir de algo aparte de para revolverles el cerebro, porque tenían el cráneo delicado.

—Probablemente sea una muestra de salud —dijo Sel.

—¿La cornamenta?

—Cuernos —dijo Sel.

—Creo que los pierden y les vuelven a crecer —dijo Po—. ¿Estos animales no te parece que mudan la piel?

—No.

—Buscaré por alguna parte alguna muda.

—Buscarás mucho tiempo —dijo Sel.

—¿Por qué, se comen la piel?

—Porque no mudan la piel.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No estoy seguro —dijo Sel—. Pero este animal no fue importado por los insectores, es una especie autóctona, y no hemos visto especies autóctonas que muden la piel.

Así se desarrolló la conversación mientras viajaban... pero avanzaron. Sacaron fotos, sí. Y, de vez en cuando, cuando algo era realmente nuevo, se detenían y tomaban muestras. Pero siempre caminaban. Puede que Sel fuese viejo y que de vez en cuando tuviese que apoyarse en su bastón, pero aun así podía avanzar a buen ritmo. Era probable que Po fuese por delante, pero también era Po el que se quejaba cuando Sel decía, tras un breve descanso, que era hora de ponerse en marcha de nuevo.

—No sé por qué llevas bastón —dijo Po.

—Para apoyarme cuando descanso.

—Pero tienes que cargar continuamente con él.

—No pesa tanto.

—Parece pesado.

—Es de madera de balsa... bien, de la que yo llamo de balsa, porque es muy ligera.

Po lo probó. Pesaba como medio kilo, aunque era grueso, estaba retorcido y se ensanchaba en la parte superior como un vaso.

—Aun así, me cansaría de cargarlo.

—Sólo porque tú has llenado la mochila más que yo.

Po no se molestó en discutir.

—Los primeros viajeros humanos a la luna de la Tierra y a los planetas lo tuvieron muy fácil —dijo Po mientras coronaban una cresta—. Sólo había espacio vacío entre ellos y su destino. Ninguna tentación de parar y explorar.

—Como los primeros viajeros por mar. Yendo de tierra a tierra, sin tener en cuenta el mar porque no había herramientas que les permitiesen explorar a cualquier profundidad.

—Somos conquistadores —dijo Po—. Sólo que matamos a todos los conquistados antes de poner un pie aquí.

—¿Eso es una diferencia o una similitud? —preguntó Sel—. La viruela y otras enfermedades fueron por delante de los conquistadores.

—Si al menos hubiésemos podido hablar con ellos —dijo Po—. Leí sobre los conquistadores... nosotros los mayas teníamos buenas razones para intentar comprenderlos. Colón dejó escrito que los nativos que había encontrado «no tenían idioma» simplemente porque no comprendían ninguno de los idiomas hablados por sus intérpretes.

—Pero los insectores carecían de lenguaje.

—O eso creemos.

—En sus naves no había dispositivos de comunicación. Nada para transmitir voz o imágenes. Porque no les hacían falta. Intercambio de memoria. Transferencia directa de los sentidos. Fuese cual fuese su mecanismo, era mejor que el lenguaje, pero peor, porque no tenían forma de hablar con nosotros.

—Entonces, ¿quiénes eran los mudos? —preguntó Po—. ¿Ellos o nosotros?

—Todos éramos mudos —dijo Sel—, y todos sordos.

—Lo que daría por tener uno con vida.

—No podrías tener sólo uno —dijo Sel—. Formaban colmenas. Hacían falta cientos, quizá miles para alcanzar la masa crítica que producía la inteligencia.

—O no —dijo Po—. A lo mejor sólo la reina era consciente. ¿Por qué si no morían todos si moría la reina?

—A menos que la reina fuese el nexo, el centro de la red neuronal, de forma que todos se desmoronaban al morir las reinas. Pero hasta ese momento, todos eran individuos.

—Como he dicho, me gustaría tener uno con vida —dijo Po—, para poder aprender algo de verdad en lugar de estar haciendo suposiciones a partir de cadáveres disecados.

En silencio, Sel se alegró de que otra generación de la colonia hubiese producido al menos a un individuo que pensaba como un científico.

—Tenemos más cuerpos conservados que cualquier otra colonia. Aquí había pocos carroñeros que se los pudiesen comer, y los cadáveres duraron lo suficiente para que llegásemos a la superficie del planeta y congelásemos algunos. Pudimos estudiar su estructura.

—Pero no había reinas.

—La pena de mi vida —dijo Sel.

—¿En serio? ¿Eso es lo que más lamentas?

Sel guardó silencio.

—Lo siento —dijo Po.

—No pasa nada. Simplemente meditaba la pregunta. Lo que más lamento. Vaya pregunta. ¿Cómo puedo lamentar haber dejado atrás todo lo que había en la Tierra, cuando lo hice para ayudar a salvarla? Y venir aquí me permitió hacer cosas con las que otros científicos sólo pueden soñar. Ya he podido bautizar más de cinco mil especies y he creado un sistema rudimentario de clasificación para toda una biota nativa. Más que en cualquiera de los otros mundos insectores.

—¿Por qué?

—Porque los insectores barrieron todo lo que había en esos mundos y luego establecieron un subconjunto limitado de su propia flora y fauna. Éste es el único mundo donde la mayoría de las especies han evolucionado aquí. El único lugar caótico. Los insectores llevaron menos de mil especies a sus colonias. Y su mundo natal, que tal vez era mucho más diverso, ha desaparecido.

—Por tanto, ¿no lamentas haber venido aquí?

—Claro que sí—dijo Sel—. Y también me alegro de haberlo hecho. Lamento ser una vieja ruina de hombre. Me alegra no estar muerto. Me da la impresión de que todas mis lamentaciones están compensadas por algo de lo que me alegro. En conjunto, por tanto, no lamento nada. Pero tampoco soy en absoluto feliz. El equilibrio perfecto. De media, no siento nada en absoluto. Creo que no existo.

—Padre dice que si obtienes resultados absurdos es que no eres un científico sino un filósofo.

—Pero mis resultados no son absurdos.

—Tú existes. Puedo verte y oírte.

—Hablando genéticamente, Po, no existo. Me he apartado de la red de la vida.

—Por tanto, ¿decides medirte según el único estándar que permite declarar que tu vida no tiene sentido?

Sel se río.

—Eres hijo de tu madre.

—¿No de mi padre?

—De los dos, por supuesto. Pero es tu madre la que no soporta la caca de la vaca.

—Hablando de lo cual, no veo el momento de ver una vaca.

Ahora que la nave desaceleraba rápidamente aproximándose a Shakespeare, la tripulación estaba más ocupada de lo habitual. Lo primero sería atracar con la nave de transporte que cuarenta años antes había traído a la flota de guerra hasta ese mundo. Sin suministros para el viaje de regreso, la nave había quedado como un enorme satélite en órbita geosincrónica, directamente sobre el asentamiento de la colonia. La energía solar había sido suficiente para mantener los ordenadores y las comunicaciones en funcionamiento durante las últimas décadas.

La tripulación original, los actuales colonos, habían empleado los cazas como vehículos de aterrizaje; los suministros y el equipo para los primeros años de la colonia estaban diseñados para encajar dentro o sobre los cazas. Todos iban equipados con ansible. Pero los cazas eran sólo vehículos para aterrizar una vez y no podían abandonar la superficie del planeta.

La tripulación del almirante Morgan repararía y modernizaría el transporte. Traían nuevos satélites de comunicación y meteorológicos, que situarían en órbita geosincrónica a intervalos, rodeando todo el planeta. Luego se asignaría al viejo transporte un capitán y una tripulación y viajaría, no de vuelta a Eros, sino a otra colonia.

A pesar de toda esa actividad, Ender no se hacía ilusiones de que el almirante Morgan estuviese tan distraído como para dejar de controlar las actividades de Ender. El tipo era un planificador, un conspirador, y aunque un «hombre de paz» como él podía parecer que avanzaba poco a poco, sin hacer nunca mucho, siempre estaba dispuesto a atacar.

Así que mientras el momento clave se aproximaba (la llegada a Shakespeare) Ender no le daba a Morgan ninguna razón para sospechar que estuviese tramando nada. Morgan esperaba que Ender fuese un chico alegre y ansioso de quince años, y era preciso no defraudar sus expectativas; sin embargo, a Morgan le preocupaba el derecho inalienable de Ender a ser gobernador. Debía confiar en que Ender estuviera contento dejándole ser el poder en la sombra.

Por eso Ender recurrió a Morgan y le pidió permiso para usar el ansible y comunicarse con los xenobiólogos de Shakespeare.

—Sabe que he estado estudiando los sistemas biológicos de los insectores y ahora puedo comunicarme con ellos en tiempo real. Tengo muchas preguntas.

—No quiero que los molestes —dijo Morgan—. Ya tienen mucho que hacer preparándose para el aterrizaje.

Ender sabía que la colonia en tierra no tenía nada que hacer en cuanto al aterrizaje excepto apartarse. Morgan aterrizaría y luego decidiría qué suministros requisar para el viaje de vuelta. Estuviese Morgan a bordo o no, la nave volvería a la Tierra.

—Señor, los xenos precisan saber qué especies de pastoreo traemos para poder iniciar los preparativos de adaptación a las proteínas alienígenas. Es un proyecto a muy gran escala, y no tendremos carne hasta que no haya una nueva generación de animales adaptados. No se imagina lo ansiosos que están. Y yo estoy al día, porque examiné el manifiesto cuando salimos de Eros.

—Ya les hemos enviado el manifiesto.

En realidad, Ender había visto el manifiesto antes de que la nave partiese. Pero ¿para qué discutir?

—La lista dice cosas como «vacas» y «cerdos». Les hace falta mucha más información. Yo la tengo; puedo enviarla, y nadie usa el ansible, señor. Esto es muy importante. —Ender estuvo

a punto de decir «porfa, porfa, porfa», pero decidió que resultaría demasiado infantil y Morgan podría sospechar.

Morgan suspiró.

—Es por eso que a los niños no deberían encomendarles deberes de adulto. No respetáis la prioridad como los adultos. Pero... siempre que dejes lo que estés haciendo, en cuanto la tripulación precise usar el ansible, adelante. Ahora, si no te importa, tengo trabajo de verdad.

Ender sabía que el trabajo «de verdad» de Morgan tenía más que ver con preparar una boda a bordo que con el aterrizaje. Dorabella Toscano le tenía tan frenético de lujuria (no, lo suyo era afecto, la profunda unión de una relación permanente) que había aceptado que ella llegase a Shakespeare no como una colona corriente sino como esposa del almirante.

Y a Ender le parecía bien. No era ningún inconveniente.

Ender fue directamente a la sala de ansible para enviar los mensajes. De haberse conectado desde su escritorio, con toda seguridad habrían interceptado el mensaje y lo habrían almacenado para su posterior examen. Ender consideró la idea de desconectar el sistema de observación para que no se oyese nada de lo que dijese a Sel Menach, pero decidió que no. Aunque la seguridad era la habitual de la F.I., por lo que un número considerable de niños de la Escuela de Batalla habían podido alterarlo, modificarlo o, como Ender, entrar y espiar con total impunidad, no podía arriesgarse a que Morgan pidiese ver el vídeo de Ender en la sala de ansible y que recibiese la noticia de que no había vídeo de ese periodo de tiempo.

Por lo demás, sólo tenía un mensaje corto que enviar a Graff, pidiéndole un poco de ayuda con la situación actual, y luego tendría un rato de bendita intimidad antes de hacer lo que le había dicho a Morgan que había venido a hacer.

Hizo lo que siempre hacía cuando tenía la oportunidad de estar completamente a solas. Apoyó la cabeza sobre los brazos y cerró los ojos para abandonarse a unos momentos de sueño y refrescar la mente.

Se despertó porque alguien le masajeaba los hombros con suavidad.

—Pobrecito —dijo Alessandra—. Te has quedado dormido mientras trabajabas.

Ender se sentó, y ella siguió masajeándole los músculos de los hombros, la espalda y el cuello. Los tenía muy tensos y lo que le hacía Alessandra le gustaba. Si ella se lo hubiese pedido, Ender se habría negado (no quería contacto físico entre ellos), y si se le hubiese acercado y se hubiese puesto a darle masaje estando despierto, se habría apartado porque le desagradaba que alguien se creyese con derecho a tocarlo sin su consentimiento.

Pero despertarse en esa situación resultaba demasiado agradable para detenerlo.

—No hago mucho —dijo—. En su mayoría, tonterías. Que los adultos se ocupen de lo complicado. Yo ya he cumplido. —A aquellas alturas ya le mentía a Alessandra por puro instinto.

—No me engañas —dijo—. No soy tan tonta como crees.

—No creo que seas tonta —dijo Ender. Y así era. No era material de la Escuela de Batalla, pero tampoco era estúpida.

—Sé que no te gusta que madre y el almirante Morgan vayan a casarse.

¿Por qué iba a importarme?

—No, me parece bien —dijo Ender—. Supongo que aceptas el amor allí donde lo encuentras, y tu madre sigue siendo joven. Y hermosa.

—Lo es, ¿verdad? —dijo Alessandra—. Espero que mi cuerpo acabe siendo como el suyo. Las mujeres de la familia de mi padre eran todas esqueléticas. Sin curvas.

Ender supo al instante a qué había venido Alessandra. Que le hablara de «curvas» mientras le masajeaba era demasiado evidente para no darse cuenta. Pero quería ver dónde quería ir a parar y por qué. Sobre todo, ¿por qué en aquel momento?

—Lisas o con curvas, en las circunstancias adecuadas todos somos atractivos.

—En tu caso, Ender, ¿cuáles son esas circunstancias? ¿Cuándo te resultará atractiva otra persona?

Ender sabía lo que esperaba.

—Eres atractiva, Alessandra. Pero eres demasiado joven.

—Tengo tu edad.

—Yo también soy demasiado joven —dijo Ender. Ya habían tenido aquella conversación... pero teórica, alegrándose de ser tan buenos amigos sin ningún tipo de interés sexual. Estaba claro que se había producido un cambio de programa.

—No sé —dijo Alessandra—. En la Tierra la gente se casaba cada vez más tarde. Y mantenían relaciones sexuales cada vez más pronto. Estaba mal separar esas dos situaciones, lo sé, pero ¿cuál de las dos tendencias es la incorrecta? Quizá la biología de nuestro cuerpo es más sabia que todas las razones para esperar a casarse. Quizá nuestro cuerpo quiera criar hijos cuando todavía somos lo suficientemente jóvenes para aguantarlo.

Ender se preguntó qué parte del discurso eran notas de su madre. Probablemente no mucho. Alessandra realmente se planteaba esas cosas... habían mantenido suficientes conversaciones sobre sociopolítica como para saber que estaba en su línea.

El problema era que, a pesar de que Ender comprendía muy bien dónde quería ir a parar, lo estaba disfrutando. No quería que parara.

Pero debía parar. Parar o cambiar. Lo de masajearle la espalda no podía durar eternamente.

Y no podía parar de pronto. Tenía que interpretar su papel. Morgan debía creerse que Ender quería a Alessandra y que al casarse con Dorabella se convertiría en el suegro de Ender. Más palancas con las que controlarse. Ender había planeado hacerlo platónicamente, que el tiempo que había pasado con Alessandra, la atención que le había dedicado, iba a ser suficiente.

Hasta aquel momento. Ahora le estaban forzando. Por medio de Alessandra... porque Ender no creía que a ella sola se le hubiese ocurrido aquel encuentro.

—¿Piensas en tu madre y el almirante Morgan? —dijo Ender—. ¿Sientes celos?

Eso hizo que apartase las manos.

—No —dijo ella—. En absoluto. ¿Qué tiene que ver masajearle la espalda con su matrimonio?

Bien, ahora que ya no le tocaba, Ender podía girar la silla para mirarla. Iba vestida de forma... diferente. Nada evidente, no como en los vídeos que había visto sobre las modas supuestamente sexy de la Tierra. Llevaba ropa que ya le había visto llevar antes, pero con un botón más desabrochado. ¿Era la única diferencia? Quizá, como hasta hacía un momento le había estado tocando, la veía con otros ojos.

—Alessandra —dijo—, no finjamos que no sabemos lo que pasa aquí.

—¿Qué crees que pasa? —dijo ella.

—Yo dormía y tú has hecho lo que no habías hecho nunca.

—Nunca me había sentido así —dijo ella—. Veo la pesada carga que soportas. No sólo la de ser gobernador y demás, me refiero... a todo lo sucedido antes. Al peso de ser Ender Wiggin. Sé que no te gusta que te toquen, pero eso no significa que otras personas no quieran tocarte.

Ender tocó la mano de Alessandra, reteniéndola apenas entre los dedos. Incluso mientras lo hacía sabía que no debía. Sin embargo, su deseo de hacerlo fue casi irresistible, y una parte de él decía que no era peligroso. ¿Tocarse las manos? La gente lo hacía continuamente.

Sí, y continuamente hacen otras cosas, dijo otra parte de su mente.

Calla, dijo la parte a la que le gustaba tocar a Alessandra.

¿Y si seguía el guión de Alessandra... o el de su madre? ¿Había destinos peores? Iba a un mundo colonial. Lo importante en las colonias era la reproducción. La chica le gustaba. En la colonia tampoco habría tantas chicas entre las que elegir; entre los pasajeros en estasis había pocas de su edad, así que tendría que elegir sobre todo entre las chicas nacidas en Shakespeare, y no serían... de la Tierra.

Mientras argumentaba contra sí mismo, ella le agarró con más fuerza y se le acercó. Se colocó a su lado. Notaba su calor... o imaginaba que podía sentirlo. El cuerpo de Alessandra le rozó el antebrazo; su otra mano, la que no le retenía, le acariciaba el pelo. Colocó la mano de Ender sobre su pecho. Presionó el dorso de la mano de Ender no contra su seno (aquello hubiera sido demasiado obvio) sino contra su pecho, donde latía el corazón. ¿O lo que sentía era su propio pulso martilleando en la mano?

—Durante el viaje he llegado a conocerte. A conocer no al chico famoso que salvó al mundo, sino al adolescente, al joven de mi edad, tan cuidadoso, tan considerado con los demás, tan paciente con todos. Conmigo, con mi madre. ¿Crees que no me he dado cuenta? Siempre deseando no hacer daño a nadie, no ofender a nadie, pero sin permitir jamás que alguien se acerque demasiado, aparte de tu hermana. ¿Ése es tu futuro, Ender? ¿Tu hermana y tú, formando un círculo que no permite la entrada de nadie?

Sí, pensó Ender. Eso es lo que he decidido. Cuando Valentine apareció pensé: Sí, a ella la puedo dejar entrar. En ella puedo confiar.

No puedo confiar en ti, Alessandra, pensó Ender. Vienes aquí a cumplir con los planes de otra persona. Quizá seas sincera en lo que dices, quizá sí. Pero te están utilizando. Eres un arma apuntando a mi corazón. Hoy alguien te ha vestido. Alguien te ha dicho lo que hacer y cómo hacerlo. O, si realmente sabes todo esto por ti misma, entonces eres demasiado para mí. Estoy demasiado pillado en esto. Lo quiero demasiado para dejar que siga adelante como aparentemente me lo estás ofreciendo.

No dejaré que siga, pensó Ender.

Pero incluso tomada esa decisión, no podía limitarse a ponerse en pie y decir «sal de aquí, tentadora», como le había dicho José a la mujer de Putifar. Tenía que lograr que ella quisiese parar, para que el almirante Morgan nunca creyese que la había rechazado. Seguro que Morgan vería la grabación de aquel encuentro. En la víspera de su boda, de ninguna forma Morgan podía ver a Ender rechazando a Alessandra.

—Alessandra —dijo Ender, hablando en voz tan baja como la de ella—. ¿De verdad quieres vivir la vida de tu madre?

Por primera vez Alessandra vaciló, con incertidumbre.

Ender apartó la mano, se sujetó en los apoyabrazos, se levantó.

La abrazó y decidió que, para que fuese efectivo, tenía que besarla.

Así que lo hizo. No se le daba bien. Para su alivio, tampoco se le daba bien a ella. Fue torpe, fallaron un poco y tuvieron que centrarse, y ninguno de los dos sabía realmente qué había que hacer. Curiosamente, el beso rompió la tensión y, al terminar, los dos rieron.

—Ya está —dijo Ender—. Lo hemos hecho. Nuestro primer beso. Mi primer beso, con cualquiera.

—El mío también —dijo ella—. El primero que he querido.

—Podríamos ir más lejos —dijo Ender—. Los dos estamos equipados... estoy seguro de que hacemos juego.

Ella volvió a reír. Eso, pensó Ender. Reír es el estado de ánimo adecuado, no el otro.

—Iba en serio lo que he dicho sobre tu madre —dijo Ender—. Ella hizo esto mismo, a tu edad. Te concibió cuando tenía catorce años, naciste cuando tenía quince. La edad que tienes ahora. Y se casó con el chico, ¿sí?

—Y fue maravilloso —dijo Alessandra—. Madre me contó, muchas veces, lo feliz que era con él. Lo bueno que fue. Lo mucho que me amaban los dos.

Claro que tu madre te dijo todo eso, pensó Ender. Es una buena persona, no quería contarte que fue una pesadilla tener quince años y cargar con todas esas responsabilidades.

Pero quizá fuese bueno, pensó otra parte de su mente. La parte que era más que consciente de que sus cuerpos seguían juntos, que él tenía los dedos pegados contra la parte posterior de la blusa de Alessandra, moviéndose un poco, acariciando la piel y el cuerpo bajo la tela.

—Tu madre vivía bajo el dominio de alguien más fuerte que ella —dijo Ender—. Tu abuela. Quería ser libre.

Con eso bastó. Alessandra se apartó.

—¿De qué hablas? ¿Cómo sabes lo de mi abuela?

—Sé lo que tu propia madre me contó —dijo Ender—. Delante de ti.

En el rostro de Alessandra vio que lo recordaba y el estallido de furia desapareció. Pero no volvió a sus brazos. Ni tampoco la invitó él. Pensaba con más claridad cuando ella estaba a medio metro de distancia. Un metro hubiera sido incluso mejor.

—Mi madre no se parece en absoluto a mi abuela —dijo Alessandra.

—Claro que no —dijo Ender—. Pero las dos habéis vivido juntas toda la vida. Con mucha intimidad.

—No intento alejarme de ella —dijo Alessandra—. No te utilizaría para algo así. —Pero su rostro decía otra cosa. Reflejaba el reconocimiento, quizá, de que a ella la habían estado utilizando... que aquel encuentro se había producido a instancias de su madre.

—Simplemente pensaba que incluso la alegre tierra de las hadas donde finge vivir...

—¿Cuándo has visto tú...? —empezó a decir ella, pero calló, porque, por supuesto, Dorabella había interpretado el papel de reina de las hadas en muchas ocasiones, para deleite de los colonos.

—Pensaba que después de tanto tiempo... —dijo Ender—. Tal vez no quieras pasar el resto de tu vida en sus lugares imaginarios. No pensaba nada más. Ella ha tejido para ti un maravilloso capullo, pero aun así quizá quieras salir de él y volar.

Alessandra se quedó allí de pie, con la mano en la boca. Luego se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Per tutte sante —dijo—. Yo estaba... haciendo lo que ella quería. Creía que era idea mía, pero ha sido idea suya... Yo quería gustarte, de verdad, eso no es fingido, pero la idea de venir aquí... No me alejaba de ella, la obedecía.

—¿En serio? —dijo Ender, intentando actuar como si no lo supiese ya.

—Me dijo lo que debía hacer, hasta dónde... —Alessandra empezó a desabrocharse los botones de la blusa, llorando. Debajo no llevaba nada—. Lo que ibas a ver, lo que podías tocar pero no más...

Ender avanzó y la volvió a abrazar para evitar que siguiese desabrochándose la blusa. Porque incluso en aquel emotivo momento una parte de él sólo se preocupaba por la blusa y lo que mostraría, no por la chica que lo hacía.

—Te preocupas por mí —dijo ella.

—Claro que sí —dijo Ender.

—Más que ella —dijo Alessandra. Sus lágrimas empapaban la camisa de Ender.

—Probablemente no —dijo Ender.

—Me pregunto si le importo algo —dijo Alessandra, apoyada en su pecho—. Me pregunto si alguna vez he sido algo más que su marioneta, de la misma forma que ella fue la marioneta de la abuela. Quizá si madre se hubiese quedado en casa, no se hubiese casado y no me hubiese tenido a mí, la abuela hubiese rebosado de tierra de hadas y belleza... porque se hubiera estado saliendo con la suya.

Perfecto, pensó Ender. A pesar de mis propios impulsos, de mi biología, esto ha salido justo como quería. El almirante Morgan comprobaría que, a pesar de que la aproximación sexual no había ido según lo previsto, Ender y Alessandra seguían siendo íntimos, seguía habiendo una relación entre ellos... lo que quisiese interpretar. El juego seguía en marcha. Aunque claramente el romance estuviese parado.

—La puerta de esta sala no se puede cerrar —dijo Ender.

—Lo sé —dijo ella.

—Podría entrar alguien en cualquier momento. —Consideró que lo mejor era no comentar que en todas las salas había cámaras de vigilancia, incluida aquella, y que en aquel mismo momento podía haber alguien mirando.

Ella lo comprendió, se apartó y volvió a abrocharse la blusa. En esta ocasión hasta donde se la abrochaba habitualmente.

—Has visto a través de mí—dijo.

—No —dijo Ender—. Te he visto a ti. Quizá tu madre no lo haga.

—Sé que no lo hace —dijo Alessandra—. Lo sé. Yo sólo soy... es sólo... el almirante Morgan, eso es. Dijo que me traía para que encontrase a un joven con futuro, pero ella encontró a un viejo con un futuro aún mejor, de eso se trataba, y yo simplemente encajo en sus planes, eso es todo, yo...

/ —No lo hagas —dijo Ender—. Tu madre te ama, no ha sido un acto de cinismo, ella creía que te ayudaba a conseguir lo que tú deseabas.

—Quizá—dijo Alessandra. Luego se rio amargamente—. ¿O es esto simplemente tu versión de la tierra de las hadas? Todos quieren que yo sea feliz, así que construyen a mi alrededor una realidad falsa. Sí, quiero ser feliz, ¡pero no con una mentira!

—No te miento —dijo Ender.

Ella le miró furibunda.

—¿Me deseabas? ¿Un poco?

Ender cerró los ojos y asintió.

—Mírame y dilo.

—Te deseaba —dijo Ender.

—¿Y ahora?

—Quiero muchas cosas que no tengo derecho a tener.

—Parece como si tu madre te hubiese enseñado a responder así.

—De haber crecido con mi madre, quizá lo hubiese hecho —dijo Ender—. Pero la verdad es que lo aprendí cuando decidí ir a la Escuela de Batalla, cuando decidí vivir según las reglas de ese lugar. Todo tiene reglas, incluso si nadie las inventa, incluso si nadie lo considera un juego. Y si quieres que las cosas salgan bien, lo mejor es conocer las reglas y sólo romperlas si juegas a un juego diferente y sigues otras reglas.

—¿Crees que eso que has dicho tiene algún sentido?

—Para mí lo tiene —dijo Ender—. Te deseo. Tú me deseabas a mí. Es bueno saberlo. He tenido mi primer beso.

—No ha estado mal, ¿verdad? ¿No he estado fatal?

—Expresémoslo de esta forma —dijo Ender—: No he descartado repetirlo. En el futuro.

Ella rio. Había dejado de llorar.

—La verdad es que tengo trabajo —dijo Ender—. Y créeme, me has despertado por completo. No tengo ni una pizca de sueño. Ha sido muy útil.

Ella rio.

—Comprendo. Es hora de que me vaya.

—Creo que sí —dijo él—. Pero te veré luego. Como siempre.

—Sí—dijo Alessandra—. Intentaré no comportarme como una tonta.

—Pórtate como siempre —dijo Ender—. No puedes ser feliz si finges continuamente.

—Bueno, mi madre...

—¿Qué? ¿Finge o es feliz?

—Finge ser feliz.

—Así que quizá tú puedas crecer para ser feliz sin tener que fingir.

—Quizá —dijo ella. Y se fue.

Ender cerró la puerta y se sentó. No quería más que gritar por la frustración del deseo contrariado, de furia por una mujer que podía enviar a su hija a semejante misión, contra el almirante Morgan por hacer que todo aquello fuese necesario, contra sí mismo por ser tan mentiroso.

«No puedes ser feliz si finges continuamente.» Bien, su vida evidentemente no contradecía esa sentencia. No dejaba nunca de fingir y sin duda alguna no era feliz.

Capítulo 15

Para: GobDes%ShakespeareCol@MinCol.gob/viaje

De: vwiggin%ShakespeareCol@MinCol.gob/viaje

Asunto: Tranquilo, niño

E:

Nada en tu comportamiento con A debería sorprenderte o avergonzarte. Si el deseo no entorpeciese el cerebro, nunca nadie se casaría, se emborracharía ni engordaría.

V

Para cuando Sel y Po llevaban dos semanas de viaje, con casi doscientos kilómetros a sus espaldas, ya habían hablado al menos dos veces de todos los temas concebibles, y caminaban casi siempre en amistoso silencio, excepto cuando las exigencias del viaje los obligaban a comunicarse.

Advertencias breves: «No agarres esa planta, no es seguro.» Elucubraciones científicas:

—¿Será venenoso ese animal en forma de rana de llamativos colores?

—Lo dudo, teniendo en cuenta que es una piedra.

—Oh. Llama tanto la atención que me ha parecido...

—Ha sido una buena suposición. Y no eres un geólogo, ¿cómo esperar que reconozcas una piedra?

En general silencio, excepto por su respiración, sus pisadas y los sonidos, olores y vistas del nuevo mundo que se iba revelando a los primeros humanos que recorrían esa zona.

Pero a los doscientos kilómetros fue momento de parar. Habían racionado la comida con mucho cuidado, pero ya había desaparecido la mitad. Levantaron un campamento más permanente junto a una fuente de agua limpia, escogieron un lugar seguro y cavaron una letrina y plantaron la tienda con las estacas más hundidas y el suelo más blando debajo. Pasarían una semana en ese lugar.

Una semana, porque eso era todo lo que esperaban poder vivir con la carne de los dos perros que sacrificaron esa tarde.

Sel lamentó que sólo dos de los animales fuesen lo suficientemente inteligentes para sacar la conclusión, a partir de la piel y los cuerpos, que sus amos humanos ya no eran compañeros de fiar. A los otros dos tuvieron que alejarlos a pedradas.

A esas alturas, como todos los miembros de la colonia, tanto Sel como Po sabían conservar la comida ahumándola; sólo cocieron un poco de carne fresca y dejaron encendido el fuego para ahumar el resto, colgado de las ramas curvas de un árbol parecido a un helecho... un helecho parecido a un árbol.

En el mapa de satélite que llevaban marcaron un círculo y cada mañana salían en una dirección diferente a ver qué encontraban. Recogían en serio muestras y tomaban fotografías que enviaban a la nave de transporte en órbita para almacenarlas en su enorme ordenador. Las

fotos enviadas, los resultados de las pruebas, estaban seguros... no se perderían a pesar de lo que pudiese pasarles a Sel y a Po.

Pero las muestras materiales eran los elementos más importantes con diferencia. Una vez enviadas a la colonia, podrían ser examinadas cuidadosamente con equipo mucho más avanzado... el que traerían los xenos de la nueva nave de colonización.

Por la noche, Sel permanecía tendido despierto durante horas, pensando en lo que él y Po habían visto, clasificándolo mentalmente, intentando dar sentido a la biología de aquel mundo.

Pero al despertar no podía recordar haber tenido ninguna gran idea la noche antes, y ciertamente a la luz de la mañana no tenía ninguna. Ningún avance crucial; simplemente, la continuación del trabajo que ya había realizado.

Debería haber ido al norte, hacia la jungla.

Pero explorar las junglas es mucho más peligroso. Soy un viejo. La selva podría matarme. Esta meseta templada, más fría que la colonia porque está un poco más cerca de los polos y tiene una elevación algo mayor, también es más segura (al menos en verano) para un hombre viejo que necesita campo abierto para caminar sin nada extremadamente peligroso que pueda agarrarlo o partirlo en dos.

Al quinto día dieron con un sendero.

No había error posible. No era una carretera, definitivamente; pero aquello no era ninguna sorpresa, los insectores habían construido pocas carreteras. Trazaban senderos, sin querer, como resultado de miles de pies recorriendo la misma ruta.

Esos pies habían pasado por allí, aunque había sido cuarenta años antes. Lo habían pisoteado tanto tiempo y tan a menudo que, al cabo de tantos años, a pesar de la vegetación, el ojo distinguía claramente el sendero pedregoso del estrecho valle aluvial.

Ya no tenía sentido seguir buscando flora y fauna. Allí los insectores habían encontrado algo de valor y la arqueología se impuso, al menos durante unas horas, a la xenobiología.

El sendero subía hacia las colinas, pero no tardó en desembocar en varias entradas de cueva.

—No son cuevas —dijo Po.

—¿No?

—Son túneles. Son demasiado nuevos y la tierra no se ha asentado a su alrededor como sucede en las cuevas auténticas. Los cavaron como entradas. Todos de la misma altura, ¿ves?

—Esa maldita altura tan poco conveniente por la que nos cuesta tanto introducirnos a los humanos.

—No es nuestra misión, señor —dijo Po—. Hemos encontrado el lugar. Llamemos y que otros exploren los túneles. Hemos venido a buscar lo vivo, no lo muerto.

—Debo saber qué hacían aquí. Es evidente que no cultivaban... aquí no hay ni rastro de cultivos que hayan pasado al estado silvestre. No hay huertos. Tampoco montones de restos... éste no era un gran asentamiento. Y, sin embargo, había mucho movimiento, por ese único sendero.

—¿Minería? —preguntó Po.

—¿Se te ocurre alguna otra razón? En esos túneles hay algo que los insectores consideraban lo suficientemente valioso como para molestarse en extraerlo. En grandes cantidades. Durante mucho tiempo.

—No en cantidades tan grandes —dijo Po.

—¿No?—dijo Sel.

—Como para fabricar acero en la Tierra. A pesar de que el propósito era fundir hierro para fabricar acero y que extraían carbón exclusivamente para alimentar fundiciones y acerías, no llevaban el carbón al lugar donde estaba el hierro, llevaban el hierro a donde estaba el carbón... Porque para fabricar acero hacía falta mucho más carbón que hierro.

—Debiste sacar muy buenas notas en geografía.

—Mis padres y yo nacimos aquí, pero soy humano. La Tierra sigue siendo mi hogar.

—Entonces, dices que lo que sea que sacasen de estos túneles no fue en cantidades tan grandes como para que valiese la pena construir una ciudad en este lugar.

—Situaban sus ciudades donde había comida o combustible. Lo que sacaban de aquí era en cantidades tan pequeñas como para que les resultase más económico llevarlo a sus ciudades en lugar de construir aquí una ciudad para procesarlo.

—Puede que crezcas para convertirte en alguien.

—Ya he crecido, señor —repuso Po—. Y ya soy alguien. Simplemente no lo suficiente para que una chica se case conmigo.

—¿Y conocer los principios de la historia económica de la Tierra atraerá a una compañera?

—Tan seguro como las astas de ese conejo-sapo, señor.

—Cuernos —dijo Sel.

—Bien, ¿entramos?

Sel encajó una de las pequeñas lámparas de aceite en la parte superior ancha de su bastón.

—Y yo que creía que la parte superior de ese bastón era decorativa.

—Hasta ahora lo era —dijo Sel—. También fue la forma en que el árbol creció del suelo.

Sel enrolló la manta y metió la mitad de la comida restante en su mochila, con el equipo de análisis.

—¿Planeas pasar la noche ahí abajo?

—¿Y si damos con algo maravilloso y tenemos que volver a salir de los túneles antes de tener ocasión de explorar?

Obediente, Po lo guardó todo.

—Creo que allá abajo no necesitaremos la tienda.

—Dudo que llueva mucho —se mostró de acuerdo Sel.

—Por otra parte, en las cuevas gotea.

—Escogeremos un lugar seco.

—¿Qué puede vivir ahí dentro? No es una cueva natural. No creo que encontremos peces.

—Hay aves y otras criaturas a las que les gusta la oscuridad. O que consideran que estar a cubierto es más seguro y más caliente. Y quizás haya especies de cordados, insectos, gusanos u hongos que todavía no hemos visto.

En la entrada, Po suspiró.

—Si al menos los túneles fuesen más altos.

—No es culpa mía que hayas crecido tanto. —Sel encendió la lámpara, alimentada con el aceite de un fruto que Sel había encontrado. Lo llamaba «oliva» por el fruto aceitoso de la Tierra, aunque no se parecían en nada más. Ciertamente no se parecían en sabor ni en valor nutritivo.

Los colonos lo cultivaban en huertos, tres cosechas al año que aplastaban y filtraban. Exceptuando el aceite, la fruta no valía para nada más que como fertilizante. Estaba bien tener un combustible que ardiese limpiamente para iluminarse, en lugar de tender cables eléctricos entre todos los edificios, sobre todo en los asentamientos más alejados. Era uno de los descubrimientos favoritos de Sel... sobre todo porque no había ninguna indicación de que los insectores hubiesen descubierto su utilidad. Claro estaba, los insectores se sentían muy a gusto en la oscuridad. Sel se los imaginaba deslizándose por aquellos túneles, encantados de usar el olor y el oído para guiarse.

Los humanos habían evolucionado a partir de criaturas que se refugiaban en árboles, no en cuevas, pensó Sel, y aunque en el pasado los humanos habían hecho buen uso de las cuevas, siempre les resultaban sospechosas. Los lugares profundos y oscuros resultaban simultáneamente atractivos y aterradores. No había ninguna posibilidad de que los insectores hubiesen permitido la existencia de cualquier gran depredador en aquel planeta, sobre todo en las cuevas, ya que los insectores eran fabricantes de túneles y ocupantes de cuevas.

Si al menos la guerra no hubiese destruido el mundo natal de los insectores. ¡Lo que hubiesen podido descubrir siguiendo una evolución alienígena que llevó hasta la inteligencia!

Aunque claro, si Ender Wiggin no lo hubiese volado por los aires, habríamos perdido la guerra. Entonces ni siquiera habríamos podido estudiar este mundo. Aquí la evolución no alcanzó la inteligencia... o, si lo hizo, los insectores la exterminaron junto con cualquier rastro que hubiesen podido dejar los nativos inteligentes.

Sel se agachó y anduvo en cuclillas por el túnel. Pero resultaba difícil avanzar de esa forma... su espalda era demasiado vieja. Ni siquiera podía apoyarse en el bastón, porque era demasiado largo, y tenía que arrastrarlo, manteniéndolo tan vertical como podía para que no se escapase el aceite del depósito de la parte superior.

Al cabo de un rato le fue imposible continuar en esa posición. Sel se sentó, y también lo hizo Po.

—Así no nos vale —dijo Sel.

—Me duele la espalda —dijo Po.

—Nos vendría bien un poco de dinamita.

—Como si tú fueses capaz de usarla —dijo Po.

—No he dicho que sea una posición moralmente defendible —dijo Sel—. Simplemente, nos convendría. —Sel le pasó el bastón con la lámpara a Po—. Tú eres joven. Te recuperarás de esta experiencia. Yo debo probar otra posición.

Intentó reptar, pero de inmediato lo dejó. Las rodillas le dolían demasiado si las apoyaba directamente en el suelo rocoso. Al final se decidió por sentarse y adelantar los brazos apoyando en ellos el peso y arrastrando piernas y caderas. Se avanzaba despacio.

Po también intentó arrastrarse y desistió enseguida. Pero como sostenía el bastón con la luz, se vio obligado a volver a caminar doblado, en cuclillas.

—Voy a acabar tullido —dijo Po.

—Al menos no tendré que oír a tu padre y tu madre quejarse de lo que te hice, porque yo no espero salir vivo de aquí.

Y luego, de pronto, la luz disminuyó. Por un momento Sel creyó que se había apagado, pero Po se había puesto en pie y había colocado vertical el bastón, de forma que el túnel por el que avanzaba Sel ahora estaba a oscuras.

No importaba. Sel veía la cámara que tenía delante. Era una cueva natural, con estalactitas y estalagmitas formando columnas que sostenían el techo.

Pero no eran las columnas rectas que se formaban normalmente cuando el agua cargada de cal goteaba directamente hacia abajo, dejando atrás un sedimento. Esas columnas se retorcían caprichosamente. En realidad, estaban enroscadas.

—No son depósitos naturales —dijo Po.

—No. Las fabricaron. Aunque el retorcimiento tampoco parece diseñado.

—¿Azar fractal? —preguntó Po.

—No lo creo —dijo Sel—. Azar, sí, pero auténtico, no fractal. No es matemático.

—Como cacas de perro —dijo Po.

Sel se quedó mirando las columnas. Efectivamente seguían el patrón en espiral de una larga caca de perro a medida que se iba depositando desde arriba. Sólidas pero flexibles. Extrusiones desde arriba, sólo que todavía conectadas al techo.

Sel alzó la vista. Luego cogió el bastón de las manos de Po y lo levantó.

La cámara parecía extenderse infinitamente, sostenida por los retorcidos pilares de piedra. Arcos como de un templo antiguo, pero medio fundidos.

—Es roca compuesta —dijo Po.

Sel bajó la vista para mirar al chico y le vio con un microscopio autoiluminado examinando la piedra de la columna.

—Parece tener la misma composición mineral que el suelo —dijo Po—, pero granulosa. Como si lo hubiesen desmenuzado y luego lo hubiesen vuelto a encolar.

—Pero no es cola —dijo Sel—. ¿Cemento?

—Creo que sí que es cola —dijo Po—. Creo que es orgánico.

Como ya podían caminar erguidos, avanzaron por la cueva. A Po se le ocurrió marcar el camino cortando trocitos de manta y dejándolos en el suelo. Miraba atrás de vez en cuando para asegurarse de que seguían una línea recta. Sel también miraba atrás y comprendía que, de no haberla marcado, habría sido imposible dar con la salida.

—Bien, cuéntame cómo lo hicieron —dijo Sel—. No hay marcas de herramientas en el techo ni en el suelo. Estas columnas, fabricadas con piedra desmenuzada y cola... Una especie de pasta, pero lo suficientemente fuerte para sostener el techo de una cámara de este tamaño. Sin embargo, no se ve equipo para desmenuzar, ni cubos para llevar la cola.

—Gusanos gigantes comedores de roca —dijo Po.

—Eso mismo pensaba —dijo Sel.

Po rió.

—Bromeaba.

—Yo no —dijo Sel.

—¿Cómo iba a comer roca un gusano?

—Con dientes muy afilados que vuelven a crecer con rapidez. Va abriéndose camino desnuzando. La gravilla fina se adhiere con algún tipo de mucosidad como pegamento y extrudan estas columnas, que luego se unen al techo.

—¿Cómo podría evolucionar una criatura así? —dijo Po—. Las rocas no son nutritivas. Y haría falta mucha energía para hacer algo así. Eso sin mencionar el material para los dientes.

—Quizá no evolucionasen —dijo Sel—. Mira... ¿qué es eso?

Delante había algo que reflejaba la luz de la lámpara.

Al acercarse también vieron reflejos en puntos de las columnas. Incluso en el techo.

Pero no había nada tan brillante como lo que había en el suelo.

—¿Un cubo de cola? —preguntó Po.

—No —dijo Sel—. Es un bicho gigantesco. Un escarabajo. Una hormiga, algo como... mira esto, Po.

Ya estaban lo suficientemente cerca para comprobar que tenía seis patas, aunque las de en medio parecían más bien diseñadas para aferrarse que para caminar o manipular. Las delanteras eran para agarrar y romper. Las traseras, para excavar y correr.

—¿Qué opinas? ¿Bípodo? —preguntó Sel.

—De seis patas o cuadrúpedo, y bípodo en caso necesario. —Po lo tocó con el pie. No hubo respuesta. Estaba muerto. Se inclinó y flexionó, y rotó las patas traseras. Luego las delanteras.

—Tregar, reptar, caminar, correr, todo igualmente bien, me parece.

—No es un camino evolutivo muy probable —dijo Sel—. La anatomía tiende a decidirse por una característica u otra.

—Como has dicho, no evolucionó, fue criado.

—¿Para qué?

—Para la minería —dijo Po. Le dio la vuelta al bicho. Era muy pesado y le hicieron falta varios intentos. Pero ya podían ver mucho mejor lo que había reflejado la luz. El caparazón era una lámina sólida de oro. Era tan liso como el de un escarabajo, pero tan grueso que la cosa debía pesar al menos diez kilos.

Medía veinticinco, quizá treinta centímetros de longitud, y era grueso y achaparrado con todo el exoesqueleto ligeramente recubierto de oro y la parte posterior muy reforzada de oro.

—¿Crees que extraían oro? —preguntó Po.

—No con esa boca —dijo Sel—. No con esas manos.

—Pero de alguna forma el oro llegaba a su interior? Para depositarse en el caparazón.

—Creo que tienes razón —dijo Sel—. Pero este ejemplar es adulto. La cosecha. Creo que los insectores sacaban estas cosas de la mina y se las llevaban para purificarlas. Para quemar la parte orgánica y dejar el metal puro.

—Así que ingerían el oro siendo larvas...

—Hacían un capullo...

—Y al salir, tenían el cuerpo recubierto de oro.

—Y ahí está —dijo Sel, levantando otra vez la lámpara. Sólo que esta vez se acercó a las columnas, donde vieron que los reflejos eran de los cuerpos a medio formar de las criaturas, con la parte posterior encajadas en los pilares, la cabeza y el vientre relucientes por una delgada capa de oro.

—Las columnas son los capullos —dijo Po.

—Minería orgánica —dijo Sel—. Los insectores criaron estas cosas específicamente para extraer oro.

—Pero ¿para qué? Los insectores no usaban dinero. Para ellos el oro no sería más que un metal blando.

—Un metal útil. ¿Quién dice que no tenían bichos como éstos para extraer hierro, platino, aluminio, cobre o lo que fuera?

—Así que para la minería no necesitaban herramientas.

—No, Po... esto son las herramientas. Y las refinerías. —Sel se arrodilló—. Veamos si podemos obtener una muestra de ADN.

—¿Cuando llevan muertos tanto tiempo?

—No son nativos de este planeta. Los insectores los trajeron. Así que son nativos del mundo natal de los insectores o los criaron a partir de criaturas oriundas de su mundo.

—No necesariamente —dijo Po— u otras colonias ya los habrían encontrado.

—Nosotros hemos tardado cuarenta años, ¿no?

—¿Y si son híbridos? —preguntó Po—. ¿Y si sólo existen en este mundo?

Sel ya estaba tomando muestras de ADN y era más fácil de lo que creía.

—Po, esto no lleva muerto cuarenta años.

Luego, bajo su mano, el bicho se estremeció.

—Ni veinte minutos —dijo Sel—. Todavía tiene reflejos. No está muerto.

—Entonces se muere —dijo Po—. No tiene fuerzas.

—Apuesto a que se muere de hambre —dijo Sel—. Quizá justo acabase de terminar la metamorfosis, intentase llegar a la entrada del túnel y se parase aquí a morir.

Po aceptó las muestras y las guardó en la mochila de Sel.

—Bien, ¿estos bichos dorados siguen vivos cuarenta años después de que los insectores hayan dejado de traerles comida? ¿Cuánto dura esa metamorfosis?

—No dura cuarenta años —dijo Sel. Se puso en pie para volver a inclinarse y examinar el bicho de oro—. Creo que los bichos incrustados en las columnas son jóvenes. —Se irguió y se adentró en la cueva.

Había muchos más bichos dorados, muchos de ellos tendidos en el suelo... Pero a diferencia del primero que habían encontrado, muchos estaban destrozados, vacíos. Sólo quedaba de ellos la concha dorada de sus lomos, con las patas desechadas, como si hubiesen sido...

—Escupidas —dijo Sel—. Se los han comido.

—¿Quiénes?

—Las larvas —dijo Sel—. Canibalizando a los adultos porque aquí no hay nada que comer. Cada generación es más pequeña... ¿Ves lo grande que es éste? Cada uno es más pequeño porque sólo comen los cuerpos de los adultos.

—Y van abriéndose camino hasta la puerta —dijo Po—. Para salir a donde están los nutrientes.

—Cuando los insectores dejaron de venir...

—Sus cascarones son demasiado pesados para avanzar mucho —dijo Po—. Así que avanzan todo lo que pueden, luego las larvas se alimentan del cadáver del adulto y avanzan todo lo posible hacia la luz de la entrada, forman el capullo y surge la siguiente generación, más pequeña que la anterior.

Se encontraban entre cascarones mucho mayores.

—Aquí tienen más de un metro de largo —dijo Sel—. Son más pequeños a medida que nos acercamos a la entrada.

Po se detuvo, señalando la lámpara.

—¿Se dirigen hacia la luz?

—Quizá podamos ver uno.

—Larvas que devoran roca y la desmenuzan dejando columnas de piedra como excremento...

—No he dicho que quiera verlas de cerca.

—Pero quieres.

—Bueno, sí.

Los dos miraban a su alrededor, entrecerrando los párpados para intentar apreciar movimiento en algún lugar de la cueva.

—¿Y si hay algo que les gusta más que la luz? —preguntó Po.

—¿Comida blanda? —preguntó Sel—. No creas que no lo he pensado. Los insectores les traían comida. Quizás ahora lo hayamos hecho nosotros.

En ese momento, Po se elevó súbitamente en el aire.

Sel alzó el bastón. Justo encima de él, una enorme larva como una babosa se aferraba al techo. En la boca retenía la mochila de Po.

—¡Suéltate y baja! —gritó Sel.

—¡Las muestras!

—¡Siempre podemos tomar más muestras! ¡No quiero tener que sacar trocitos tuyos de esos pilares!

Po abrió las correas y cayó al suelo.

La mochila desapareció en las fauces de la larva. Oyeron el metal chirriando y quebrándose cuando los dientes de la larva intentaron despedazar los instrumentos metálicos. No se quedaron a mirar. Fueron hacia la entrada. Una vez pasado el cuerpo del primer bicho de oro, buscaron los trozos de manta que formaban el camino.

—Toma mi mochila —dijo Sel, quitándosela mientras caminaba—. Contiene la radio y las muestras de ADN... ve a la entrada y pide ayuda.

—No voy a abandonarte —dijo Po. Pero obedecía.

—Tú eres el único que puede llegar a la entrada más rápido de lo que puede arrastrarse esa cosa.

—No hemos visto con qué rapidez se puede mover.

—Sí que lo hemos visto —dijo Sel. Durante un momento caminó de espaldas, levantando la lámpara.

La larva se encontraba a unos treinta metros y se acercaba más rápido de lo que ellos caminaban.

—¿Sigue la luz o el calor de nuestros cuerpos? —preguntó Po al volverse de nuevo y correr.

—¿O el dióxido de carbono de nuestro aliento? ¿O las vibraciones de nuestras pisadas? ¿O el latido de nuestros corazones? —Sel le ofreció el bastón—. Tómalo y corre.

—¿Qué vas a hacer? —dijo Po, sin aceptar el bastón.

—Si está siguiendo la luz, puedes mantenerte por delante corriendo.

—¿Y si no?

—Entonces puedes salir y pedir ayuda.

—Mientras a ti te almuerza.

—Soy correoso y cartilaginoso.

—Esa cosa come piedra.

—Toma la luz —dijo Sel— y sal de aquí.

Po vaciló un momento más y luego la cogió. Sel se sintió aliviado al comprobar que el chico mantenía su promesa de obedecer.

Eso, o Po estaba convencido de que la larva seguiría la luz.

Fue la suposición correcta... Cuando aminoró el paso, Sel observó la aproximación de la larva y comprobó que no iba directamente hacia él, sino que más bien se apartaba siguiendo a Po. Y, cuando Po echó a correr, la larva aceleró.

Dejó a Sel atrás. Tenía más de medio metro de grosor. Se movía como una serpiente, con un movimiento sinuoso, agitándose sobre el suelo, con la forma exacta de las columnas, sólo que en horizontal y, claro, moviéndose.

Alcanzaría a Po mientras intentaba recorrer el túnel.

—¡Deja la luz! —gritó Sel—. ¡Déjala!

Al cabo de un momento, Sel vio la luz apoyada contra la pared de la cueva, junto a la boca del túnel que llevaba al mundo exterior. Po ya debía de estar en el túnel.

La larva había ignorado la luz y se había metido en el túnel detrás de Po. El bicho no tenía que avanzar agachándose ni doblada. Alcanzaría a Po fácilmente.

—No. ¡No, para! —gritó Sel. Luego pensó: ¿Y si me oye Po?—. ¡Sigue, Po! ¡Corre!

Y luego, sin pronunciar palabra, Sel gritó mentalmente: ¡Para y vuelve aquí! ¡Regresa a la cueva! ¡Vuelve con tus hijos!

Sel sabía que era una locura, pero era todo lo que se le ocurría. Los insectores se comunicaban mente a mente. Esos bichos también eran una enorme forma de vida insectoide del mundo natal insector. Quizá pudiese hablarle de la misma forma que las reinas colmena hablaban a los obreros y soldados insectores.

¿Hablar? Vaya imbecilidad. No tenían lenguaje. No podían hablar.

Sel se detuvo y formó en su mente la imagen definida de un bicho dorado tendido en el suelo de la cueva. Sólo que las patas se agitaban. Y mientras lo imaginaba, Sel intentó sentir hambre, o al menos recordar cómo era sentir hambre. O encontrar hambre en su interior... después de todo, llevaba varias horas sin comer.

Luego imaginó la larva acercándose al cuero. Dándole la vuelta.

La larva salió del túnel. No se oían gritos de Po... no le había atrapado. Quizá se había acercado tanto al sol que la larva, cegada, no había podido seguir. O quizás había reaccionado a las imágenes y sensaciones de la mente de Sel. En cualquier caso, Po estaba a salvo en el exterior.

Evidentemente, era posible que la larva, simplemente, hubiera decidido no molestarse en perseguir la presa que corría y regresar por la que estaba completamente inmóvil, pegada a una columna.

Capítulo 16

Para: GobDes%ShakespeareCol@MinCol.gob/viaje

De: MinCol@MinCol.gob

Asunto: Como pediste

Clave de intercambio: 3390ac8d9aff91 21001

Estimado Ender:

Como has pedido, he enviado al sistema de la nave un mensaje de mi parte y del polemarcha Bakossi Wuri empleando la conexión que insertaste en el software ansible de la nave. Si tu programa se ejecuta como se supone que debe hacer, tomará el control de todas las comunicaciones de la nave. Además, te adjunto la notificación oficial al almirante Morgan para que la imprimas y se la entregues.

Espero que te hayas ganado su confianza lo suficiente para que te permita tener todo el acceso que precisas para dar uso a todo esto.

Una vez que lo borres, este mensaje no dejará ningún rastro de su existencia.

*Buena suerte,
HYRUM*

El almirante Morgan había estado en comunicación con el gobernador en funciones en funciones, Ix Tolo (vaya nombre más ridículo), porque el gobernador en funciones oficial había tenido la mala educación de ausentarse para partir en un viaje sin sentido, cuando se le necesitaba para el traspaso público de poder. Probablemente el tipo no podía soportar que le quitaran el puesto, el muy vanidoso.

El oficial ejecutivo de Morgan, el comodoro Das Lagrimas, le confirmó que, en la medida en que tal cosa se podía garantizar desde la órbita, la pista construida por los colonos para el transbordador se ajustaba a las especificaciones. Gracias al cielo que ya no había que asfaltar... La época en que los vehículos voladores tenían que aterrizar sobre ruedas debía haber sido muy cargante.

Lo único que le preocupaba era que el chico Wiggin iría con él en el primer aterrizaje. Hubiera sido muy fácil decir a los viejos colonos que él se había adelantado a Wiggin para preparar el camino. Así hubiera tenido tiempo de sobra para hacerles comprender que Wiggin era un adolescente y que difícilmente podría ser el auténtico gobernador.

Dorabella estuvo de acuerdo con él. Pero luego le dijo:

—Por supuesto, todas las personas mayores de la colonia son los pilotos y soldados que lucharon al mando de Ender. Podría decepcionarles no verle. Pero no, así será mucho más especial cuando aterrice posteriormente.

Morgan lo meditó y decidió que tener a Wiggin a su lado podía ser más beneficioso que perjudicial. Que viesen al niño legendario. Por eso hizo ir al chico Wiggin a su camarote.

—No sé si debes decir algo a los colonos a tu llegada —dijo el almirante Morgan. Era una prueba: ¿se mostraría Wiggin contrariado si lo obligaba a guardar silencio?

—Por mi bien —dijo Wiggin al instante—. No se me dan bien los discursos.

—Excelente —dijo Morgan—. Llevaremos marines por si planean ofrecer algún tipo de resistencia... nunca se sabe, toda esa cooperación podría ser una treta. Llevan cuatro décadas aquí aislados... Tal vez los ofende la imposición de autoridad desde cuarenta años luz de distancia.

Wiggin se puso serio.

—Nunca se me había ocurrido. ¿Realmente cree que podrían rebelarse?

—No, no lo creo —dijo Morgan—. Pero un buen comandante se prepara para todas las eventualidades. Estoy seguro de que con el tiempo adquirirás ese hábito.

Wiggin suspiró.

—¡Me queda tanto por aprender!

—Cuando lleguemos, bajaremos la rampa de inmediato y los marines asegurarán el perímetro. Saldremos cuando la gente se haya congregado en la base de la rampa. Yo te presentaré. Diré unas palabras, luego tú volverás al transbordador hasta que pueda conseguirte un alojamiento adecuado en el asentamiento.

—Toguro —dijo Wiggin.

—¿Qué?

—Lo siento. Argot de la Escuela de Batalla.

—Oh, sí. Yo nunca fui a la Escuela de Batalla. —Por supuesto, el mocoso tenía que recordarle que había ido a la Escuela de Batalla y Morgan no. Pero que usara argot era buena señal. Cuando más infantil pareciese Wiggin, más fácil sería dejarle de lado.

—¿Cuándo podrá bajar Valentine?

—Pasarán varios días hasta que llevemos a los nuevos colonos. Debemos asegurarnos de hacerlo de forma ordenada. No queremos sobrecargar a los viejos colonos con demasiados de los nuevos hasta que no haya casa y comida para todos. Lo mismo por lo que respecta a los suministros.

—¿Bajaremos con las manos vacías? —preguntó Wiggin, sorprendido.

—Bien, no, claro que no —dijo Morgan. No había pensado en eso. Sería todo un gesto si llevaban algunas cosas—. ¿Qué te parece? ¿Comida? ¿Chocolate?

—Ellos tienen mejor comida que nosotros —dijo Ender—. Fruta y verdura fresca... ése será su regalo para nosotros. Pero apuesto a que se pondrían como locos por los deslizadores.

—¡Deslizadores! Eso es tecnología importante.

—Bien, no es que sean de mucha utilidad en la nave —dijo Ender, riendo—. Pero en ese caso... algo de equipo de xeno. Algo que les demuestre lo mucho que nuestra llegada les será de ayuda. Es decir, si tiene miedo de que nos odien, entregarles un poco de tecnología útil nos convertirá en héroes.

—Por supuesto... eso planeaba. Simplemente no había pensado en los deslizadores para el primer descenso.

—Bien, vendrían muy bien para llevar la carga a donde la vayan a almacenar. Sé que estarían encantados de no tener que cargar las cosas a mano, en carros ó en lo que usen para el transporte.

—Excelente —dijo Morgan—. Ya empiezas a aprender a ser un líder. —El chico era listo de verdad. Y sería Morgan quien se beneficiara de la buena voluntad por haber traído los deslizadores y otros equipos de alta tecnología. A él mismo se le hubiera ocurrido de haber tenido un rato para detenerse a pensarlo todo bien. El chico podía pasarse el día pensando, pero Morgan no se lo podía permitir. Estaba trabajando constantemente y, aunque Das Lagrimas se ocupaba bien de casi todo, Morgan además tenía que tratar con Dorabella.

No es que ella fuese exigente. Al contrario, le apoyaba asombrosamente. Nunca se inmiscuía en nada, no intentaba meter baza cuando el asunto no iba con ella. Nunca se quejaba de nada, siempre se adaptaba a sus planes, siempre le sonreía, le animaba y le comprendía, pero jamás intentaba darle consejos ni hacerle sugerencias.

Lo distraía, sin embargo. De una forma muy agradable. Cuando no estaba ocupado con alguna reunión se descubría pensando en ella. La mujer era sencillamente asombrosa. Tan bien dispuesta. Tan deseosa de agradar. Era como si Morgan no tuviese más que pensar en algo para que ella lo hiciera. Morgan no hacía sino dar excusas para regresar a su camarote, y ella siempre estaba allí, siempre feliz de verle, siempre dispuesta a escuchar, y sus manos, tocándole, haciendo que resultase imposible ignorarla o irse tan pronto como debía.

Otras personas le habían contado que el matrimonio era un infierno. La luna de miel dura un día y luego ella se pone a exigir, a insistir, a quejarse. Todo mentira.

Quizá sólo fuese de aquel modo con Dorabella. Pero, si tal era el caso, se alegraba de haber esperado para casarse con la mujer entre un millón que podía hacer a un hombre verdaderamente feliz.

Porque estaba perdidamente enamorado. Sabía que sus hombres se reían de él a sus espaldas... los veía sonreír cuando volvía de un encuentro de una o dos horas con Dorabella en un día de trabajo. ¡Que riesen! No era más que envidia.

—¿Señor? —dijo Wiggin.

—Oh, sí—dijo Morgan. Le había vuelto a pasar... en medio de una conversación se había puesto a pensar en Dorabella—. Tengo muchas cosas en la cabeza y creo que con esto ya hemos terminado. Estate en el transbordador a las 08.00... a esa hora cerraremos las puertas, todo habrá sido cargado en el turno de tarde. El descenso llevará varias horas, me dice el piloto, pero nadie podrá dormir... así que hoy querrás acostarte temprano para estar descansado. Y es mejor tener el estómago vacío al entrar en la atmósfera, no sé si me entiendes.

—Sí, señor —dijo Wiggin.

—Entonces, puedes irte —dijo Morgan.

Wiggin le saludó y se fue. A Morgan casi se le escapó una carcajada. El chico ni siquiera comprendía que, incluso en la nave de Morgan, la superioridad de Wiggin como vicealmirante le daba derecho a ser merecedor de cierta cortesía, incluido el derecho a irse cuando le apetecía en lugar de esperar a que lo despidieran como a un subordinado. Pero estaba bien mantener al chico a raya. El simple hecho de que le hubiesen concedido esa graduación antes de que Morgan se ganase la suya no significaba que Morgan tuviese que fingir respetar a un adolescente ignorante.

Antes de que Morgan llegase, Wiggin ya estaba en su sitio, vestido de civil en lugar de llevar el uniforme militar... lo que estaba bien, porque no convenía nada que la gente viese que tenían insignias y uniformes idénticos y que Ender tenía muchas más condecoraciones de batalla. Morgan se limitó a hacerle un gesto y ocupó su asiento en la parte delantera del transbordador, con la consola de comunicación a su disposición.

Al principio el vuelo del transbordador fue un viaje espacial normal: suave, perfectamente controlado. Pero cuando orbitó el planeta y luego se dirigió al punto de entrada, el transbordador se reorientó de tal forma que el escudo disipase el calor, y fue cuando comenzaron los saltos, los virajes y los giros. Como le había dicho antes el piloto: «Girar y virar no tiene importancia. Si nos ponemos a cabecear, entonces tendremos problemas.»

Cuando se estabilizó en un vuelo sin problemas a diez mil metros, Morgan se encontraba muy mareado. Pero el pobre Wiggin...

El chico prácticamente había volado al baño, donde sin duda vomitaba el hígado. A menos que hubiese olvidado no comer y tuviese algo que vomitar.

El aterrizaje se produjo sin problemas, pero Wiggin no había vuelto a su asiento... aterrizó en el baño. Y cuando los marines informaron de que la gente se congregaba, Wiggin seguía dentro.

Morgan fue en persona a la puerta del baño y llamó.

—Wiggin —dijo—, es la hora.

—Sólo unos minutos más, señor —dijo Wiggin. La voz sonaba débil y entrecortada—. De verdad. Mirar los deslizadores los mantendrá ocupados unos minutos y luego nos recibirán con vítores.

A Morgan no se le había ocurrido enviar por delante los deslizadores, pero Wiggin tenía razón. Si la gente ya había visto algún producto maravilloso de la tecnología terrestre, sentiría todavía más entusiasmo cuándo él se presentase.

—No pueden mirar los deslizadores eternamente, Wiggin —dijo Morgan—. Cuando sea el momento de salir, espero que estés preparado para unirme a mí.

—Lo estaré —dijo Wiggin. Pero luego otro sonido de vómito demostró que la afirmación era una mentira.

Claro está, las arcadas podían producirse teniendo o no teniendo náuseas. Morgan sufrió un ataque momentáneo de sospecha y abrió la puerta sin previo aviso.

Allí estaba Wiggin, arrodillado frente al inodoro, con el vientre estremeciéndose al arquear el cuerpo en otra arcada. Se había quitado la chaqueta y la camisa, que estaban tiradas en el suelo cerca de la puerta... Al menos el chico había pensado en no mancharse la ropa de vómito.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Morgan.

Wiggin le miró con un rostro que era una máscara de náuseas apenas contenidas.

—No puede durar siempre —dijo débilmente, logrando sonreír un poco—. En un minuto estaré bien.

Y luego volvió a la taza. Morgan cerró la puerta y logró no sonreír. Ahí quedaban sus dudas de que el chico pudiera no cooperar. Wiggin se perdería su propia entrada triunfal y no sería culpa de Morgan.

Por supuesto, el oficial que envió a buscarle regresó con un mensaje y no con el chico.

—Dice que saldrá en cuanto pueda.

Morgan consideró la idea de enviarle el mensaje de que no permitiría que la llegada tardía de Wiggin fuese a distraer a la gente en medio de su propio discurso. Pero no, podía permitirse ser magnánimo. Además, no parecía que Wiggin fuese a estar preparado pronto.

El aire de Shakespeare era agradable pero extraño; había una brisa ligera en la que flotaba algún tipo de polen. Morgan era muy consciente de que simplemente por respirar podía estar envenenándose con el gusano chupasangre que al principio casi había matado a la colonia, pero tenían tratamiento contra ellos y les darían la primera dosis con tiempo de sobra. Así que, por primera vez en mucho tiempo, saboreó el aire de un planeta... había estado en la Tierra por última vez seis años antes del comienzo de aquel viaje.

El paisaje cercano era como la sabana: árboles salpicando el paisaje, muchos arbustos. Pero a ambos lados de la pista crecían las cosechas, y comprendió que sólo habían podido encajarla en medio de sus campos. Debían odiar haberlo tenido que hacer. Menos mal que se le había ocurrido enviar primero los deslizadores para distraerlos del daño causado en las cosechas por la pista de aterrizaje.

Sorprendentemente, había mucha gente. Recordó vagamente que los centenares de la invasión original ahora serían más de dos mil, ya que se habían estado reproduciendo como conejos, incluso considerando el número relativamente bajo de mujeres de la fuerza original.

Lo importante era que aplaudían cuando salió. A lo mejor los aplausos se debían más a los deslizadores que a él, pero por él ya estaba bien siempre que no hubiese resistencia.

Sus ayudantes habían montado un sistema de locución pública, pero Morgan no creía que fuese a necesitarlo. La multitud era numerosa, pero muchos eran niños y estaban tan apretujados que, desde la parte superior de la rampa, se les podía hablar a todos. No obstante, ya que habían montado el atril, Morgan habría quedado como un tonto si no lo usaba. Así que se acercó hasta él y lo agarró con ambas manos.

—Hombres y mujeres de la colonia Shakespeare. Os traigo los saludos de la Flota Internacional y el Ministerio de Colonización.

Había esperado aplausos, pero... nada.

—Soy el contraalmirante Quincy Morgan, el capitán de la nave que ha traído a nuevos colonos, equipo y suministros para vuestro asentamiento.

Una vez más, nada. Oh, le escuchaban con atención, y no eran hostiles, pero se limitaban a asentir, y eso sólo unos cuantos. Era como si esperasen. ¿Esperasen qué?

Esperaban a Wiggin. La idea le llegó como bilis que sube a la garganta. Saben que se supone que Wiggin es su gobernador y le esperan.

Bien, pronto descubrirán lo que es Wiggin... y lo que no es.

Luego Morgan oyó el sonido de pisadas corriendo en el interior del transbordador y descendiendo la rampa. Wiggin no hubiese podido elegir mejor momento. A él le iría mucho mejor si la multitud podía mirarle.

La atención de la multitud se desplazó hacia Wiggin y Morgan sonrió.

—Os presento a...

Pero no le oyeron. Sabían quién era. Los aplausos y los gritos ahogaron la voz de Morgan, a pesar del sistema de amplificación, y no tuvo que decir el nombre de Wiggin porque la multitud ya lo gritaba.

Morgan se volvió para dedicarle al chico un gesto de bienvenida y quedó conmovido cuando se encontró a Wiggin vestido de uniforme. Sus condecoraciones eran casi obscenamente abundantes (empequeñecían todas las del pecho de Morgan). Era ridículo... Wiggin simplemente jugaba a videojuegos, y allí estaba, cargado de medallas por todas las batallas de la guerra, y con todas las que le habían concedido tras la victoria.

Y el cabroncete le había engañado deliberadamente. Se había vestido de civil y luego se había cambiado en el baño para poder eclipsarle. ¿El mareo también había sido fingido, para poder realizar su gran entrada? Bien, Morgan mostraría una sonrisa falsa y luego haría que el chico pagase por aquello. Después de todo, quizá no mantuviese a Wiggin como figura decorativa.

Pero Wiggin no se dirigió al lugar que Morgan le indicaba, a su lado, tras el atril. En lugar de eso Wiggin le entregó un papel doblado y luego corrió por la rampa hacia la superficie... donde la multitud le rodeó de inmediato, sus gritos de «¡Ender Wiggin!» convertidos en parloteos y risas.

Morgan miró la hoja. A lápiz, Wiggin había escrito: «Su supremacía terminó cuando el transbordador llegó a la superficie. Su autoridad se acaba al pie de esta rampa.» Y la había firmado «almirante Wiggin», recordándole que, en puerto, era su superior.

Las agallas del chico. ¿Creía que algo así se sostendría allí, a cuarenta años de cualquier autoridad superior? ¿Y cuando era Morgan el que mandaba un contingente de marines bien entrenados?

Morgan desdobló el papel. Era una carta. Del polemarca Bakossi Wuir y del ministro de Colonización Hyrum Graff.

* * *

Ender reconoció de inmediato a Ix Tolo por la descripción que le había hecho Vitaly, y corrió directamente hacia él.

—Ix Tolo —gritó al llegar—. ¡Me alegra conocerte!

Pero incluso antes de llegar junto a Tolo y darle la mano, Ender buscaba a los ancianos y a las ancianas. La mayoría estaban rodeados de jóvenes, pero Ender los buscó e intentó reconocerlos basándose en las caras más jóvenes que había examinado y memorizado antes incluso de la partida.

Por suerte, acertó en el primer caso, y en el segundo, llamándolos por su nombre y graduación. Hizo que fuese un momento solemne, el primer encuentro con los pilotos que realmente habían luchado en la guerra.

—Me enorgullece conocerlos al fin —dijo—. La espera ha sido larga.

De inmediato la multitud comprendió qué hacía y retrocedió, acercando a los ancianos para que Ender pudiese verlos. Muchos lloraron al darle la mano a Ender; algunas de las mujeres mayores insistieron en abrazarle. Intentaron hablarle, contarle cosas, pero él sonrió y levantó la mano, indicándoles: «Esperad un minuto, debo saludar a más gente.»

Dio la mano a todos los soldados y, cuando alguna vez se equivocaba de nombre, ellos le corregían entre risas.

A su espalda, los altavoces seguían en silencio. Ender no tenía ni idea de qué haría Morgan con respecto a la carta, pero allí su obligación era mantenerlo todo en marcha, para que nunca hubiese un hueco en el que Morgan pudiese insertarse.

En cuanto hubo dado la mano al último anciano, Ender alzó la suya y se volvió, indicándole a la gente que se congregase a su alrededor. Lo hicieron... de hecho ya lo habían hecho y estaba completamente rodeado por la multitud.

—Hay a quienes no he podido llamar —dijo—. Hombres y mujeres a los que no he podido conocer. —Luego, de memoria, recitó los nombres de todos los que habían muerto en la bata-

lla—. Demasiados muertos. Si hubiese sabido el precio que se pagaba por mis errores, quizás hubiese cometido menos.

Oh, lloraron al oírlo, e incluso algunos gritaron:

—¿Qué errores?

Y luego Ender recitó otra lista de nombres: los de los colonos muertos en las primeras semanas del asentamiento.

—Sobre su muerte y su esfuerzo heroico se levanta esta colonia. El gobernador Kolmogorov me contó cómo vivíais, lo que lograsteis. Yo era todavía un chico de doce años en Eros cuando vosotros luchabais contra las enfermedades de esta tierra, y triunfasteis sin mi ayuda.

Ender se llevó las manos a la altura de la cara y aplaudió, con fuerza y solemnidad.

—Honro a los que murieron en el espacio y a los que murieron aquí.

Le vitorearon.

—¡Honro a Vitaly Kolmogorov, que os dirigió durante treinta y seis años de guerra y paz! —Más vítores—. Y a Sel Menach, ¡un hombre tan sencillo que no pudo soportar enfrentarse a las atenciones que sabía que recibiría hoy! —Vítores y risas—. Sel Menach, que me enseñará todo lo que preciso saber para poder servirlos. Porque, estando yo aquí, tendrá tiempo de volver a su verdadero trabajo. —Rugidos de risas y vítores.

Y desde detrás de la multitud, desde los altavoces, llegó el sonido de la voz de Morgan:

—Hombres y mujeres de la colonia Shakespeare, por favor, perdonad mi interrupción. No estaba previsto que el programa de hoy se desarrollara de esta forma.

La gente que rodeaba a Ender miró confusa hacia la parte superior de la rampa. Morgan hablaba en un tono agradable, incluso jocoso. Pero él era irrelevante en lo que había estado sucediendo. Era un intruso en aquella ceremonia. ¿No comprendía que Ender Wiggin era un comandante victorioso que se reunía con sus veteranos? ¿Qué tenía Quincy Morgan que ver con todo eso?

¿No había leído la carta?

* * *

Morgan sólo podía dedicar la mitad de la atención a la carta, tan furioso estaba con Wiggin por haberse dirigido directamente a la multitud. ¿Qué hacía? ¿De verdad se sabía el nombre de toda esa gente?

Pero luego recibió el impacto de la carta y la leyó con toda su atención.

Estimado contraalmirante Morgan:

El antiguo polemarca Chamrajnagar, antes de retirarse, nos advirtió del riesgo de que usted hubiese mal interpretado la naturaleza limitada de sus responsabilidades al llegar a la colonia Shakespeare. Acepta toda la responsabilidad por tal malentendido y, si se equivocaba, nos disculpamos por las acciones que hemos emprendido. Pero debe comprender que nos sentimos obligados a tomar medidas preventivas en caso de que usted esté confundido pensando que debe ejercer su autoridad, aunque sea momentáneamente, en la superficie del planeta. Nos hemos asegurado de que, si se com-

porta con absoluta corrección, nadie, excepto usted y el vicealmirante Andrew Wiggin, sabrá que estábamos preparados para atajar la situación en caso de que actuase inapropiadamente.

Lo correcto es lo siguiente: aceptará que al poner el pie en Shakespeare, el vicealmirante Wiggin se convierte en el gobernador Wiggin, con autoridad absoluta sobre todos los asuntos relativos a la colonia y cualquier transferencia de personas y material a la colonia. Conserva su graduación de vicealmirante, por lo que, fuera de la nave en sí, él es su superior y debe usted someterse a su autoridad.

Regresará a su nave sin poner el pie en el planeta. No se reunirá con ningún miembro de la colonia. Realizará de forma ordenada el completo traspaso de toda la carga y las personas de su nave a la colonia, siguiendo con exactitud las indicaciones del gobernador Wiggin. Hará que la ComFI y el MinCol estén al corriente de sus acciones informando cada hora por medio de ansible de todo lo que haga para cumplir las órdenes del gobernador Wiggin.

Damos por supuesto que eso era lo que siempre tuvo intención de hacer. Sin embargo, debido a la advertencia del polemarca Chamrajnagar, previmos la posibilidad de que tuviese otros planes y que hubiese considerado seguirlos. El viaje de cuarenta años que nos separa nos obligó a tomar precauciones que podremos anular, y así lo haremos, cuando la misión se complete con éxito y usted vuelva a la velocidad de la luz.

Cada doce horas, el gobernador Wiggin nos informará por medio de ansible holográfico, dando fe de que usted cumple con su deber. Si no nos informa, o si parece estar sometido a cualquier tipo de coacción, activaremos un programa que ahora reside en el ordenador de su nave. El programa también se activará si se produce cualquier intento de reescribirlo o volver el software a un estado anterior.

Ese programa iniciará una transmisión vocal y holográfica en los ansibles que hay a bordo de su nave y en los transbordadores, en todos los altavoces y pantallas de ordenador de su nave y de los transbordadores, y también en todos los ansibles de la colonia Shakespeare, afirmando que se le acusa de motín, ordenando que no se le obedezca y que debe ser arrestado y puesto en estasis para el viaje de regreso a Eros, donde se le juzgará por motín.

Lamentamos que la existencia de dicho mensaje le resulte ofensiva si no planeaba comportarse de otra forma que no fuese la estrictamente correcta. Pero en tal caso su correcto comportamiento le garantizará que nadie vea ese mensaje, y cuando haya regresado a la velocidad de la luz, después de haber cumplido con éxito la misión, el mensaje desaparecerá del ordenador de su nave y no quedará ningún rastro de su existencia. Regresará usted con todos los honores y su carrera continuará immaculada.

Una copia de esta carta ha sido enviada a su oficial ejecutivo, el comodoro Vlad das Lagrimas, pero no podrá abrirla mientras el gobernador Wiggin siga certificándonos que toma usted las decisiones correctas.

Como la suya es la primera nave colonial que llega a su destino, sus acciones establecerán un precedente para toda la F.I. Ansiamos poder comunicar a toda la flota la excelencia de sus acciones.

*Sinceramente,
Polemarca BAKOSSI WURI
Ministro de Colonización HYRUM GRAFF*

Morgan leyó la carta, al principio lleno de furia y terror, pero gradualmente fue adoptando una actitud diferente. ¿Cómo podían haber imaginado que había planeado algo que no fuese supervisar la toma ordenada de poderes por parte de Wiggin? ¿Cómo se había atrevido Chamrajnagar a decirles nada que los indujese a pensar que pensaba hacer otra cosa?

Tendría que enviarles una carta muy seria informándolos de que se sentía decepcionado por ser tratado de una forma tan arrogante e innecesaria.

No, si enviaba la carta, ésta pasaría a formar parte de su expediente. Debía mantenerlo limpio. E iban a darle mucha publicidad al hecho de que él era el primer capitán de una nave colonial en completar su misión: eso sería un inmenso plus en su carrera.

Debía actuar como si la carta no existiese.

La multitud vitoreaba. No habían dejado de vitorear y aplaudir mientras Morgan leía la carta. Alzó la vista y vio que ya rodeaban por completo a Wiggin. Ninguno de ellos miraba el transportador, la rampa, al almirante Morgan. Ahora que se fijaba, comprobaba que todos miraban atentamente a Ender Wiggin, con devoción, con avidez. Vitoreaban, reían o lloraban con cada palabra que decía.

Increíblemente, le adoraban.

Incluso sin la carta, incluso sin la intervención de la ComFi y el MinCol, Morgan había perdido su batalla por el poder cuando Ender Wiggin apareció vestido de uniforme, llamó a los veteranos por su nombre e invocó el recuerdo de los muertos. Wiggin sabía ganarse sus corazones y lo hacía sin engaño ni coacción. Simplemente se limitaba a molestarse en aprenderse los nombres y los rostros, y a recordarlos. Lo único que había hecho había sido guiarlos a la victoria cuarenta años antes, cuando Morgan tenía a su cargo una operación de suministro en el cinturón de asteroides.

Por lo que sé, esta carta podría ser un farol. El mismo Wiggin la ha escrito, simplemente para distraerme mientras él ejecutaba su maniobra de relaciones públicas. Si yo decidiese inmiscuirme, si decidiese actuar a sus espaldas para socavar la confianza que le tienen, para destruirle como gobernador y que yo tuviese que ofrecerme y...

La gente volvió a vitorear cuando Wiggin invocó el nombre del gobernador en funciones.

No, Morgan jamás podría socavar su confianza en Wiggin. Querían que fuese su gobernador, mientras que Morgan no era nadie para ellos. Un extraño. Un intruso. Ya no pertenecían a la F.I. No les importaban la autoridad ni la graduación. Ahora eran ciudadanos de esa colonia, pero tenían consigo a la leyenda de su fundación. El gran Ender Wiggin, en su victoria, acabó con todos los insectores de la superficie de aquel mundo, dejando libre el terreno para todos esos humanos, para que pudiesen llegar e instalarse allí. Y ahora Wiggin había ido en persona a reunirse con ellos. Era como el segundo advenimiento de Cristo. Las posibilidades de Morgan habían quedado reducidas a cero.

Sus ayudantes le miraban con atención. No tenían ni idea del contenido de la carta, pero temía que mientras la leía su rostro no hubiese sido tan impasible como pretendía; es más, el hecho de mostrarse impasible era un claro mensaje en sí mismo. Así que Morgan les sonrió:

—Bien, ahí queda el guión. Parece que el gobernador Wiggin tiene sus propios planes acerca de cómo debe transcurrir el día. Habría estado bien que nos lo hubiese contado, pero... no hay forma de prever las bromas de los chicos.

Sus ayudantes rieron, porque sabían que eso era lo que el capitán esperaba. Morgan sabía perfectamente que comprendían perfectamente lo que había sucedido allí. No las amenazas de la

carta, sino el absoluto triunfo de Wiggin. A pesar de ello, Morgan actuaría como si así hubiesen estado previstas siempre las cosas, ellos se comportarían de la misma forma y se mantendría la disciplina de la nave.

Morgan se volvió hacia el micrófono. En una pausa de los vítores y gritos, habló, en un tono amistoso y bromista:

—Hombres y mujeres de la colonia Shakespeare, por favor, perdonad mi interrupción. No estaba previsto que el programa de hoy se desarrollara de esta forma.

Distraída, incluso molesta, la multitud se volvió hacia él. De inmediato volvieron a mirar a Wiggin, que miraba a Morgan sin la sonrisa luminosa de la victoria, con la misma expresión solemne que siempre tenía en la nave. El muy cabrón. Lo había estado tramando desde el principio sin jamás dejar entrever nada. Ni siquiera cuando Morgan pasaba los vídeos de Wiggin en su camarote, incluso cuando le veía con la hija de Dorabella, el chico no había dejado de fingir en ningún momento, ni un segundo.

Gracias a las estrellas que se va a quedar en este mundo en lugar de regresar para ser mi rival en la F.I.

—Sólo os robaré un momento de vuestro tiempo —dijo Morgan—. Mis hombres descargarán de inmediato todo el equipo que hemos traído y los marines se quedarán para ayudar al gobernador Wiggin en lo que desee. Yo regresaré a la nave y seguiré las instrucciones del gobernador Wiggin sobre el orden que hay que seguir y el momento de realizar la descarga de material y personas a la superficie. Mi labor aquí ha terminado. Os felicito por vuestros logros en este lugar y os agradezco vuestra atención.

Hubo aplausos dispersos, pero Morgan sabía que la mayoría no le había prestado atención y simplemente esperaba a que terminase para poder seguir adorando a Andrew Wiggin.

Ah, bien. Cuando volviese a la nave, allí estaría Dorabella. Casarse con esa mujer había sido la mejor decisión de su vida.

Por supuesto, no tenía ni idea de cómo se tomaría la noticia de que, después de todo, ella y su hija no serían colonas... que se quedarían con él en el viaje de regreso a la Tierra. Pero ¿por qué iban a quejarse? La vida en esa colonia sería primitiva y dura. La vida como esposa de un almirante (el primer almirante en llevar nuevos colonos y suministros a una colonia) sería agradable, y Dorabella florecería en ese entorno social; a Dorabella se le daba genial. Y la hija... bien, podría ir a la universidad y tener una vida normal. No, no sería normal, excepcional... porque la posición de Morgan sería tan elevada que podría garantizarle a Alessandra las mejores oportunidades.

Morgan ya se había vuelto para regresar al interior del transbordador cuando oyó la voz de Wiggin llamándole.

—¡Almirante Morgan! Creo que esta gente no ha comprendido lo que ha hecho por todos nosotros, y precisan oírlo.

Como Morgan tenía reciente en la mente la carta de Graff y Wuri, no pudo evitar percibir ironía y mala intención en las palabras de Wiggin. Estuvo a punto de entrar en el transbordador como si no le hubiese oído.

Pero el chico era el gobernador, y Morgan debía pensar en su propio mando. Si pasaba del chico, sus hombres lo considerarían una admisión de su derrota... y además muy cobarde. Por tanto, para que no le perdieran el respeto, se volvió para oír lo que el chico tuviese que decir.

—Gracias, señor, por traernos a salvo hasta aquí. No sólo a mí, sino a los colonos que se unirán a los originales y los nacidos en este mundo. Usted ha restablecido la conexión entre el mundo de la especie humana y estos hijos lejanos de la especie.

Luego Wiggin les habló a los colonos.

—El almirante Morgan, su tripulación y estos marines que veis aquí no vinieron a luchar en una guerra y a salvar a la especie humana, y ninguno de ellos morirá a manos del enemigo. Pero han realizado un gran sacrificio idéntico al realizado por los primeros colonos. Se separaron voluntariamente de todo lo que conocían y de todo lo que amaban para lanzarse al espacio y el tiempo y encontrar una nueva vida entre las estrellas. Y todos los colonos de esta nave han entregado todo lo que tenían, apostando por una nueva vida entre vosotros.

Los colonos se pusieron a aplaudir espontáneamente, al principio unos cuantos, pero pronto todos ellos, para luego vitorear... al almirante Morgan, a los marines, a los colonos todavía desconocidos de la nave.

Y el chico Wiggin, maldita sea, le saludaba. Morgan no tuvo más elección que devolverle el saludo y aceptar la gratitud y el respeto de los colonos como un regalo de Wiggin.

Luego Wiggin caminó hacia el transbordador... pero no para decirle nada más a Morgan. Se acercó al comandante de los marines y le llamó por su nombre. ¿El chico también se había aprendido los nombres de todos los hombres y marines de Morgan?

—Deseo que conozca a su homólogo —dijo Wiggin en voz alta—. El hombre que comandó a los marines en la expedición original. —Le guió hasta un anciano, y ambos se saludaron, y en un instante todo fue un caos de marines rodeados por ancianos, ancianas y también jóvenes.

Morgan sabía ya que poco de lo que Wiggin había hecho era por él, por Morgan. Sí, tenía que asegurarse de que Morgan sabía cuál era su lugar. Lo logró en el primer minuto, distrayendo a Morgan con la carta mientras demostraba que conocía por el nombre a los colonos originales, y actuaba (justificadamente) como el comandante de veteranos que se reunía con ellos cuarenta y un años después de la gran victoria.

Pero el principal propósito de Wiggin era dar forma a la actitud de esa comunidad hacia Morgan, hacia los marines, hacia la tripulación de la nave estelar, y, lo más importante, hacia los nuevos colonos. Los había unido hablando de su sacrificio común.

Y el niño decía que no le gustaba dar discursos. Vaya mentiroso. Había dicho exactamente lo que era preciso decir. A su lado, Morgan era un novato. No, un torpe incompetente.

Morgan regresó al interior del transbordador, deteniéndose sólo para decir a los oficiales expectantes que el gobernador Wiggin les daría las órdenes sobre la descarga.

Luego fue al baño, rompió la carta en trozos diminutos, los masticó hasta dejarlos convertidos en pulpa y escupió todo al lavabo. El sabor a papel y tinta le provocó náuseas y tuvo un par de arcadas antes de lograr controlarse.

Luego fue al centro de comunicaciones y almorzó. Todavía comía cuando un teniente supervisó a un par de nativos que traían una buena selección de fruta fresca y verduras, como había predicho Wiggin. Estaba delicioso. Luego Morgan se echó una siesta hasta que uno de sus asistentes le despertó para decirle que la descarga había terminado, que habían subido a bordo un amplio suministro de comida excelente y agua fresca, y que estaban a punto de despegar para regresar a la nave.

—El chico Wiggin será un buen gobernador, ¿no crees? —dijo Morgan.

—Sí, señor, eso creo, señor —dijo el asistente.

—Y pensar que creía que iba a necesitar ayuda para empezar —Morgan rió—. Bien, tengo que capitanear una nave. ¡Volvamos a ella!

* * *

Sel observaba cauteloso cómo la larva regresaba a la cueva. ¿Iba por él o simplemente volvía por donde había venido? Podía comprobarlo moviéndose, pero el simple movimiento podría llamar su atención.

—Buena larva —susurró Sel—. ¿Qué tal un poco de perro reseco?

Metió la mano en la mochila para sacar la comida, pero no estaba allí. Po tenía su comida.

Pero Sel llevaba en la cintura una bolsita con la comida para la caminata del día. La abrió, sacó la carne seca de perro y las verduras que llevaba y se lo lanzó todo a la larva.

El bicho se detuvo. Tocó la comida tirada en el suelo. Por si lo de enviar imágenes mentales funcionaba, Sel recreó la imagen mental de la comida formando parte del vientre de un bicho dorado moribundo. Es pensamiento mágico, se dijo, creer que lo que forme mentalmente afectará al comportamiento de esta bestia. Pero al menos aquello le servía para ocupar la mente mientras comprobaba si la larva prefería la comida en porciones pequeñas o en un trozo grande y en movimiento.

La larva se elevó y hundió las fauces abiertas en la comida, como una rémora fijándose a un tiburón.

Sel podía imaginarse una versión más pequeña de la larva exactamente así... una rémora, uniéndose a una criatura mayor para chuparle la sangre. ¿O para penetrar en su interior?

Recordó los diminutos parásitos que habían matado a la gente en los primeros días de la colonia. El que Sel había repelido inventando aditivos para la sangre.

La criatura es un híbrido. Medio nativa de este mundo. Medio derivada de organismos del mundo insector.

No, no de «organismos». Derivada de los propios insectores. La estructura corporal era básicamente formicoide. Hacía falta una ingeniería genética muy creativa y avanzada para construir una criatura viable que combinase los atributos de dos especies que habían surgido de linajes genéticos tan dispares. El resultado era una especie medio insectora, por lo que quizá la reina colmena podría comunicarse con ella mentalmente, controlarla como a los otros insectores. Sólo que era lo suficientemente diferente para no estar completamente conectada con la reina... por lo que cuando la reina colmena murió, los bichos dorados no murieron.

O quizá ya contaban con una especie que empleaban para las tareas menos importantes, una dotada de un enlace mental débil con las reinas colmena, y ésa era la que habían cruzado con los gusanos parásitos. Esos dientes increíbles que podían atravesar el cuero, la tela, la piel y los huesos... Pero inteligentes, o casi. Era posible que la mente de la reina colmena los controlase todavía.

O mi mente. ¿Regresó porque la he llamado? ¿O simplemente toma primero la comida más fácil?

La larva ya había descendido sobre todos los trozos y los había devorado... junto con una delgada capa de suelo de piedra cada vez. Tenía hambre.

Sel formó una imagen mental... una complicada. Una imagen de Sel y Po trayendo comida al túnel. Alimentando a la larva. Mostró cómo él y Po salían y entraban en la cueva, trayendo comida. Mucha comida. Hojas. Grano. Fruta. Animales pequeños.

La larva se le acercó y dio una vuelta a su alrededor. Se retorció alrededor de sus piernas. ¿Como una constrictor? ¿También poseía ese comportamiento?

No. No apretó. Más bien era como un gato.

Luego se le colocó detrás, empujándole hacia el túnel.

Sel obedeció. La cosa comprendía. Se estaba produciendo una comunicación rudimentaria.

Sel se apresuró hacia el túnel, se arrodilló, se sentó y empezó a deslizarse.

La larva le adelantó por el túnel y se detuvo. Esperando.

La imagen llegó a su mente, un destello: Sel agarrándose a la larva.

Sel agarró la superficie seca y articulada de la criatura, y ésta volvió a avanzar. Tenía cuidado de no golpearle contra la pared, aunque le rascó ocasionalmente. Le dolía y probablemente sangrase, pero no se le rompió ningún hueso y los cortes no eran profundos. Quizá la hubiesen criado para ayudar así a los insectores cuando todavía vivían. A un insector no le hubiese molestado golpearse un poco contra la pared.

La larva se detuvo. Pero Sel ya podía ver la luz del día. También la larva. No salió, se apartó de la luz y se hundió en el túnel.

Cuando Sel salió a la luz y se puso en pie, Po corrió hacia él y le abrazó.

—¡No te ha comido!

—No, me ha traído —dijo.

Po no sabía bien cómo entenderlo.

—Toda nuestra comida —dijo Sel—. Le he prometido que le daríamos de comer.

Po no discutió. Corrió a la mochila y se puso a pasarle comida a Sel, que la reunió formando una cesta con la camisa.

—Por ahora es suficiente —dijo Sel.

Al cabo de un momento se había sacado la camisa llena de comida. Luego avanzó laboriosamente otra vez por el túnel. Al instante la larva estuvo allí, retorciéndose a su alrededor. Sel abrió la camisa y dejó la comida. La larva se puso a comer vorazmente. Sel seguía lo suficientemente cerca de la entrada para poder caminar en cuclillas.

—Nos hará falta más comida —dijo.

—¿Qué es comida para la larva? —preguntó Po—. ¿Hierba? ¿Arbustos?

—Se ha comido la verdura de mi bolsa del almuerzo.

—Por aquí no crece nada comestible.

—No es comestible para nosotros —dijo Sel—. Pero, si tengo razón, esta cosa es medio nativa de este mundo y probablemente pueda metabolizar la vegetación local.

Si algo se les daba bien era reconocer la flora local. Pronto estuvieron mandando camisas repletas de tubérculos por el túnel. Se turnaron para llevar comida a la larva.

Morgan había entrado en el transbordador; Ender había dado sus órdenes y la tripulación descargaba mientras los colonos cargaban los deslizadores y llevaban la carga al lugar adecuado. Otras personas sabían mejor que Ender cómo dirigir y ejecutar esas tareas, así que los dejó y se fue con Ix a la estación xeno donde estaban el ansible de Sel y otros equipos de comunicación.

—Sólo debo enviar un mensaje rápido a Eros —dijo Ender.

Mientras lo escribía, la voz del joven Po Tolo se escuchó por radio.

—No, no soy tu padre —dijo Ender—. Le llamaré.

No le hizo falta... Ix había oído a Ender, probablemente hubiese oído la voz de Po por radio, y llegó instantáneamente. Ender terminó con rapidez su mensaje mientras seguía lo sustancial de la conversación de Ix con su hijo. Ender envió el mensaje a Graff y Wuri justo cuando Ix decía:

—Llegaremos antes de lo que crees.

Ix se volvió hacia Ender.

—Debemos llevar un deslizador a Sel y Po. Se han quedado sin suministros.

Ender no podía creer que Sel pudiese planificar tan mal algo como para que le pasara algo así. Pero antes de que pudiera decir nada, Ix habló.

—Han encontrado una criatura —dijo—. Al menos un híbrido. Vive en una cueva. Seis patas en la forma adulta. Una enorme larva como un gusano. Puede masticar la roca, pero no la metaboliza. Se moría de hambre, así que le dieron toda su comida.

—Es un hombre muy generoso —dijo Ender.

—¿El deslizador puede llegar hasta allí? ¿Recorrer doscientos kilómetros sobre terreno irregular?

—Sin problema —dijo Ender—. Se carga con el sol, pero el alcance normal es quinientos kilómetros sin parar a recargar.

—Me alegro de que llegaseis justo en este momento.

—No es una coincidencia —dijo Ender—. Sel se fue porque yo llegaba, ¿recuerdas?

—Pero no era necesario que lo hiciese —dijo Ix.

—Lo sé. Pero, como ya he dicho, es un hombre muy generoso.

Hicieron que en unos veinte minutos cargasen dos deslizadores con comida y, además de a marines experimentados para manejarlos, Ender se llevó consigo a Ix en el menos cargado de los dos.

Qué lástima que ninguno de los nuevos xenos esté ya despierto... se habrían dejado matar por la oportunidad de venir. Pero todo a su debido tiempo.

De camino, Ix le explicó a Ender lo poco que había descubierto hablando con su hijo.

—Po no quería elucubrar, es un chico cauteloso, pero, por lo que dice, Sel cree que es algún tipo de fusión genética entre una especie formicoide y un gusano local... Incluso cabe la posibilidad de que sea el gusano de sangre que intentó eliminar a la primera generación.

—¿El que controlan con inyecciones?

—Ahora tenemos métodos mejores —dijo Ix—. Preventivos más que paliativos. No pueden afianzarse. El problema al principio era que estábamos infectados antes de saber siquiera que teníamos un problema. Pero mi generación jamás se infectó. Ni la tuya tampoco lo hará. Ya verás.

—Define «formicoide» —dijo Ender.

—La verdad es que no estoy muy seguro, Po y yo no hemos hablado mucho. Pero... supongo que dice «formicoide» de la misma forma que nosotros decimos «mamífero» o incluso «cordado» en lugar de «humanoide».

Ender parecía un poco decepcionado.

—Debes comprender que estoy un poco obsesionado con los insectores. Mi antiguo enemigo, ¿sabes? Cualquier cosa que me ayude a comprenderlos...

Ix no dijo nada. O lo comprendía o no lo comprendía. En cualquier caso, lo que realmente le importaba era que tanto su hijo como su mentor estaban ahí fuera, sin comida, y que acababan de hacer un descubrimiento tan importante que las oleadas llegarían a la Tierra y a todas las colonias.

Como sólo había un satélite en el cielo (la nave de transporte original) no tenían forma de triangular una señal de posicionamiento. Eso vendría después, cuando la gente de Morgan situase en órbita la red de geosincrónicos. Por ahora, dependían por completo de los mapas generados antes del aterrizaje y de la descripción hecha por Po de la ruta que tenían que seguir. A Ender le impresionó que las instrucciones del chico fuesen perfectas. No se había dejado ni un solo elemento importante, no tomaron ni un solo giro equivocado. Tampoco hubo retrasos.

Incluso avanzando con cautela, llegaron rápido. Allí estaban cinco horas después de la llamada de Po, y todavía era de día, aunque no lo sería por mucho tiempo. Al entrar en el valle con todas sus bocas de cueva, Ender comprobó divertido que el joven que les hacía señas tenía como mucho uno o dos años más que él. ¿Por qué le había sorprendido que Po pudiese realizar un trabajo bueno y de fiar? ¿No llevaba Ender varios años haciendo el trabajo de un hombre?

Ix saltó del deslizador casi antes de que parase y corrió hacia su hijo para abrazarle. Puede que Ender fuese el gobernador, pero Ix estaba al mando allí, dando instrucciones a los marines sobre dónde aparcar y descargar. Ender autorizó las instrucciones con un guiño, y luego se dedicó a ayudar a los hombres con su tarea. Ya era lo suficientemente alto como para hacer una buena labor, aunque no tanto como dos adultos con entrenamiento de marine. Mientras trabajaban, encontraron temas de conversación y Ender sacó uno en el que había estado pensando la mayor parte del viaje.

—De un mundo como éste —dijo Ender—, casi lamentas volver a irte, ¿no?

—Yo no —dijo uno de los hombres—. Todo está muy sucio. ¡Prefiero la vida a bordo y la mala comida!

Pero el otro no dijo nada. Se limitó a dirigir una mirada a Ender para luego apartar la vista. Así que se lo estaba pensando. Quedarse. Sería algo que Ender tendría que negociar con Morgan. Iba a lamentar que su forma de parar los pies a Morgan le impidiera encontrar la forma de que algunos miembros de la tripulación se quedasen. Aun así, había tiempo para encontrar el método. Para llegar a un acuerdo... porque había al menos unos cuantos de la generación joven nacida en Shakespeare que ansiaban salir de aquel lugar, de su diminuto poblado, y ver

el mundo. Era la antigua tradición del mar. Y del circo. Pierdes a algunos miembros en cada puerto o ciudad, pero ganas algunos otros de pies inquietos y ojos soñadores.

De la cueva salió un anciano al que le llevó más que un poco estirarse después de haber estado dentro. Habló un momento con Po e Ix, y luego, mientras ellos entraban en la cueva tirando de un trineo cargado de raíces y fruta (un trineo que Ix se había asegurado de cargar en un deslizador), Sel Menach se volvió para mirar a Ender por primera vez.

—Ender Wiggin —dijo.

—Sel Menach —dijo Ender—. Po dice que dentro hay un gusano gigantesco.

Sel miró a los marines, que tenían las manos en las armas.

—No hacen falta armas. No es que hablemos con esas cosas, pero comprenden imágenes rudimentarias.

—¿Cosas? —preguntó Ender.

—Llegaron dos más mientras alimentábamos a la primera. No sé si son suficientes para sostener a una población, pero es mejor que encontrarse con una especie de la que sólo queda un ejemplar. O ninguno.

—«Formicoide» es una palabra que se ha repetido —dijo Ender.

—No puedo estar seguro hasta que no analicemos el material genético —dijo Sel—. Si realmente fuesen insectores, estarían muertos. Los cuerpos adultos tienen caparazón; no tienen pelaje, ni endoesqueleto. Es posible que estén menos cerca de los insectores que los lémures de nosotros... o tan cerca como un chimpancé. Pero Ender —dijo Sel con los ojos relucientes—. He hablado con ella. No, le he «pensado». Le he ofrecido imágenes y ha respondido. Y me ha enviado una. Me ha mostrado cómo podía llevarme por el túnel.

Ender miró la ropa rota de Sel.

—Un paseo duro.

—La carretera es dura —dijo Sel—. El paseo ha estado bien.

—Sabes que vine aquí por los insectores —dijo Ender.

—Yo también —dijo Sel, sonriendo—. Para matarlos.

—Pero ahora para comprenderlos —dijo Ender.

—Creo que aquí hemos encontrado una clave. Quizá no abra todas las puertas, pero algo abrirá. —Le pasó el brazo por los hombros y lo apartó de los demás. A Ender habitualmente le disgustaba ese gesto... así era como un hombre dejaba clara su superioridad sobre otro. Pero en el caso de Sel no era así. Era más bien una afirmación de camaradería, incluso de conspiración—. Sé que no podemos hablar abiertamente —dijo Sel—, pero dímelo directamente. ¿Eres gobernador o no?

—De hecho y de nombre —dijo Ender—. Hemos sorteado la amenaza y ha vuelto a la nave, cooperando, como si tal hubiese sido siempre su intención.

—Quizá lo fuese —dijo Sel.

Ender rio.

—Y quizás antes de que termine el día esa larva nos enseñe algo de análisis matemático.

—Me alegraré si sabe contar hasta cinco.

Más tarde, después de anochecer, cuando los hombres se sentaron alrededor del fuego para comer la comida recién hecha y que se estropeaba con facilidad que la madre de Po había enviado para la cena, Sel se mostró hablador, rebotante de elucubraciones, lleno de esperanza.

—Esas criaturas metabolizan oro y lo almacenan en el caparazón. Quizá lo hagan también con el metal de la mina, o quizá tuviesen subespecies distintas para los metales que necesitaban. Quizás ésta no sea la única población con supervivientes. Quizá podamos dar con mineros de hierro, mineros de cobre, estaño, plata, aluminio, lo que nos haga falta. Pero si este grupo es una muestra media, entonces encontraremos algunos grupos extintos y otros cuya población será mayor. Sería demasiado extravagante que éste resultase ser el único grupo superviviente del planeta.

—Lo haremos de inmediato —dijo Ender—. Mientras todavía tengamos marines de la nave para ayudarnos en la búsqueda. Y pueden llevar consigo a... colonos, para que aprendan a manejar los deslizadores como expertos antes de la partida de la nave.

Ix rió.

—Has estado a punto de decir «nativos» en lugar de «colonos».

—Sí —admitió Ender con tranquilidad—. Así es.

—Da igual —dijo Ix—. Los insectores tampoco evolucionaron aquí. Así que «nativo» simplemente significa «nacido aquí», y eso es aplicable a Po y a mí... a todos excepto a los miembros de la generación de Sel. Nativos y recién llegados, pero en la siguiente generación todos serán nativos.

—Entonces, ¿crees que ésa es la palabra que deberíamos utilizar?

—Nativos shakesperianos —dijo Ix—. Eso somos.

—Espero que no tengamos que hacer alguna ceremonia de sangre o de iniciación para ser aceptados en la tribu.

—No —dijo Ix—. Los hombres blancos que traen deslizadores son siempre bien recibidos.

—Que yo sea blanco no significa... —Luego Ender vio las chispitas en los ojos de Ix y sonrió—. Estoy demasiado deseoso de no ofender —dijo Ender—. Tanto que me ofendo enseguida.

—Con el tiempo te acostumbrarás a nuestro sentido del humor maya —dijo Ix.

—No, no te acostumbrarás —dijo Sel—. Al menos, nadie ha logrado acostumbrarse.

—Todos menos tú, viejo —dijo Ix.

Sel se rió con los demás y luego la conversación tomó por otros derroteros. Los marines describieron su entrenamiento y hablaron de cómo había sido la vida en la Tierra y en la sociedad de alta tecnología que se movía por el Sistema Solar.

Ender se dio cuenta de que Sel tenía la mirada perdida y lo malinterpretó. Mientras se preparaban para dormir, Ender dedicó un momento a preguntarle:

—¿Alguna vez piensas en volver? ¿A casa? ¿A la Tierra?

Sel se estremeció visiblemente.

—¡No! ¿Qué haría allí? Aquí es donde tengo a todos y todo lo que me importa. —Volvió a adoptar esa mirada melancólica—. No, simplemente pienso que es una maldita lástima que no diese con este lugar hace treinta, veinte o incluso diez años. He estado demasiado ocupado, con demasiado trabajo en el asentamiento, siempre queriendo hacer el viaje... y si lo hubiese

hecho entonces ahora habría más de ellos con vida y yo tendría más años para participar en la investigación. ¡Una oportunidad perdida, mi joven amigo! No hay vida sin lamentaciones.

—Pero te alegras de haberlos encontrado ahora.

—Sí —dijo Sel—. Todo el mundo pierde algo y encuentra otra cosa. Esto es algo que he ayudado a encontrar. Sin un minuto que perder. —Sonrió—. Me he dado cuenta... No sé si importa, pero la larva no se había comido el bicho dorado que encontramos, el que seguía vivo. Y esas larvas son voraces.

—¿Sólo comen carroña? —preguntó Ender.

—No, no, atacaron a las tortugas sin problemas. No eran tortugas de la Tierra, simplemente las llamamos así. Les gusta la carne viva. Pero comer los bichos dorados, eso era canibalismo, ¿comprendes? Ésa era la generación de sus padres. Los comían porque no había nada más. Pero esperaban a que muriesen. ¿Entiendes?

Ender asintió. Comprendía perfectamente. Un respeto rudimentario por los vivos. Por los derechos de los demás. Fueran lo que fuesen esos bichos dorados, no eran simples animales. No eran insectores, pero quizá diesen a Ender la oportunidad de adentrarse en la mente insectora, al menos con un grado de separación.

Capítulo 17

Para: MinCol@MinCol.gob

De: Gob%ShakespeareCol@MinCol.gob

Asunto: Hagamos una revolución muy tranquila

Estimado Hyrum:

Me han recibido calurosamente como gobernador, especialmente debido a tu intervención a larga distancia, así como al entusiasmo de los nativos.

Seguimos trayendo colonos de la nave tan rápido como podemos construirles alojamientos. Vamos a dividirnos en cuatro asentamientos: el original, Miranda; Falstaff, Polonio y Mercucio. Hubo bastante entusiasmo por un pueblo que se llamara Calibán, pero se esfumó en cuanto la gente se imaginó la futura escuela y cuál podría ser su mascota.

Comprendes, por supuesto, que en las colonias que haya autogobierno local es inevitable, y cuanto antes sea mejor. Por buenas intenciones que tengáis, por vital que siga siendo que la Tierra pague los gastos astronómicos (y el juego de palabras es intencionado) del viaje estelar con la lejana esperanza de que acabe reportando beneficios, de ninguna manera la F.I. podría forzar a una población a aceptar a un gobernador indeseado... no por mucho tiempo.

Es mucho mejor que las naves de la F.I. lleguen como embajadoras, para promover el comercio y las buenas relaciones y para traer colonos y suministros que compensen la carga que representan para la economía local.

Como prueba de buena voluntad, tengo la intención de servir dos años como gobernador, periodo en el cual patrocinaré la redacción de una Constitución. La presentaremos al MinCol, no para su aprobación (si nos gusta, será nuestra Constitución), sino para que estime si el MinCol puede recomendar Shakespeare como destino para los colonos. Ahí radica vuestro poder: en vuestra capacidad para decidir si un colono puede unirse o no a una colonia existente.

Y quizás una comisión reguladora podría reunirse por ansible, con un representante y un voto por colonia y certificar que las demás son socias comerciales valiosas. De tal forma, una colonia que establezca un gobierno intolerable puede ser apartada y dejada de lado del comercio y los nuevos colonos... pero nadie cometerá la tontería de intentar declarar la guerra (otra palabra para imponer una política) a un asentamiento que llevaría media vida alcanzar.

¿Esta carta constituye una declaración de independencia? No una muy excelsa. Más bien afirma que somos independientes lo hagamos oficial o no. Esta gente ha sobrevivido cuarenta años totalmente sola. Se alegran de haber recibido los suministros y los nuevos genes (plantas, animales y personas), pero no eran imprescindibles.

En cierta forma, cada una de estas colonias es un híbrido: humana en genes y cultura, pero insectora en infraestructura. Los insectores construían bien; no nos hace falta despejar tierra o buscar agua y procesarla, y el sistema de alcantarillado parece construido para durar una eternidad. ¡Un buen monumento! Todavía nos sirven llevándose nuestros excrementos. Debido a lo que los insectores prepararon y los

buenos científicos como Sel Menach lograron en las colonias, la F.I. y el MinCol no poseen el poder que podrían haber tenido.

Digo todo esto esperando sinceramente que finalmente podamos llegar al punto en que toda colonia reciba una visita anual. No durante tu vida o la mía, probablemente, pero tal debería ser nuestra meta.

Aunque si la historia nos sirve de guía, dentro de cincuenta años tal ambición resultará absurdamente modesta, porque posiblemente lleguen y partan naves cada seis meses, cada mes o cada semana del año. Que los dos vivamos para verlo.

ANDREW

Es imposible prever los caprichos de los niños. Cuando Alessandra era pequeña, Dorabella simplemente se reía de las cosas extrañas que pretendía hacer. Cuando Alessandra tenía ya edad para hablar, sus preguntas parecían derivadas de procesos mentales tan aleatorios que Dorabella sospechaba hasta cierto punto que su hija le había sido enviada realmente por las hadas.

Cuando van a la escuela, los niños tienden a volverse más razonables. No era cosa de los profesores ni de los padres, sino de los otros niños, que ridiculizaban o hacían el vacío a un niño cuyos actos o palabras no se ajustasen a su estándar de normalidad.

A pesar de ello, Alessandra nunca había dejado de dar sorpresas absolutas y, con el pobre Quincy tan frustrado por el modo en que Ender le había superado en las maniobras burocráticas, escogió precisamente aquel momento para ser muy poco razonable.

—Madre —dijo—, la mayoría de los durmientes ya han despertado y han bajado a Shakespeare, y llevo días con el equipaje preparado. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Equipaje? —dijo Dorabella—. Pensaba que te había dado un ataque de limpieza. Iba a pedir a los médicos que comprobasen si tenías alguna enfermedad rara.

—No bromeo, madre. Firmamos para ir a la colonia. Estamos en la colonia. Basta con un viaje en transbordador. Tenemos un contrato.

Dorabella rió. Pero la chica no se iba a dejar convencer tan fácilmente.

—Querida hija mía —dijo Dorabella—. Ahora estoy casada. Casada con el almirante que capitanea esta nave. Cuando la nave se va, él se va. El se va, yo me voy. Yo me voy, tú te vas.

Alessandra se quedó inmóvil, totalmente en silencio. Parecía dispuesta a discutir.

Pero no discutió.

—Vale, madre. Así que pasaremos unos cuantos años más viviendo en la limpieza del interior.

—Mi querido Quincy me cuenta que el próximo destino es otra colonia que no está tan lejos de aquí como la Tierra. No serán más que unos meses de vuelo.

—Pero tediosos para mí —dijo Alessandra—. Toda la gente interesante se ha ido.

—Te refieres, por supuesto, a Ender Wiggin —dijo Dorabella—. La verdad es que esperaba que lograses atraer a ese joven con futuro. Pero aparentemente decidió dejarnos de lado.

Alessandra la miró confusa.

—¿A nosotras? —dijo.

—Es un chico muy listo. Sabía que obligando a mi querido Quincy a abandonar Shakespeare también nos expulsaba a ti y a mí.

—No se me había ocurrido —dijo Alessandra—. Vaya, entonces estoy muy enfadada con él.

Dorabella lo comprendió de pronto. Alessandra se lo estaba tomando demasiado bien. No era propio de ella. Y esa ligera petulancia infantil con Ender Wiggin era casi una parodia de la forma de hablar deliberadamente infantil de Dorabella.

—¿Qué tramas? —le preguntó.

—¿Tramar? ¿Cómo podría tramar nada si la tripulación está tan ocupada y los marines se encuentran todos en el planeta?

—Estás planeando tomar un transbordador sin permiso y llegar a la superficie del planeta sin que yo me entere.

Alessandra miró a Dorabella como si hubiera perdido el juicio. Pero como ésa era su expresión normal, Dorabella esperaba que le mintiera, y su hija no la decepcionó.

—Claro que no —dijo Alessandra—. Esperaba contar con tu permiso.

—Bien, no te lo doy.

—Hemos hecho un largo viaje, madre. —Lo dijo con petulancia, por lo que tal vez estuviera siendo sincera—. Al menos quiero hacer una visita. Quiero decir adiós a todos los amigos del viaje. Quiero ver el cielo. ¡Hace dos años que no veo el cielo!

—Has estado en el cielo —dijo Dorabella.

—Oh, qué respuesta tan ingeniosa —dijo Alessandra—. Hace que mi deseo de ver el exterior desaparezca por completo... mira. Así de rápido.

Ahora que Alessandra lo mencionaba, Dorabella comprendió que también ella ansiaba un poco caminar al aire libre. El gimnasio de la nave siempre estaba lleno de marines y miembros de la tripulación, y aunque se les exigía caminar cierto número de minutos en la cinta cada día, aquello no la hacía sentirse como si realmente hubiese ido a alguna parte.

—No es descabellado —dijo Dorabella.

—Estás de broma —dijo Alessandra.

—¿Qué pasa, no lo consideras razonable?

—No creía que tú fueses a considerarlo razonable.

—Eso me duele —dijo Dorabella—. Yo también soy un ser humano. Ansío ver nubes en el cielo. Aquí hay nubes, ¿no?

—¿Cómo voy a saberlo yo, madre?

—Iremos juntas —dijo Dorabella—. Madre e hija nos despediremos de los amigos. No llegamos a hacerlo al dejar Monopoli.

—No teníamos amigos —dijo Alessandra.

—Vaya si los teníamos, y debieron considerarnos muy maleducadas por irnos sin ellos.

—Estoy seguro de que lo lamentan todos los días. «¿Qué habrá sido de esa chica tan maleducada, Alessandra, que se fue sin decir adiós... hace cuarenta años}»

Dorabella rió. Alessandra tenía un ingenio afilado.

—Ésa ha sido la lista de mi hija feérica. Titania no te hace sombra en lo que a sarcasmo se refiere.

—Ojalá que después de La fierecilla domada hubieses dejado de leer a Shakespeare.

—Llevo toda la vida viviendo sin saberlo en El sueño de una noche de verano —dijo Dorabella—. Para mí leerlo fue como llegar a casa, no el hecho de alcanzar un planeta extraño.

—Bien, yo vivo en La tempestad —dijo Alessandra—. Atrapada en una isla y desesperada por salir.

Dorabella volvió a reír.

—Le pediré a tu padre que nos deje bajar en uno de los transbordadores y volver en otro. ¿Qué te parece?

—Excelente. Gracias, madre.

—Espera un momento—dijo Dorabella.

—¿Qué pasa?

—Has aceptado con demasiada rapidez. ¿Qué tramas? ¿Crees que podrás perderte en los bosques y esconderte hasta que yo me vaya sin ti? Eso no pasará jamás, mi niña. Yo no me iré sin ti, y Quincy no se irá sin mí. Si intentas huir, los marines te seguirán, te encontrarán y te arrastrarán de vuelta conmigo. ¿Comprendes?

—Madre —dijo Alessandra—, me escapé por última vez a los seis años.

—Querida, te escapaste apenas unas semanas antes de que nos fuésemos de Monopoli. Cuando hiciste novillos y te fuiste a ver a tu abuela.

—Eso no fue escapar —dijo Alessandra—. Regresé.

—Sólo porque descubriste que tu abuela era la viuda de Satanás.

—No sabía que el diablo hubiese muerto.

—Se casó con ella, ¿crees que no iba a suicidarse?

Alessandra rió. Así se hacía: imponías la ley, pero luego los hacías reír y sentirse felices de obedecerte.

—Visitaremos Shakespeare y volveremos a casa, a la nave. Ahora esta nave es nuestro hogar. No lo olvides.

—Claro que no —dijo Alessandra—. Pero mamá.

—¿Querida hija de las hadas?

—Él no es mi padre.

A Dorabella le llevó un momento comprender a qué se refería.

—¿Quién no es tu qué?

—El almirante Morgan —dijo Alessandra—. No es mi padre.

—Yo soy tu madre. Él es mi esposo. ¿En qué crees que te convierte eso, en su sobrina?

—No. Es. Mi Padre.

—Oh, eso me entristece —dijo Dorabella—. Yo que creía que te alegrabas por mí.

—Me alegro mucho por ti —dijo Alessandra—. Pero mi padre fue un hombre real, no el rey de las hadas, y no se perdió bailando un día en el bosque: murió. Cualquiera con quien te cases será tu esposo, pero no será mi padre.

—Yo no me he casado con cualquiera, me casé con un hombre maravilloso con el que tendré más hijos, así que si le rechazas como padre, no le faltarán herederos a los que legar su fortuna.

—No quiero su fortuna.

—Entonces, mejor será que te cases con un rico —dijo Dorabella—, porque no querrás criar a tus hijos en la pobreza como hice yo.

—Simplemente no digas que es mi padre —dijo Alessandra.

—Tendrás que llamarle de alguna forma, y yo también. Sé razonable, querida.

—Entonces le llamaré Próspero —dijo Alessandra—, porque eso es.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Un extraño poderoso que nos controla por completo. Tú eres Ariel, la delicada mujer que ama a su amo. Yo soy Calibán. Sólo quiero la libertad.

—Eres una adolescente. Ya se te pasará.

—Nunca.

—La libertad no existe —dijo Dorabella, impacientándose—. Pero, en ocasiones, tienes la posibilidad de elegir a tus amos.

—Muy bien, madre. Tú escogiste a tu amo. Pero yo no he escogido al mío.

—Todavía crees que el chico Wiggin te tiene en cuenta.

—Sé que lo hace, pero no pongo mis esperanzas en él.

—Te ofreciste a él, mi niña, y te rechazó por completo. Fue muy humillante, aunque no te dices cuenta.

El rostro de Alessandra enrojeció un poco y caminó hacia la puerta del camarote. Luego se volvió, con el rostro lleno de furia y dolor genuinos.

—Lo viste —dijo—. ¡Quincy lo grabó y tú miraste!

—Claro que lo hice —dijo Dorabella—. De no haberlo hecho yo, lo habría hecho él o un miembro de la tripulación. ¿Crees que quería que mirasen tu cuerpo con deseo?

—Me enviaste a Ender esperando que me desnudase para él, y sabías que lo grababan, y lo viste. Me viste.

—No te desnudaste, ¿verdad? ¿Y qué si lo hubieses hecho? Durante los años que pasé limpiándote el culo vi tu cuerpo desnudo desde ángulos que ni se te han ocurrido.

—Te odio, madre.

—Me amas, porque siempre cuida de ti.

—Y Ender no me humilló. Ni me rechazó. Te rechazó a ti. ¡Rechazó la forma en que tú me hiciste actuar!

—¿Qué ha sido del «¡Oh, gracias, madre! Ahora tendré al hombre que quiero»?

—Nunca he dicho eso.

—Me diste las gracias, reíste y volviste a darme la gracias. Allí te quedaste, inmóvil, y me dejaste arreglarte como una puta para atraerle. ¿En qué momento te obligué a hacer algo contra tu voluntad?

—Me dijiste lo que debía hacer si quería que Ender me amase. ¡Sólo que un hombre como Ender no pica con esos trucos!

—¿Un hombre? Querrás decir un niño. Probablemente no picó con ese «truco» porque todavía no ha alcanzado la madurez sexual. Si es que es heterosexual.

—Fíjate en lo que dices, madre —dijo Alessandra—. Ender empieza siendo el comienzo y el final del mundo, la mejor oportunidad que tendré jamás de conseguir a un gran hombre. Un momento después, es un niño pequeño y homosexual que me humilló. Le juzgas según te conviene.

—No, mi niña. Según le conviene a mi niñita.

—Bien, no me conviene —dijo Alessandra.

—Ahí quería llegar —dijo Dorabella—. Y, sin embargo, me has insultado por decirlo. Decídetes, mi pequeña Calibán. —Luego Dorabella, sin pretenderlo, se echó a reír, y también Alessandra. La chica estaba tan furiosa consigo misma por reírse, o con Dorabella por hacerla reír, que huyó de allí cerrando de un portazo. O intentándolo... el sistema neumático se activó y cerró suavemente.

Pobre Alessandra. Nada le salía como ella quería.

Bienvenida al mundo real, hija mía. Algún día comprenderás que hacer que el querido Quincy se enamore de mí fue lo mejor que pude haber hecho por ti. Porque todo lo hago por ti. Y lo único que pido es que tú cumplas con tu parte y aproveches las oportunidades que te ofrezco.

* * *

Valentine entró con normalidad en la sala, perfectamente tranquila. Pero estaba tan disgustada con Ender que apenas podía contenerse. El chico estaba tan ocupado estando «disponible» para todos los nuevos y antiguos colonos, respondiendo preguntas, hablando de detalles que era imposible que recordara de entrevistas de media hora celebradas dos años antes, cuando estaba tan cansado que apenas podía hablar. Pero cuando alguien con quien mantenía una verdadera relación íntima iba en su busca, no había forma de dar con él.

Era igual que su método para negarse a escribirles a sus padres. Bien, no se había negado. Siempre había prometido hacerlo. Sólo que jamás lo hacía.

Durante los dos últimos años le había prometido (dándoselo a entender, no con palabras) que si la pobre joven Toscano se enamoraba de él no la rechazaría. Ahora ella y su madre habían venido al planeta a echar un «vistazo». Era más que evidente que la chica sólo aspiraba a ver una cosa: a Ender Wiggin. Y él no aparecía por ninguna parte.

Valentine estaba harta. Sí, el chico podía ser audaz y valiente, menos cuando había algo emocionalmente duro que no se veía ineludiblemente obligado a hacer. Podía dar esquinazo a la chica, quizá pensase que con eso el mensaje estaba claro, pero le debía unas palabras. Le debía al menos un adiós. No hacía falta que fuese cariñoso, pero debía afrontarlo.

Al fin dio con él en la sala de ansible de XB, escribiendo... probablemente una carta a Graff o algo igualmente irrelevante para la vida en el nuevo mundo.

—El hecho de que estés aquí —dijo Valentine— te deja sin ninguna excusa.

Ender la miró, aparentemente confundido. Bien, a lo mejor no fingía... a lo mejor se había olvidado de la chica tan completamente que no tenía ni idea de a qué se refería Valentine.

—Estás mirando su correo. Eso significa que tienes el registro de pasajeros de este transbordador.

—Ya he hablado con los nuevos colonos.

—Excepto con uno.

Ender alzó una ceja.

—Alessandra ya no es una colona.

—Te está buscando.

—Podría preguntarle a cualquiera dónde estoy y se lo dirían. No es un secreto.

—No puede preguntarlo.

—Bien, entonces, ¿cómo espera encontrarme?

—No finjas. No soy tan estúpida como para pensar que eres estúpido, aunque actúes tan estúpidamente.

—Oh, comprendo lo relativo a la estupidez. ¿Puedes ser más concreta?

—Extremadamente estúpido.

—No en el grado, querida hermana.

—Emocionalmente insensible.

—Valentine —dijo Ender—, ¿se te ha ocurrido pensar que sé lo que estoy haciendo? ¿Puedes tener un poquito de fe en mí?

—Creo que estás evitando una confrontación emocionalmente difícil.

—Entonces, ¿por qué no me escondo de ti?

No supo si molestarle aún más porque él le hubiese devuelto la pelota o si sentirse un poco aliviada de que Ender considerase que una confrontación con ella era emotiva. Valentine no estaba segura de haber tenido suficiente ascendencia sobre Ender como para que sus confrontaciones fuesen emotivas... al menos, para él.

Ender miró la hora en la pantalla del ordenador y suspiró.

—Bien, tu sentido de la oportunidad es, como siempre, impecable, incluso si no lo entiendes.

—Entendería algo si me lo explicases —dijo Valentine.

Ahora Ender estaba de pie, y para su sorpresa, sí que era más alto que ella. Se había dado cuenta de que crecía, pero no de que la había superado. Y no era que llevase zapatos de suela gruesa... no llevaba zapatos.

—Val —dijo en voz baja—. Si analizases lo que digo y hago, tendrías claro lo que está pasando. Pero no lo analizas. Ves algo que no te parece bien y te saltas toda la parte de pensar y pasas directamente a «Ender se está equivocando y debo hacer lo posible por impedirlo».

—¡Pienso! ¡Analizo!

—Lo analizas todo y a todos. Es lo que hace que tu historia de la Escuela de Batalla resulte tan maravillosa y sincera.

—¿La has leído?

—Me la diste hace tres días. Claro que la he leído.

—No has dicho nada.

—Ésta es la primera vez que te veo desde que la terminé. Val, piensa, por favor.

—¡No seas condescendiente conmigo!

—Sentirte tratada con condescendencia no es pensar —dijo él, al fin irritado. Valentine se sintió un poco mejor—. No me juzgues hasta que no me comprendas. No puedes comprenderme si ya me has juzgado. Crees que he tratado mal a Alessandra, pero no es así. La he tratado extremadamente bien. Estoy a punto de salvarle la vida. Pero tú no puedes confiar en que yo haga lo correcto. Ni siquiera te molestas en pensar qué es lo correcto antes de decidir que no lo estoy haciendo.

—¿Qué es eso que haces que yo creo que no haces ? Esa chica suspira por ti...

—Eso son sus sentimientos, no sus necesidades. No es lo que realmente le conviene. Crees que el peor peligro al que se enfrenta es que hieran sus sentimientos.

Valentine sintió cómo se le pasaba la furia. ¿De qué peligro hablaba? ¿Qué necesidades tenía Alessandra más allá de la necesidad de Ender? ¿Qué se le había pasado a Valentine?

Ender la abrazó y luego salió de la sala, del edificio. Valentine se vio obligada a seguirle.

Ender se movió con rapidez por la plaza de hierba del complejo de ciencias... en realidad, cuatro estructuras de un piso donde un puñado de científicos se dedicaban a la biología y la tecnología que mantenían en funcionamiento la colonia. Pero con los recién llegados de la nave, las casas estaban repletas de gente y Ender había pedido a los capataces que cambiasen sus prioridades y levantasen edificios científicos adicionales. El ruido de la construcción del edificio no era ensordecedor, porque había pocas herramientas automáticas. Pero las instrucciones a gritos, los avisos de peligro, el golpeteo de hachas y martillos formaba en su conjunto un buen estruendo. El sonido del cambio deliberado y bien recibido.

¿Sabía realmente Ender dónde estarían exactamente las Toscano? Desde luego caminó directamente hacia ese lugar. Y ahora que Valentine lo pensaba (lo analizaba, sí, Ender) comprendió que su hermano debía haber estado esperando hasta el final de su visita, hasta que el transbordador estuviese cargado para el viaje de vuelta. No sería el último, pero sí el último que no iría lleno de marines y miembros de la tripulación. Era el último transbordador con sitio para pasajeros no esenciales.

Aun así, ha sido arriesgarse mucho. Alessandra de pie, con expresión de desamparo, al pie de la rampa, con su madre tirándole de la manga, instándola a entrar en el transbordador. Luego vio a Ender acercarse y se soltó de su madre, corriendo hacia él. ¿La pobrecita podía expresarlo con más claridad?

Echó los brazos alrededor del cuello de Ender, y éste, había que reconocérselo, la abrazó con ganas. A Valentine le sorprendió ver cómo la agarraba, hundiendo la cara en su hombro con auténtico afecto. ¿Qué quería expresar con ese gesto? ¿Qué pensaría la chica que significaba? Ender, ¿en serio eres tan insensible?

* * *

Cuando ella prácticamente le saltó a los brazos, Ender dio un paso atrás para compensar el impulso súbito; pero se aseguró de acercarle la boca a la oreja.

—Dieciséis es edad suficiente para unirse a la colonia sin permiso paterno.

Alessandra se apartó de él, mirándole inquisitivamente a los ojos.

—No —dijo Ender—. No pasará nada entre nosotros. No te estoy pidiendo que te quedes conmigo.

—Entonces, ¿por qué ibas a pedirme que me quede?

—No lo he hecho —dijo Ender—. Te estoy diciendo cómo hacerlo. Ahora mismo, aquí mismo, puedo librarte de tu madre. No para ocupar yo su lugar, no para tomar yo el control de tu vida, sino para dejar que tú tomes el control. La pregunta es si tú quieres.

Los ojos de Alessandra se llenaron de lágrimas.

—¿No me amas?

—Me importas —dijo Ender—. Eres una buena persona que no ha tenido jamás ni un momento de libertad. Tu madre controla tus idas y venidas. Teje historias a tu alrededor y con el tiempo tú siempre te las crees y haces lo que ella quiere. Apenas sabes qué quieres. Aquí, en Shakespeare, lo descubrirás. Allá arriba, con tu madre y el almirante Morgan, me pregunto si llegarás a saberlo.

Ella asintió, comprendiendo.

—Sé lo que quiero. Quiero quedarme.

—Entonces, quédate —dijo Ender.

—Díselo tú —dijo Alessandra—. Por favor.

—No.

—Si yo hablo con ella, dará con una razón para decirme que soy una estúpida.

—No la creas.

—Me hará sentirme culpable. Como si realmente estuviese cometiendo un acto odioso contra ella.

—No es así. En cierto modo, a ella también la estás liberando. Podrá tener los hijos de Morgan sin preocuparse por ti.

—¿Lo sabes? ¿Sabes que va a tener hijos con él?

Ender suspiró.

—Ahora no tenemos tiempo de hablar de eso. Tu madre se acerca porque el transbordador debe irse y espera que estés a bordo. Si decides quedarte, yo te apoyaré. Si te vas voluntariamente con ella, no levantaré la mano para ayudarte.

Ender se apartó justo cuando llegaba Dorabella.

* * *

—Veo lo que hace —dijo madre—. Te promete todo lo que quieres, simplemente para que te quedes y te conviertas en su juguete.

—Madre —dijo Alessandra—, no sabes de qué hablas.

—Sé que lo que te haya prometido es mentira. No te ama.

—Sé que no me ama —dijo Alessandra—. Él mismo me lo ha dicho.

Fue bastante agradable ver la expresión de sorpresa de madre.

—Entonces, ¿a qué han venido esos abrazos, esa forma de pegar la cara a ti?

—Me susurraba al oído.

—¿Qué te ha dicho?

—Sólo me ha recordado algo que yo ya sabía —dijo Alessandra.

—Cuéntamelo en el transbordador, mi querida princesa de las hadas, porque se impacientan. No quieren llegar tarde y enfurecer a tu padre.

No había pasado ni un día desde que Alessandra le había dicho a su madre que nunca se refiriese a Quincy como su «padre» y ya lo volvía a hacer. Así había sido siempre... Madre decidía cómo debían ser las cosas y nada de lo que hiciese Alessandra la haría cambiar. Era Alessandra la que siempre tenía que cambiar. Al final Alessandra colaboraba en lo que madre quisiese porque le resultaba más cómodo. Madre siempre se aseguraba de que su forma de hacer las cosas fuera la más cómoda.

Sólo la he desafiado a hurtadillas. Cuando no miraba, cuando podía fingir que no lo sabía. Me aterra, aunque no sea un monstruo como mi abuela. O... o quizá lo sea, pero jamás me he enfrentado a ella lo suficiente para descubrirlo.

No tengo que irme con ella. Puedo quedarme.

Pero Ender no me ama. ¿A quién tengo aquí? No tengo verdaderos amigos. A gente que conozco del viaje, pero todos se relacionaban con madre, no conmigo. Hablaban de mí, delante de mí, porque era lo que hacía madre. Cuando me hablaban, era para decir lo que madre prácticamente les había ordenado que dijese. No tengo amigos.

Ender y Valentine son los únicos que me han tratado como a una persona de pleno derecho. Y Ender no me ama.

¿Por qué no me ama? ¿Qué problema tengo? Soy bonita, soy lista. No tan lista como él, o como Valentine, pero nadie es así de listo, ni siquiera en la Tierra. Aquella vez en la nave dijo que me deseaba. Me desea, pero no me ama. Para él no soy más que un cuerpo, una gran nada y, si me quedo aquí, tendré que recordarlo continuamente.

—Mi hadita —dijo madre tirándola de nuevo de la manga—. Ven conmigo. ¡Vamos a ser muy felices juntos viajando entre las estrellas! Tendrás una excelente educación con los oficiales, tu padre ya me lo ha prometido, y cuando llegues a la edad adecuada, estaremos cerca de la Tierra, para que puedas ir a una universidad de verdad y encontrar a un hombre y no a ese niño odioso y egoísta.

En aquel momento su madre casi la arrastraba hacia el transbordador. Así eran siempre las cosas. Madre hacía que pareciese inevitable seguir sus planes. Y la alternativa era siempre muy horrible. Otras personas jamás comprendían a Alessandra como la comprendía madre.

Pero madre no me comprende, pensó Alessandra. No me comprende a mí. Sólo comprende la imagen demencial que se ha hecho de mí. Su hija que las hadas le dejaron.

Alessandra miró atrás por encima del hombro, a Ender. Allí estaba, con el rostro inexpresivo. ¿Cómo lo hace? ¿No tiene sentimientos? ¿No me echará de menos? ¿No me llamará? ¿No me rogará que me quede?

No. Ha dicho que no lo haría. Me lo ha dicho... mi elección... voluntaria.

¿Y acompaño voluntariamente a madre?

Tira de mí, pero no con demasiada fuerza. Me habla a cada paso, y yo avanzo. Como las ratas siguiendo al flautista de Hammelin. La música de su voz me hipnotiza y yo la sigo, y me encuentro... aquí, en la rampa, en dirección al transbordador.

Regresando al lugar donde siempre estaré bajo su control. Una rival para los niños que tenga con Quincy. Al final, una molestia. ¿Y qué sucederá entonces, cuando madre se vuelva contra mí? E incluso si no pasa nunca, simplemente será porque yo estaré cumpliendo todo lo que ella quiera de mí.

Alessandra se detuvo.

La mano de madre se escapó de su brazo... en realidad no la había estado agarrando, o apenas.

—Alessandra —dijo madre—. Veo que le mirabas, pero ¿te das cuenta? Él no te quiere. No te llama. Aquí no hay nada para ti. Pero ahí arriba, entre las estrellas, hay amor. Está la magia del mundo maravilloso que compartimos.

Pero el mundo maravilloso que compartían no era mágico, era una pesadilla que madre llamaba mágica. Y ya había otra persona en ese «mundo maravilloso», alguien con quien madre dormía y con quien tendría bebés.

Madre no me miente a mí, se miente a sí misma. En realidad no quiere que yo esté allí. Ha encontrado una nueva vida propia y, simplemente, finge que nada cambiará. El hecho es que en realidad madre necesita desesperadamente librarse de mí para poder seguir con la felicidad que ha encontrado. Durante dieciséis años he sido el peso que la retenía, que la mantenía pegada al suelo, que le impedía hacer lo que soñaba. Ahora tiene al hombre de sus sueños... bueno, un hombre que puede darle la vida de sus sueños. Y yo soy un obstáculo.

—Madre —dijo Alessandra—. No voy contigo.

—Sí que vendrás.

—Tengo dieciséis años —dijo Alessandra—. Según la ley puedo decidir unirme a una colonia.

—Tonterías.

—Es cierto. Valentine Wiggin se unió a esta colonia cuando sólo tenía quince años. Sus padres no querían, pero lo hizo.

—¿Ésa es la mentira que te contó Valentine? Puede parecer romántico y valiente, pero estarás sola siempre.

—Madre —dijo Alessandra—. Ya estoy sola siempre.

Su madre retrocedió al oír sus palabras.

—Cómo puedes decir eso, mocosa desagradecida —dijo—. Estoy contigo. Nunca estás sola.

—Siempre estoy sola —dijo Alessandra—. Y tú nunca estás conmigo. Tú estás con tu querida hija angelical que te dejaron las hadas. Y ésa no soy yo.

Alessandra se volvió y empezó a bajar la rampa.

Oyó las pisadas de madre. No, sintió vibrar ligeramente la rampa por el impacto de los pies.

Luego notó el empujón, un golpe brutal que la desequilibró por completo.

—¡Ve entonces, puta! —gritó su madre.

Alessandra intentó recuperar el equilibrio, pero la parte superior de su cuerpo se movía mucho más rápido que los pies y se sintió caer hacia delante. La rampa era tan inclinada y la iba a golpear con tal fuerza que no podría agarrarse con las manos...

Pensó todo eso en una fracción de segundo, y luego sintió que la agarraban el brazo desde atrás y, en lugar de golpear la rampa, se balanceó adelante y atrás, y no era su madre quien la había sujetado. Madre seguía a unos pasos de distancia, donde estaba al empujarla. Era el alférez Akbar y su rostro manifestaba tanta preocupación, tanta dulzura...

—¿Estás bien? —dijo, una vez que la tuvo en pie.

—¡Eso! —gritó madre—. Trae de vuelta a esa mocosa desagradecida.

—¿Quieres volver a la nave? —preguntó el alférez Akbar.

—Claro que quiere —dijo madre, que ya estaba junto a Akbar. Alessandra presenció la transformación en el rostro de su madre, que pasó de ser la aulladora que la había llamado puta y mocosa a la dulce reina de las hadas—: Mi querida hija feérica sólo es feliz en compañía de su madre.

—Creo que quiero quedarme —dijo Alessandra en voz baja—. ¿Me dejas ir?

El alférez Akbar se inclinó y le susurró al oído, exactamente igual que Ender.

—Me gustaría poder quedarme aquí contigo —dijo. Luego se puso firme—. Adiós, Alessandra Toscano. Disfruta de una vida feliz en este mundo bueno.

—¡Qué dices! ¡Mi marido te someterá a un consejo de guerra! —Acercándose a Alessandra, tendió hacia ella una mano que era como la mano huesuda de la muerte.

El alférez Akbar la atrapó por la muñeca.

—¡Cómo te atreves! —le siseó Dorabella en la cara—. Has firmado tu sentencia de muerte por motín.

—El almirante Morgan aprobará que haya evitado que su esposa incumpla la ley —dijo el alférez Akbar—. Dará su aprobación a que haya permitido que una colona libre ejerza su derecho a cumplir su contrato y quedarse en la colonia.

Madre pegó la cara a la suya, y Alessandra veía parte de la saliva de madre sobre la boca de Akbar, su nariz, su barbilla y sus mejillas. Pero él no se echó atrás.

—No será por esto, idiota —dijo—. Será por aquella vez que intentaste violarme en una sala oscura de la nave.

Durante un momento, Alessandra se preguntó cuándo había sucedido tal cosa y por qué madre no lo había mencionado en su momento.

Luego lo comprendió: no había sucedido. La intención de madre era simplemente decir que había pasado. Amenazaba al alférez Akbar con una mentira. Y una cosa era segura: madre mentía muy bien. Porque se creía sus propias mentiras.

Pero Akbar se limitó a sonreír.

—La dama Dorabella Morgan olvida algo.

—¿El qué?

—Todo está grabado. —Luego soltó la muñeca de su madre, le dio la vuelta y la empujó suavemente rampa arriba.

Alessandra no pudo evitarlo. Soltó una carcajada corta y aguda.

Dorabella se volvió, furibunda. ¡Se parecía tanto a la abuela!

—La abuela —dijo Alessandra en voz alta—. Pensaba que la habíamos dejado atrás, pero mira por dónde, la trajimos con nosotras.

Era lo más cruel que Alessandra hubiese podido decir, eso estaba claro. Su madre se quedó conmocionada por el dolor. Pero era la pura verdad y Alessandra no lo había dicho para hacer daño a su madre. Simplemente se le había escapado en cuanto lo había comprendido.

—Adiós, madre —dijo—. Ten muchos bebés con el almirante Morgan. Sé feliz todo el tiempo. Deseo que lo seas. Lo espero. —Luego permitió que el alférez Akbar la acompañase rampa abajo.

Ender estaba allí... Se había acercado mientras su madre la distraía y Alessandra no se había dado cuenta. Después de todo, había venido por ella.

Akbar y ella llegaron a la parte inferior de la rampa; se dio cuenta de que Ender no la pisaba.

—Alférez Akbar —dijo Ender—, está confundido con respecto al almirante Morgan. Él la creará, aunque sólo sea para mantener la paz con su esposa.

—Me temo que tiene usted razón —dijo—. Pero ¿qué puedo hacer?

—Puede renunciar a su puesto. Tanto por tiempo real como por tiempo relativista, su periodo de alistamiento ha expirado.

—No puedo renunciar a mitad del viaje —objetó Akbar.

—Pero no está a mitad del viaje —recordó Ender—. Está en un puerto, bajo la autoridad de la Hegemonía encarnada en mí, el gobernador.

—No lo permitirá —aseguró Akbar.

—Sí que lo permitirá —dijo Ender—. Obedecerá la ley, porque es la misma ley que le da autoridad absoluta durante el viaje. Si la viola para ir contra usted, entonces podrían violarla para ir contra él. Lo sabe.

—Y, si no lo sabía —dijo Akbar—, se lo está diciendo ahora mismo.

Sólo entonces comprendió Alessandra que seguían grabando sus palabras.

—Así es —dijo Ender—. Así que no tiene que enfrentarse a las consecuencias de desafiar a la señora Morgan. Actuó usted con total corrección. Aquí, en mi ciudad de Miranda, se le tratará con el respeto que merecen los hombres de su integridad. —Ender se volvió y con un gesto de la mano indicó todo el asentamiento—. Es una ciudad pequeña. Pero mire... es mucho mayor que la nave.

Era cierto. Alessandra lo comprendía por primera vez. Aquel lugar era enorme. Había espacio para alejarse de la gente si no te gustaba. Espacio para tener un lugar propio, para decir cosas que nadie más podría oír, para pensar tus propias ideas.

He tomado la decisión correcta.

El alférez Akbar bajó del extremo de la rampa. También lo hizo Alessandra. En la rampa, su madre gritó algo. Pero Alessandra no logró dar sentido al sonido. No podía oír ni una palabra, aunque seguro que pronunciaba palabras.

No tenía por qué oírlas. No tenía que comprenderlas. Ya no vivía en el mundo de su madre.

Capítulo 18

De: MinCol@MinCol.gob

Para: Gob%ShakespeareCol@MinCol.gob

Asunto: Colonos inesperados

Estimado Ender:

Me alegra saber que todo va bien en la colonia Shakespeare. La integración con éxito de los nuevos colonos no tiene igual en ningún otro lugar, y hemos aceptado la petición del gobernador de la colonia IX de que no les enviemos más colonos o un nuevo gobernador. Es decir, se han declarado todavía más independientes que vosotros. (Mencionaron tu declaración de que Shakespeare no aceptaría a gobernadores externos como el elemento que les impulsó a decidir si querían nuevos colonos, así que en parte es culpa tuya, ¿no crees?)

Por desgracia, su declaración nos llegó cuando una nave con varios miles de colonos, un nuevo gobernador y una cantidad inmensa de suministros ya estaba muy cerca del planeta. Salieron no mucho después que tu nave. Ahora se encuentran a treinta y nueve años luz de casa y han cancelado la fiesta a la que los habían invitado.

Sin embargo, Shakespeare está cerca de la ruta que seguía la nave, y en este momento se encuentra en una posición que nos permitiría sacarla de la velocidad de la luz y hacerla virar tan pronto como sea posible. Llegaría a tu planeta dentro de más o menos un año.

Esos colonos serían unos extraños para vosotros. Tienen su propio gobernador... una vez más, alguien a quien no conoces y de quien nada sabes. Con toda seguridad sería mejor que tuviesen su propio asentamiento, que aceptaran consejo, ayuda médica y suministros de vuestro grupo pero con autogobierno.

Como ya has dividido tu colonia en cinco pueblos, el asentamiento que formen será mayor que cualquiera de los vuestros. Será una integración mucho más difícil que a la llegada de tu nave, y propongo una federación de dos colonias en lugar de una incorporación a la vuestra. O, si lo prefieres, una federación de cinco ciudades... aunque veros superados en una proporción de cuatro a uno por los nuevos colonos en semejante federación acabará provocando sus propias tensiones.

Si me dices que no los envíe, cumpliré tus deseos; puedo mantenerlos en suspenso, incluso poner a gran parte de la tripulación a estasis, hasta que esté listo uno de los planetas que terraformamos.

Pero si hay alguien que pueda adaptarse a esta situación y convencer a su colonia para aceptar a los recién llegados, ése eres tú.

Adjunto toda la información, incluidas biografías y carga.

HYRUM

De: Gob%ShakespeareCol@MinCol.gob

Para: MinCol@MinCol.gob

Asunto: Re: Colonos inesperados

Estimado Hyrum:

Les encontraremos un lugar y tendremos sus edificios listos cuando lleguen. Los instalaremos cerca de una ciudad insectora, para que puedan usar su tecnología y cultivar sus campos, como hicimos nosotros. Nos has dado un año de margen, así que tendremos tiempo para plantar campos y árboles frutales con cultivos locales adaptados para humanos y cultivos de la Tierra modificados genéticamente. La gente de Shakespeare votó a favor y todos reciben el proyecto con entusiasmo. Partiré pronto para buscar un lugar adecuado.

ANDREW

En los once años de la vida de Abra sólo había sucedido algo que importase: la llegada de Ender Wiggin.

Hasta ese momento, sólo existía el trabajo. Se esperaba que los niños realizasen las labores de las que fuesen capaces, y Abra tenía la desgracia de ser hábil con las manos. Antes de ser capaz de formar frases podía deshacer y hacer nudos. Era capaz de comprender el funcionamiento de las máquinas y, cuando tuvo fuerzas para usar herramientas de adulto, fue capaz de arreglarlas o modificarlas. Comprendía el flujo de energía a través de las piezas metálicas. Y por tanto, siempre tenía algún trabajo del que ocuparse, incluso cuando los otros niños jugaban.

Su padre, Ix, se sentía orgulloso de su hijo, así que Abra se sentía orgulloso de sí mismo. Se alegraba de ser un niño al que requerían para realizar tareas adultas. Era mucho más pequeño que su hermano mayor Po, quien había partido con el tío Sel para encontrar a los bichos dorados; pero a él lo habían enviado a improvisar el carrito bajo que la gente usaba para entrar y salir de la cueva, llevar comida a la colonia del bicho y sacar los cadáveres dorados.

Sin embargo, Abra también miraba nostálgico a los niños de su edad (no podía llamarlos amigos, porque pasaba con ellos muy poco tiempo) cuando iban a la charca a nadar, trepaban a un árbol del huerto o se disparaban con armas de madera.

Sólo su madre, Hannah, le comprendía. En ocasiones le animaba a ir con los otros, a abandonar el trabajo que estuviese realizando. Pero era demasiado tarde. Al igual que un pajarito recién nacido tocado por manos humanas, por lo que tenía ya el olor del hombre, Abra estaba marcado por su trabajo con los adultos. Los otros niños no estaban resentidos con él, simplemente no lo consideraban uno de los suyos. De haber intentado ir con ellos, a todos ellos les hubiera parecido tan inapropiado como si un adulto hubiese insistido en jugar a sus juegos. Habría sido un desastre. Sobre todo porque Abra estaba secretamente convencido de que los juegos infantiles se le darían muy mal. Cuando era pequeño e intentaba construir algo con bloques, lloraba si otros niños derribaban sus estructuras. Pero los otros niños aparentemente eran incapaces de comprender por qué construía si no era para luego derribar lo construido.

He aquí lo que la llegada de Ender había significado para Abra:

Ender Wiggin era el gobernador, y sin embargo era joven, de la misma edad que Po. Los adultos le hablaban a Ender como si fuese uno de los suyos. No, como si fuese su superior. Le exponían problemas para que los solucionase. Le presentaban las disputas y aceptaban sus decisiones, prestando atención a sus explicaciones, planteándole preguntas, aceptando su forma de entender las cosas.

Soy como él, pensó Abra. Los adultos me consultan sobre sus máquinas de la misma forma que consultan sus problemas a Ender. Se quedan quietos y prestan atención a mis explicaciones. Hacen lo que les digo que deben hacer para resolver el problema. Él y yo vivimos la misma vida... realmente no somos niños. No tenemos amigos.

Bien, Ender tenía a su hermana, claro, pero Valentine era una reclusa extraña, que se quedaba en casa todo el día, excepto durante el paseo matutino en verano y el paseo vespertino en invierno. Decían que escribía libros. Todos los científicos adultos escribían cosas que enviaban a otros mundos, y luego leían los artículos y libros que recibían. Pero ella no escribía ciencia. Escribía historia. Sobre el pasado. ¿Qué importaba el pasado si en el presente había tanto que hacer y tanto por descubrir? No era posible que a Ender le interesase aquello. Abra no podía imaginar siquiera de qué hablaban. «Hoy he dado permiso a Lo y Amato para divorciarse.» «¿Eso sucedió hace cien años?» «No.» «Entonces no me interesa.»

Abra también tenía hermanos. Po le trataba bien. Todos le trataban bien. Pero no jugaban con él. Jugaban entre sí.

Lo que estaba bien. Abra no quería «jugar». Quería hacer cosas de verdad, que importasen. Obtenía tanto placer de la reparación de máquinas y la construcción de artilugios como ellos de sus juegos, luchas falsas y derribos. Y ahora que su madre decía que ya no tenía que ir a la escuela y no sufriría la humillación constante por no saber leer y escribir, Abra invertía su tiempo libre en seguir a Ender Wiggin a todas partes.

El gobernador Wiggin era consciente de su presencia, porque de vez en cuando hablaba con Abra... en ocasiones le explicaba detalles o también le hacía preguntas. Pero en general dejaba que Abra le siguiese y, si otros adultos que hablaban de asuntos importantes miraban a Abra como si le preguntasen a Ender por qué le acompañaba ese niño, Ender se limitaba a hacer caso omiso de la pregunta silenciosa y pronto todo seguía como si Abra no estuviese presente.

Por tanto, cuando Ender partió en su expedición para buscar un lugar apropiado en el que pudiese aterrizar la nave espacial y fundar otra colonia, nadie puso objeciones a que Abra fuese con él. Pero, eso sí, su padre se molestó en hablar con Abra en privado:

—Es una gran responsabilidad —dijo—. No harás nada peligroso. Si al gobernador le pasa algo, tu primera responsabilidad es informarme por satfono. Estaremos siguiendo vuestra posición y enviaremos ayuda de inmediato. No intentes hacer nada hasta que no lo hayas notificado. ¿Comprendido?

Claro que lo comprendía. Para su padre, Abra simplemente iba de seguro. El consejo de su madre era algo menos pesimista sobre la capacidad de Abra.

—No discutas con él —dijo—. Primero escucha, discute después.

—Por supuesto, mamá.

—Dices «por supuesto» pero no se te da bien escuchar, Abra, siempre crees saber lo que la gente va a decir, y tienes que dejar que lo digan porque a veces te equivocas.

Abra asintió.

—Escucharé a Ender, madre.

Su madre hizo un gesto de exasperación... aunque les gritaba a los otros niños cuando se lo hacían a ella.

—Sí, supongo que lo harás. ¡Sólo Ender es tan sabio como para saber más que mi Abra!

—No creo saberlo todo, mamá. —¿Cómo podía hacerle comprender que sólo se impacientaba con los adultos cuando creían comprender las máquinas y no era así? Por lo demás, él no

hablaba. Pero como habitualmente los adultos creían saber qué había ido mal con una máquina rota, y por lo general se equivocaban, gran parte de sus conversaciones con adultos consistían en corregirlos... o pasar de ellos. No hablaban de otra cosa sino de máquinas, y Abra las conocía mejor que ellos. Pero con Ender casi nunca hablaba de máquinas. Hablaba de todo, y Abra lo asimilaba todo.

—Intentaré evitar que Po se case con Alessandra antes de tu regreso —dijo su madre.

—No me importa —dijo Abra—. No tienen que esperar por mí. No les haré falta la noche de bodas.

—A veces a esa cara tuya le iría bien una bofetada, Abra —dijo su madre—. Pero Ender te aguanta. Ese chico es un santo. Santo André.

—San Ender —dijo Abra.

—Su nombre de pila es Andrew.

—Pero el nombre que le convierte en santo es Ender.

—Mi hijo el teólogo. ¡Y luego dices que no crees saberlo todo! —Su madre sacudió la cabeza, aparentemente molesta con él.

Abra no comprendía cómo empezaban aquellas discusiones, o por qué habitualmente los adultos acababan cabeceando y alejándose de él. El se tomaba las ideas de ellos en serio (excepto sobre las máquinas); ¿por qué no podían corresponderle a él de la misma forma?

Ender le tomaba en serio. E iba a pasar días, quizá semanas, con Ender Wiggin. Ellos dos solos.

Cargaron en el deslizador provisiones para tres semanas, aunque Ender dijo que no creía que fuesen a estar fuera tanto tiempo. Po se pasó por allí para despedirse, con Alessandra pegada como un hongo, y dijo:

—Intenta no ser una molestia, Abra.

—Estás celoso porque me lleva a mí y no a ti —dijo Abra.

Alessandra habló. Aparentemente era un hongo parlante.

—Po no quiere ir a ninguna parte. —Con lo que pretendía decir, por supuesto, que no hubiera podido soportar estar alejado de ella ni un segundo.

Sin embargo, Po se mantuvo inexpresivo, por lo que Abra supo perfectamente que, aunque podía ser que estuviese totalmente colado por esa chica, aun así hubiese preferido ir de viaje con Ender que quedarse con ella. Pero en contra de lo que su madre opinaba de él, Abra no dijo nada. Ni siquiera le hizo un guiño a Po. Mantuvo el rostro tan inexpresivo como el de su hermano. Era la forma que tenían los mayas de reírse de alguien que tenían justo delante sin ser descortesés o iniciar una pelea.

Para Abra el viaje resultó una experiencia extraña. Al principio, claro, simplemente se deslizaron sobre los campos que ya conocían.

Por territorio familiar. Luego siguieron la carretera a Falstaff, que se encontraba al oeste de Miranda; también era territorio conocido, porque la hermana casada de Abra, Alma, vivía allí con su esposo, aquel enorme y estúpido depresivo de Simón, que siempre hacía cosquillas a los niños pequeños hasta que se orinaban encima y luego se reía de ellos por haberse orinado encima como bebés. Abra se sintió aliviado de que Ender sólo parase para saludar al alcalde del pueblo y prosiguieran el viaje sin más retrasos.

La primera noche acamparon en una cañada cubierta de hierba, a resguardo del viento que soplabá. Hubo tormenta, pero ellos se encontraban protegidos dentro de la tienda y sin que Abra tuviese que pedírselo, Ender le contó historias de la Escuela de Batalla y de cómo era el juego en la sala de batalla, y que realmente no era un juego sino entrenamiento y pruebas para el mando.

—Algunas personas nacen para mandar —dijo Ender—. Simplemente piensan de esa forma, quieran o no quieran mandar. Mientras que otras nacen ansiando tener autoridad pero no tienen capacidad de mando. Es muy triste.

—¿Por qué iba a querer alguien hacer algo que no se le da bien? —Abra intentó imaginarse queriendo ser un académico, a pesar de sus problemas para leer. Era absurdo.

—El mando es algo extraño —dijo Ender—. La gente lo percibe pero no tiene ni idea de cómo funciona.

—Lo sé —dijo Abra—. Eso mismo le pasa a la mayoría de la gente con las máquinas. Pero a pesar de todo intentan arreglarlas y empeoran los problemas.

—Así que lo comprendes bien —dijo Ender—. No ven lo que hace un líder, simplemente comprueban que todos respetan a un buen líder y desean esa atención y ese respeto sin comprender que deben ganárselos.

—A ti todos te respetan —dijo Abra.

—Y sin embargo casi no hago nada —dijo Ender—. Debo aprender el trabajo de otras personas lo suficiente para ayudarlas porque no tengo suficiente trabajo propio. Dirigir esta colonia es demasiado fácil para ser un trabajo a tiempo completo.

—Fácil para ti —dijo Abra.

—Supongo —dijo Ender—. Pero claro, incluso cuando me dedico a otros trabajos estoy realizando mi trabajo como gobernador. Porque no dejo de conocer a gente. No puedes ser el líder de personas a las que no conoces o a las que como mínimo comprendes. En la guerra, por ejemplo, si no sabes de lo que son capaces tus soldados, ¿cómo puedes llevarlos a la batalla y esperar tener éxito? Lo mismo vale para el enemigo. Debes conocer al enemigo.

Abra meditó sobre aquello mientras permanecían en la oscuridad de la tienda. Lo pensó durante tanto tiempo que quizás incluso lo soñó un rato; soñó con Ender sentado y hablándole a los insectores (sólo los recién llegados los llamaban insectores) e intercambiando con ellos regalos de Navidad. Pero quizá simplemente se lo imaginó estando despierto, porque estaba despierto cuando susurró:

—¿Es por eso que pasas tanto tiempo con los bichos de oro?

Era como si Ender hubiese estado pensando lo mismo, porque no respondió con una de esas respuestas impacientes de los adultos, como: «¿De qué hablas?» Sabía que Abra todavía se aferraba al hilo de su conversación anterior. De hecho, Ender parecía somnoliento, y Abra se preguntó si no dormía hasta que su voz le había despertado y, aun así, sabía de qué hablaba.

—Sí—dijo Ender—. Comprendí a las reinas colmena lo suficiente para derrotarlas. Pero no lo suficiente como para comprender por qué me lo permitieron.

—¿Te lo permitieron?

—No, lucharon todo lo posible para impedir mi victoria. Pero también se reunieron allí donde yo podía matarlas a todas en una única batalla. Y sabían que tenía un arma capaz de lograrlo. Un arma que ellas comprendían mejor que nosotros, porque la obtuvimos de ellas. Nosotros todavía no comprendemos todos los principios científicos con los que opera. Pero ellas sí. Y a

pesar de ello se reunieron y me esperaron. No lo comprendo. Por tanto... intento comunicarme con las larvas de los bichos de oro. Para hacerme una idea de la forma de pensar de las reinas colmena.

—Po dice que a nadie se le da mejor que a ti.

—¿Eso dice?

—Dice que todos los demás tienen que esforzarse mucho para entrever alguna imagen de la cabeza de los bichos, pero que tú has podido hacerlo desde el principio.

—No me había dado cuenta de que fuese tan poco habitual —dijo Ender.

—Lo comentan cuando tú no estás. Po habla de ello con papá.

—Interesante —dijo Ender. No parecía halagado ni fingir modestia... Ender sinceramente parecía considerar ese talento poco habitual para hablar con los bichos de oro un simple hecho.

Al meditarlo, Abra comprendió que tenía sentido. No debías enorgullecerte de que se te diese bien algo, si así nacías. Era tan estúpido como sentirse orgulloso de tener dos piernas, hablar una lengua o hacer caca.

Como estaba con Ender, Abra se sintió con libertad de decir lo que acababa de pensar, y Ender se rio.

—Exacto, Abra. Algo que consigues esforzándote es una cosa. ¿Por qué no sentirse orgulloso de ello? ¿Por qué no sentirse bien por ello? Pero por algo con lo que naces... simplemente eres así. ¿Te importa si te cito?

Abra no estaba seguro qué significaba eso de citar. ¿Iba a escribir un artículo académico? ¿Una carta?

—Adelante —dijo Abra.

—Bien... entonces se me da extrañamente bien hablar con los bichos dorados —dijo Ender—. No tenía ni idea. Pero no hablo con ellos. Es más bien que ellos me muestran lo que recuerdan y añaden un sentimiento. Como «aquí está mi recuerdo de la comida» y añaden «hambre». O la misma imagen de comida más una sensación de revulsión o miedo, con lo que quieren decir que es venenosa, no me gusta el sabor o... ya comprendes.

—Sin palabras —dijo Abra.

—Exacto.

—Así entiendo yo las máquinas —dijo Abra—. Para explicárselo a la gente debo encontrar palabras, pero cuando lo comprendo, simplemente lo sé. Pero no creo que la máquina me hable. No hay sentimiento.

—Puede que no sea hablar —dijo Ender—, pero eso no quiere decir que no puedas escuchar.

—¡Exacto! ¡Sí! ¡Así es! —Abra casi gritó las palabras. Además tenía los ojos llenos de lágrimas y tampoco sabía por qué. O... sí que lo sabía. Ningún adulto había sabido jamás cómo era.

—Una vez tuve un amigo y creo que él veía las batallas de la misma forma. Yo tenía que pensarlo todo con detalle, la disposición de las fuerzas y demás, pero Bean simplemente las veía. Ni siquiera se daba cuenta de que a los demás les llevaba más tiempo comprender... o que jamás comprendían. Para él simplemente era evidente.

—¿Bean? ¿Eso es un nombre?

—Era huérfano. Era su nombre en la calle. No descubrió su verdadero nombre hasta mucho después, cuando gente que se preocupaba por él investigó para descubrir que había sido secuestrado siendo un embrión y modificado genéticamente para convertirlo en un genio.

—Oh —exclamó Abra—. Por tanto, él no era realmente así.

—No, Abra —dijo Ender—. Realmente somos el producto de nuestros genes. Realmente poseemos cualquier habilidad que nos aporten. Es con lo que empezamos. El hecho de que sus genes fuesen conformados deliberadamente por científicos criminales, no significa que fuesen menos importantes sus genes que los nuestros, que son el resultado de la selección aleatoria de genes de nuestro padre y genes de nuestra madre. Yo también fui creado deliberadamente. No por medio de ciencia ilegal, sino porque mis padres en parte se escogieron mutuamente porque los dos eran muy inteligentes, y luego la Flota Internacional les pidió que tuviesen un tercer hijo porque mi hermano y mi hermana eran genios pero no exactamente lo que la F.I. quería. ¿Significa eso que yo no soy realmente yo? ¿Qué sería yo si mis padres no me hubiesen tenido?

Abra tenía muchas dificultades para seguir el hilo de la conversación. Le daba sueño. Bostezó.

Entonces a Ender se le ocurrió una comparación que Abra comprendió:

—Es como decir, ¿qué sería un compresor de no ser un compresor?

—Eso es una tontería. Es un compresor. Si no fuese un compresor, no sería nada.

—Bien, ahora lo comprendes.

Abra susurró la siguiente pregunta:

—Entonces, ¿eres como mi padre y no crees en las almas?

—No —dijo Ender—. No sé nada sobre las almas. Sólo sé que mientras estamos vivos, en estos cuerpos, sólo podemos hacer lo que nuestro cuerpo puede hacer. Mis padres creen en el alma. He conocido gente que estaba absolutamente convencida. Gente inteligente. Buena gente. Así que el simple hecho de que yo no lo comprenda no significa que esté seguro de que no pueda ser cierto.

—Eso dice papá.

—¿Ves? El cree en el alma.

—Pero mamá habla como... dice que puede mirarme a los ojos y ver mi alma.

—Quizá pueda.

—¿Cómo tú miras una larva de bicho de oro y ves lo que piensa?

—Quizá —dijo Ender—. Pero no veo lo que piensa. Sólo veo lo que envía a mi mente. Yo intento mandar pensamientos a su mente, pero no creo que realmente esté mandando nada. Creo que la capacidad de comunicarse con el pensamiento pertenece por completo a la larva. Lanza cosas a mi mente, y luego toma de mi mente lo que yo le muestro. Pero yo no hago nada.

—Entonces, si no haces nada, ¿cómo puedes ser mejor que otras personas?

—Si es que realmente soy mejor... y recuerda, en realidad tu padre y Po no pueden saber con seguridad que lo soy. Quizá poseo una mente a la que le resulta más fácil acceder al bicho de oro.

—¿Por qué? —preguntó Abra—. ¿Por qué un ser humano nacido en la Tierra iba a tener un cerebro al que un bicho de oro pudiese entrar con más facilidad?

—No lo sé —dijo Ender—. Es una de las cosas que vine a descubrir a este mundo.

—Eso no es cierto —dijo Abra—. ¡No pudiste venir a este mundo a descubrir por qué tu cerebro resultaba de más fácil acceso para los insectores, porque antes de llegar aquí no sabías que tu cerebro pudiera hacer algo así!

Ender rió.

—No toleras el kuso, ¿verdad?

—¿Qué es el kuso?

—«Mierda» —dijo Ender—. «Gilipolleces.»

—¿Me mentías?

—No —dijo Ender—. Ésa es la cuestión. En Eros, cuando luchábamos, tenía sueños. Yo no sabía que luchaba en una guerra, pero lo hacía. Tuve un sueño en el que un montón de insectores me diseccionaban. Sólo que en lugar de abrir mi cuerpo me iban cortando los recuerdos y mostrándolos como hologramas, intentando darles sentido. ¿Por qué tuve ese sueño, Abra? Cuando ganamos la guerra y descubrí que en realidad había estado luchando contra las reinas colmena y no contra una simulación informática o mis profesores, pensé en ese sueño y me hice preguntas. ¿Intentaban ellos comprenderme tan insistentemente como lo intentaba yo? ¿Lo soñé porque en cierta forma yo era consciente de que se metían en mi cabeza y eso me daba miedo?

—Vaya —dijo Abra—. Pero si podían leer tu mente, ¿por qué no te derrotaron?

—Porque mis victorias no estaban en mi mente —dijo Ender—. Eso es lo raro. Yo pensaba en las batallas, sí, pero no las veía como Bean. Yo veía a la gente. A los soldados que comandaba. Sabía lo que esos chicos podían hacer. Así que los colocaba en situaciones en que sus decisiones resultarían cruciales, les decía lo que quería que hiciesen y luego confiaba en que tomaran las decisiones necesarias para lograr mis objetivos. En realidad no sabía lo que harían. Así que meterse en mi cabeza jamás les hubiera revelado a las reinas colmena lo que yo pensaba, porque yo no tenía ningún plan que pudiesen usar contra mí.

—¿Por eso pensabas así? ¿Para que no pudiesen descubrir tus planes?

—Yo no sabía que el juego era real. Todo esto lo pensé después. Al intentar comprender.

—Pero si es cierto, entonces tú siempre te comunicabas con los insectores... con las reinas colmena insectoras.

—No lo sé. Quizás ellas lo intentaban pero no pudieron entender. Estoy seguro de que no me mandaron nada a la mente, o al menos no con tal claridad como para que yo lo comprendiese. ¿Y qué podrían extraer de mis pensamientos? No lo sé. Quizás aquello no llegó a suceder. Quizá sólo lo soñé porque no dejaba de pensar en ellas. ¿Qué haré cuando me enfrente a las reinas colmena de verdad? Si esta simulación fuese una batalla real, ¿cómo pensaría una reina colmena? Esas cosas.

—¿Qué piensa papá? —preguntó Abra—. Es muy listo y ahora sabe más que nadie sobre los bichos de oro.

—No lo he hablado con tu padre.

—Oh —Abra digirió aquello en silencio.

—Abra —dijo Ender—. No se lo he contado a nadie.

—Oh —Abra se sintió anonadado por la confianza de Ender. Se quedó sin habla.

—Vamos a dormir—dijo Ender—. Quiero que estemos despiertos y de camino a primera hora. La nueva colonia tiene que estar a varios días de viaje, incluso yendo en deslizador. Y una vez que demos con la zona general, debo marcar lugares concretos para los edificios, los campos, la pista de aterrizaje para el transbordador y demás.

—Quizás encontremos otra cueva de bichos de oro.

—Quizá —dijo Ender—. O de algún otro metal. Como la cueva de bauxita que encontraste.

—El que todos los bichos de aluminio estuviesen muertos no significa que no vayamos a encontrar otra cueva con bichos vivos, ¿verdad? —dijo Abra.

—Es posible que encontrásemos a los únicos supervivientes —dijo Ender.

—Pero papá dice que lo más probable es lo contrario. Dice que sería demasiada coincidencia que los bichos de oro que más han sobrevivido resulten ser precisamente los que descubrieron el tío Sel y Po.

—Tu padre no es matemático —dijo Ender—. No entiende de probabilidades.

—¿Qué significa eso?

—Sel y Po encontraron la cueva con larvas de oro vivas. Por tanto, la probabilidad de que ellos la encontrasen, en este universo causal, era del cien por cien. Porque sucedió.

—Oh.

—Pero como no sabemos cuántas cuevas de bichos hay, o dónde están situadas, cualquier cálculo sobre nuestras posibilidades de encontrarlas no es de probabilidades... es sólo una suposición. No tenemos datos suficientes para calcular una probabilidad matemática.

—Sabemos que había una segunda —dijo Abra—. Así que no es como si no supiésemos nada.

—Pero con los datos que tenemos, una cueva con bichos de oro vivos y otra con bichos de aluminio muertos, ¿qué conclusión sacarías?

—Que tenemos tantas probabilidades de encontrarlos vivos como de encontrarlos muertos. Eso dice padre.

—Pero en realidad no es cierto —dijo Ender—. Porque en la cueva que encontraron Sel y Po los bichos no prosperaban. Casi habían muerto. Y en la otra cueva, habían muerto. Por tanto, ¿ahora cuáles son las probabilidades?

Abra lo pensó con cuidado.

—No lo sé —dijo—. Depende de lo grande que fuese cada colonia y de si se les ha ocurrido comerse los cuerpos de sus padres como hicieron esos bichos, y quizá de otras cosas que ni siquiera conozco.

—Ahora piensas como un científico —dijo Ender—. Ahora, por favor, piensa como alguien que duerme. Mañana nos espera un largo día.

* * *

Al día siguiente viajaron de sol a sol y a Abra todo empezó a parecerle igual.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —dijo Abra—. Los... insectores cultivaban aquí y les iba bien. Y la pista de aterrizaje podría estar allí.

—Está demasiado cerca —dijo Ender—. No hay espacio suficiente para que los recién llegados desarrollen su propia cultura. Está tan cerca que si sintiesen envidia de Falstaff podrían intentar conquistarla.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Porque son humanos —dijo Ender—. Y, concretamente, porque entonces tendrían gente que sabe todo lo que sabemos y puede hacer todo lo que hacemos.

—Pero aun así seguiría siendo nuestra gente—dijo Abra.

—No por mucho tiempo —dijo Ender—. Ahora que nuestros poblados están separados, los falstaffianos se pondrán a pensar en lo que conviene a Falstaff. Podrían estar resentidos con Miranda porque creen que nos impondremos, y quizá deseen unirse voluntariamente a la nueva gente.

Abra lo meditó durante diez kilómetros.

—¿Qué tendría eso de malo? —dijo.

En esta ocasión fue a Ender al que le llevó un momento pensar antes de responder.

—Ah, que Falstaff se uniese voluntariamente a la nueva gente. Bien, no sé si tendría algo de malo. Sólo sé que lo que quiero que suceda es que todos los poblados, incluido el nuevo, estén tan separados como para desarrollar sus propias tradiciones y su propia cultura, y tan alejados como para que no luchen por los mismos recursos, pero convenientemente cerca para que se den matrimonios entre ellos y comercien. Tengo la esperanza de que haya una distancia perfecta que evite que se peleen entre sí, o al menos que lo evite durante mucho tiempo.

—Siempre que te tengamos como gobernador, da igual, porque ganaríamos —dijo Abra.

—No me importa quién gane —dijo Ender—. Es el hecho de que haya una guerra lo que sería horrible.

—¡No opinabas lo mismo cuando derrotaste a los insectores!

—No —dijo Ender—. Cuando está en juego la supervivencia de la especie humana, no puedes evitar que te importe ganar. Pero si la guerra es entre colonos de este planeta, ¿por qué iba a importarme quién gana? Gane quien gane, habrá muerte, pérdidas, sufrimiento, odio, recuerdos amargos y las semillas de guerras futuras. Y ambos bandos serían humanos, por lo que, pasase lo que pasase, los humanos perderían. Y perderían y no dejarían de perder. Abra, a veces rezo, ¿lo sabías? Porque mis padres rezaban. En ocasiones le hablo a Dios a pesar de que no sé nada sobre Él. Le pido que se acaben las guerras.

—Se han acabado —dijo Abra—. En la Tierra. El Hegemón unificó a toda la humanidad y ya no hay guerra.

—Sí —dijo Ender—. ¿No sería una ridiculez que hubiésemos alcanzado finalmente la paz en la Tierra y nos pusiéramos a guerrear en Shakespeare?

—El Hegemón es tu hermano, ¿no? —preguntó Abra.

—Es el hermano de Valentine —dijo Ender.

—Pero ella es tu hermana —dijo Abra.

—Es hermano de Valentine —repuso Ender, y su rostro se volvió tenebroso y Abra no le preguntó qué pretendía decir.

En el tercer día del viaje, cuando el sol estaba como a dos palmos sobre el horizonte occidental (el tiempo de los relojes no significaba nada allí, ya que los habían fabricado en la Tierra para los días terrestres, y a nadie le parecía bien ninguna de las propuestas para dividir el día de Shakespeare en horas y minutos), Ender detuvo el deslizador en la cresta de una colina que daba a un ancho valle con huertos llenos de maleza y campos con árboles que llevaban creciendo cuarenta años. En algunas de las colinas circundantes había túneles de entrada, y chimeneas que demostraban que allí se había fabricado algo.

—Este lugar parece tan adecuado como cualquiera —sentenció Ender. Y así, de esa forma, se escogió el lugar para la nueva colonia.

Montaron la tienda, Ender preparó la cena y él y Abra fueron juntos al valle y echaron un vistazo a un par de cuevas. No había bichos, claro, ya que aquél no había sido ese tipo de asentamiento, pero había máquinas de un tipo que no habían visto nunca y Abra quiso de inmediato examinarlas, pero Ender dijo:

—Te prometo que serás el primero en echar un vistazo a esas máquinas, pero no ahora. Esta noche no. No es nuestra misión. Debemos distribuir una nueva colonia. Debo decidir dónde irán los campos, la fuente de agua... tenemos que encontrar el sistema de alcantarillado insector, comprobar si podemos poner en marcha su equipo de generadores. Todo lo que hizo la generación de Sel Menach mucho antes de que nacieses. Pero pronto tendremos tiempo para las máquinas insectoras. Y luego, créeme, te dejarán pasar días y semanas con ellas.

Abra quería resistirse, como un niño, pero sabía que Ender tenía razón. Así que aceptó la promesa de Ender y se quedó con él durante el resto del paseo nocturno.

El sol se había puesto antes de que volvieran al campamento... cuando llegaron para dormir sólo había un tenue resplandor en el cielo. En aquella ocasión Ender le pidió a Abra que le contase historias que sus padres le hubiesen contado, las historias mayas de su padre, las historias chinas de su madre y las historias católicas que los dos tenían en común. Abra tardó tanto en contárselas que apenas podía mantener los ojos abiertos. Luego durmieron.

Al día siguiente, Ender y Abra delimitaron campos y dispusieron las calles, registrándolo todo en holomapas, en el escritorio de campo de Ender, que se transmitían automáticamente al ordenador situado en órbita. Ni siquiera era necesario llamar a su padre por satfono, porque recibía automáticamente toda la información y podía ver lo que hacían.

A última hora de esa tarde, Ender suspiró y dijo:

—¿Sabes?, esto es un poco aburrido.

—¿En serio? —dijo Abra, sarcástico.

—Incluso los esclavos tenían de vez en cuando tiempo de descanso.

—¿Quiénes? —Abra temía que fuese algo que se aprendía en la escuela y que él desconocía porque no sabía leer y había dejado de ir al colegio.

—No sabes lo feliz que me hace que no sepas de qué hablo.

Bien, si Ender era feliz, Abra era feliz.

—Durante la próxima hora, digo que hagamos lo que nos apetezca —propuso Ender.

—¿Como qué? —preguntó Abra.

—¿Qué, quieres decir que debo decidir por ti qué te parece divertido?

—¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a ver si se puede nadar en el río.

—Eso es peligroso y no deberías hacerlo solo.

—Si me ahogo, llama a tu padre para que venga a buscarte.

—Podría llevar el deslizador de vuelta a casa, lo sabes.

—Pero no podrías subir a él mi cadáver —dijo Ender.

—¡No hables de morir! —protestó Abra. Pretendía parecer furioso. Pero la voz le tembló y pareció asustado.

—Soy buen nadador —dijo Ender—. Voy a comprobar el agua para asegurarme de que no me pondré enfermo y sólo nadaré donde no hay corriente, ¿vale? Y eres libre de nadar conmigo si quieres.

—No me gusta nadar. —En realidad, nunca había aprendido a nadar bien.

—Bien... no te vayas a meter en cuevas y a jugar con máquinas, ¿vale? —dijo Ender—. Porque las máquinas sí que dan miedo.

—Sólo porque no las comprendes.

—Exacto —dijo Ender—. Pero ¿y si algo saliese mal? ¿Y si tuviese que llevar tu cuerpo retorcido e incinerado a tus padres?

Abra rio.

—Así que yo puedo dejar morir al gobernador, pero tú no puedes dejar morir a un chico tonto.

—Exacto —dijo Ender—. Porque eres mi responsabilidad, pero tu única responsabilidad es informar de mi muerte si llega a producirse.

Así que Ender regresó al deslizador y recogió el equipo para analizar el agua. Y como Abra sabía bien que Ender iba a tener que comprobar el río de todas formas, comprendió que en realidad Ender no estaba descansando pero le había ofrecido un descanso a Abra. Bien, dos podían jugar al mismo juego. Abra invertiría el tiempo en llegar a la cresta montañosa y comprobar qué había al otro lado. Eso era útil. Era un verdadero trabajo que alguien tendría que hacer. Así que mientras Ender nadaba en el río, Abra añadiría detalles al mapa.

El paseo le llevó más tiempo a Abra de lo que había pensado. Las colinas del otro lado parecían engañosamente cercanas. Pero cuanto más subía, más fácil era ver el lugar donde Ender, efectivamente, nadaba. Se preguntó si le veía. Se volvió y saludó un par de veces, pero Ender no respondió, probablemente porque a ojos de Ender él no era más que una mota, de la misma forma que para él Ender era una mota. O Ender no miraba, lo que también estaba bien. Significaba que Ender confiaba en que él no la jodería y se haría daño o se perdería.

En la cima de la colina Abra vio por qué el río del valle se ensanchaba... entre las colinas había una presa para riego, de forma que el donde el río se ensanchaba al otro lado de la presa, era un estanque. Pero la caída de agua no era muy grande, y ciertas compuertas estaban siempre abiertas de forma que el río fluyese permanentemente por tres canales. Uno era el cauce original, y los otros dos llevaban agua a través de canales ligeramente más elevados que recorrían la parte norte del valle. Allí, al sur del río, los canales estaban permanentemente secos, por lo que Abra podía comprobar la diferencia de resultado con la irrigación. Ambos lados del valle estaban llenos de vida, pero en el lado húmedo crecían árboles y en el lado seco sólo hierba y arbustos bajos.

Pero cuando miró el lado de la hierba se dio cuenta de que había algo raro en el paisaje. En lugar de ser un llano fluvial liso, como el valle alto que tenía a su espalda, donde estaba Ender, había en él varios montículos. Y su disposición no tenía nada de natural.

Los habían construido los insectores. Pero ¿para qué?

Y ahora que se fijaba, veía aquí y allá estructuras que parecían todavía más artificiales. Tampoco tenían el aspecto de los edificios insectores habituales. Aquéllos eran algo nuevo y extraño, y aunque estaban cubiertos de hierba y trepadoras, seguían siendo claramente visibles.

Abra bajó con cuidado por la pendiente... no corría, porque no conocía el terreno y lo último que quería era torcerse un tobillo y convertirse en una carga para Ender. Llegó al mayor de los montículos artificiales. Era muy inclinado, pero estaba cubierto de hierba, por lo que no le fue difícil subir. Llegó a la parte superior y comprendió que estaba hueco por dentro, y que allí había agua retenida.

Abra recorrió la parte superior y descubrió que de un extremo salían dos crestas como dos piernas, formando un pequeño valle ancho entre ellas. Y cuando se dio la vuelta vio que también había unas crestas bajas que podían ser brazos, y donde debía estar la cabeza había una enorme roca blanca que brillaba al sol, que para todo el mundo tendría el aspecto de un cráneo.

Tenía forma de hombre. No la forma de un insector... la de un hombre.

Le recorrió un estremecimiento... un temor, una emoción. Un lugar así no podía existir. Y, sin embargo, allí estaba.

Oyó que gritaban su nombre. Alzó la vista y vio que Ender había llevado el deslizador a la cresta montañosa, desde el otro valle, y le miraba. Abra saludó con la mano y gritó:

—¡Eh, Ender!

Ender le vio y se deslizó hasta la base de la colina por la que había subido Abra.

—Sube —dijo Abra.

Cuando Ender hubo subido la pendiente, desplazando algunos trozos de vegetación porque era más grande que Abra y pesaba más, Abra señaló la estructura corpórea de las colinas artificiales.

—¿Puedes creerlo?

Aparentemente Ender no lo veía de la misma forma que Abra. Se limitó a mirar y no dijo nada.

—Es como si se hubiese muerto un gigante —dijo Abra— y la tierra hubiese cubierto su cadáver.

Abra oyó que Ender aspiraba con fuerza, por lo que supo que al final lo había comprendido.

Ender miró a su alrededor y, sin decir nada, señaló algunas de las estructuras más pequeñas y cubiertas de enredaderas. Sacó los binoculares y miró un buen rato.

—Imposible —musitó.

—¿Qué? ¿Qué son?

Ender no respondió. En su lugar, recorrió a lo largo la colina, hacia la «cabeza». Abra bajó al cuello y subió a la barbilla.

—Alguien tuvo que construirlo —dijo Abra. Rascó la superficie blanca—. Mira, este cráneo no es de piedra. Es de cemento.

—Lo sé —dijo Ender—. Lo construyeron para mí.

—¿Qué?

—Conozco este lugar, Abra. Los insectores lo construyeron para mí.

—Todos habían muerto antes de que el abuelo y la abuela llegasen aquí —dijo Abra.

—Tienes razón, es imposible, pero sé lo que sé. —Ender apoyó la mano en el hombro de Abra—. Abra, no debo llevarte conmigo.

—¿Adonde?

—Ahí —Ender señaló—. Podría ser peligroso. Si me conocían tan bien como para construir este lugar, podrían haber planeado...

—Ajustar cuentas —dijo Abra.

—Por matarlos —apostilló Ender.

—Entonces no vayas, Ender. No hagas lo que ellos quieren que hagas.

—Si quieren venganza, Abra, no me importa. Pero quizá no es lo que quieren. Quizás esto es todo lo cerca que podían estar de hablar. De dejarme una nota.

—No sabían leer ni escribir. Ni siquiera tenían el concepto de escritura y lectura... eso decía padre. Por tanto, ¿cómo iban a saber dejar una nota?

—Quizás aprendieron justo antes de morir —conjeturó Ender.

—Bien, lo que tengo más claro que el agua es que no voy a quedarme aquí si tú te vas a otra parte. Voy contigo.

Ender miró divertido a Abra. Negó con la cabeza, sonriendo.

—No. Eres demasiado joven para arriesgarte a...

—¡Venga! —protestó Abra disgustado—. Eres Ender Wiggin. ¡No me digas lo que puede hacer un niño de once años!

Así que fueron juntos en el deslizador hasta el primer conjunto de estructuras. Ender paró y bajó. Formaban las estructuras armazones metálicos que sostenían las enredaderas. Abra vio que había columpios y toboganes, como los del parque de Miranda. Los de Miranda eran más pequeños, porque eran para niños. Pero no había duda.

Pero los insectores no tenían bebés, tenían larvas. Los gusanos no necesitan columpios y toboganes.

—Fabricaron cosas humanas —dijo Abra.

Ender se limitó a asentir.

—Realmente sacaban cosas de tu cabeza —dijo Abra.

—Ésa es una posible explicación —dijo Ender. Luego subieron al deslizador y siguieron. Ender parecía conocer el camino.

Se acercaron a la estructura más lejana. Era una torre gruesa con algunas paredes más bajas, todo ello cubierto de hiedra. Cerca de la parte superior de la torre había una ventana.

—Sabías que estaría aquí —dijo Abra.

—Era mi pesadilla —dijo Ender—. Mi recuerdo del juego de fantasía.

Abra no tenía ni idea qué era «el juego de fantasía», pero comprendió que ese lugar representaba uno de esos sueños que los insectores sacaban de Ender cuando lo diseccionaron en el sueño que le había contado.

Ender salió del deslizador.

—No me sigas —dijo—. Si no he vuelto dentro de una hora, entonces este lugar es peligroso y debes volver de inmediato a casa y contárselo a todos.

—Aguántate, Ender, voy contigo —dijo Abra.

Ender le miró con frialdad.

—Aguántate tú, Abra, o te cubriré de lodo.

Las palabras eran burlonas y también el tono. Pero sus ojos indicaban que no bromeaba y Abra supo que hablaba en serio.

Así que Abra se quedó en el deslizador y vio como Ender corría hacia el castillo... porque eso era. Y luego Ender trepó por la parte exterior de la torre y entró por la ventana.

Abra se quedó observando la torre mucho tiempo. De vez en cuando miraba el reloj del deslizador. Y al final su mirada se desplazaba errática. Vio pájaros e insectos, animales pequeños entre la hierba, nubes moviéndose por el cielo.

Por eso no vio a Ender salir de la torre. Sólo le vio caminando hacia el deslizador, con la chaqueta enrollada bajo el brazo.

Sólo que había algo en la chaqueta. Pero Abra no preguntó qué había encontrado. Supuso que si Ender quería que lo supiese se lo contaría.

—No vamos a levantar la nueva colonia aquí—dijo Ender.

—Vale —dijo Abra.

—Regresemos y levantemos el campamento —dijo Ender.

Buscaron durante cinco días más, muy al este y al sur del primer sitio que habían encontrado, hasta que dieron con otro lugar para la colonia. Era un asentamiento insector mayor, con zonas mucho más amplias para campos y todas las señales de precipitaciones anuales abundantes.

—Éste es lugar adecuado —dijo Ender—. Mejor clima, más cálido. Tierra buena y rica.

Invirtieron una semana en delimitar el nuevo asentamiento.

Llegó la hora de volver a casa. La noche antes de irse, tendidos en el suelo porque hacía demasiado calor para estar dentro de la tienda, Abra se lo preguntó al fin. No le preguntó lo que Ender había traído de la torre (eso jamás se lo hubiera preguntado) sino algo más fundamental.

—Ender, ¿qué pretendían decir al construirlo para ti?

Ender guardó silencio un buen rato.

—No voy a contarte toda la verdad, Abra. Porque no quiero que nadie la conozca. Ni siquiera quiero que sepan lo que hemos encontrado. Espero que se haya desmoronado cuando la gente vuelva a pasar por aquí. Pero incluso si no es así, nadie más lo comprenderá. Y en el futuro lejano, nadie creerá que los insectores levantaron este lugar. Pensarán que lo hicieron los colonos humanos.

—No tienes que contármelo todo —dijo Abra—. Y no le contaré a nadie lo que hemos encontrado.

—Sé que no lo harás —dijo Ender. Vaciló de nuevo—. No quiero mentirte. Así que sólo te contaré verdades. Encontré la respuesta, Abra.

—¿A qué?

—A mi pregunta.

—¿Puedes decirme algo sobre ella?

—Nunca has planteado la pregunta. Espero por Dios que nunca sepas cuál es.

—Pero el mensaje era realmente para ti.

—Sí, Abra. Me dejaron un mensaje contándome por qué murieron.

—¿Porqué?

—No, Abra. Es mi carga. Sólo mía. —Ender agarró el brazo de Abra—. Que no haya rumores sobre lo que Ender Wiggin encontró en este lugar.

—No los habrá —dijo Abra.

—¿Quieres decir que a los once años estás dispuesto a llevarte un secreto a la tumba?

—Sí —dijo Abra sin vacilar—. Pero espero no tener que hacerlo demasiado pronto.

Ender rio.

—Yo espero lo mismo. Espero que vivas mucho, mucho tiempo.

—Guardaré el secreto toda mi vida. Aunque en realidad no sé cuál es.

* * *

Ender entró en la casa donde Valentine trabajaba en su penúltimo volumen de su historia de las Guerras Insectoras. Dejó su escritorio en la mesa, frente a ella. Ella lo miró. Él sonrió, con una sonrisa guasona, mecánica, y se puso a teclear.

No engañó a Valentine. La sonrisa era falsa, pero la felicidad subyacente era real.

Ender era feliz.

¿Qué había pasado en el viaje para encontrar la ubicación de la nueva colonia?

No se lo contó. Ella no preguntó. A Valentine le bastaba con saber que él era feliz.

Capítulo 19

Para: jpwiggin%ret@gso.nc.pub, twiggin%em@uncg.edu

De: Gob%ShakespeareCol@MinCol.gob

Asunto: Tercero

Queridos padre y madre:

Algunas cosas no se pueden evitar. Para vosotros han pasado 47 años de silencio de vuestro tercer y más joven hijo. Para mí, han sido los seis años en la Escuela de Batalla, donde viví sólo por una razón: destruir a los insectores. Luego el año posterior a nuestra victoria, durante el cual descubrí que en dos ocasiones había matado a otros niños, que había destruido toda una especie inteligente que no creo haber comprendido nunca y que todos los errores que había cometido llevaron a la muerte a hombres y mujeres de lugares situados a años luz de distancia. Por último dos años de viaje en los que no tuve un momento para manifestar mis verdaderos sentimientos sobre ningún tema.

Durante todo ese proceso, he estado intentando determinar qué significó que me die-seis la vida. Tener un hijo sabiendo que habíais firmado un contrato para entregarlo al gobierno en cuanto lo solicitase... ¿no se parece un poco a lo historia de Rumpelstiltskin? En el cuento, alguien oye por casualidad el nombre secreto que liberará a los padres de su promesa de entregar su hijo al enano. En nuestro caso, el universo no conspiró a nuestro favor, y cuando Rumpelstiltskin llamó a la puerta le entregasteis al niño. A mí.

Yo mismo tomé una decisión... aunque es difícil determinar lo que comprendía a los seis años. Creía que ya era yo mismo; no era consciente de ninguna deficiencia en mi razonamiento. Pero ahora, echando la vista atrás, me pregunto por qué escogí. Fue en parte el deseo de huir de las amenazas y la opresión de Peter, ya que Valentine era incapaz de detenerle y vosotros dos no teníais ni idea de lo que pasaba con vuestros hijos. Fue en parte el deseo de salvar a la gente que conocía, sobre todo a mi protectora, Valentine, de la depredación de los insectores.

Fue en parte la esperanza de acabar siendo un chico muy importante. Fue en parte el desafío de la situación, la esperanza de victoria sobre los otros niños que competían por ser grandes comandantes. Fue en parte el deseo de abandonar un mundo donde todos los días me recordaban que los terceros hijos eran ilegales, indeseados, odiados porque consumían más recursos del mundo de los que correspondían a su familia.

Fue en parte la sensación de que mientras tú llorabas (madre) y tú vociferabas (padre), mi ausencia sería positiva para nuestra vida familiar. Ya no seríais los que teníais un hijo de más sin sufrir las penalidades de la ley. Con ese monitor desaparecido, no tendríais ninguna excusa evidente. Os podía oír diciéndole a la gente: «El gobierno autorizó su nacimiento para que pudiese entrar en un programa de entrenamiento militar, pero cuando llegó el momento, se negó a ir.»

Yo sólo existía por una razón. Cuando llegó el momento, creí no tener otra opción decente que cumplir con el propósito de mi creación.

Lo hice, ¿no es así? Dominé a los otros niños de la Escuela de Batalla, aunque yo no era el mejor estratega (Bean lo era). Dirigí a mi jeesh y, sin saberlo, a muchos pilotos para lograr la victoria total en la guerra... aunque una vez más, en un momento crucial, fue Bean el que me ayudó a ver el camino. No me avergüenza haber necesitado ayuda. La tarea era demasiado grande para mí, demasiado grande para Bean y demasiado grande para cualquiera de los otros niños, pero mi papel consistía en dirigir sacando lo mejor de cada uno.

Pero cuando obtuve la victoria no pude regresar a casa. Se celebró el consejo de guerra de Graff. La situación internacional era que las naciones temían lo que podía suceder si Estados Unidos disponía del gran héroe bélico para comandar sus tropas en la Tierra. Aunque confieso que hubo algo más. Fui consciente de que mi hermano y mi hermana escribían ensayos deliberadamente destinados a impedirme volver a la Tierra. Peter por razones que puedo suponer, resultado de nuestra relación de niños. Él no puede vivir en el mismo mundo que yo. O al menos, entonces no podía.

Y esto es para mí un misterio. Fui un chico de doce años durante gran parte de mi año en Eros. Se me prohibía regresar a la Tierra. Mis hermanos se aliaban con los que querían mantenerme alejado. Y ni una sola vez, en ningún noticiario, vi una cita o una declaración de mis padres rogando a los gobernantes que dejaran volver a casa a su niño. Tampoco supe de ningún esfuerzo por vuestra parte para venir a verme, dado que yo no podía reunirme con vosotros.

En vez de eso, cuando Valentine se presentó, se me insinuó, clara o veladamente, que, por alguna razón, mi obligación era escribiros a VOSOTROS. Durante los dos años de nuestro viaje (cuarenta para vosotros), Valentine me tuvo al corriente de su correspondencia con vosotros y me dijo que debía escribiros. Y durante todo ese tiempo, sabiendo que podíais conseguir fácilmente mi dirección y que vuestras cartas me llegarían tan fácilmente como a Valentine, nunca supe nada de vosotros.

He esperado.

Ahora sois bastante viejos. Peter tiene casi sesenta años y gobierna el mundo... Se han cumplido todos sus sueños, aunque parece que por el camino ha tenido algunas pesadillas. Por las noticias, parece que habéis estado casi continuamente a su lado, trabajando para él y por su causa. Habéis hecho declaraciones a la prensa respaldándole, y en momentos de crisis le apoyasteis valientemente. Habéis sido unos padres admirables. Sabéis cumplir con vuestro deber.

Y yo seguía esperando.

Recientemente, al haber descubierto las respuestas a preguntas que no tienen relación con vosotros, decidí que, como la mitad del silencio entre nosotros había sido mío, no esperaba más para escribiros. Aun así, no comprendo cómo se convirtió en obligación mía abrir esta puerta. ¿Cómo salté directamente de la irresponsabilidad de un niño de seis años a la absoluta responsabilidad que parecía concretarse en que yo restableciese nuestra relación una vez que fue posible?

Pensé que os avergonzabais de mí. Mi «victoria» llegó con el escándalo de mis asesinatos; queríais apartarme de vuestra mente. Entonces, ¿quién soy yo para insistir en que me reconozcáis? Sin embargo, maté a Stilson cuando era todavía un niño que vivía en casa. Eso no se lo puedo atribuir a la Escuela de Batalla. ¿Por qué no asumisteis la responsabilidad de haberme criado y educado durante esos seis años?

Pensé que os asombraba tanto mi gran logro que os sentíais indignos de insistir en nuestra relación y, como en el caso de la realeza, esperasteis a que yo os invitase. Pero existe un detalle: Peter no os asombra tanto como para evitar estar con él, aunque podría argumentarse que sus logros son todavía mayores (después de todo, logró la paz en la Tierra); eso me indica que el asombro no es un motivo de peso en vuestras vidas.

Luego pensé que habíais dividido la familia. Valentine es un «co-padre» y me ha sido asignada, mientras que ellos se han dedicado a Peter. Otras personas se ocuparon de entrenarme para salvar al mundo; pero ¿quién entrenaría a Peter, quién cuidaría de él, quién le retendría si se excedía o se convertía en un tirano? Estabais donde erais necesarios; ésa era la labor de vuestra vida. Valentine me dedicaría la suya y vosotros dedicaríais la vuestra a Peter.

Pero si eso pensabais, creo que os equivocasteis. Valentine es tan buena como la recuerdo, e igual de inteligente. Pero no puede comprenderme, ni comprender mis necesidades. No me conoce tan bien como para confiar en mí, y eso la vuelve loca. No es mi madre ni mi padre, no es más que mi hermana, y sin embargo se le ha asignado (quizá lo haya escogido ella) el papel de madre. Lo hace lo mejor que puede. Espero que no se sienta demasiado descontenta con venir en este viaje. El sacrificio que realizó para venir conmigo fue demasiado grande. Me temo que cree que el resultado ha sido de muy poco valor.

No os conozco, un hombre y una mujer de ochenta años. Conocí a un hombre y una mujer de treinta y pocos, muy ocupados con sus correrías extraordinarias, criando a hijos extraordinarios que, durante un tiempo, llevaron el monitor de la F.I. en la base del cráneo. Siempre había alguien vigilándome. Siempre pertencí a otro. Nunca sentisteis que yo era completamente vuestro hijo.

Pero soy vuestro hijo. Hay en mí, en mis capacidades, en las decisiones que tomo sin ser consciente de haberlas tomado, en mis sentimientos profundos sobre la religión en la que creíais secretamente y que he estudiado cuando he podido, en todo eso hay rastros de vosotros. Vosotros sois la explicación de mucho de lo que es inexplicable.

Y mi capacidad para apartar por completo de mi mente ciertos asuntos (dejarlos de lado para poder trabajar en otros proyectos) también es vuestra, porque creo que eso es lo que habéis hecho conmigo. Me habéis dejado de lado, y sólo puedo recuperar vuestra atención pidiéndola directamente.

He observado relaciones dolorosas entre padres e hijos. He visto padres controladores y padres que desatendían a sus hijos, padres que cometen errores terribles que hieren profundamente a sus hijos, y padres que perdonan a hijos que han cometido actos horribles. He visto nobleza y valor; he presenciado espantoso egoísmo y ceguera absoluta, y he visto todo eso en los MISMOS padres, educando a los mismos hijos.

Lo que ahora comprendo es lo siguiente: no hay trabajo más duro que el de ser padre. No hay relación humana más potencialmente destructiva. A pesar de todos los expertos que escriben sobre ese tema, nadie tiene ni la más remota idea, en el caso de un niño concreto, de si una decisión será acertada, la mejor o «no demasiado horrible». Es un trabajo que, simplemente, no es posible hacer bien.

Por razones que desde luego estaban más allá de vuestro control, me convertí en un extraño para vosotros; por razones que no comprendo, no os esforzasteis por defenderme y llevarme a casa, ni por explicarme por qué no lo hicisteis, no podíais hacerlo o no debíais. Pero permitisteis que mi hermana se reuniera conmigo, perdiéndola.

Fue un gran regalo: una ofrenda conjunta, vuestra y suya. Incluso si Valentine ahora lo lamenta, la nobleza del sacrificio no es menor.

He aquí por qué os escribo. Por mucho que intente ser autosuficiente, no lo soy. He leído suficiente psicología y sociología, y durante los dos últimos años he observado gran cantidad de familias, y comprendo que en la vida de una persona no hay forma de reemplazar a los padres, y que no es posible seguir sin ellos. A los quince años he logrado más que todos los grandes hombres de la historia, excepto un puñado de ellos. Puedo repasar los registros de lo que hice y ver, con claridad, que así es.

Pero no me lo creo. Miro en mi interior y sólo veo al destructor de vidas. Incluso mientras evitaba que un tirano usurpase el control de esta colonia, incluso cuando ayudaba a una joven a librarse de una madre dominante, en el fondo oía una voz que me decía: «¿Qué representa este gesto en comparación con todos los pilotos que murieron porque tu mando fue torpe? ¿Qué es esto en comparación con la muerte a tus manos de dos niños, degenerados, sí, pero jóvenes? ¿Qué es esto comparado con el exterminio de una especie a la que destruiste sin saber si realmente hacía falta?»

Hay algo que sólo los padres pueden ofrecer, y yo lo necesito y no me avergüenza pedirlo.

De mi madre necesito saber que todavía soy parte de ti, que no estoy solo.

De mi padre preciso saber que yo, como ser humano individual, me he ganado mi lugar en el mundo.

Voy a recurrir a las escrituras, que sé que tanto han significado para vosotros a lo largo de vuestra vida. De mi madre, necesito saber que observó mi vida y que «guarda todo esto en su corazón». De mi padre, necesito oír: «Lo has hecho bien, siervo fiel y bueno... ¡Comparte la felicidad de tu señor!»

No, no me creo Jesús y no creo que vosotros seáis Dios. Simplemente, creo que todo niño necesita lo que María entregó, y el Dios del Nuevo Testamento nos enseña que un padre debe formar parte de la vida de sus hijos.

Esto es lo irónico: al tener que pedirlos, dudaré de vuestras respuestas. Por tanto, no sólo os las pido, os pido también que me ayudéis a creer que lo digáis.

A cambio, os ofrezco lo siguiente: comprendo que os fue imposible tenerme como hijo. Creo que en todo momento decidisteis hacer lo que creíais mejor para mí. Incluso aunque no esté de acuerdo con vuestras decisiones (y cuanto más lo pienso, más de acuerdo estoy), creo que nadie que supiese lo poco que vosotros sabíais podría haber escogido mejor.

Mirad a vuestros hijos: Peter gobierna el mundo, y parece estar haciéndolo con el mínimo derramamiento de sangre y el mínimo terror. Yo destruí al enemigo que nos aterrorizaba por completo y no soy un mal gobernador de una pequeña colonia. Valentine es un ejemplo de entrega y amor... y ha escrito y escribe historias brillantes que contribuirán al modo en que la humanidad entenderá nuestro pasado.

¡Qué hijos tan extraordinarios! Tras darnos vuestros genes, tuvisteis el terrible problema de intentar educarnos. Por lo que he visto de Valentine y lo que ella me cuenta de Peter, lo hicisteis muy bien, sin que vuestra mano pesase nunca excesivamente en nuestras vidas.

Y en cuanto a mí, el ausente, el hijo pródigo que no volvió a casa, en mi vida y mi alma sigo percibiendo vuestra huella, y me alegro de aquellas cosas en las que encuentro rastros de vosotros. Me alegro de haber sido vuestro hijo.

Sólo ha habido tres años durante los cuales hubiese podido escribiros. Lamento haber tardado tanto en ordenar adecuadamente mi mente y mi corazón para encontrar algo coherente que decir. Para vosotros han pasado cuarenta y un años, durante los cuales creo que os tomasteis mi silencio como una petición de silencio.

Ahora estoy muy lejos de vosotros, pero al menos volvemos a movernos por el tiempo al mismo ritmo, día a día, año tras año. Como gobernador de la colonia, tengo acceso constante al ansible; como padres del Hegemón, creo que vosotros disfrutáis de una ventaja similar. Cuando estaba de viaje, podríais haber invertido semanas en redactar una respuesta y para mí hubiese sido como si sólo pasara un día. Pero ahora, tardéis lo que tardéis, ése será el tiempo que esperaré.

Con amor, pesar y esperanza, vuestro hijo,

ANDREW

Valentine se acercó a Ender con las páginas impresas del libro que su hermano había escrito.

—¿Cómo lo vas a titular? —preguntó con la voz temblorosa.

—No lo sé —dijo Ender.

—Imaginar la vida de las reinas colmena, ver nuestra guerra desde su punto de vista, atreverse a inventar toda una historia para su especie y contarla como si hablase la mismísima reina colmena...

—No me lo he inventado —dijo Ender.

Valentine se sentó en el borde de la mesa.

—Fuiste con Abra a buscar el lugar de la nueva colonia. ¿Qué encontraste?

—Lo sostienes en la mano —dijo Ender—. Encontré lo que he estado buscando desde que las reinas colmena permitieron que las matase.

—¿Me estás diciendo que encontraste insectores vivos en el planeta?

—No —dijo Ender, y técnicamente era cierto... sólo había encontrado un insector. ¿Y realmente era posible considerar «viva» una pupa aletargada? Si te encontrases con una única crisálida, ¿dirías que has encontrado «mariposas vivas»?

Probablemente. Pero a mí no me queda más opción que mentir a todo el mundo. Porque si se supiese que una reina colmena todavía vive en este mundo, en un capullo del que podría salir con millones de huevos fertilizados en su interior, y en su fenomenalmente enorme mente todo el conocimiento acumulado por todas las reinas colmena anteriores, las simientes de la tecnología que casi nos destruyó y el conocimiento para crear las armas más espantosas si lo deseara... Si eso se supiese, ¿cuánto tiempo sobreviviría el capullo? ¿Cuánto tiempo permanecería con vida quien quisiera protegerlo?

—Pero encontraste algo que hace que estés seguro de que esta historia que has escrito no es simplemente hermosa sino cierta —dijo Valentine.

—Si pudiese contarte más, lo haría.

—Ender, ¿alguna vez nos lo hemos contado todo?

—¿Lo hace alguien?

Valentine tomó la mano de Ender.

—Quiero que en la Tierra lo lean todos.

—¿Les importará? —Ender sentía esperanza y desesperación. Quería que su libro lo cambiase todo. Sabía que no cambiaría nada.

—A algunos —dijo Valentine—. A los suficientes.

Ender rió.

—Así que se lo mando a un editor y lo publicará. ¿Luego qué? Recibo cheques por los derechos que podré canjear por... ¿Qué se puede comprar aquí?

—Todo lo que necesitamos —dijo Valentine, y los dos rieron. Luego, con más seriedad, Valentine añadió—: No lo firmes.

—Me preguntaba si debía hacerlo.

—Si se sabe que es cosa tuya, que es de Ender Wiggin, entonces los críticos se dedicarán a psicoanalizarte y prácticamente no dirán nada del libro en sí. La conclusión será que se trata poco más que de tu conciencia intentando hacer las paces con tus diversos pecados.

—No esperaba nada mejor.

—Pero si se publica de forma anónima, entonces lo leerán por lo que el propio libro dice.

—La gente creará que es ficción, que me lo inventé.

—Eso será siempre así —dijo Valentine—. Pero no parece ficción. Suena a verdad. Y algunos como tal lo aceptarán.

—Así que no lo firmo.

—Oh, sí que lo harás —dijo Valentine—, porque quieres que haya algún nombre por el que puedan referirse a él. De la misma forma que yo sigo usando el de Demóstenes.

—Pero nadie cree que sea el mismo Demóstenes que soliviantaba tanto antes de que Peter tomase el control del mundo.

—Invéntate un nombre.

—¿Qué tal «Locke»?

Valentine rió.

—Todavía hay gente que le llama así.

—¿Qué tal si lo llamo Necrológica y firmo... Funerario?

—¿Qué tal si lo llamas Panegírico y lo firmas «La voz en el funeral» ?

Al final, lo llamó simplemente La Reina Colmena y lo firmó como «La voz de los muertos». Y en su correspondencia anónima y segura con su editor, insistió en que fuese impreso sin ningún tipo de derechos de autor. El editor estuvo a punto de no aceptar, pero Ender fue muy insistente.

—Indica en la portada que la gente tiene libertad de hacer tantas copias como quiera, pero que tu edición es especialmente bonita, para que la gente la lleve encima y la subraye.

Valentine se divertía.

—¿Comprendes lo que haces? —dijo.

—¿El qué?

—Haces que lo traten como a las escrituras. ¿De verdad crees que la gente lo leerá con ese espíritu?

—No sé qué hará la gente —dijo Ender—, pero sí, lo considero sagrado. No quiero ganar dinero con ese libro. ¿Para qué iba a usar el dinero? Quiero que lo lean todos. Quiero que todos sepan quiénes eran las reinas colmena. Qué perdimos cuando las erradicamos.

—Salvamos nuestra vida, Ender.

—No —dijo Ender—. Eso creíamos, y por eso no se nos debería juzgar... pero lo que realmente hicimos fue masacrar a una especie que deseaba desesperadamente hacer las paces con nosotros, intentar comprendernos... pero que nunca comprendió lo que son el habla y el lenguaje. Ésta es la primera vez que han tenido la oportunidad de encontrar una voz.

—Demasiado tarde —dijo Valentine.

—Así son las tragedias —dijo Ender.

—¿Y su defecto trágico fue la... mudez?

—Su defecto trágico fue la arrogancia: creían que podían terraformar cualquier mundo que no contuviese una inteligencia que ellos supieran reconocer... seres que se hablaban mente a mente.

—Como los bichos de oro hablan con nosotros.

—Los bichos de oro gruñen... mentalmente —dijo Ender.

—Encontraste uno —dijo Valentine—. Te pregunté si habías encontrado «insectores» y dijiste que no, pero diste con uno.

Ender no dijo nada.

—No lo volveré a preguntar jamás —dijo Valentine.

—Eso está bien —dijo Ender.

—Y ese uno... está solo.

Ender se encogió de hombros.

—No lo mataste. No te mató. Te contó... No, te enseñó todos los recuerdos que has reflejado en el libro.

—Para ser alguien que no va a volver a preguntar, haces un montón de preguntas, señorita —dijo Ender.

—No te atrevas a hablarme como a una niña.

—Soy un hombre de cincuenta y cuatro años —dijo Ender.

—Puede que nacieses hace cincuenta y cuatro años —dijo Valentine—, pero sólo tienes dieciséis y, da igual la edad que tengas, yo soy dos años mayor.

—Cuando llegue la nave colonial, subiré a bordo —dijo Ender.

—Creo que ya lo sabía —dijo Valentine.

—No puedo quedarme aquí. Debo hacer un largo viaje. Alejarme de todos los humanos.

—Las naves sólo van de mundo en mundo. Hay gente en todos ellos.

—Pero le lleva tiempo llegar —dijo Ender—. Viaje tras viaje, con el tiempo dejaré atrás a la humanidad tal y como es ahora.

—Será un viaje largo y solitario.

—Sólo si voy solo.

—¿Es una invitación?

—Para que vengas conmigo mientras te resulte interesante —dijo Ender.

—Es cierto—dijo Valentine—. Supongo que ahora que has salido de la depresión permanente serás mejor compañía.

—No lo creo —dijo Ender—. Mi intención es permanecer en estasis durante los viajes.

—¿Y perderte las lecturas de obras durante el camino?

—¿Puedes terminar tu libro antes de que llegue el momento de partir? —preguntó Ender.

—Probablemente —dijo—. Al menos este volumen.

—Pensaba que era el último.

—El penúltimo —puntualizó Valentine.

—Has tratado todos los aspectos de las Guerras Insectoras y ahora escribes sobre la última batalla.

—Quedan dos grandes nudos por deshacer.

Ender cerró los ojos.

—Creo que mi libro deshace uno —dijo.

—Sí—dijo Valentine—. Me gustaría incluirlo al final de mi nuevo volumen.

—No tiene derechos de autor —dijo Ender—. Puedes hacer lo que te plazca.

—¿Quieres saber cuál es el otro nudo? —preguntó Valentine.

—Deduzco que es la unificación del mundo por parte de Peter tras el final de la guerra —aventuró Ender.

—¿Qué tiene eso que ver con una historia de las Guerras Insectoras? El último nudo eres tú.

—Soy un nudo gordiano. No me deshagas, córtame.

—Voy a escribir sobre ti.

—No lo leeré.

—Vale —dijo Valentine—. No te lo enseñaré.

—¿Podrías hacerme el favor de esperar? —Quería decir «hasta que haya muerto», pero no dio tantos detalles.

—Quizás un tiempo —dijo Valentine—. Veremos.

Ender dedicaba los días a los asuntos de la nueva colonia. Preparaba los detalles de la llegada y se aseguraba de que en los cuatro asentamientos se cultivara de más, así como en la nueva colonia, de forma que los recién llegados pudiesen tener malas cosechas durante dos e incluso tres años sin pasar hambre.

—Y necesitaremos dinero —dijo Ender—. Aquí donde todos nos conocemos, esta especie de comunismo informal ha funcionado bien. Pero para el comercio nos hace falta un medio de intercambio.

—Po y yo te encontramos los bichos de oro —dijo Sel Menach—. Así que tienes oro. Acuña monedas.

Abra se las ingenió para adaptar una prensa de aceite y fabricar una estampadora de monedas, y uno de los químicos desarrolló una aleación que no soltara continuamente oro a medida que las monedas pasasen de mano en mano. Uno de los jóvenes con talento dibujó a Sel Menach y una de las ancianas dibujó, de memoria, el rostro de Vitaly Kolmogorov. Sel insistió en que Kolmogorov apareciese en las monedas de menor valor:

—Porque es el rostro que verán más a menudo. A los grandes hombres siempre se les otorga la de menor valor.

Practicaron con el uso del dinero para que los precios se ajustasen antes de la llegada de los nuevos colonos. Al principio era una broma. «Cinco pollos no hacen una vaca.» Y en lugar de llamar a las monedas «cincos» y «unos», las llamaron «seles» y «vites». «A Sel lo que es de Sel, pero quédate con Vit.» «Sel es sabio, Vit tonto.»

Ender se esforzó por fijar el valor de las monedas con respecto al dólar internacional de la Hegemonía, pero Valentine le paró los pies.

—Que adquiera con su propio valor, fijado por lo que la gente pague, por lo que sea que acabemos exportando a otros mundos. —Así que la moneda flotó dentro de su propio universo privado.

Al principio la primera edición de La Reina Colmena se vendió lentamente, pero luego cada vez más rápido. El libro fue traducido a muchas lenguas, aunque casi todos en la Tierra poseían conocimientos básicos de común, ya que era la lengua oficial del Pueblo Libre de la Tierra de Peter... el nombre propagandista que había escogido para su nuevo gobierno internacional.

Mientras tanto, por las redes circulaban ejemplares gratis, y un día apareció incluido en un mensaje que recibió una xenobotánica. Fue contándoselo a todos en Miranda, y se imprimieron ejemplares que pasaron de mano en mano. Ender y Valentine no comentaron nada; cuando Alessandra le entregó un ejemplar a Ender, éste lo aceptó, esperó un tiempo y lo devolvió.

—¿No es maravilloso? —preguntó Alessandra.

—Creo que lo es, sí—dijo Ender.

—Oh, sí, esa voz analítica, esa actitud desapasionada.

—¿Qué puedo decir? —dijo Ender—. Soy como soy.

—Creo que este libro me ha cambiado la vida —dijo Alessandra.

—Espero que para mejor —dijo Ender. Y luego, dando un vistazo a su vientre hinchado, preguntó—: ¿Ha cambiado tu vida más que tu bebé?

Alessandra sonrió.

—Todavía no lo sé. Dentro de un año te lo cuento.

Ender no dijo: «Dentro de un año estaré lejos, en una nave espacial.»

Valentine terminó el penúltimo volumen y, cuando se publicó, incluyó el texto completo de La Reina Colmena con una nota introductoria.

«Sabemos tan poco de los insectores que me resulta imposible, en mi labor como historiadora, contar la guerra desde su punto de vista. Por tanto, incluyo una versión artística de la historia, porque, aunque no se puede demostrar, creo que es una historia real.»

No mucho después, Valentine fue a hablar con Ender.

—Peter leyó mi libro —dijo.

—Me alegro de que alguien lo haya leído —dijo Ender.

—Me envió un mensaje sobre el último capítulo. Dice: «Sé quién lo ha escrito.»

—¿Y acertó?

—Sí.

—Mira que es listo.

—Le emocionó, Ender.

—Parece que a la gente le gusta.

—No sólo les gusta, y lo sabes bien. Deja que te lea las palabras de Peter: «Si puedes hablar en nombre de los insectores, seguro que puedes hablar por mí.»

—¿Qué se supone que significa?

—Quiere que escribas sobre él. Sobre su vida.

—Tenía seis años la última vez que vi a Peter y unas horas antes había amenazado con matarme.

—Entonces estás diciendo que no.

—Digo que hablaré con él y veremos qué pasa.

Hablaron por ansible en periodos de una hora. Peter con casi sesenta años, con un corazón débil que preocupaba a los médicos, Ender todavía un muchacho de dieciséis. Pero Peter seguía siendo el mismo, y también Ender, sólo que ahora no había furia entre ellos. Quizá porque Peter había logrado todo lo que había soñado y Ender no se había interpuesto en su camino y ni siquiera, al menos en opinión de Peter, le había superado.

Tampoco en opinión de Ender.

—Lo que hiciste —dijo Ender— sabías que lo hacías.

—¿Eso es bueno o malo?

—Nadie tuvo que engañar a Alejandro para que conquistase Persia —dijo Ender—. De haber sido así, ¿le llamaríamos Magno?

Una vez que Peter le hubo contado su vida, todo lo que había sido lo suficientemente importante como para salir en las conversaciones, a Ender le bastaron cinco días para escribir un libro delgado titulado *El Hegemón*.

Le envió una copia a Peter con una nota que decía: «Como el autor será "La voz de los muertos", sólo puede publicarse después de tu muerte.»

Peter le respondió: «Para mí no llegará lo suficientemente rápido.» Pero en una carta a Valentine, le reveló a ésta todo lo que significaba para él ser comprendido tan completamente. «No ha ocultado nada de lo malo que he hecho. Pero todo está en equilibrio. En perspectiva.»

Valentine le mostró la carta a Ender y éste rio.

—¡Equilibrio! ¿Cómo puede alguien saber el peso relativo de los pecados y los grandes logros? Cinco pollos no hacen una vaca.

Capítulo 20

Para: MinCol@MinCol.gob

De: Gob%Shakespeare@MinCol.gob

Asunto: ¿Ese trabajo sigue disponible?

Estimado Hyrum:

Tengo razones personales que no detallaré, pero también creo que lo mejor para Shakespeare es que, cuando parta la nave de colonización, yo esté a bordo. Supervisaré la llegada y la acogida de los nuevos colonos. Los colonos actuales ya han pasado por un cambio profundo: los colonos que llegaron conmigo ya están incluidos en la expresión «viejos colonos» anticipando la llegada de la nave. Los viejos que lucharon contra los insectores son ahora los «originales», pero no hay un término para diferenciar a sus descendientes de la gente que llegó conmigo.

Si me quedase, entonces tanto el gobernador del nuevo asentamiento como yo seríamos nombramientos del MinCol. Si me voy y soy reemplazado por un consejo electo de los cuatro asentamientos, con un presidente electo y alcaldes electos, será casi irresistible la presión para que el nuevo gobernador se limite a un único mandato de dos años y sea luego reemplazado por un alcalde electo.

Mientras tanto, los «viejos colonos» han sembrado las cosechas de los nuevos, pero sólo han construido la mitad de las casas. Fue una propuesta mía, para que los nuevos colonos puedan unirse a la construcción del resto. Deben experimentar el trabajo que llevan para apreciar mejor el que los viejos colonos realizaron para ellos. Y trabajar codo con codo evitará que sean dos grupos de extraños... aunque los he ubicado tan lejos como para que tu meta de un desarrollo distinto tenga también posibilidad de cumplirse. Sin embargo, no pueden estar separados por completo o la exogamia no sería posible y, en este momento, los genes son más importantes que la cultura para la salud futura del grupo humano de este mundo.

Un grupo humano, sí... pero tenemos que preocuparnos de nuestros cuerpos físicos tal y como siempre lo han hecho los pastores. El tío Sel sería el primero en reírse y diría que es más que adecuado. Antes que humanos somos mamíferos, y si olvidamos al mamífero, entonces lo que nos hace humanos será superado por la bestia hambrienta.

He estado estudiando todo lo posible sobre Virlomi y las guerras en las que luchó. ¡Qué mujer más asombrosa! Sus registros en la Escuela de Batalla sólo muestran un alumno normal (dentro de un grupo ya de por sí extraordinario). Pero la Escuela de Batalla se dedicaba a la guerra, no a la revolución ni a la supervivencia nacional; las pruebas tampoco medían si alguien tenía tendencia a convertirse en semidiós. De haber existido esa prueba, me pregunto qué habría indicado sobre Peter cuando no era más que un niño y no el gobernante del mundo.

Hablando de Peter, él y yo estamos hablando; quizá ya lo sabías. No nos enviamos mensajes, empleamos el ancho de banda de ansible para charlar. Resulta agri dulce verle con casi sesenta años. El pelo de un gris acerado, la cara marcada, con algo de sobrepeso (pero todavía en plena forma) y las arrugas de la responsabilidad grabadas en la cara. No es el chico que conocí y al que odiaba. Pero la existencia de ese hom-

bre no borra de mi memoria al chico. Para mí son simplemente dos personas diferentes que resulta que se llaman igual.

Me encuentro admirando al hombre. Se enfrentó a decisiones tan terribles como las mías... y se enfrentó a ellas con los ojos abiertos. Antes de tomar sus decisiones sabía que a consecuencia de ellas moriría gente. Y sin embargo demostró más compasión de la que él (o yo, o, ya puestos, Valentine) esperábamos.

Me cuenta que en su infancia, después de que yo me fuese a la Escuela de Batalla, decidió que la única forma de triunfar era engañar a la gente para que creyese que era tan encantador como yo. (Pensé que bromeaba, pero no era así; no creo que mi reputación en la Escuela de Batalla fuese de «encantador», pero Peter se enfrentaba a la forma en que me recordaban en casa.) Por tanto, examinaba todas sus decisiones y se preguntaba «qué haría una buena persona» y lo hacía. Pero ahora ha descubierto algo muy importante sobre la naturaleza humana. Si te pasas la vida fingiendo ser bueno, entonces eres indistinguible de una buena persona. La hipocresía continua se convierte en la verdad. Peter se ha convertido a sí mismo en un buen hombre, aunque iniciase ese camino por razones que estaban lejos de ser puras.

Lo que me da muchas esperanzas sobre mí mismo. Ahora no tengo más que encontrar algún trabajo para descargar la carga que soporto. Gobernar una colonia ha sido un trabajo interesante y valioso, pero no ha surtido en mí el efecto que esperaba. Todavía me despierto con la cabeza llena de insectores muertos, soldados muertos y niños muertos. Todavía me despierto con recuerdos que me dicen que sigo siendo lo que Peter solía ser. Cuando desaparezcan, podré volver a ser yo mismo.

Sé que te inquieta que piense así. Bien, tal es tu carga, ¿no? Pero deja que te garantice que mi carga es responsabilidad mía sólo a medias. Tú, Mazer y los demás oficiales que me entrenaban y me utilizaban, además de los otros niños, lo hicisteis por una causa justa... y salió bien. Conmigo tienes la responsabilidad de todo comandante por los soldados que sobreviven pero sufren un daño. Los soldados siguen siendo responsables de su vida tras la guerra; es amargamente irónico que tu única respuesta para ellos sea: «No es culpa mía que sobrevivieses. De haber muerto, no hubieras tenido que soportar estas heridas. Es una porción de la vida que se te devolvió; es el enemigo el que se llevó todo lo que no tienes. Mi trabajo consistía en hacer que vuestra muerte y vuestras heridas sirviesen para algo, y eso hice.»

Eso es lo que he aprendido de los soldados que viven aquí. Todavía recuerdan a los camaradas caídos; todavía echan de menos la vida que dejaron en la Tierra, la familia que no volvieron a ver, los lugares que sólo pueden visitar en sueños y mediante el recuerdo. Sin embargo, no me culpan a mí. Los enorgullece lo que hicimos juntos. Casi todos ellos me han dicho, en un momento u otro, que valió la pena. Porque ganamos.

Y por tanto eso te digo. La carga que yo llevo sobre los hombros vale la pena, porque ganamos.

Por tanto, aprecio tu advertencia sobre el librito que corre por ahí, La Reina Colmena. Al contrario que tú, no creo que sea una tontería; creo que «La voz de los muertos» ha dicho una verdad, sucediese lo que cuenta realmente o no. Supongamos que las reinas colmena fuesen tan hermosas y tuviesen tan buenas intenciones como imagina «La voz de los muertos». Eso no cambia el hecho de que durante la guerra no podían indicarnos que sus intenciones habían cambiado y que lamentaban lo que hab-

ían hecho. Seguimos sin tener la culpa (aunque no tenerla no nos exima de la responsabilidad).

Tengo una sospecha que no puedo verificar: creo que aunque los insectores dependían de las reinas colmena hasta el punto de que cuando ellas murieron también murieron obreros y soldados, eso no significa que formasen un único organismo, o que las reinas colmena no debiesen tener en cuenta las necesidades profundas, la voluntad de los individuos. Y como los insectores individualmente eran tan estúpidos, las reinas colmena no les podían contar las sutilezas. ¿Es posible que, si las reinas colmena se hubiesen negado a librar las batallas iniciales, dejando que nosotros las masacrásemos como buenos pacifistas, el instinto de supervivencia de los insectores individuales se hubiese manifestado con tanta fuerza como para superar el poder de sus amas? Las batallas se hubieran librado... pero los insectores habrían luchado de un modo incoherente, sin inteligencia. Lo que a su vez hubiera podido llevar a que los insectores, en todas partes, se rebelasen contra sus reinas. Incluso un dictador debe respetar la voluntad de los peones, porque sin su obediencia carece de poder. Tales son mis reflexiones sobre La Reina Colmena, ya que lo preguntas. Y sobre todo lo demás, porque debes oír mis ideas tanto como yo necesito contarlas. Durante la guerra, tú fuiste mi reina colmena, y yo fui tu insector. En dos ocasiones quise rechazar tu supremacía; en dos ocasiones, Bean intervino y volvió a uncirme con el yugo. Pero todo lo que hice lo hice por propia voluntad, como todo buen soldado, siervo o esclavo. La tarea del tirano no consiste en obligar, sino en convencer incluso a los reacios de que la obediencia es mejor para sus intereses que la resistencia.

Por tanto, si deseas enviar esta nave que llega a la colonia Ganges, yo iré y veré qué puedo hacer para ayudar a Virlomi con ese hijo secuestrado de Bean y su muy peculiar madre (aunque no es el hecho de que te escupiese lo que demuestra que es peculiar; hay, o había, cientos que hubiesen hecho cola por tener ese privilegio). Tengo la sensación de que Virlomi se verá superada porque su colonia es mayoritariamente india. Por ese motivo todas sus decisiones parecerán injustas con todos los no indios, y si ese Randall Firth es tan listo como su padre, y si su madre le ha criado para odiar a todo el que se interponga en el camino de Achilles Flandres, lo que desde luego incluye a Virlomi, entonces ésa es la cuña que Randall explotará para intentar destruirla y hacerse con el poder.

Y aunque hay personas en la F.I. y el MinCol que creen que nada de lo que suceda en las colonias puede amenazar la Tierra, me alegro de que tú reconozcas que no es así. Un rebelde-guerrero en un mundo colonial puede cautivar a millones de personas en la Tierra. Quizás a miles de millones. Y La Reina Colmena podría tener su papel en ello. Un demagogo inteligente de las colonias podría cubrirse con el manto de las reinas colmena desaparecidas, jugando con el sentimiento intenso de que los mundos coloniales fueron de alguna forma «maltratados» por la Tierra y se les debe algo. Es irracional, pero hay precedentes de conclusiones todavía más ilógicas.

Incluso si no puedes o ya no deseas enviarme a Ganges, yo sin embargo subiré a esa nave, así que espero que el plan de vuelo me lleve a algún lugar interesante. Valentine todavía no ha decidido si venir conmigo, pero como, al trabajar en sus historias, se ha mantenido completamente distanciada, tanto emocional como socialmente, de esta colonia, creo que vendrá, ya que no tiene ningún incentivo para permanecer aquí sin mí.

*Tu abeja obrera de toda la vida,
ENDER*

Achilles entró en la choza donde la gobernadora Virloomi vivía en su altanera pobreza. Ella intentaba que fuera evidente la sencillez de su vivienda... pero era completamente innecesario levantar paredes de adobe y construir un techo de paja habiendo cerca tanta buena madera. Todos los actos de Virloomi estaban pensados para aumentar su prestigio entre los colonos indios. Pero a Achilles le inspiraba desprecio.

—Randall Firth —se presentó al «amigo» que hacía guardia en el exterior.

Virloomi había dicho: «Mis amigos hacen guardia para proteger mi tiempo», y había añadido que «para poder meditar en ocasiones». Pero sus «amigos» comían en la mesa común y recibían su parte de la cosecha, por lo que sus servicios para con ella eran, de hecho, servicios pagados. Eran policías o guardianes, y todos lo sabían. Pero no, los indios se limitaban a decir que realmente eran voluntarios, realmente cumplían adicionalmente con todo un día de trabajo.

Todo un día de trabajo... para un indio. En cuanto hace un poco de calor se tienden a descansar y las personas normales tienen que compensar su desidia.

No es de extrañar que mi padre, Achilles el Grande, comandase a los chinos en la conquista de la India. Alguien tenía que enseñarles a trabajar. Pero nada podría enseñarles a pensar.

Dentro de la choza, Virloomi hilaba a mano. ¿Por qué? Porque Gandhi lo hacía. Poseían cuatro hiladoras y dos telares automáticos, y piezas de sobra para mantenerlos en funcionamiento cien años, hasta que ya pudiesen fabricarlos ellos mismos. No había ninguna necesidad de tejer a mano. Incluso Gandhi lo hacía simplemente porque protestaba por el modo en que los telares ingleses dejaban sin trabajo a los indios. ¿Qué intentaba conseguir Virloomi?

—Randall —dijo ella.

—Virloomi —respondió él.

—Gracias por venir.

—Nadie puede negarse a cumplir una orden de nuestra amada gobernadora.

Virloomi le dirigió una mirada cautelosa.

—Y sin embargo siempre encuentras el modo de hacerlo.

—Sólo porque tu poder es ilegítimo —dijo Achilles—. Incluso antes de que fundáramos nuestra colonia, Shakespeare declaró su independencia y se puso a elegir gobernadores para un mandato de dos años.

—Y nosotros hicimos lo mismo —dijo Virloomi.

—Siempre te eligen a ti —dijo Achilles—. La persona nombrada por el MinCol.

—Así es la democracia.

—Democracia únicamente porque los dados están cargados. Literalmente. Con indios. Y tú te dedicas a este juego de la mujer santa para tenerlos bajo tu sumisión.

—Tienes demasiado tiempo para leer —dijo Virloomi—, si conoces palabras como «sumisión».

Una apertura muy fácil...

—¿Por qué sientes la necesidad de evitar que los ciudadanos se eduquen? —preguntó Achilles.

La expresión agradable de Virloomi no cambió.

—¿Por qué para ti todo es política?

—¿No estaría bien que nadie prestase atención a la política para que tú pudieses quedártela toda?

—Randall —dijo Virilomi—, no te he hecho venir porque agitas a los colonos no indios.

—Y, sin embargo, por eso he venido.

—Tengo una oportunidad para ti.

Achilles debía admitirlo: Virilomi seguía con lo suyo. Quizá fuese uno de los atributos de una diosa india.

—¿Vas a ofrecerme otro trabajo simbólico para apaciguar mi ego?

—No dejas de repetir que estás atrapado en este mundo, que nunca has estado en otra parte, que toda tu vida has vivido bajo el dominio de los indios, rodeado por la cultura india.

—Tus espías te han informado con precisión.

Esperaba que ella se pusiese a discutir acerca de si sus informadores eran espías o no, ya que se trataba de ciudadanos normales que asistían a actos públicos y luego los comentaban. Pero aparentemente a ella ese tema la cansaba tanto como a él. Y además, estaba claro que tenía algo más urgente que decir.

—Dentro de más o menos un mes llegará una nave estelar —dijo Virilomi—. Viene de la colonia Shakespeare y trae varios de sus exitosos híbridos y modificaciones genéticas para mejorar nuestros recursos agrícolas. Una visita muy importante.

—No soy granjero —dijo Achilles.

—Cuando viene una nave espacial —dijo Virilomi— no es para siempre. Vienen y luego se van.

Ahora Achilles comprendía perfectamente qué se le ofrecía. Eso si era una oferta y no un exilio forzoso.

—¿Van adonde? —preguntó.

—En este caso, me garantizan que el piloto lleva la nave de vuelta a la Tierra... bien, cerca de la Tierra... para analizar, divulgar, estudiar y compartir con todas las colonias las muestras de Shakespeare y nuestra pobre oferta. Es posible que acaben cultivando algunos especímenes en la misma Tierra, porque la producción es grande y las adaptaciones climáticas son muy favorables.

—¿Le van a poner tu nombre a una de las especies? —preguntó Achilles.

—Te ofrezco la oportunidad de salir al amplio mundo y verlo con tus propios ojos. Ahora mismo los indios sólo son un cuarto de la población de la Tierra, y podrás ir a muchos lugares donde casi nunca verás a indios.

—No son los indios lo que no me gusta —dijo Achilles sin convicción.

—¿Oh?

—Es el gobierno petulante y autoritario que finge ser democrático.

—Aquí los indios son mayoría. Democrático por definición, aunque sea petulante —dijo Virilomi.

—La Tierra está gobernada por un dictador malvado.

—La Tierra la gobierna un Congreso electo y la preside un Hegemón electo.

—Una hegemonía fundada en el asesinato de...

—Del hombre que erróneamente crees que era tu padre —dijo Virloomi.

Esa frase golpeó a Achilles como un martillo. Durante toda su vida, él y su madre habían guardado el secreto sobre su procedencia, de la misma forma que nadie jamás había oído que lo llamaran por su nombre secreto, pero verdadero, de Achilles. Siempre era Randall esto y Randall aquello; sólo en momentos de verdadera intimidad su madre le llamaba Achilles. Sólo interiormente se refería a sí mismo como Achilles.

Pero Virloomi lo sabía. ¿Cómo?

—Vi como tu supuesto padre asesinaba niños a sangre fría —dijo Virloomi—. Asesinó a un buen amigo mío. Sin mediar provocación.

—Eso es mentira —dijo Achilles.

—Ah. ¿Tienes testigos que me contradigan?

—Hubo provocación. Intentaba unificar el mundo e imponer la paz.

—Era un psicópata que asesinó a todos los que le ayudaron... o le vieron indefenso.

—No a todos —dijo Achilles—. Te dejó vivir.

—No le ayudé. No le frustré. Permanecí invisible hasta que al final pude escapar de él. Luego me dediqué a liberar a mi país de la cruel opresión que nos había impuesto.

—Achilles Flandres lograba la paz mundial y tú llevaste de nuevo la guerra al país que él había pacificado.

—Pero no tienes inconveniente en admitir que te crees la fantasía de que era tu padre.

—Creo que mi madre lo sabe mejor que nadie.

—Tu madre sólo sabe lo que le contaron. Porque ella es una madre de alquiler... no es tu madre genética. Le implantaron tu embrión. Le mintieron. Y ella te transmitió esa mentira. No era más que otra víctima secuestrada por Achilles. Y te ha tenido prisionero, hasta ahora. Eres su última víctima, y la más patética.

La mano de Achilles salió disparada antes de que pudiera controlarse. El golpe no fue muy fuerte... no tanto como hubiera podido ser dadas su altura y su fuerza.

—Me han atacado —dijo Virloomi en voz baja.

Dos de sus «amigos» entraron en la choza. Agarraron a Achilles por los brazos.

—Acuso a Randall Firth de atacar a la gobernadora. Bajo pena de perjurio, Randall, ¿admites que me has golpeado?

—Qué mentira más absurda —exclamó Achilles.

—Ya suponía que responderías así —dijo Virloomi—. Hay tres vídeos desde ángulos diferentes que demostrarán la verdad de la acusación y del perjurio. Cuando seas condenado, Randall, recomendaré que te envíen al exilio. A la Tierra... el lugar que por lo visto crees que será infinitamente mejor que Ganges. Tu madre podrá acompañarte o no, como prefiera.

Ha jugado conmigo como con un pez, pensó Achilles. Mi padre jamás lo hubiera consentido. La humillación... la ofensa insoportable. Así vivía mi padre, y así viviré yo.

—Toda la grabación —dijo Achilles—. Eso verán... cómo me has acosado.

Virlomi se puso elegantemente en pie y se le aproximó, acercando la boca a su oído.

—Toda la grabación —dijo Virlomi—. Demostrará quién crees que es tu padre y que apruebas sus acciones. Acciones que toda la especie humana considera el sùmmum de la maldad.

Se alejó de él.

—Decide tú mismo si hay que mostrar toda la grabación o sólo una parte.

Achilles sabía que aquél era el momento en el que se esperaba que amenazase o vociferase patéticamente. Pero todavía estaban grabando.

—Veo que sabes manipular a un niño —dijo Achilles—. Sólo tengo dieciséis años y has provocado mi furia.

—Ah, sí, dieciséis. Eres grande para tus años, ¿no?

—De corazón y mente, así como de piel y huesos —dijo Achilles... su respuesta habitual—. Recuerda, Su Excelencia la gobernadora, que embaucarme es una cosa y derribarme otra muy distinta.

Se volvió y luego esperó a que los hombres que le sujetaban los brazos se colocasen a su lado. Juntos salieron de la choza. Achilles se detuvo abruptamente.

—Sabéis que os podría hacer saltar como moscas si así lo quisiese.

—Oh, sí, señor Firth. Sólo servíamos de testigos. Si no, que le retuviésemos no sería más que simbólico.

—Y esperabais que derribase a uno de vosotros frente a la cámara.

—Esperamos que los hombres y las mujeres puedan vivir juntos sin violencia.

—Pero no os importa ser las víctimas de la violencia, y podéis emplearla para desacreditar o destruir a vuestro enemigo.

—¿Es usted nuestro enemigo, señor Firth?

—Espero que no —contestó Achilles—. Pero vuestra diosa quiere que lo sea.

—Oh, ella no es nuestra diosa, señor Firth. —Se rieron como si la idea fuese totalmente absurda.

Mientras Achilles se alejaba, ya iba planeando su siguiente movimiento. Ella emplearía la reputación de su padre contra él... y no creía que fuese a guardar el secreto, porque tenía razón al decir que cualquier relación entre él y Achilles el Grande le marcaría permanentemente.

Si es algo ampliamente aceptado que mi padre es el peor hombre de la historia, entonces debo encontrar uno peor y relacionarlo con ella.

Y en cuanto a eso de que su madre era de alquiler, Randall no permitiría que la mentira de Virlomi se interpusiese entre él y su madre. A ella le rompería el corazón el simple hecho de que él llegase a poner en duda que era su madre. No, Virlomi, no dejaré que me conviertas en un arma para hacer daño a mi madre.

Capítulo 21

Para: AWiggin%Ganges@LigaCol.adm

De: hgraff%listret@ComFl.adm

Asunto: Bienvenido de nuevo al universo humano

Mis condolencias por el fallecimiento de tus padres, naturalmente. Pero supe por ellos que antes de su muerte os escribisteis para gran satisfacción mutua. La muerte de tu hermano puede que fuese más sorprendente. Era joven, pero le falló el corazón. No prestes atención a los rumores estúpidos que siempre acompañan la muerte de los grandes. Vi la autopsia, y Peter tenía un corazón débil a pesar de llevar un estilo de vida muy saludable. Fue rápido, un coágulo que detuvo su vida mientras dormía. Murió en el punto más alto de su capacidad y su poder. No es mala forma de irse. Espero que leas el excelente ensayo sobre su vida escrito supuestamente por el mismo autor de La Reina Colmena. Se llama El Hegemón y te lo adjunto.

Me sucedió algo interesante mientras tú estabas en estasis, volando de Shakespeare a Ganges. Me despidieron.

Es algo que no preví (créeme, he previsto muy pocas cosas durante mi larga vida; sobreviví y logré cosas simplemente adaptándome con rapidez), aunque debería haberlo pensado. Cuando te pasas diez meses al año en estasis, hay un efecto secundario: tus subordinados y superiores empiezan a tomarse tus despertares como intromisiones. Los que te eran absolutamente leales se retiran, siguen su carrera por otra vía o los apartan mediante maniobras. Pronto, todos los que te rodean se son leales a sí mismos, lo son a sus carreras o a alguien que quiere tu puesto.

Cuando despertaba, todos se aseguraban de mostrarse deferentes. Me informaban de cómo se habían ejecutado todas mis decisiones desde el último despertar... o me explicaban por qué no había podido ser.

Durante los últimos tres despertares me debería haber dado cuenta de que esas explicaciones se habían vuelto muy poco convincentes, y de con qué poca efectividad habían cumplido mis órdenes. Debería haberme dado cuenta de que la sopa burocrática por la que había navegado durante tantos años había empezado a solidificarse a mi alrededor; debería haberme dado cuenta de que mis largas ausencias me estaban dejando sin poder.

Como no me divertía, no comprendí que mis meses en estasis eran, a todos los efectos, vacaciones. Eran un intento de prolongar mi tiempo en el cargo sin ocuparme de sus asuntos. ¿Cuándo ha sido algo así una buena idea?

Fue pura vanidad, Ender. Era imposible que saliese bien; era imposible que durase. Me desperté para descubrir que mi nombre ya no estaba en la puerta de la oficina. Me encontraba en la lista de jubilados de la ComFl... y con paga de coronel, para que fuese todavía más insultante. Y en cuanto a una pensión del MinCol, descartada, ya que no me habían jubilado, me habían destituido por no cumplir con mis obligaciones. Citaron años de reuniones a las que no había ido porque estaba en estasis; citaron que ni siquiera había pedido permiso; incluso se remontaron al viejo consejo de guerra para demostrar un «patrón de comportamiento negligente». Por tanto... destituido con motivo y a vivir con la media paga de coronel.

Creo que simplemente dieron por supuesto que había logrado enriquecerme durante mi periodo en el cargo. Pero yo nunca fui de esos políticos.

Sin embargo, me importan poco los asuntos materiales. Vuelvo a la Tierra, donde todavía tengo algunas propiedades... me aseguré de que se siguiesen pagando los impuestos. Podré vivir una jubilación tranquila en un trozo encantador de tierra en Irlanda del que me enamoré y que adquirí durante los años en que recorría el mundo en busca de niños a los que explotar y posiblemente destruir en la Escuela de Batalla. Allí nadie sabrá quién soy... o, más bien, quién fui. He sobrevivido a mi infamia.

Un detalle sobre la jubilación: ya no tendré privilegios de ansible. Incluso esta carta parte con una prioridad tan baja que pasarán años antes de que la transmitan. Pero los ordenadores no olvidan y no los puede emplear nadie tan vengativo como para querer evitar que me despida de los viejos amigos. Verifiqué la seguridad del sistema, y los líderes de la F.I. y el PLT comprenden la importancia de mantener la independencia de las redes. Verás este mensaje cuando tú mismo salgas de estasis y llegues a Ganges, dentro de cuatro años.

Te escribo con dos propósitos. Primero, quiero que sepas que comprendo y recuerdo la gran deuda que yo y todo el mundo tenemos contigo. Hace cincuenta y seis años, antes de que fueses a Shakespeare, reuní tu paga durante la guerra (retroactivamente con la graduación de almirante), las bonificaciones en metálico que votaron para que fueran tuyas, y de tu jeesh durante la primera oleada de gratitud y tu salario como gobernador de Shakespeare, y lo invertí todo en seis fondos de inversión diferentes de reputación inmejorable.

Serán auditadas continuamente por el mejor software que pude encontrar, que, te hará gracia, está basado en el núcleo del Juego de Fantasía (o «juego mental», como también lo llamábamos en la Escuela de Batalla). La capacidad del programa para autocontrolarse y controlar sus fuentes de datos y entradas, y para reprogramarse en respuesta a la información nueva, aparentemente lo convertían en la mejor opción para garantizar que los intereses financieros estuviesen protegidos. Los administradores financieros humanos pueden ser incompetentes, sufrir la tentación de malversar o morir y ser reemplazados por alguien peor.

Puedes disponer libremente de los intereses generados sin pagar impuestos hasta que no llegues a la mayoría de edad... que, como ahora viajan tantos niños, se computa legalmente sumando la duración del viaje en tiempo de la nave y los días pasados en tiempo real entre viajes, considerando cero el tiempo en estasis. He hecho lo posible por apuntalar el futuro contra las vicisitudes del tiempo.

Lo que me lleva al segundo propósito. Soy un viejo que creyó que podía manipular el tiempo y vivir para ver como se completaban todos sus planes. En cierta forma, supongo que así ha sido. He tirado de muchos hilos y la mayoría de mis marionetas han dejado de bailar. He sobrevivido a la mayoría de la gente que conocía y a todos mis amigos.

A menos que tú seas mi amigo. He acabado considerándote así; espero no excederme en mi papel, porque lo que te ofrezco ahora es un consejo de amigo.

Al releer el mensaje en que me pedías que te enviase a Ganges, he visto en la expresión «razones personales» la posibilidad de que estés usando el viaje espacial como yo usaba la estasis: como una forma de vivir más. Pero en tu caso no aspiras a ver como se completan todos tus planes. Creo más bien que aspiras a dejar décadas, quizá siglos, entre tu pasado y tú.

Creo que es un plan muy inteligente, si pretendes sobrevivir a tu fama y vivir anónimamente en algún lugar, casarte, tener hijos y volver a unirte a la especie humana, pero entre personas que ni siquiera puedan concebir la idea de que su vecino, Andrew Wiggin, tenga alguna relación con el gran Ender Wiggin que salvó al mundo.

Pero me temo que estés intentando distanciarte de algo más. Me temo que crees que puedes ocultarte de lo que hiciste (sin saberlo), de los asuntos que se explotaron en ese desafortunado consejo de guerra. Temo que estés intentando dejar atrás la muerte de Stilson, de Bonzo Madrid, de miles de humanos y de miles de millones de insectores en la guerra que tan brillantemente y tan milagrosamente ganaste para nosotros.

No puedes hacerlo, Ender. Lo llevas todo contigo. Seguirán vividos en tu mente cuando el resto del mundo los haya olvidado. Te defendiste de niños que pretendían destruirte, y lo hiciste con efectividad; de no haberlo hecho, ¿hubieras sido capaz de lograr tus grandes victorias? Defendiste a la especie humana contra un enemigo no verbal que, en el proceso de tomar lo que quería (nuestro mundo, nuestro hogar, nuestros logros, el futuro del planeta Tierra), destruía vidas humanas despreocupadamente. Yo te honro por aquello por lo que tú te culpas. Por favor, escucha mentalmente mi voz junto con la de tu autocensura. Intenta que estén en equilibrio.

Eres el hombre que siempre has sido: uno que acepta la responsabilidad, uno que prevé consecuencias y actúa para proteger a los demás y, sí, a sí mismo. Un hombre así no entregará una carga con demasiada facilidad.

Pero no uses el viaje estelar como una droga, empleándolo para encontrar el olvido. Puedo decirte por experiencia propia que una vida vivida con cortas visitas a la especie humana no es una vida. Sólo somos humanos cuando formamos parte de una comunidad. Cuando llegaste a la Escuela de Batalla intenté aislarte, pero no fue posible. Te rodeé de hostilidad; pero tú tomaste a la mayoría de tus enemigos y rivales y los convertiste en amigos. Enseñaste con libertad todo lo que sabías y apoyaste a estudiantes que nosotros, los profesores, francamente, habíamos dado por perdidos; algunos de ellos acabaron encontrando la grandeza en su interior y lograron muchos éxitos. Tú eras parte de ellos; te llevaron dentro toda su vida. Nuestro trabajo se te daba mucho mejor a ti que a nosotros.

Tu jeesh te adoraba, Ender, con una devoción que sólo puedo envidiar... he tenido muchos amigos, pero nunca me han demostrado la pasión que esos niños te demostraban. Hasta el último de ellos habría muerto por ti. Porque sabían que tú habrías muerto por ellos. Y los informes que he tenido de la colonia Shakespeare (de Sel Menach, de Ix Tolo y sus hijos, Po y Abra, y de los colonos que no llegaron a conocerte pero encontraron el lugar que tú les habías preparado) me permiten afirmar que se te amaba y se te respetaba, y que todos ellos te consideraban el mejor miembro de su comunidad, su benefactor y amigo.

Te lo cuento porque temo que la primera lección que te enseñé sea la que mejor aprendiste: que siempre estás solo, que nadie te ayudará, que lo que sea preciso hacer sólo lo puedes hacer tú. No puedo hablar a los recovecos de tu mente, sólo a la parte superior, a la mente consciente que durante tantos años me ha hablado y escrito con tanta elocuencia. Por tanto, espero que puedas oír mi mensaje y lo transmitas a esa parte de tu mente que al principio no querrá creerlo:

Eres la persona menos sola que he conocido. Tu corazón siempre ha incluido a todos los que te permitían amarlos, y a muchos que no te lo permitían. El punto de encuentro de todas esas comunidades que formaste era tu propio corazón; sabían que los lle-

vabas ahí, y eso los mantenía unidos. Sin embargo, el regalo que tú les hiciste nadie podía dártelo a ti, y me temo que eso será porque cumplí demasiado bien con mi labor malvada y levanté en tu mente un muro que no te permite recibir el conocimiento de lo que eres y de quién eres.

Me irrita ver a ese «La voz de los muertos» lograr, con sus estúpidos libros, la influencia que sólo tú mereces. La gente los está convirtiendo en religión. Los hay que se denominan «voces de los muertos» y que tienen la presunción de hablar en los funerales y contar «la verdad» sobre el fallecido, una horrible profanación; ¿quién puede conocer la verdad sobre nadie? He dejado instrucciones en mi testamento para que no se permita a ninguno de esos impostores asistir a mi funeral, si alguien se molesta en celebrarlo. Tú salvaste al mundo y jamás se te permitió volver a casa. Ese charlatán se inventa una historia falsa sobre los insectores, luego escribe una apología de tu hermano Peter y la gente lo convierte en religión. La especie humana es estúpida.

Tienes a Valentine a tu lado. Muéstrale esta carta y comprueba si no afirma que todo lo que he dicho sobre ti es cierto. Puede que yo no esté vivo cuando la leas, pero muchos que te conocieron como estudiantes de la Escuela de Batalla siguen con vida, incluida buena parte de tu jeesh. Son viejos, pero ninguno te ha olvidado. (De vez en cuando me escribo con Petra; se ha quedado viuda en dos ocasiones pero sigue siendo un alma asombrosamente feliz y optimista. Se mantiene en contacto con todos los demás.) Ellos, Valentine y yo podemos atestiguar que tú has pertenecido a la especie humana más profunda y plenamente de lo que podría imaginar la mayoría de la gente.

Encuentra la forma de creerlo y no te escondas de la vida en las profundidades oscuras e insondables del espacio relativista.

En mi vida he logrado muchas cosas, pero mi mayor logro fue encontrarte, entender lo que eras y, de alguna forma, lograr no destruirte antes de que pudieses salvar al mundo. Sólo desearía haberte podido sanar a continuación. Pero ese logro tendrá que ser tuyo... o quizá de Valentine. O quizá vendrá por los hijos que debes (debes) tener algún día.

Porque de eso es de lo que más me arrepiento. Nunca me casé ni tuve hijos. En lugar de eso robé los hijos a otros y los entrené... no los eduqué. Es muy fácil decir que puedes adoptar a toda la especie humana como a tus hijos, pero no es lo mismo que vivir en casa con un niño y adaptar todo lo que haces para ayudarle a ser feliz, completo y bueno. No vivas tu vida sin sostener un niño en los brazos, o en el regazo, en tu hogar, y sentir los brazos de un niño a tu alrededor, oír su voz en tu oreja y ver su sonrisa, que él te ofrece porque tú lo llevas en el corazón.

Yo no tuve tales momentos, porque no traté así a mis niños secuestrados de la Escuela de Batalla. Yo no fui, biológicamente ni por adopción, el padre de nadie. Cádate, Ender. Ten hijos, adóptalos o tómalos prestados... lo que haga falta. Pero no vivas una vida como la mía.

He hecho grandes cosas, pero ahora, al final, no me siento feliz. Me gustaría haber dejado que el futuro se ocupase de sí mismo y, en lugar de saltar a través del tiempo, haberme detenido, haber formado una familia y haber muerto en su momento, rodeado de hijos.

¿Ves como te revelo mi corazón? De alguna forma, también me aceptaste en el jeesh.

Perdona los sentimentalismos de los ancianos; cuando tengas mi edad me comprenderás.

Cuando te tuve en mi poder jamás te traté como a un hijo, pero te he amado como a un hijo, y en esta carta te he hablado como me gustaría pensar que hubiese hablado a los hijos que nunca tuve. Te digo: «Bien hecho, Ender.» Ahora, sé feliz.

*Hyrum Graff
Coronel retirado de la F.I.*

A Ender, al salir de la estasis al final del viaje, le conmocionó el cambio de Valentine.

—Te dije que no entraría en estasis hasta que no terminase el libro —dijo ella al ver su expresión.

—No has estado despierta durante todo el viaje.

—Sí—dijo—. No ha sido un viaje de cuarenta años en dos años como el primero, sólo uno de dieciocho años en poco más de catorce meses. —Ender hizo cuentas rápidamente y comprobó que tenía razón. La aceleración y desaceleración siempre llevaban más o menos la misma cantidad de tiempo, mientras que el viaje intermedio determinaba la diferencia de tiempo subjetivo.

—Aun así—dijo—. Eres una mujer.

—Qué halagador que te hayas dado cuenta. Me decepcionó no tener ningún capitán de nave que se enamorase de mí.

—Quizá se debiese en parte a que el capitán Hong se trajo a su esposa y familia.

—Poco a poco aprenden que no hay que sacrificarlo todo para ser un viajero estelar —dijo Valentine.

—Aritmética... yo sigo teniendo diecisiete años y tú tienes casi veintiuno.

—Tengo veintiuno —dijo—. Considérame tu tía Val.

—No lo haré —dijo él—. ¿Has terminado el libro?

—Escribí la historia de la colonia Shakespeare hasta el momento de tu llegada. No habría podido hacerlo si hubieses estado despierto.

—¿Porque hubiese exigido precisión?

—Porque no me habrías permitido tener libre acceso a tu correspondencia con Kolmogorov.

—Mi correspondencia está cifrada con una contraseña doble.

—Oh, Ender, hablas conmigo —dijo Valentine—. ¿Creías que no sería capaz de adivinar «Stilson» y «Bonzo»?

—No usé sus nombres, así, sin más.

—Para mí estaban claros, Ender. Crees que nadie te comprende de verdad, pero yo puedo adivinar tus contraseñas. Eso me convierte en tu colega de contraseñas.

—Eso te convierte en una espía —dijo Ender—. No veo la hora de leer el libro.

—No te preocupes. No menciono tu nombre. Cito sus mensajes como «cartas a un amigo», fechadas.

—¿Qué considerada!

—No te pongas tonto. Hace catorce meses que no te veo y te echaba de menos. No me hagas cambiar de opinión.

—Yo te vi ayer y desde entonces has hurgado en mis archivos. No esperes que lo pase por alto. ¿Dónde más has fisgado?

—En ningún sitio —repuso Valentine—. Tienes el equipaje bien cerrado. No soy una randa.

—¿Cuándo puedo leer el libro?

—Cuando lo compres y lo descargues. Te puedes permitir pagar.

—No tengo dinero.

—Todavía no has leído la carta de Hyrum Graff—dijo Valentine—. Te consiguió una buena pensión y puedes disponer de ella sin pagar impuestos hasta que seas mayor de edad.

—Así que no te limitaste a tu tema de investigación.

—No puedo saber si una carta contiene datos importantes si no la leo, ¿verdad?

—Por tanto, ¿para escribir este libro leíste todas las cartas escritas durante toda la historia de la especie humana?

—Sólo las escritas desde la fundación de la colonia Uno, tras la Tercera Guerra Insectora. —Le dio un beso en la mejilla—. Buenos días, Ender. Bienvenido otra vez al mundo.

Ender negó con la cabeza.

—Ender no —corrigió—. Aquí no. Soy Andrew.

—Ah —dijo ella—. ¿Por qué no Andy o Drew?

—Andrew —repitió Ender.

—Bien, se lo deberías haber dicho a la gobernadora, porque su carta de invitación va dirigida a «Ender Wiggin».

Ender frunció el ceño.

—No llegamos a conocernos en la Escuela de Batalla.

—Imagino que ella cree conocerte, después de haber estado tan íntimamente implicada con la mitad de tu jeesh.

—Después de que derrotase por completo su ejército —dijo Ender.

—Es una forma de intimidación, ¿no? ¿Una relación Grant-Lee?

—Supongo que Graff tenía que advertirle de mi llegada.

—Tu nombre también aparecía en el manifiesto, que incluye el hecho de que tú eras el gobernador de Shakespeare hasta el final de tu mandato de dos años. Eso reduce mucho las posibilidades dentro del conjunto de Andrew Wiggin que hay en la especie humana.

—¿Has bajado a la superficie?

—Nadie lo ha hecho. Le he pedido al capitán que me permitiese despertarte para que puedas ir en el primer transbordador. Por supuesto, estuvo encantado de hacer lo que fuese por el gran Ender Wiggin. Pertenece a esa generación; estaba en Eros cuando obtuviste la victoria final. Dice que en más de una ocasión te vio por los pasillos.

Ender pensó en su breve encuentro con el capitán antes de pasar a estasis.

—No le reconocí.

—No esperaba que le reconocieses. Realmente es muy buen tipo. Su trabajo se le da mucho mejor que a aquel viejo.

—Quincy Morgan.

—Recordaba su nombre, Ender. Simplemente no quería decirlo ni oírlo.

Ender se aseó. La estasis le dejaba con una especie de capa de suciedad cubriéndole el cuerpo; cuando se movía le parecía que la piel le crujía un poco.

Esto no te conviene, pensó mientras se frotaba para limpiarse y su piel protestaba con pinchazos de dolor. Pero Graff se pasa en estasis diez meses al año y sigue fuerte.

Y me consiguió una pensión. Eso está bien. No puedo imaginarme que Ganges use dinero de la Hegemonía, de la misma forma que Shakespeare no lo usaba, pero una vez que se inicie el comercio interestelar, quizás el dólar PLT tenga algún poder de compra.

Seco y vestido, Ender recogió el equipaje y, en la privacidad del camarote cerrado de Valentine, del que ella había salido discretamente, abrió la caja que contenía el capullo de la última reina colmena del universo.

Por un momento tuvo miedo de que hubiese muerto durante el viaje. Pero no. Después de sostener el capullo durante unos minutos en sus manos desnudas, una imagen parpadeó en su mente. O más bien, una serie rápida de imágenes: los rostros de cientos de reinas colmena, un millar, en tan rápida sucesión que no pudo registrar ninguna. Era como si, al despertar (al reiniciar), todos los antepasados de la memoria de la reina colmena tuviesen que aparecer en su mente antes de retroceder y permitirle tener el control de su propio cerebro.

Lo que hubo a continuación no fue una conversación... no podía serlo. Pero Ender lo recordó como una conversación, incluso con diálogos. Era como si su cerebro no estuviese diseñado para recordar lo sucedido: la transferencia directa de recuerdos formados. En lugar de eso traducía el intercambio al modo normal humano de lenguaje discursivo.

—¿Este es mi nuevo hogar? ¿Me dejarás salir? —le preguntó... o más bien, se mostró a sí misma surgiendo del capullo en el aire frío de una cueva, y la sensación de una pregunta, ¿o era una exigencia?, acompañó a las imágenes.

—Demasiado pronto —dijo él... y en su mente realmente eran palabras, o al menos ideas que podían adoptar la forma del lenguaje—. Todavía nadie lo ha olvidado. Los aterrorizaría. Te matarían en cuanto te descubriesen, o si descubriesen a alguno de tus hijos.

—Esperar más —dijo ella—. Espera eterna.

—Sí—confirmó él—. Viajaré todo lo que pueda, todo lo lejos que pueda. Quinientos años. Mil años. No sé cuánto tiempo hará falta antes de que pueda dejarte salir con seguridad, ni dónde será.

Ella le recordó que no le afectaba el efecto relativista del viaje en el tiempo.

—Nuestras mentes funcionan según el principio de vuestro ansible. Estamos siempre conectados con el tiempo real del universo. —En este caso usó imágenes de relojes que extrajo de los recuerdos de Ender. Su metáfora para el tiempo era el movimiento del sol por el cielo durante días, y su deriva al norte y al sur para indicar los años. Las reinas colmena nunca habían necesitado subdividir el tiempo en horas, minutos y segundos, porque con sus propios hijos, los insectores, todo era infinitamente ahora.

—Lamento que debas experimentar todo el tiempo del viaje —dijo Ender—. Pero quieres que yo esté en estasis durante el mismo y que siga joven el tiempo suficiente para encontrarte un hogar.

Estasis... ella comparó su experiencia con su etapa de crisálida.

—Pero tú surges igual. Sin cambios.

—Los humanos no cambiamos al salir del capullo. Estamos despiertos durante el proceso de maduración.

—Por tanto, para ti dormir no es nacer.

—No —dijo Ender—. Es una muerte temporal. Un apagarse, excepto que entre las cenizas queda una chispa. Ni siquiera sueño.

—Todo lo que yo hago es soñar —dijo ella—. Sueño toda la historia de mi gente. Son mis madres, pero ahora también son mis hermanas, porque recuerdo hacer todo lo que ellas hacen.

En este caso, había conjurado la imagen de Valentine y Peter para decir «hermanas». Y cuando apareció el rostro de Peter, había temor y dolor en el recuerdo.

—Ya no le temo —dijo Ender—. Ni tampoco le odio. Acabó siendo un gran hombre.

Pero la reina colmena no le creyó. Extrajo de su mente la imagen del anciano en las conversaciones de ansible y la comparó con el niño Peter de los recuerdos más profundos de Ender. Eran demasiado diferentes para ser el mismo.

Y Ender tampoco podía discutírselo. Peter el Hegemón no era Peter el monstruo. Quizá nunca lo hubiera sido. Quizá los dos fuesen una ilusión. Pero Peter el monstruo era el que se encontraba en los recuerdos más profundos de Ender, y no era probable que algún día llegase a desaparecer.

Volvió a ocultar el capullo en su caja, la cerró y la dejó en el carrito de equipaje para la superficie.

* * *

Virlomi acudió a recibir el transbordador; dejó claro de inmediato que tal cortesía se debía sólo por Ender. Subió al transbordador para hablar con él.

Ender no lo consideró una buena señal. Mientras esperaban a que subiese a bordo, le dijo a Valentine.

—No me quiere aquí. Quiere que regrese a la nave.

—Espera y comprueba qué quiere —sugirió Valentine—. Quizá sólo quiera conocer tus intenciones.

Virlomi parecía mucho mayor que la chica cuyo rostro Ender había visto en todos esos vídeos de la guerra. Un año o dos rumiando la derrota, y luego dieciséis gobernando la colonia... tenían que acabar por dejar huella.

—Gracias por permitirme una visita tan temprana —dijo ella.

—Nos halaga enormemente que hayas venido a recibarnos personalmente —contestó Ender.

—Tenía que verte antes de que salieses a la colonia. Juro que no le he dicho a nadie que venías.

—Te creo —dijo Ender—. Pero tu comentario parece dar a entender que la gente sabe que estoy aquí.

—No —dijo—. No, no hay tal rumor, gracias a Dios.

¿Qué Dios?, se preguntó Ender. O, teniendo fama de diosa, ¿se daba las gracias a sí misma?

—Cuando el coronel Graff... o el título que tenga ahora, para mí siempre será el coronel Graff... me dijo que te había pedido que vinieses, fue porque anticipaba problemas con una madre y un hijo concretos.

—Nichelle y Randall Firth —dijo Ender.

—Sí —confirmó ella—. Resulta que yo también los había considerado problemas potenciales durante los preparativos en la Escuela de Batalla, Ellis Island, o como lo llamasen. Así que comprendo su preocupación. Lo que no sabía era por qué creía que tú podrías ocuparte del asunto mejor que yo.

—No estoy seguro de que pensase que pudiese hacerlo. Quizá sólo quería tener un recurso a mano, por si se me ocurría alguna idea. ¿Han dado problemas?

—La madre era una reclusa paranoica normal —dijo Virilomi—. Pero trabajaba duro y, si era obsesivamente protectora con su hijo, la relación no tenía nada de perversa... nunca intentó dormir con él, por ejemplo, y jamás le bañó cuando dejó de ser un niño... ninguna de las señales de peligro. Era un bebé muy pequeño. Casi como un juguete. Pero empezó a caminar y a hablar cuando era increíblemente joven. Sorprendentemente joven.

—Y siguió siendo bajito hasta la adolescencia —dijo Ender—. Luego crecía al ritmo normal y no paró. Imagino que ahora será un gigante.

—Dos metros y no parece que vaya a parar —dijo Virilomi—. ¿Cómo lo sabes?

—Por sus padres.

Virilomi jadeó.

—Graff sabe quién es su verdadero padre y no me lo dijo. ¿Cómo se supone que iba a afrontar la situación si no me daba toda la información?

—Discúlpame por recordártelo —dijo Ender—, pero en aquella época no se confiaba mucho en ti.

—No —dijo—. Pero pensé que si me hacía gobernadora, él me daría... pero eso ya ha pasado.

Ender se preguntó si efectivamente Graff ya habría pasado. No aparecía en ninguno de los registros a los que podía acceder... pero no disfrutaba de los privilegios de antes, cuando era un nuevo gobernador de camino a su colonia. Había búsquedas profundas que, simplemente, no tenía tiempo de ejecutar.

—Graff no pretendía dejarte sin información. Pero me la entregó a mí y me permitió juzgar cuánto decirte.

—Entonces, ¿tú tampoco confías en mí? —El tono era jocoso, pero había dolor subyacente.

—No te conozco —justificó Ender—. Hiciste la guerra contra mis amigos. Liberaste tu país de los invasores. Pero a continuación tú misma te convertiste en una invasora vengativa. No sé qué hacer con esta información. Deja que me decida a medida que te conozca.

Valentine habló por primera vez desde el saludo inicial.

—¿Qué ha sucedido que te ha impulsado a asegurarnos que no le habías dicho a nadie que Ender llegaba?

Virilomi se volvió respetuosamente hacia ella.

—Forma parte del largo enfrentamiento entre Randall Firth y yo.

—¿No sigue siendo un niño?

Virlomi rió amargamente.

—¿De verdad los graduados de la Escuela de Batalla se dicen esas cosas?

Ender rió.

—Aparentemente sí. ¿Cuánto hace que dura ese enfrentamiento ?

—Cuando cumplió doce años era un orador tan... precoz... que tenía a los antiguos colonos y a los colonos no indios que vinieron conmigo comiendo de su mano. Al principio era como una mascota inteligente. Ahora es algo más parecido a un líder espiritual, un...

—Un Virlomi —interrumpió Ender.

—Sí, se ha convertido en el equivalente de lo que los indios me consideran a mí—dijo—. Nunca afirmé ser una diosa.

—No discutamos por asuntos del pasado.

—Sólo quiero que sepas la verdad.

—No, Virlomi —dijo Valentine, interrumpiendo de nuevo, o eso daba a entender la expresión de Virlomi—. Deliberadamente construiste la imagen de diosa, y cuando la gente te preguntaba, tú ofrecías desmentidos que no desmentían nada. «¿Desde cuándo las diosas caminan sobre la tierra?» «¿Una diosa fallaría tan a menudo ?» Y la más repugnantemente engañosa de todas: «¿Qué piensas tú?»

Virlomi suspiró.

—No tienes piedad —se lamentó.

—No —dijo Valentine—. Soy muy piadosa. Lo que no tengo son modales.

—Sí —confirmó Virlomi—. Él ha aprendido observándome a mí, viendo como manejo a los indios, como me adoran. Su grupo no tiene una religión común, ninguna tradición propia. Pero él construyó una, sobre todo porque todos conocían el perverso libro La Reina Colmena.

—¿Cómo es que es perverso? —preguntó Ender.

—Porque es un montón de mentiras. ¿Quién podría saber lo que las reinas colmena pensaban, sentían, recordaban o intentaban hacer? Pero en la mente de los tontos impresionables que han memorizado ese libro maldito, ha convertido a los insectores en figuras trágicas.

Ender rió.

—Chico listo.

—¿Qué? —inquirió Virlomi, mirándole con suspicacia.

—Supongo que me lo cuentas porque de alguna forma afirma ser el heredero de las reinas colmena.

—Lo que es completamente absurdo, porque la nuestra es la primera colonia que no se fundó sobre las ruinas de la civilización insectora.

—Entonces, ¿cómo lo logra? —preguntó Ender.

—Afirma que la población india, un ochenta por ciento del total, no pretende más que reproducir exactamente la misma cultura que tenía en la Tierra. Mientras que él y los otros son los que intentan crear algo nuevo. Incluso tiene el valor de llamar a su movimiento los Nativos de

Ganges. Y dice que los indios son como los chacales que se han asentado en otros mundos... destruyendo a los nativos y apoderándose de todos sus logros.

—¿Y la gente se lo cree?

—Curiosamente —dijo ella—, aunque no son muchos. La mayoría de los colonos no indios simplemente quieren vivir en paz.

—Pero algunos le creen —objetó Ender.

—Millones.

—No hay tantos colonos —dijo Valentine.

—No sólo habla a la multitud local —dijo Virlomi—. Envía sus escritos por ansible. Hay delegaciones de los Nativos de Ganges en la mayoría de las grandes ciudades de la Tierra. Incluso en la India. Millones, como he dicho.

Valentine suspiró.

—En las redes vi referencias a «los Nativos» y no me interesaron. ¿Se originaron aquí?

—Consideran La Reina Colmena su texto sagrado, y a los insectores sus antepasados espirituales —dijo Virlomi—. En la Tierra, su doctrina es casi la opuesta de lo que Randall predica aquí. Afirman que el PLT debería desaparecer porque borra todas las culturas «genuinas», «nativas» de la Tierra. Se niegan a hablar común. Hacen lo posible por seguir religiones nativas y que se sepa.

—Mientras que aquí, Randall condena a los tuyos por hacer precisamente eso —observó Ender—. Preservar su cultura terrestre.

—Sí —dijo Virlomi—. Pero él afirma que no es una contradicción... la cultura india no se originó aquí. Éste es un lugar nuevo y, por tanto, él y sus Nativos de Ganges están creando la verdadera cultura nativa de este mundo, en lugar de una copia recalentada de una vieja traída de la Tierra.

Ender rió.

—A ti te parece gracioso —dijo Virlomi.

—En absoluto —dijo Ender—. Simplemente pensaba que Graff era un genio. No tan listo como los chicos a los que entrenó en la Escuela de Batalla, pero... Siendo Randall un bebé en brazos de su madre ya sabía que causaría problemas.

—Y te envió a ti para salvarme —añadió.

—Dudo que sea preciso salvarte.

—No, no me hace falta —dijo ella—. Ya lo he resuelto. Le provoqué para que me atacase en mi casa. Está grabado en vídeo, ya hemos celebrado el juicio y le hemos condenado al exilio. Vuelve a la Tierra... junto con cualquiera de sus descontentos que quiera ir con él.

Ender agitó la cabeza.

—¿Y no piensas que quizás eso es precisamente lo que quiere que hagas?

—Claro que sí. Pero tampoco me importa, siempre que no tenga que enfrentarme a él.

Ender suspiró.

—Claro que te importa, Virlomi. Si allí ya tiene seguidores, y luego regresa a la Tierra como exiliado del que llama su «mundo natal», entonces acabas de sembrar la simiente que puede

derribar al PLT y devolver a la Tierra al espantoso caos de odio y guerra al que Peter Wiggin puso fin hace tan poco.

—Eso no es problema mío —dijo Virlomi.

—Nuestra generación ha perdido el poder, Virlomi —dijo Ender—, excepto en algunas pocas colonias remotas. Peter ha muerto. Sus sucesores son sustitutos mediocres. ¿Crees que serán capaces de lidiar con Randall Firth?

Virlomi vaciló.

—No.

—Por tanto, si a sabiendas infestas a alguien con un virus que sabes que su cuerpo no puede resistir, ¿no le has asesinado?

Virlomi enterró la cara entre las manos.

—Lo sé —confesó—. Intentaba no saberlo, pero lo sé.

—Lo que todavía no entiendo —dijo Valentine— es por qué tus primeras palabras fueron para decir que no le habías dicho a nadie que Ender venía. ¿Por qué iba a importar?

Virlomi levantó la cara.

—Porque durante el juicio y desde entonces te ha estado usando. Y se ha estado comparando con su padre monstruoso. El que él cree que es su padre.

—Concretamente... —insistió Valentine.

—Te llama «Ender el Xenocida» —dijo Virlomi—. Dice que eres el peor criminal de guerra de toda la historia, porque fuiste tú el que exterminó a todos los nativos de estos mundos para que los ladrones pudiesen venir a robar sus casas y sus tierras.

—Predecible —dijo Ender.

—Y a Peter lo llama el «Hermano del Xenocida» que intentó exterminar todas las culturas nativas de la Tierra.

—Vaya —dijo Ender.

—Y Achilles Flandres no era un monstruo... eso no es más que propaganda del partido proxenocida. Fue el único que se enfrentó a los planes malvados de Peter y Ender. Intentó detenerte en la Escuela de Batalla, por lo que tus amigos lo encerraron en un asilo para locos de la Tierra. Luego, tras escapar e iniciar su labor de oponerse a la amenaza de que el Hegemón se convirtiese en dictador del mundo, la máquina de propaganda de Peter se puso a trabajar, difamándole. —Virlomi suspiró—. Y he aquí la ironía. Diciendo todo esto, finge honrarme enormemente. Como la heroína que se enfrentó al jeesh de los xenocidas: a Han Tzu, Alai, Petra y todos lo que sirvieron contigo.

—Y aun así te golpeó.

—Afirma que le provoqué. Que fue un montaje. Que un hombre de su tamaño... de haber querido matarme ya estaría muerta. Sólo pretendía hacer que despertase y comprendiese la magnitud de las mentiras que contaba y creía. Sus seguidores aceptan por completo esa explicación. O no les importa si es cierta o no.

—Bien, es agradable comprobar que alguien me encontró útil mientras estaba en estasis.

—No es una broma —dijo Virlomi—. Por todas las redes sus tesis revisionistas ganan más y más adeptos. Se ha insistido mucho en todas esas tonterías del consejo de guerra de Graff. Fotografías de los cuerpos muertos de... esos matones...

—Oh, ya me imagino —dijo Ender.

—Debías saberlo antes de bajar del transbordador —dijo Virlomi—. El no podía saber que venías. Simplemente escogió este momento para invocar tu nombre. Creo que es su reacción a que yo usase el nombre de Achilles como ejemplo de monstruo. Así que él decidió usar tu nombre como el de monstruo peor que Achilles. Si no fuese por ese horrible montón de mentiras llamado La Reina Colmena no habría encontrado un terreno tan fértil para sus tonterías.

—Hice todo aquello de lo que me acusa —dijo Ender—. Los chicos murieron. Y también todos los insectores.

—Pero no eres un asesino. Yo también leí las transcripciones del consejo de guerra. Lo comprendí... era la Escuela de Batalla. Hablé con gente que te conoció. Todos sabíamos cómo los adultos nos controlaban y daban forma a nuestras vidas. Y todos aceptamos que tu devastadora autodefensa obedecía a un perfecto adoctrinamiento militar.

Ender hizo lo que siempre hacía cuando alguien intentaba exonerarle: ignoró las palabras sin decir nada.

—Bien, Virlomi, no estoy seguro de qué crees que debería hacer yo.

—Podrías volver a la nave e irte.

—¿Es lo que me pides? —preguntó Ender.

—No ha venido a quitarte el puesto —dijo Valentine—. No es una amenaza para ti.

Virlomi rió.

—No intento deshacerme de tu hermano, Valentine. Aquí es bienvenido. Si se queda, entonces ciertamente precisaré de su consejo y lo aceptaré. Por mi parte, me alegra que esté aquí. Randall no tendrá más opción que dirigir su odio contra él. Por favor, quédate.

—Me alegro de que me lo pidas —dijo Ender—. Acepto.

—No —dijo Valentine—. Ésta es una de esas situaciones que acaban en violencia.

—Prometo no matar a nadie, Valentine —dijo Ender.

—Hablo de violencia contra ti —precisó ella.

—Yo también —confirmó Ender.

—Si Randall decide enfervorecer a la multitud...

—No —dijo Virlomi—. En ese aspecto no hay nada que temer. Te protegeremos totalmente.

—Nadie puede proteger a nadie totalmente —dijo Valentine.

—Oh, estoy seguro de que el personal de Virlomi hará un trabajo excelente —dijo Ender—. Como he dicho, acepto tu amable invitación. Ahora, salgamos de aquí y bajemos a la costa, ¿eh?

—Como desees —dijo Virlomi—. Me alegra que estés aquí. Pero también te he advertido y, mientras esta nave siga aquí, tienes libertad de movimientos. No disfrutarás cuando Randall dirija su furia contra ti. Se le dan bien las palabras.

—¿Sólo las palabras? —dijo Ender—. ¿No es violento?

—Por el momento —dijo Virlomi.

—Entonces estoy a salvo —dijo Ender—. Gracias por el gran honor que me has concedido. Por favor, anuncia que estoy aquí. Y que realmente soy ese Andrew Wiggin.

—¿Estás seguro? —preguntó Virilomi.

—Los locos siempre están seguros —dijo Valentine.

Ender rió y también lo hizo Virilomi; una risa nerviosa.

—Os invitaría a cenar conmigo esta noche —dijo Virilomi—. Pero me precio de comer poco y, claro está, al ser hindú, sólo tomo platos vegetarianos.

—Suenan genial —celebró Valentine.

—Dinos cuándo y dónde y allí estaremos —propuso Ender.

Con algunas palabras más de despedida, Virilomi se fue.

Valentine se volvió hacia Ender, simultáneamente furiosa y triste.

—¿Me has traído aquí para verte morir?

—Yo no te he traído a ningún sitio —dijo Ender—. Tú viniste.

—Lo que no responde a mi pregunta.

—Todo el mundo muere, Valentine. Madre y padre han muerto. Peter ha muerto. A estas alturas Graff probablemente esté muerto.

—Olvidas que te conozco, Ender—dijo Valentine—. Has decidido morir. Has decidido provocar a ese chico para que te mate.

—¿Por qué piensas tal cosa?

—¡Mira los nombres que escogiste como contraseña, Ender! No puedes vivir con tu culpa.

—No es culpa, Val —protestó Ender—. Es responsabilidad.

—No hagas que ese chico te mate —dijo Valentine.

—No haré que nadie haga nada. ¿Qué te parece?

—Debería haberme quedado en casa viendo a Peter conquistar el mundo.

—Oh, no, Valentine. Nosotros seguimos una trayectoria mucho más interesante a través del espacio-tiempo.

—No voy a dormir toda mi vida como tú, Ender, Tengo trabajo que hacer. Voy a escribir mis historias. No cargo con ningún deseo de morir.

—Si yo deseara estar muerto —arguyó Ender—, habría dejado que Bonzo Madrid y sus amigos me golpearan el cerebro en el baño de la Escuela de Batalla.

—Te conozco —dijo Valentine.

—Sé que crees conocerme —dijo Ender—. Y si muero, creerás que lo escogí. La verdad es mucho más complicada. No tengo intención de morir. Pero no temo el riesgo de morir. En ocasiones un soldado debe arriesgarse mucho para obtener la victoria.

—No es tu guerra —dijo Valentine.

Ender rió.

—Siempre es mi guerra.

Capítulo 22

Para: VWiggin%Ganges@LigaCol.adm/viaje

De: AWiggin%Ganges@LigaCol.adm/viaje

Asunto: Por si he muerto

Querida Val:

No espero haber muerto. Espero estar vivo, en cuyo caso no recibirás este mensaje porque seguiré introduciendo el código de «no enviar» hasta después de la confrontación que se avecina.

Este mensaje trata de la caja. El código para abrirla es el nombre de tu animal de peluche favorito cuando tenías seis años. Cuando la abras, sostén en la mano lo que encuentres durante un buen rato. Si se te ocurren algunas buenas ideas, entonces ejecútalas; en caso contrario, vuelve a colocarlo todo exactamente como estaba y dispón su envío a Abra Tolo, a Shakespeare, con el siguiente mensaje: «Esto es lo que encontré aquel día. Por favor, no permitas que sea destruido.»

Pero no te hará falta saber nada de esto, porque, como es mi costumbre, espero ganar.

Te quiere, tu exigente y misterioso hermanito

Ende

(O supongo que ahora debería decir: Ended1)

Dado que la nave estelar no había llegado cargada de nuevos colonos, la mayoría de los habitantes de la ciudad de Andhra apenas le dieron importancia. Por supuesto, todos fueron a ver el aterrizaje del transbordador. Y hubo cierta conmoción al descargar algunos artículos de comercio y cargar algunos suministros. Pero las tareas ejecutadas eran repetitivas y la gente perdió rápidamente el interés y volvió a su trabajo. Los que se enteraron de la visita de la gobernadora Virlomi al transbordador se la tomaron bien... pocos conocían o a pocos les importaba cuál era el protocolo normal y, por tanto, no se dieron cuenta de que había sido alterado. Los que lo sabían aceptaron simplemente como parte del carácter de Virlomi (o lo consideraron una pose) que no hiciese que los visitantes fuesen a ella.

Sólo cuando para la cena de esa noche vieron a desconocidos yendo a casa de Virlomi (que Achilles y sus compañeros Nativos de Ganges gustaban denominar la «mansión de la gobernadora») se despertó la curiosidad. Un adolescente y una joven de unos veinte años. ¿Por qué eran los dos únicos pasajeros de la nave estelar? ¿Por qué les concedía Virlomi un trato especial? ¿Eran nuevos colonos, funcionarios del gobierno... o qué?

Como se suponía que ésa era la nave que iba a llevarse a Achilles al exilio por su «crimen» de golpear a la gobernadora, él se mostró, muy naturalmente, bastante ansioso por descubrir todo lo que le sirviese para trastocar los planes. Los invitados eran poco habituales, inesperados, sin anunciar, inexplicados. Eso debía significar una oportunidad de avergonzar a Virlomi, como poco... para derrotarla o destruirla si las cosas salían bien.

¹ Juego de palabras con el apodo del protagonista: Ender, «terminador», y Ended «terminado». (N, del T.)

Hicieron falta dos días, durante los que sus simpatizantes se relacionaron con la tripulación, para que alguien pudiese echar mano al manifiesto y descubrir los nombres de los pasajeros: «Valentine Wiggin, estudiante; Andrew Wiggin, estudiante.»

¿Estudiante?

Achilles ni siquiera tuvo que comprobar nada. La última parada de la nave había sido la colonia Shakespeare. Hasta el momento de la llegada de la nave, el gobernador de Shakespeare era Andrew Wiggin, almirante retirado de la F.I. y el muy afamado comandante de las fuerzas de la F.I. durante la Tercera Guerra Insectora. Dos viajes estelares a velocidades relativistas explicaban la edad del chico. ¿Chico? Era un año mayor que Achilles.

Wiggin era alto, pero Achilles lo era más; fuerte, pero Achilles era más fuerte. A Wiggin lo habían escogido para la Escuela de Batalla porque era listo, pero en toda su vida Achilles no había encontrado a nadie más inteligente que él. Virlomi tenía el nivel de inteligencia de la Escuela de Batalla, pero olvidaba cosas que él recordaba, pasaba por alto detalles que él veía, preveía dos movimientos en lugar de diez. Y ella era lo más cercano que había al nivel de inteligencia de Achilles.

Achilles había aprendido a ocultar la magnitud de su inteligencia y a tratar a los demás como si los considerase iguales. Pero sabía la verdad y contaba con ella: era más rápido, más listo, más profundo y más sutil que todos. ¿No había logrado él, un simple muchacho en un mundo colonial lejano, empleando sólo la mensajería ansible de baja prioridad, crear en la Tierra un importante movimiento político?

Incluso la gente inteligente tenía suerte de vez en cuando. La llegada de Wiggin justo en este momento claramente pertenecía a esa categoría. Wiggin no hubiese podido saber que llegaba a la colonia donde vivía el hijo de Achilles el Grande, cuyo asesinato había orquestado el hermano de Ender. Y cuando Achilles «al que llamaban Randall» había atacado la reputación de Ender Wiggin llamándole xenocida, no tenía ni idea de que al cabo de un mes ese mismo Andrew Wiggin cenaría en casa de Virlomi.

Fue muy fácil conseguir fotografías de Virlomi y Wiggin juntos. Fue igual de fácil encontrar, en las redes, fotos de Peter el Hegemón más o menos a la edad que Ender tenía ahora. Superponiendo las imágenes era fácil comprobar que eran hermanos, el parecido era muy grande. A continuación Achilles envió imágenes de Ender y Virlomi, para que todos pudiesen ver al hermano de Peter relacionándose con la gobernadora antinativos de Ganges.

No importaba que hubiese sido Peter quien había mandado a Virlomi al exilio. Achilles lo consideraba un fraude evidente... Virlomi había formado parte de la conspiración de Peter desde el principio. Que se relacionase con Ender Wiggin lo demostraba, por si alguien tenía dudas.

Achilles ya podía pintar su exilio como el resultado evidente de una conspiración de Virlomi con los amos Wiggin... la hermana de Ender había venido con él. Le exiliaban para que en Ganges los planes xenocidas y antinativos de Wiggin pudiesen desarrollarse sin problemas.

Haría falta una semana para que la historia llegase a la Tierra, pero los ordenadores actuaban con imparcialidad y Virlomi no podía evitar que enviase la información. Y localmente, la historia y las imágenes se difundieron de inmediato.

Achilles contempló con satisfacción cómo la gente empezaba a vigilar todos los movimientos de los Wiggin. Todo lo que hacían o decían era visto a través de las lentes de las acusaciones de Achilles. Incluso los indios, que trataban a Achilles con suspicacia u hostilidad, quedaron convencidos por las fotografías de que no mentía. ¿Qué estaba pasando?

Esto te está minando, Virlomi. Atacaste a mi padre y, a través de él, me atacaste. Intentaste exiliarme... esperando que mi problemática madre desapareciese conmigo. Bien, he atacado a Ender Wiggin y, a través de él, te he atacado... y tú muy amablemente le has aceptado como honrado invitado justo cuando me resultaba más conveniente.

Tres días después de su identificación pública de Ender Wiggin, Achilles ejecutó su siguiente movimiento. En esta ocasión, se sirvió de un escritor (uno de sus partidarios más inteligentes, uno que sabía juntar frases de forma coherente) para lanzar la acusación, disfrazada de desmentido, de que el plan de Virlomi era que el propio Ender Wiggin asesinasen a Randall Firth en el viaje a la Tierra. Supuestamente se le enviaría al exilio, pero no sé le volvería a ver.

Randall Firth ha ofendido no sólo a la marioneta de Wiggin, Virlomi, sino también a toda la conspiración hegemónica. Debe ser eliminado, o eso se dice. Pero no hemos encontrado ninguna prueba que corrobore esta afirmación, y por tanto debemos rechazarla como un simple rumor, sólo una sospecha. ¿Cómo explicar las múltiples reuniones secretas de Virlomi con Wiggin?

El propio Randall Firth, al ser preguntado, afirmó que Virlomi es demasiado inteligente para tratar abiertamente con Wiggin en caso de estar planeando una acción violenta contra él. Por tanto, no teme nada.

Pero nos preguntamos si cuenta Virlomi con que Firth suponga tal cosa y baje la guardia. ¿Insistirá ella en que viaje en estasis, de que Wiggin, a bordo de la nave, se asegure de que no salga nunca de ella? Sería muy fácil considerarlo un accidente.

Firth es más valiente de lo que le conviene. Sus amigos se preocupan más por él que él de sí mismo.

En esta ocasión, la incursión de Achilles provocó la respuesta de Virlomi, que era, después de todo, lo que pretendía.

—La visita de Andrew Wiggin es evidentemente una coincidencia... partió para este viaje cuando Randall Firth no era más que un bebé en una nave espacial y la colonia Ganges ni siquiera se había fundado.

«Se trata de un evidente desmentido que no desmiente nada —escribió el testafierro de Achilles—. Virlomi dice que es una coincidencia que Wiggin esté aquí. No dice que Randall Firth no vaya a estar a merced de Wiggin en el viaje de "exilio"... o, como dicen algunos, de "muerte".»

La colonia se debatía en discusiones acaloradas, y Achilles comprobó con satisfacción que incluso había indios de su parte que decían: «No puedes enviar a Randall en la misma nave que Wiggin.» «¿Wiggin no ha matado ya a dos niños?» «El crimen de Randall Firth no merece la pena de muerte.»

Había un movimiento popular para conmutar la sentencia de Randall Firth y dejarle en Ganges. Mientras tanto, incluso se hablaba de arrestar a Ender Wiggin por crímenes contra la humanidad. Achilles dio publicidad a esa propuesta oponiéndose a ella.

«Es seguro que los delitos han prescrito, incluso el monstruoso crimen del xenocidio —escribió—. Han pasado sesenta y un años desde que Ender Wiggin eliminó a las reinas colmena. ¿Qué tribunal es competente ahora?»

Para entonces, la demanda en la Tierra era tan grande que cualquier escrito de Achilles o sus testafierros pasaba a las prioridades más altas de la cola. En la Tierra, se exigía abiertamente que la F.I. arrestase a Andrew Wiggin y le llevase de vuelta a la Tierra para ser juzgado, y las encuestas demostraban que una minoría pequeña pero creciente exigía justicia por el asesinato de las reinas colmena.

Era hora de que Randall Firth se encontrase cara a cara con Ender Wiggin.

Fue fácil arreglarlo. Los partidarios de Achilles vigilaban a Wiggin, y cuando él, su hermana y la gobernadora pasaron una mañana siguiendo la ribera del gran río, allí estaba Achilles... solo.

Virlomi se envaró al verle e intentó apartar a Ender, pero Wiggin avanzó para encontrarse con él y le tendió la mano.

—Deseaba conocerle, señor Firth —dijo—. Soy Andrew Wiggin.

—Sé quién eres —dijo Achilles, dejando que su voz manifestase desprecio y diversión.

—Oh, eso lo dudo —dijo Ender, aparentemente todavía más divertido—. Pero deseaba conocerle y creo que la gobernadora ha intentado mantenernos a distancia. Sé que usted ansiaba este momento.

Achilles quiso decir: «¿Qué sabes tú de mí?» Pero sabía que eso era lo que Wiggin pretendía... quería decidir el rumbo de la conversación. Así que preguntó:

—¿Por qué ibas a querer verme? Creo que tú eres el famoso.

—Oh, los dos somos muy famosos —contestó Ender, riendo abiertamente—. Yo por lo que he hecho. Usted por lo que ha dicho.

Y tras decirlo, Ender sonrió. ¿Con burla?

—Intenta aguijonearme para que realice alguna acción poco meditada, señor Wiggin.

—Por favor—dijo Ender—. Andrew.

—El nombre de un santo cristiano —dijo Achilles—. Prefiero llamarte por el nombre de un monstruoso criminal de guerra... Ender.

—Si hubiese alguna forma de traer de vuelta a las reinas colmena —dijo Ender— y restaurar su antigua gloria y todo su poder, ¿lo haría usted, señor Firth?

Achilles reconoció la trampa de inmediato. Una cosa era leer La Reina Colmena y echar unas lágrimas por una especie desaparecida. Otra muy diferente desear su regreso... Era una invitación a titulares que dijese: «El líder del movimiento Nativos traería de vuelta a los insectores», con espantosas fotografías de la Masacre de China.

—No me dedico a los escenarios hipotéticos —proclamó Achilles.

—Excepto a la acusación hipotética de que planeo matarle mientras duerme en el viaje de regreso a la Tierra.

—No acuso yo —dijo Achilles—. He sido citado hablando en tu defensa.

—«Defensa»... la suya fue la única razón para que alguien supiese de la acusación —dijo Ender—. Por favor, no crea que me engaña.

—¿Quién aspiraría a engañar a un genio como tú?

—Bien, ya hemos discutido lo suficiente. Sólo quería verlo.

Achilles dio una vuelta para que Ender pudiese verle desde todos los ángulos.

—¿Suficiente?

De pronto había lágrimas en los ojos de Ender.

¿A qué estaba jugando?

—Gracias —dijo Ender. Luego se volvió para reunirse con su hermana y la gobernadora.

—Espera —dijo Achilles. No comprendía a qué venía eso de los ojos con lágrimas, y le desconcertaba.

Pero Wiggin no se volvió ni esperó. Se limitó a ir con las mujeres y se apartaron del río, dirigiéndose a la ciudad.

Achilles había pretendido que esa confrontación, que se grababa por medio de teleobjetivos y micrófonos, fuese un vídeo de propaganda. Había tenido la esperanza de lograr que Ender hiciese alguna declaración desafortunada o emitiese algún desmentido absurdo. Incluso hubiese bastado con un Ender furioso. Pero se había mantenido imperturbable, no había caído en ninguna trampa y, con aquel último momento de sensiblería, incluso era posible que hubiese se preparado o cerrado una a su alrededor, aunque Achilles no veía cuál podía ser.

Un encuentro insatisfactorio en todos los aspectos. Y, sin embargo, no podría explicar a sus seguidores por qué no quería usar el vídeo que habían creado con tanto trabajo. Así que les permitió difundirlo y esperó a que cayese el otro zapato.

En la Tierra tampoco nadie sabía explicarlo. Por supuesto, los comentaristas vieron las lágrimas en los ojos de Ender y elucubrarón acerca de ellas. Algunos nativistas proclamaron que eran lágrimas de cocodrilo: el llanto del depredador por el futuro destino de la víctima. Pero otros interpretaron algo diferente:

—Ender no encajaba en el papel que le han asignado: el de asesino, de monstruo. Parecía un joven amable, desconcertado por una confrontación tan claramente planeada. Al final, esas famosas lágrimas me parecieron de compasión, incluso quizá de amor por el rival. En tal situación, ¿quién pretende buscar pelea?

Aquello era terrible... pero sólo una voz entre muchas. Y los partidarios de Achilles en la Tierra respondieron con rapidez: ¿Quién iba a atreverse a buscar pelea con Ender el Xenocida? Siempre acababa mal para los que lo hacían.

Durante toda su vida Achilles había sido capaz de controlar las situaciones. Incluso cuando sucedía algo inesperado, se había adaptado, había analizado y había aprendido. En esta ocasión, no tenía ni idea de qué aprender.

—No sé qué hace, madre —dijo Achilles.

Ella le acarició la cabeza.

—Oh, pobrecito —dijo—. Claro que no. Eres tan inocente. Igual que tu padre. Nunca vio sus conspiraciones. Confío en ese monstruo de Suriyawong.

En realidad, a Achilles no le gustaba que hablara de esa forma.

—No es cosa nuestra sentir pena por él, madre.

—Pero yo lo hago. Tenía muchos grandes dones, pero al final su naturaleza confiada le traicionó. Era su defecto trágico, ser demasiado bueno y amable.

Achilles había estudiado la vida de su padre y había encontrado fuerza y dureza, la voluntad de hacer lo que fuese necesario. En cambio, la compasión y una naturaleza confiada no eran los atributos más evidentes de Achilles el Grande.

Que madre se pusiera todo lo sentimental que quisiera. Después de todo, ¿no «recordaba» que Achilles el Grande la había visitado y se había acostado con ella para concebir a su hijo? Sin embargo, cuando él era pequeño no afirmaba tal cosa, y le había hablado del mensajero que había dispuesto la fertilización de su óvulo con el precioso esperma de Achilles. Por eso (y por otros muchos ejemplos de recuerdos cambiantes) él sabía que ella había dejado de ser un testigo de fiar.

Sin embargo, era la única que conocía su verdadero nombre. Y le amaba con una devoción perfecta. Podía hablar con ella sin temor a la reprobación.

—Este Ender Wiggin —dijo—. No puedo interpretar sus actos.

—Me alegra que no puedas comprender la mente de un demonio.

Pero ella no le había llamado demonio hasta el inicio de la campaña de propaganda de Achilles contra él. Había pasado de Ender Wiggin, porque él nunca había luchado contra su adorado Achilles Flandres, aunque sí su hermano.

—No sé qué hacer con él, madre.

—Bien, vengarás a tu padre, por supuesto.

—Ender no le mató.

—El es un asesino. Merece morir.

—No por mi mano, madre.

—El hijo de Achilles el Grande mata al monstruo —dijo madre—. No hay mejores manos que las tuyas.

—Me llamarían asesino.

—Así también llaman a tu padre —afirmó—. ¿Te crees mejor que él?

—No, madre.

Ella pareció considerar que así zanjaba la discusión. Él estaba desconcertado. ¿Decía madre que quería que asesinase a un hombre?

—Que el hermano del Hegemón pague por el asesinato de Achilles —dijo ella—. Que se extingan todos los Wiggin. Esa tribu atroz.

¡Oh, no, estaba en plan de venganza sanguinaria! Bien, había sido culpa de él, ¿no? Sabía que podía pasar. Ahora tendría que oírla hasta el final.

Ella habló y habló sobre cómo los grandes crímenes sólo se podían limpiar derramando sangre.

—Peter Wiggin fue más inteligente que nosotros muriendo de un ataque al corazón mientras viajábamos —dijo—. Pero ahora su hermano y su hermana han venido a nosotros. ¿Cómo puedes dejar pasar lo que el destino nos ha traído?

—No soy un asesino, madre.

—La venganza por la muerte de tu padre no es asesinato. ¿Quién te crees que eres, Hamlet?

Y habló más y más.

Habitualmente, cuando se ponía así, Achille escuchaba a medias. Pero esa vez las palabras hicieron mella en él. Lo cierto era que parecía una especie de portento que Wiggin hubiese llegado a él en ese momento. Era irracional... pero sólo la matemática era racional, y no siem-

pre. En el mundo real, lo irracional sucedía, se daban coincidencias imposibles, porque la probabilidad exigía que las coincidencias se diesen rara vez, pero no nunca.

Así que, en lugar de pasar de ella, se descubrió preguntándose: ¿Cómo podría lograr que Ender Wiggin muriese sin tener que matarle?

Y de ahí, pasó a un plan mucho más sutil: Ya he medio destruido a Ender Wiggin... ¿cómo podría completar el proceso?

Asesinándolo le convertiría en un mártir. Pero si fuese posible provocar a Wiggin para que matara otra vez, que matara a otro niño, eso acabaría con él. Era su patrón. Examinaba a un rival; le aguijoneaba para que atacase; luego le mataba en defensa propia. En dos ocasiones lo había hecho y en dos ocasiones había sido exonerado. Pero sus protectores no estaban allí... con casi toda seguridad estaban todos muertos. Sólo quedaban los hechos.

¿Podría hacerle seguir el patrón una vez más?

Le contó la idea a su madre.

—¿De qué hablas? —dijo ella.

—Si vuelve a asesinar... esta vez con dieciséis años, siendo todavía un niño por alto que sea... entonces su reputación quedará destruida para siempre. Le juzgarán, esta vez le condenarán... ¡no podrán creer que simplemente mató tres veces en defensa propia! Y será una destrucción mucho más completa que si nos limitamos a terminar la vida de su cuerpo. Destruiré su nombre para siempre.

—¿Hablas de dejar que él te mate?

—Madre, no hace falta que la gente permita que Ender la mate. No tienen más que ofrecerle un pretexto y él ya se ocupa de todo lo demás.

—Pero... ¿tú? ¿Mueres?

—Como dijiste, madre. Destruir a los enemigos de padre compensa cualquier sacrificio.

Ella se puso en pie de un salto.

—¡No te di la vida para que te limitases a tirarla! Eres media cabeza más alto que él... Es un enano comparado contigo. ¿Cómo iba a matarte?

—Tiene entrenamiento militar. Y reciente, madre. ¿Cuál es mi entrenamiento? Granjero. Mecánico. Cualquier trabajo para el que haga falta un adolescente anormalmente alto, inteligente y fuerte. No la guerra. No la lucha. No me he peleado con nadie desde que era pequeño y tenía que batallar constantemente para evitar que se metiesen conmigo.

—¡Tu padre y yo no te concebimos para que pudieses morir a manos de un Wiggin, como tu padre!

—Técnicamente, padre murió a manos de un Delphiki. De Julián, para ser exactos.

—Delphiki, Wiggin... dos caras de la misma moneda. Te prohíbo que te dejes matar por él.

—Ya te lo he dicho, madre. Él encontrará la forma. Es lo que hace. Es un guerrero.

—¡No!

Hicieron falta dos horas para tranquilizarla, y antes tuvo que soportar lloros y gritos... Sabía que los vecinos los estarían oyendo, intentando comprender. Pero al final se durmió.

Fue a la oficina de control de existencias y empleó el ordenador de allí para enviarle un mensaje a Wiggin.

Creo haberte mal interpretado. ¿Cómo podemos poner fin a esta situación?

No esperaba respuesta hasta el día siguiente. Pero le llegó antes de que pudiera desconectar.

¿Dónde y cuándo nos vemos?

¿De verdad iba a ser tan fácil?

La hora y el lugar no importaban demasiado. Debía ser un lugar y una hora donde Virlomi o sus secuaces no pudiesen detenerlos; pero debía haber luz suficiente para grabar. ¿Qué sentido tenía morir por su padre si el hecho quedaba sin ser registrado, para que Wiggin pudiese darle la interpretación que quisiese y, por tanto, asesinar impunemente una vez más?

Concertaron el encuentro. Achilles se desconectó.

Y luego se quedó sentado, temblando. ¿Qué he hecho? Se trata realmente de Ender Wiggin. He sellado mi propia muerte. Yo soy más grande y fuerte que él... pero también lo eran los dos chicos que ya ha matado. Las reinas colmena también eran más fuertes y mira cómo acabaron. Ender Wiggin no perdió.

Nací para esto. Esto es lo que madre me ha inculcado desde la infancia. Existo para vengar a mi padre. Para destruir la Hegemonía, para derribar la obra de Peter Wiggin. Bien, quizás eso no sea posible. Pero derribar a Ender Wiggin... eso lo puedo hacer simplemente dejando que me mate y que el mundo lo vea. Madre llorará pero de todas formas la pena corre por su sangre.

Si es tan listo, entonces sabrá lo que planeo. No podrá creer que de pronto haya cambiado de opinión. ¿Cómo podría engañar a Ender Wiggin con un plan tan evidente? Debe suponer que haré que lo graben todo.

Pero quizá no crea que vaya a tener que matarme. Quizá crea que soy un oponente tan fácil que podrá derrotarme sin matarme. Quizá crea que soy un zoquete tan enorme que ni siquiera tendrá que darme un golpe.

O quizá yo esté sobrevalorando su inteligencia. Después de todo, pasó toda una guerra luchando contra un enemigo alienígena sin sospechar en ningún momento que no era una simulación informática o de sus profesores. ¿Se puede ser más tonto?

Iré. Veré qué pasa. Estoy dispuesto a morir, pero sólo si le derribo.

* * *

Se encontraron dos días más tarde, al amanecer, tras los depósitos de abono orgánico. Nadie iría allí: el olor hacía que la gente lo evitase a menos que fuese necesario ir y los restos vegetales sólo se tiraban al final del día.

Sus amigos habían dispuesto las cámaras para cubrir toda la zona. Grabarían hasta la última palabra. Ender probablemente suponía que así sería (¿no había realizado todo el trabajo Achilles con propaganda en las redes?). Pero incluso aunque Ender se fuera, probablemente la confrontación sería escandalosa y lo perjudicaría. Y si no era así, Achilles simplemente no la usaría.

En varias ocasiones durante el día anterior Achilles había considerado la posibilidad de morir y en cada ocasión fue como si una persona diferente oyese la noticia. A veces le resultaba casi gracioso: Achilles era muy fuerte, mucho más alto, con una masa muscular y una potencia mucho mayores. En otras circunstancias le parecía inevitable pero sin sentido y pensaba: Qué estúpido soy, arrojando mi vida en un gesto vacío por los muertos.

Pero al final del día lo comprendió: No lo hago por mi padre. No lo hago porque mi madre me criase para la venganza. Lo hago por la especie humana en su conjunto. Los grandes monstruos de la historia casi nunca tuvieron que pagar por sus crímenes. Murieron de viejos, vivieron el resto de sus vidas en un cómodo exilio o, enfrentados a la derrota, se suicidaron.

Vale la pena ser la última víctima de Ender Wiggin, no por alguna pelea familiar, sino porque el mundo debe asegurarse de que los grandes criminales como Ender Wiggin no quedan sin castigo. Al final cometen un crimen de más y acaban ante la justicia.

Y yo seré la última víctima cuya muerte hizo caer a Ender el Xenocida.

Una parte de él dijo: No te creas tu propia propaganda.

Otra parte de él dijo: ¡Vive!

Pero él les respondió: Si hay algo cierto sobre Ender Wiggin es que no soporta perder. Así le tentaré... Le haré mirar de frente la derrota y atacará para evitarla... y cuando me mate, entonces realmente estará derrotado. Es su defecto fatal... que se le puede manipular enfrentándole a la derrota.

Desde lo más profundo de su ser una pregunta intentaba aflorar, y no quería enfrentarse a ella: ¿No significa eso que no es culpa suya, porque realmente no tiene más opción que destruir a sus enemigos?

Pero Achilles hundió la objeción vigorosamente y de inmediato. Todos somos el resultado de nuestros genes y nuestra educación, combinados con hechos aleatorios de nuestra vida. El de «culpa» y el de «responsabilidad» son conceptos infantiles. Lo que importa es que los actos de Ender han sido monstruosos, y lo seguirán siendo a menos que se le detenga. Ahora mismo podría vivir para siempre, presentándose aquí y allá para causar problemas. Pero yo se lo impediré. No será venganza sino prevención. Y como él servirá de ejemplo, quizá detengan a otros monstruos antes de que maten tan a menudo y a tantos.

Ender surgió de las sombras.

—Hola, Achilles.

A Achilles le llevó medio segundo (medio paso) darse cuenta del nombre que había usado Ender.

—El nombre que empleas en privado —dijo Ender—. El que empleas en tus sueños.

¿Cómo podía saberlo? ¿Qué era él?

—No tienes acceso a mis sueños —dijo Achilles.

—Quiero que sepas —dijo Ender— que le he rogado a Virlomi que conmute tu sentencia. Porque tengo que partir en esa nave, cuando se vaya, y no quiero volver a la Tierra.

—Ya me lo supongo —dijo Achilles—. Allí claman por tu sangre.

—Por ahora —dijo Ender—. Esas cosas vienen y van.

Ninguna indicación de que reconociese a Achilles como el responsable.

—Tengo una misión que hacer, y llevándote a la Tierra como exiliado malgastaría el tiempo. Creo que la tengo casi convencida de que el Pueblo Libre de la Tierra nunca concedió a los gobernadores el derecho a devolver los colonos indeseados.

—No temo volver a la Tierra.

—Eso me temía... que lo has hecho todo con la esperanza de ser enviado allí.

—¿En la Escuela de Batalla os leían las historias del Tío Remus antes de dormir? —preguntó Achilles.

—Antes de irme allí. ¿Tu madre te leía historias?

Achilles comprendió que se iba por la tangente. Con resolución volvió al centro.

—He dicho que no temo volver a la Tierra —insistió Achilles—. Tampoco pienso que le hayas pedido nada a Viriomi en mi favor.

—Cree lo que quieras —dijo Ender—. Toda tu vida has estado rodeado de mentiras... ¿Quién esperaría que fueses a darte cuenta cuando una verdad apareciese al fin?

Allí estaba... el comienzo de las pullas que harían que Achilles actuase. Lo que Ender no podía comprender era que Achilles había ido allí precisamente a ser aguijoneado, para que luego Ender pudiese matarle «en defensa propia».

—¿Llamas mentirosa a mi madre?

—¿No te has preguntado por qué eres tan alto? Tu madre no es alta. Achilles Flandres no era alto.

—Nunca sabremos qué altura podría haber alcanzado —dijo Achilles.

—Sé por qué eres así de grande —dijo Ender—. Es debido a una enfermedad genética. Durante toda tu vida creces a ritmo continuo. Pequeño de niño, luego más o menos normal hasta que, de pronto, los otros niños se disparan durante la pubertad y tú vuelves a quedarte rezagado. Pero ellos dejan de crecer; tú no. Sigues creciendo. Con el tiempo, eso te matará. Ahora tienes dieciséis años; probablemente a los veintiuno o veintidós tu corazón falle por el esfuerzo de suministrar sangre a un cuerpo demasiado grande.

Achilles no sabía cómo tomárselo. ¿De qué hablaba? ¿Le decía que moriría a los veinte años? ¿Se trataba de alguna forma de vudú para poner nervioso a su oponente?

Pero Ender no había terminado.

—Algunos de tus hermanos y hermanas padecían la misma enfermedad. En tu caso no lo sabíamos, no estábamos seguros. No hasta que te vi y comprendí que te convertías en un gigante, como tu padre.

—No nombres a mi padre —cortó Achilles. Mientras tanto, pensó: ¿Por qué tengo miedo de lo que dices? ¿Por qué estoy tan furioso?

—Pero, a pesar de todo, me alegré mucho de verte. Aunque tu vida será trágicamente corta, te miré cuando te diste la vuelta, burlándote de mí, y en ti vi a tu padre y a tu madre.

—¿Mi madre? No me parezco nada a mi madre.

—No me refiero a la madre de alquiler que te crió.

—Intentas hacer que te ataque aguijoneándome, igual que Viriomi —dijo Achilles—. Bien, no te servirá de nada. —Pero mientras lo decía sabía que no era verdad; estaba dispuesto a permitir que la furia creciese en su interior. Porque debía ser creíble que Ender le aguijoneaba para poder atacarle, de forma que cuando le matase todos los que vieses el vídeo supiesen que realmente no había sido defensa propia. Comprenderían que nunca había sido defensa propia.

—Conocí a tu padre mejor que a cualquier otro chico de la Escuela de Batalla. El era mejor que yo... ¿lo sabías? Todo el jeesh lo sabía... Era más rápido y más listo. Pero siempre me fue leal. En el último momento, cuando todo parecía tan desesperado, él sabía lo que hacer. Prácticamente me dijo qué debía hacer. Y aun así me lo dejó a mí. Era generoso. Era realmen-

te grande. Me rompió el corazón descubrir hasta qué punto su cuerpo le había traicionado. De la misma forma que te traiciona a ti.

—Suriyawong le traicionó —dijo Achilles—. Julián Delphiki le mató.

—Y tu madre —dijo Ender—. Era mi protectora. Cuando me pusieron en un grupo cuyo comandante me odiaba, fue ella la que cuidó de mí. Dependía de ella, confiaba en ella, y hasta donde el cuerpo humano lo permitía, nunca me falló. Fui muy feliz al enterarme de que ella y tu padre se habían casado. Pero luego tu padre murió y, con el tiempo, ella se casó con mi hermano.

Comprenderlo casi le cegó de furia.

—¿Petra Arkanian? ¿Dices que Petra Arkanian es mi madre? ¿Estás loco? Fue ella la primera en tender trampas a mi padre, atrayéndole...

—Venga, Achilles —dijo Ender—. Seguro que a los dieciséis años habrás reconocido que tu supuesta madre está loca.

—¡Es mi madre! —gritó Achilles. Y luego, sólo después, y débilmente, añadió—: Y no está loca.

Esto no va bien. ¿Qué me está contando? ¿Qué juego es éste?

—Te pareces a ellos. Más a tu padre que a tu madre. Al verte, veo a mi querido amigo Bean.

—¡Julián Delphiki no es mi padre! —Achilles estaba tan furioso que estaba cegado. Le martilleaba el corazón. Así se suponía que debía ser.

Excepto por un detalle: tenía los pies plantados en el suelo. No atacaba a Ender Wiggin. Se limitaba a permanecer inmóvil y escuchar.

Fue en ese momento cuando Valentine Wiggin llegó corriendo al claro tras los depósitos de abono.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Hay mucha locura por aquí —dijo Ender.

—Sal de aquí —dijo—. Ese chico no vale la pena.

—Valentine —dijo él—, no sabes lo que haces. Si interfieres de alguna forma, me destruirás. ¿Me comprendes? ¿Te he mentado alguna vez?

—Constantemente.

—No contarte las cosas no es mentir —protestó Ender.

—No voy a permitir que suceda. Sé lo que planeas.

—Con todos mis respetos, Val, no sabes nada.

—Te conozco, Ender, mejor de lo que tú te conoces a ti mismo.

—Pero no conoces a este chico que se hace llamar por el nombre de un monstruo porque piensa que ese loco era su padre.

Durante unos momentos la furia de Achilles se había disipado, pero ahora regresaba.

—Mi padre era un genio.

—No son conceptos incompatibles —concedió Valentine con desdén. A Ender le dijo—: Esto no hará que vuelvan.

—Ahora mismo —dijo Ender—. Si me amas, dejarás de hablar.

Su voz fue como un látigo... no fuerte, pero orientada intensa y directamente al blanco. Ella retrocedió como si la hubiese golpeado. Sin embargo, no abrió la boca para responder.

—Si me amas —dijo él.

—Creo que tu hermano intenta decirte que tiene un plan —dijo Achilles.

—Mi plan es decirte quién eres. Julián Delphiki y Petra Arkanian vivían ocultos porque Achilles Flandres tenía agentes buscándolos, deseando matarlos... sobre todo porque en su momento había deseado a Petra, a su modo enfermizo.

La furia volvía a invadir a Achilles. Y él le daba la bienvenida. La llegada de Valentine había estado a punto de estropearlo todo.

—Tenían nueve óvulos fertilizados que confiaron a un doctor que les había prometido eliminar la enfermedad genética que tú tienes, el gigantismo. Pero era un fraude... como demuestra tu estado actual. En realidad trabajaba para Achilles y robó los embriones. Tu madre dio a luz a uno; encontramos otros siete implantados en madres de alquiler. Pero Hyrum Graff siempre sospechó que habían encontrado a esos siete porque Achilles quería que los encontrasen, para que los investigadores creyesen que sus métodos funcionaban. Conociendo a Achilles, Graff estaba seguro de que sería imposible encontrar al noveno bebé empleando los mismos métodos. Luego tu madre le escupió a Hyrum Graff y éste se puso a repasar su pasado y descubrió que su nombre no era Nichelle Firth, era Randi. Y cuando comprobó sus registros de ADN, descubrió que tú no tenías genes en común con tu supuesta madre. De ninguna forma eras su hijo genético.

—Eso es mentira —dijo Achilles—. Sólo lo dices para provocarme.

—Lo digo porque es verdad, con la esperanza de que te libere. Los otros niños fueron localizados y devueltos a sus padres. Cinco de ellos no tenían tu enfermedad genética, tu gigantismo, y esos cinco siguen con vida en la Tierra. Bella, Andrew (por mí, debo decir), Julián Tercero, Petra y Ramón. Tres de tus hermanos eran gigantes, y por supuesto ya han muerto: Ender, Cincinnatus y Carlotta. Tú eres el perdido, el que han estado buscando. Ése al que nunca pudieron poner un nombre. Pero tu apellido es Delphiki. Conocí a tus padres y los quise mucho. No eres el hijo de un monstruo, sino el hijo de dos de las mejores personas que jamás hayan existido.

—¡Julián Delphiki es el monstruo! —gritó Achilles, y se abalanzó contra Ender.

Para su sorpresa, Ender no inició ninguna maniobra evasiva. El golpe de Achilles le dio de lleno y lo derribó.

—¡No! —gritó Valentine.

Ender se apoyó con calma y se puso en pie.

—Sabes que digo la verdad —dijo—. Por eso estás tan furioso.

—¡Estoy furioso porque dices que soy el hijo del asesino de mi padre!

—Achilles Flandres asesinó a todos los que le demostraron compasión. La monja que hizo que le arreglasen su pierna tullida. El cirujano que se la corrigió. Una chica que le aceptó cuando él era el matón callejero con menos éxito de Rotterdam... fingió amarla, pero luego la estranguló y arrojó su cuerpo al Rin. Voló por los aires la casa donde vivía su padre, intentando matarle junto con toda la familia paterna. Secuestró a Petra e intentó seducirla, pero ella le despreció porque amaba a Julián Delphiki. Tú eres su hijo, nacido de su amor y su esperanza.

Achilles cargó de nuevo contra él... pero fue deliberadamente torpe, para que Ender tuviese tiempo de sobra para bloquearle, para golpearle.

Pero, una vez más, Ender no hizo nada por apartarse. Encajó el golpe, esta vez en el estómago, y cayó al suelo, boqueando, con náuseas.

Luego volvió a ponerse en pie.

—Te conozco mejor de lo que tú te conoces a ti mismo —dijo Ender.

—Eres el padre de las mentiras —dijo Achilles.

—Nunca vuelvas a llamarte por ese nombre vil. No eres Achilles. Tu padre es el héroe que libró al mundo de ese monstruo.

Una vez más, Achilles le golpeó... en esta ocasión caminando lentamente y llevando el puño a la nariz de Ender, rompiéndosela. Casi de inmediato le manó sangre de las fosas que le empapó la camisa.

Valentine gritó. Ender vaciló y luego cayó de rodillas.

—Lucha contra mí—siseó Achilles.

—¿No lo comprendes? —inquirió Ender—. Nunca levantaré la mano contra el hijo de mis amigos.

Achilles le dio una patada en la mandíbula con tal fuerza que lo lanzó hacia atrás. Aquella no era la pelea planeada de los estúpidos vídeos en que héroes y villanos se daban golpes tremendos pero su oponente se ponía en pie para seguir luchando. El daño contra el cuerpo de Ender era profundo y real. Le entorpecía y le desequilibraba. Era un blanco fácil.

No va a matarme, pensó Achilles.

Sintió tanto alivio que se rio en voz alta.

Y luego pensó: Después de todo será el plan de madre. ¿Por qué llegué a imaginar que debía dejar que él me matase? Soy el hijo de Achilles Flandres. Su verdadero hijo. Puedo matar a los que sea preciso matar. Puedo poner fin a esta vida pernicioso, de una vez para siempre, vengando a mi padre, a las reinas colmena y a esos dos chicos que mató Ender.

Mientras Ender yacía tendido de espaldas en la hierba, Achilles le dio una patada en las costillas. Se rompieron con tal estruendo que incluso Valentine pudo oírlo; gritó.

—Silencio —reclamó Ender—. Así debe ser.

Luego Ender se dio la vuelta... haciendo una mueca, y luego gritó débilmente de dolor. Pero aun así, de alguna forma logró ponerse en pie.

Después de lo cual metió las manos en los bolsillos.

—Puedes destruir los vídeos que estás grabando —dijo Ender—. Nadie sabrá que me asesinaste. No creerán a Valentine. Así que podrás decir que fue en defensa propia. Todos te creerán... has conseguido que me odien y me teman. Claro que tuviste que matarme para salvar tu vida.

¿Ender quería morir? ¿En aquel momento? ¿A manos de Achilles?

—¿A qué juegas? —preguntó Achilles.

—Tu supuesta madre te educó para vengarte por su amante de fantasía, tu fraudulento padre. Hazlo... cumple con la razón para la que te crio, sé lo que ella planeaba que fueses. Pero yo no alzaré la mano contra el hijo de mis amigos, por muy engañado que esté.

—En ese caso eres un idiota —dijo Achilles—. Porque yo lo haré. Por mi padre, por mi madre, por ese pobre chico Stilson, por Bonzo Madrid, por los insectores y por toda la especie humana.

Entonces Achilles comenzó a golpearlo de verdad. Otro golpe al estómago. Otro a la cara. Dos patadas más al cuerpo mientras permanecía inmóvil en el suelo.

—¿Esto es lo que le hiciste a Stilson? —preguntó—. Patadas una y otra vez... eso dice el informe.

—Hijo de mis amigos —dijo Ender.

—Por favor —rogó Valentine. Pero no se movió para detener a Achilles. Ni tampoco pidió ayuda.

—Ahora te toca morir —dijo Achilles.

Una patada a la cabeza sería suficiente. Y si no dos patadas. El cerebro humano no podría soportar una sacudida tal dentro del cráneo. Quedaría muerto o sufriría tantos daños cerebrales que bien podría considerársele muerto. Así terminaría la vida de Ender el Xenocida.

Se aproximó al cuerpo tendido de Wiggin. Sus ojos le miraban a través de la sangre que seguía saliéndole de la nariz rota.

Pero, por alguna razón, a pesar de la furia que le martilleaba en la cabeza, Achilles no le golpeó.

Se quedó inmóvil.

—El hijo de Achilles lo haría —susurró Ender.

¿Por qué no le mato? ¿Después de todo soy un cobarde? ¿Soy tan indigno de mi padre? Ender tiene razón: mi padre le hubiera matado porque es necesario, sin contemplaciones, sin vacilaciones.

En ese momento comprendió el significado de las palabras de Ender. Habían engañado a su madre. Le habían dicho que el niño era de Achilles Flandres. Ella le había mentado a él, diciéndole que era su hijo, cuando ella era simplemente una madre sustitua. A estas alturas la conocía lo suficientemente bien para saber que sus historias adoptaban más bien la forma de lo que ella necesitase que fuese cierto en lugar de la forma real. ¿Por qué no había llegado a la conclusión más evidente, que todo lo que ella le decía era mentira? Porque ella no cejaba ni un instante. Daba forma al mundo de Achilles y no permitía que surgiese ninguna prueba contraria.

De la misma forma que los profesores manipularon a niños para que librasen la guerra por ellos.

Achilles lo sabía, siempre lo había sabido. Ender Wiggin ganó una guerra en la que no sabía que luchaba; masacró una especie que creía que no era más que una simulación informática. De la misma forma que yo creí que Achilles Flandres era mi padre, que llevaba su nombre y que tenía como obligación completar su destino o vengar su asesinato.

Rodea a un niño de mentiras y se aferrará a ellas como a un oso de peluche, como a la mano de su madre. Y cuanto peor y más tenebrosa sea la mentira, más tendrá él que retraerse a su mundo interior para soportarla.

Ender había dicho que prefería morir a levantar la mano contra el hijo de sus amigos. Y él no era un lunático como la madre de Achilles.

Achilles. Él no era Achilles. Ésa era la fantasía de su madre. Todo era una fantasía de su madre. Él sabía que estaba loca; sin embargo vivía dentro de la pesadilla de su madre y daba forma a su vida para cumplirla.

—¿Cómo me llamo? —susurró.

En el suelo, a sus pies, Ender le susurró:

—No lo sé. Delphiki. Arkanian. Sus rostros. En el tuyo.

Ahora Valentine estaba a su lado.

—Por favor —pidió—. ¿Podemos acabar con esto ya?

—Lo sabía —susurró Ender—. El hijo de Bean. El hijo de Petra. Nunca podría...

—¿Nunca podría qué? Te ha roto la nariz. Podría haberte matado.

—Iba a hacerlo —confesó Achilles. Y luego la enormidad de ese acto le llegó de pleno—. Iba a matarle de una patada en la cabeza.

—Y ese tonto estúpido te hubiera dejado —dijo Valentine.

—Una posibilidad entre cinco —dijo Ender—. De matarme. Tenía bastantes probabilidades a mi favor.

—Por favor —suplicó Valentine—. No puedo llevarle. Llévale al médico. Por favor. Tú tienes fuerza suficiente.

Sólo al agacharse y levantar a Ender se dio cuenta de lo mucho que se había herido las manos con la fuerza de sus golpes.

¿Y si muere? ¿Si aun así muere aunque ahora no le quiero muerto?

Cargó a Ender con premura estudiada sobre el terreno desigual y Valentine tuvo que correr para no quedar rezagada. Llegaron a casa del médico mucho antes de que tuviese que marcharse a la clínica. Echó un vistazo a Ender e hizo que le entrasen para un examen de emergencia.

—Ya veo quién ha perdido —dijo el médico—. Pero ¿quién ha ganado?

—Nadie —dijo Achilles.

—Tú no tienes heridas —dijo el doctor.

Levantó las manos.

—Aquí están —dijo—. Yo lo hice.

—No llegó a golpearte.

—Ni lo intentó.

—¿Y tú no dejaste de golpearle? ¿Qué clase de...? —Pero luego el doctor volvió a su trabajo, apartando la ropa del cuerpo de Ender, maldiciendo entre dientes al ver las enormes magulladuras de costillas y vientre, buscando las roturas—. Cuatro costillas. Y múltiples fracturas. —Volvió a mirar a Achilles, en esta ocasión con desprecio en el rostro—. Sal de mi casa —ordenó.

Achilles se volvió para irse.

—No —dijo Valentine—. Todo ha sucedido según su plan.

El doctor bufó.

—Oh, sí, él mismo planeó que le diesen una paliza.

—O que lo matasen —añadió Valentine—. Estaba contento con cualquier resultado.

—Yo fui quien lo planeó —terció Achilles.

—Sólo creíste planearlo —aseguró Valentine—. Él te manipuló desde el primer momento. Es el talento de la familia.

—Mi madre me manipuló —afirmó Achilles—. Pero yo no tenía que creerla. Yo hice esto.

—No, Achilles —insistió Valentine—. La educación de tu madre hizo esto. Las mentiras que Achilles le contó a tu madre hicieron esto. Lo que tú has hecho ha sido... parar.

Achilles sintió que el cuerpo se le estremecía con un sollozo y se hincó de rodillas.

—Ahora ya no sé qué nombre darme —dijo—. Odio el nombre que ella me enseñó.

—¿Randall? —preguntó el médico.

—No... no.

—Se llama a sí mismo Achilles. Ella le llama así.

—¿Cómo puedo... deshacer esto? —le preguntó.

—Pobre muchacho —dijo Valentine—. Eso es lo que Ender intentó descubrir durante los últimos años. Creo que acaba de usarte para conseguir una respuesta parcial. Creo que te ha utilizado para que le dices la paliza que Stilson y Bonzo Madrid pretendían darle. La diferencia es que tú eres el hijo de Julián Delphiki y Petra Arkanian, y en lo más profundo de ti hay algo que te impide asesinar... ya sea a sangre fría o con la cabeza caliente. O quizás eso no tenga nada que ver con tus padres. Quizás esté relacionado con haber sido educado por una madre que sabes que está mentalmente enferma y por la que sientes compasión... una compasión tan profunda que jamás pudiste desafiar su mundo de fantasía. Quizá sea por eso. O quizá sea cosa de tu alma. La que Dios envolvió en un cuerpo y convirtió en hombre. Fuese por lo que fuese, tú paraste.

—Arkanian Delphiki —dijo.

—Sería un buen nombre —aseguró Valentine—. Doctor, ¿mi hermano vivirá?

—Ha recibido golpes en la cabeza —constató el médico—. Mírale los ojos. Hay una contusión importante. Quizá sea incluso más grave. Debemos llevarle a la clínica.

—Yo le llevaré —dijo... no Achilles... Arkanian.

El doctor hizo una mueca.

—¿Permitir que el agresor cargue con el agredido? Pero no quiero esperar por nadie. Vaya un momento más horrible del día para mantener este... ¿duelo?

Mientras recorrían la carretera a la clínica, algunos que se habían levantado temprano los miraron inquisitivamente, e incluso una mujer se acercó, pero el médico la obligó a alejarse con un gesto.

—Pretendía que él me matase —dijo Arkanian.

—Lo sé —respondió Valentine.

—Lo que les hizo a los otros chicos. Pensaba que lo volvería a hacer.

—Él pretendía hacerte creer que se defendería.

—Y luego lo que dijo. Lo opuesto a todo.

—Pero le creíste. De inmediato supiste que era cierto —dijo ella.

—Sí.

—Te puso furioso.

Arkanian emitió un sonido, entre un gemido y un aullido. No lo planeaba; no lo comprendió. Como un lobo aullándole a la luna, sólo sabía que el sonido estaba en su interior y debía salir.

—Pero no pudiste matarle —dijo ella—. Porque no eres tan tonto como para pensar que matando al mensajero puedes ocultarte de la verdad.

—Ya estamos —dijo el médico—. Y no puedo creer que estés consolando al que ha golpeado a tu hermano de esta forma.

—Oh, ¿no lo sabe? —dijo Valentine—. Éste es Ender el Xenocida. Se merece todo lo que le hagan.

—Nadie se merece esto —dijo el médico.

—Cómo puedo deshacerlo —preguntó Arkanian. Y esa vez no se refería a las heridas de Ender.

—No puedes —dijo Valentine—. Y ya estaba allí, ya era inherente a ese libro, La Reina Colmena. Si tú no lo hubieses dicho, alguien lo hubiese hecho. Tan pronto como la especie humana comprendió que fue una tragedia destruir a las reinas colmena, había que encontrar a alguien a quien culpar, para que los demás nos podamos sentir absueltos. Habría sucedido lo mismo sin ti.

—Pero no ha sucedido sin mí. Debo contar la verdad... debo admitir lo que...

—No, no lo harás —dijo ella—. Tienes que vivir tu vida. La tuya. Y Ender vivirá la suya.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó el médico, en un tono todavía más cínico que antes.

—Oh, también viviré la vida de Ender. Es mucho más interesante que la mía.

Capítulo 23

Para: ADelphiki%Ganges@LigaCol.adm, PWiggin%ret@PLT.adm

De: EWiggin%Ganges@LigaCol.adm/viaje

Asunto: Arkanian Delphiki, ésta es tu madre. Petra, he aquí a tu hijo

Estimada Petra, estimado Arkanian:

En muchos aspectos, es demasiado tarde, pero en lo importante llega justo a tiempo. El último de tus hijos, Petra; tu verdadera madre, Arkanian. Dejaré que él te cuente su historia, y tú podrás contarle la suya. Graff realizó hace tiempo las pruebas genéticas y no hay duda. Nunca te lo contó, porque él jamás hubiese podido reuniros y creo que pensaba que no haría más que ponerte triste. Puede que tuviese razón, pero creo que mereces tener esa tristeza, si al final es tristeza, porque te pertenece por derecho. Esto es lo que la vida os ha hecho a los dos. Ahora veamos lo que cada uno de VO-SOTROS hace por la vida del otro.

Sin embargo, Petra, deja que te diga lo siguiente. Es un buen chico. A pesar de la locura durante su infancia, en el momento de crisis fue el hijo de Bean y el tuyo. Y nunca conocerá a su padre, excepto a través de ti. Pero Petra, te aseguro que he visto en él aquello en lo que Bean se convirtió. Gigante por su cuerpo. Un corazón bueno.

Mientras tanto, amigos míos, yo viajo. Ya era lo que había planeado hacer, Arkanian. Tengo otra tarea de la que ocuparme. No me desviaste de mi trayectoria. Sólo que en la nave no me dejarán pasar a estasis hasta que no sanen mis heridas... en estasis no se sana.

*Con amor,
ANDREW WIGGIN*

En una casita con vistas a la costa agreste de Irlanda, no lejos de Doonalt, un hombre muy débil estaba arrodillado en su jardín, arrancando hierbas. O'Connor llegó en su deslizador para entregarle la compra y el correo, y el anciano se puso lentamente en pie para recibirle.

—Pasa —dijo—. Tengo té.

—No puedo quedarme —respondió O'Connor.

—Nunca puedes quedarte —quejóse el anciano.

—Ah, señor Graff—confirmó O'Connor—, eso es cierto. Nunca puedo quedarme. Pero no es por falta de ganas. En muchas casas esperan a que les lleve lo que les llevo.

—Y no tenemos nada que decirnos el uno al otro —añadió Graff, sonriendo. No, se reía en silencio, su frágil pecho se sacudía.

—En ocasiones no hace falta decir nada —dijo O'Connor—. Y en ocasiones un hombre no tiene tiempo para tomar el té.

—Antes era gordo —dijo Graff—. ¿Te lo crees?

—Y yo antes era joven —dijo O'Connor—. Nadie se lo cree.

—Ya está —concluyó Graff—. Después de todo, hemos conversado.

O'Connor rio... pero no se quedó después de haberle ayudado a entrar las cosas.

Y por tanto Graff estaba solo cuando leyó la carta de Valentine Wiggin.

Leyó el relato como si oyese la voz de la chica contándolo... tal era el don de Valentine como escritora, ahora que había dejado de ser el Demóstenes creado por Peter y se había convertido en sí misma, aunque siguiese usando aquel nombre para sus libros de historia.

Aquella historia jamás la publicaría. Graff sabía que él era el único destinatario. Y dado que su cuerpo seguía perdiendo peso con lentitud pero sin pausa y cada día estaba más débil, le pareció que era una verdadera pena que Valentine hubiese invertido tanto tiempo para introducir recuerdos en un cerebro que los contendría durante muy poco tiempo antes de dejar que la memoria pasase a la tumba.

Sin embargo, había tenido aquel gesto con él y se alegraba de haberlo recibido. Leyó sobre el enfrentamiento de Ender con Quincy Morgan en la nave, y la historia de la pobre chica que creía estar enamorada de Ender. Y la historia de los bichos de oro, parte de la cual Ender ya le había contado... pero la versión de Valentine se apoyaba también en entrevistas con otros, por lo que incluía detalles que Ender desconocía o había omitido deliberadamente.

Y luego, Ganges. Parecía que a Virlomi le había ido bien. Qué alivio. Era uno de los grandes alumnos; su orgullo la había hecho caer, sí, pero no hasta después de conseguir ella sola enseñar a su gente a librarse de un conquistador.

Finalmente, el relato de Ender y el chico Randall Firth, que se había hecho llamar Achilles y que ahora se llamaba Arkanian Delphiki.

Cuando terminó de leer la carta, Graff asintió y la quemó. Ella se lo había pedido, porque Ender no quería una copia flotando por la Tierra. «Mi meta es ser olvidado», así citaba Valentine a Ender.

No era probable, aunque Graff no podía predecir si le recordarían bien o mal.

—Cree que al fin recibió la paliza que Stilson y Bonzo pretendían darle —le dijo Graff a la tetera—. A pesar de todo su cerebro, el chico es un tonto. Stilson y Bonzo no hubieran parado. No eran hijos de Bean y Petra. Eso es lo que Ender debe comprender. Realmente hay maldad en el mundo, e infamia, y todas las formas de estupidez. Existen la mezquindad y la crueldad... Ni siquiera sé a cuál de esos grupos pertenezco yo. —Tocó la tetera—. Ni siquiera tengo un alma que me escuche.

Sorbió el líquido de la taza antes de que la bolsita de té hubiese podido cumplir su cometido. Tenía poco sabor, pero no le importaba tomarlo así. Ya no le importaba mucho casi nada, siempre que pudiese seguir respirando y no hubiese dolor.

—Lo voy a decir de todas formas —dijo Graff—. Pobre niño tonto. El pacifismo sólo funciona cuando el enemigo no soporta asesinar a un inocente. ¿Cuántas veces vas a tener la suerte de encontrarte con un enemigo así?

* * *

Petra Arkanian Delphiki Wiggin visitaba a su hijo Andrew, a su esposa Lani y a sus dos niños más jóvenes, los dos que todavía vivían en casa, cuando le llegó la carta de Ender.

Entró en la sala donde su familia jugaba a las cartas, el rostro arrasado de lágrimas, agitando la carta, incapaz de hablar.

—¿Quién se ha muerto? —gritó Lani.

Pero Andrew se acercó a su madre y la estrechó en un tremendo abrazo.

—No es pena, Lani. Es alegría.

—¿Cómo lo sabes?

—Madre rompe cosas cuando siente pena, y esta carta sólo está arrugada y húmeda.

Petra le dio un golpe ligero, pero aun así rio lo suficiente como para poder hablar.

—Léela en voz alta, Andrew. Léela en voz alta. Han encontrado a nuestro pequeñín. Ender lo encontró para mí. ¡Oh, si Julián pudiese saberlo! ¡Si pudiese hablar una vez más con Julián!

—Lloró un poco más hasta que Andrew se puso a leer.

La carta era corta. Pero Andrew y Lani, como tenían hijos propios, comprendían exactamente lo que significaba para Petra, y lloraron con ella hasta que los adolescentes se fueron asqueados, uno de ellos diciendo:

—Llamadnos cuando os controléis.

—Nadie controla nada —dijo Petra—. Somos todos mendigos ante el trono del destino. ¡Pero en ocasiones el destino se apiada de nosotros!

* * *

Como no llevaba a Randall Firth a su exilio, la nave estelar no tuvo que regresar a Eros siguiendo la ruta más directa. Añadía cuatro meses al viaje subjetivo (seis años de viaje en tiempo real), pero la ComF.I. lo aprobó y al capitán no le importó. Dejaría a sus pasajeros donde le pidiesen, porque incluso si nadie de la ComF.I. comprendía quiénes eran Andrew y Valentine Wiggin, el capitán lo comprendía. Justificaría el desvío ante sus superiores. Su tripulación había empezado con él, también recordaba y no le importaba.

En su camarote, Valentine cuidaba de la salud de Ender entre los ratos que dedicaba a escribir la historia de la colonia Ganges.

—Leí esa estúpida carta tuya —le dijo un día.

—¿Cuál? Escribo muchas —respondió él.

—La que se supone que sólo debía ver si morías.

—No es culpa mía que el doctor me administrase anestesia general para volver a colocarme la nariz en su sitio y sacar los trozos de hueso que ya no encajaban en su lugar.

—Supongo que quieres que olvide lo que leí.

—¿Por qué no? Yo ya lo he hecho.

—No es verdad —dijo ella—. Todos estos viajes no son para ocultarte de tu infamia, ¿verdad?

—También disfruto de la compañía de mi hermana, la metomentodo profesional.

—La caja... buscas un lugar donde poder abrirla.

—Val —dijo Ender—, ¿te interrogo yo acerca de tus planes?

—No te hace falta. Mi plan es seguirte hasta que me aburra tanto que no pueda soportarlo.

—Creas lo que creas saber —dijo Ender—, te equivocas.

—Bien, si me lo explicas tan claramente...

Luego, un poco más tarde:

—Val, ¿sabes? Por un momento creí que iba a matarme.

—Oh, pobrecito. Debe haber sido devastador comprender que te habías equivocado con el resultado final.

—Había pensado que si llegaba ese momento, si realmente sabía que iba a morir, me resultaría un alivio. Ya nada de este mundo sería problema mío. Otra persona podría encargarse de recoger la basura.

—Sí, yo. Me alegro mucho de que fueses a echármelo todo encima.

—Pero cuando se acercaba para acabar conmigo... Yo ya sabía que planeaba darme una o dos patadas en la cabeza, y mi cabeza ya estaba tan confusa por la conmoción que supe que eso acabaría conmigo. Cuando se me acercó no sentí nada de alivio. Quería ponerme en pie. Lo hubiera hecho de haber podido.

—Y habrías salido corriendo... si tuvieses cerebro.

—No, Val —dijo Ender con tristeza—. Quería ponerme en pie y matarle yo antes. No quería morir. No importaba lo que yo creyese merecerme, lo que creyese que me fuese a conceder la paz o al menos el olvido. Entonces ya no tenía en la cabeza nada de eso. Simplemente: vive. Vive, haz lo que sea necesario para vivir. Incluso matar.

—Caramba —dijo Valentine—. Acabas de descubrir el instinto de supervivencia. Todos los demás lo conocemos desde hace años.

—Hay personas que no tienen ese instinto, no de la misma forma —dijo Ender—, y les concedemos medallas por lanzarse sobre granadas o entrar corriendo en casas en llamas para salvar a bebés. Póstumamente, claro. Pero todo tipo de honores.

—Tienen ese instinto —dijo Valentine—. Simplemente hay algo que les importa todavía más.

—A mí no me importaba más nada.

—Dejaste que te pegase hasta que tú ya no podías luchar contra él —dijo Valentine—. Sólo cuando supiste que no podías hacerle daño te permitiste sentir ese instinto de supervivencia. Por tanto, no me sigas contando esas tonterías de que eres la misma persona malvada que mató a esos dos chicos. Demostraste que puedes ganar perdiendo deliberadamente. Hecho. Ya basta. Por favor, no te pelees con nadie a menos que pretendas ganar. ¿Vale? ¿Lo prometes?

—No hago promesas —dijo Ender—. Pero intentaré que no me maten. Todavía me quedan tareas por realizar.

Nota del Autor

Nunca pretendí que este libro fuese por este camino. Yo suponía que invertiría algunos capítulos en llevar a Ender de Eros a Shakespeare y luego a Ganges. Pero descubrí que la verdadera historia en la que se fundamentaba la confrontación en Ganges tenía lugar antes y, para mi consternación, acabé con una novela que prácticamente transcurre entre los capítulos 14 y 15 de El juego de Ender.

Pero mientras la escribía, supe que era la historia real, y que faltaba contarla. La guerra termina. Vuelves a casa. Luego tienes que afrontar todo lo sucedido en la guerra. Sólo que Ender no regresa a casa. Y eso es algo más a lo que tiene que enfrentarse.

Sin embargo, ese material no estaba «ausente» de la novela original, de la misma forma que no estaba ausente de la novela corta que existió antes de escribir la novela. Si al final del capítulo 14 hubiésemos tenido a continuación Ender en el exilio, ninguna de las dos historias hubiese podido funcionar. Para empezar, Exilio es en parte una continuación a La sombra del gigante... donde quedan pendientes las historias de Virilomi, Randi y Achilles/Randall/Arkanian, esperando su resolución. Además, El juego de Ender termina como debe terminar. La historia que acabas de leer funciona mejor de este modo: en un libro independiente. El libro del soldado tras la guerra.

Excepto por un pequeño problema. Cuando en 1984 escribí El juego de Ender, mi intención en el último capítulo, el 15, fue dejarlo todo preparado para La voz de los muertos. No se me había ocurrido la idea de intercalar un libro entre esos dos. Así que fui bastante descuidado con lo que conté sobre el periodo que Ender pasó en la primera colonia. Fui tan descuidado que olvidé por completo que en todos los planetas insectores, excepto en el último, habría personal humano con vida, pilotos y tripulación. ¿Adónde iban a ir? Evidentemente, iniciarían la colonización de los mundos insectores. Y los que los enviaron habrían al menos considerado la posibilidad de enviar a gente preparada para ocuparse de los trabajos que suponían que serían necesarios.

Por lo tanto, aunque el contenido del capítulo 15 de El juego de Ender era totalmente correcto, los detalles y los periodos temporales no lo eran. No eran lo que tendrían que haber sido en su momento, y desde luego no lo que precisaban ser ahora. Desde que escribí ese capítulo he escrito cuentos como «Consejera de inversiones» (en First Meetings), donde Ender conoce a Jane (un personaje importante en La voz) cuando él alcanza la mayoría de edad legal en un planeta llamado Sorelldolce; pero eso contradice la secuencia temporal reflejada en El juego de Ender. Teniéndolo todo en cuenta, comprendí que era el capítulo 15 el que estaba mal, no las historias posteriores, que contenían más detalles y desarrollaban mucho mejor la historia.

¿Por qué tenía que cargar ahora con decisiones tomadas descuidadamente hace veinticuatro años? Lo escrito desde entonces es correcto; esos detalles contradictorios pero sin importancia de la novela original están mal.

Por tanto, he reescrito el capítulo 15 de El juego de Ender y en algún momento del futuro habrá una edición de la novela que incluya el capítulo revisado. Mientras tanto, el texto completo está en Internet para cualquiera que haya comprado alguna vez, o compre, un ejemplar de mi revista Orson Scott Card's InterGalactic Medicine Show (oscIGMS.com). Lo he enlazado con esa revista porque cada número contiene una historia del universo de El juego de Ender. Mi esperanza es que, si compras un ejemplar para leer el capítulo revisado, también le-

erás las historias de ese número y descubrirás al excelente grupo de escritores que publican en la revista.

Pero garantizo que ese capítulo no cambia nada importante. Si no lo lees no te has perdido nada.

De hecho, el propósito principal de ese capítulo revisado es evitar que la gente me escriba señalando las contradicciones entre la versión original del capítulo 15 y esta novela. Por tanto, si aceptas mi palabra de que todas las contradicciones ya están resueltas, no te hará falta consultar la versión en Internet.

Durante la preparación de esta novela, tuve que aventurarme por antiguos territorios. No sólo debía encajar con El juego de Ender (si eso era posible). Esta historia debía encajar también con todas las decisiones despreocupadas que tomé en La sombra de Ender, La sombra del Hegemón, Marionetas de la sombra, La sombra del gigante, La voz de los muertos, Xenocida e Hijos de la mente, por no mencionar todos los cuentos.

De ninguna forma tenía tiempo, ni ganas, de releer todos esos libros. Simplemente me deprimía viendo todo lo que hay en esos libros que ahora, siendo un escritor mejor, o al menos más experimentado, me gustaría cambiar.

Por suerte, dispuse de la ayuda de gente que ha leído mi ficción con más cuidado que yo y también más recientemente.

Primero y ante todo, de la de Jake Black, que escribió hace poco The Ender's Game Companion, en el que detalla todos los acontecimientos, personajes, entornos y situaciones de todas las novelas y cuentos de Ender. Fue mi asesor en este libro (igual que lo es en la adaptación de El juego de Ender para Marvel Comics) y dio su aprobación a todos.

Y durante la preparación de su libro, también dispuse de la ayuda de Ami Chopine, una autora por derecho propio, que también ha sido la madre superiora y/o niñera de PhiloticWeb.Net, y de la de Andy Wahr (alias Hobbes en mi sitio web Hatrack.com), que me ayudaron directamente respondiendo a muchas preguntas que se me plantearon cuando me preparaba para escribir este libro. Espero no tener que escribir nunca una novela de Ender sin su ayuda. Mientras tanto, los considero buenos amigos.

También conté con el beneficio de las amables personas y amigos de <http://www.hatrack.com>, a los que exploté sin piedad como recurso. Al disponerme a escribir esta novela, se me plantearon varias preguntas que precisaban respuesta. Si nunca había tratado ese tema en ningún libro, debía saberlo; si lo había hecho, necesitaba saber qué había dicho para no contradecirme.

Aquí está la petición original que dejé en Hatrack.com:

No confío en mi memoria en lo referente a los detalles de El juego de Ender y los libros Sombra, y me temo que al escribir Ender en el exilio contradiga algunos aspectos del universo de JE. Quizás alguien pueda ayudarme con estas preguntas:

- 1. ¿Quién decidió que Ender no podría volver a la Tierra? Peter estaba implicado, pero creo que ofrece motivos diferentes a los dados por Valentine y/o el narrador de JE.*
- 2. Creo que ya hay una contradicción entre JE y los libros Sombra (¿gigantesca?) sobre las circunstancias del periodo de Ender como gobernador y la persona que comandaba la nave colonial. Pero, ¿ya se resolvió por completo? Es decir, se anunció que Mazer sería el comandante de la nave, pero luego ¿no lo fue? Recuerdo que ese detalle se resolvió en una conversación con Han Tzu (después de que los ciudadanos de Hatrack me ayudasen señalándome originalmente esa contradicción).*

He recurrido a ese último capítulo de JE, pero lo que no puedo hacer es extraer los detalles de los cuatro libros Sombra o cualquier referencia dispersa por JE o la serie de la Voz. Agradecería cualquier cosa que pudieseis recordarme sobre los detalles de ese periodo de tiempo: desde el final de la última batalla de Ender hasta la llegada a su colonia; no sólo lo que le sucede a Ender, sino lo que pasa con Peter, Valentine, Mazer, Graff y el mundo en general.

Esa petición sincera recibió las respuestas de C. Porter Bassett, Jaime Benlevy, Chris Wegford, Marc Van Pelt, Rob Taber, Steven R. Beers, Shannon Blood, Jason Bradshaw, Lloyd Waldo, Simeón Anfinrud, Jonathan Barbee, Adam Hobart, Beau Pearce y Robert Prince. Gracias a todos ellos por sumergirse de nuevo en los libros y dar con las respuestas.

Además, Clinton Parks dio con un asunto que no se me había ocurrido y le envió una carta a mi personal:

Sé que probablemente ya lo sepáis, pero quería hacerlo explícito por si acaso. ¿Recordáis que en La sombra del Gigante hay una discusión donde se revela que la primera colonia se llama Shakespeare? Se me quedó grabado porque me pregunté por qué iba Ender a ponerle ese nombre a su colonia. En cualquier caso, quería ser riguroso y enviar este recordatorio. ¡Cuidaos!

Se trataba, efectivamente, de una verdadera contradicción... en otro lugar había dejado claro que la primera colonia se llamaba Rov. Eso se debe a que, cuando escribía esos primeros libros, no disponía como recurso de una comunidad de lectores generosos o no se me ocurrió pedirles ayuda, como debería haber hecho, y por tanto pensaba en nuevas ideas interesantes para asuntos que ya había tratado en libros anteriores, olvidándolo por completo en los años siguientes.

Esto también está resuelto.

En su época fui corrector de pruebas profesional. Sé por experiencia que incluso los lectores más atentos e inteligentes, trabajando en equipo para que todos puedan corregir los errores de los demás, pasarán por alto alguna equivocación. En un mundo tan complejo, como éste, en el que transcurren tantas historias, es inevitable que se den otras contradicciones que nadie ha descubierto todavía. Por favor, indica las que encuentres (exceptuando las derivadas del antiguo capítulo 15 de El juego de Ender) en Hatrack.com, y quizá posteriormente encuentre la forma de corregirlas.

O podríamos aceptarlo con filosofía y comprender que, si éstas fuesen historias reales o biografías en lugar de obras de ficción, aun así habría contradicciones entre ellas: porque incluso en los relatos de hechos verídicos se dan contradicciones y hay errores. Hay muy pocos hechos de la historia que reconstruyan de forma idéntica todos los testigos. Finjamos, por tanto, que las contradicciones presentes se deben a errores en la transmisión histórica. Aunque se trate de una «historia» situada a cientos de años en el futuro.

Además de a esos útiles amigos, mostré los capítulos, a medida que los escribía, a mi grupo habitual de amigos increíblemente pacientes. Recibir una novela por entregas es una antigua tradición; los fans de Charles Dickens siempre tuvieron que leer sus novelas publicadas por fascículos en el periódico. Pero recibir un capítulo cada pocos días y tener que responder con rapidez porque mi calendario de trabajo es muy apretado es pedir más de lo que debería exigir razonablemente a los amigos.

Jake Black fue, por primera vez, uno de esos primeros lectores, de modo que pude hacer uso de su conocimiento enciclopédico del universo de Ender. Kathryn H. Kidd, mi desde hace tiempo sufrida colaboradora en la «muy retrasada totalmente por mi culpa» continuación de

Lovelock, llamada Rasputin, hace años que es una de mis primeras lectoras. Erin y Phillip Absher hace tiempo que son mis prelectores, y Phillips tiene el honor de haberme hecho tirar a la basura varios capítulos para poder seguir una trama que yo había considerado secundaria y que él me convenció de que formaba parte del corazón y el alma de la novela. Tenía razón, yo me equivocaba, y el libro fue en consecuencia mejor. En esta ocasión, por suerte, no me obligó a rescribir grandes partes del libro. Pero su apoyo, así como el de Erin, Kathy y Jake, me ayudó a sentir que estaba contando una historia en la que valía la pena invertir el tiempo.

Sin embargo, mi primerísima lectora sigue siendo mi esposa, Kristine, que además soporta la carga de la familia cuando me pongo a escribir. Es posible que ella considere que sus consejos son de poca importancia, pero para mí son muy importantes, y si ella tiene alguna duda, yo rescribo hasta que se disipa.

Kristine y nuestro hija menor, Zina, la última de los hijos que queda en casa, deben tratar con un padre que, cuando se pone a escribir un libro, recorre la casa como un fantasma distraído e irritable. Pero nos quedan esas noches viendo *Idol* y *So You Think You Can Dance*, en las que habitamos el mismo universo durante una o dos horas.

También conté con la ayuda de Kathleen Bellamy, la directora editorial de *The InterGalactic Medicine Show* —que no lee mis libros hasta que no están en galeras, momento en que lo hace por primera vez—, como última correctora antes de que el libro llegase a la imprenta. Eso la convierte en la última línea de defensa. Y nuestro encargado de la web y la informática, Scott Alien, mantiene en funcionamiento *Hatrack* y *oscIGMS* para que yo tenga una comunidad a la que recurrir.

En este libro, Beth Meacham, mi editora en Tor, tuvo un papel más importante del que habitualmente solicito a mis editores. Como el libro era tan raro —una «continuación en medio» que se solapa con mis novelas más populares—, ¡no quise seguir sin tener la garantía de que el libro era realmente algo que Tor quería publicar! Sus propuestas y advertencias resultaron inteligentes y útiles durante todas las fases de redacción del libro.

Y doy las gracias al equipo de producción de Tor por todos los sacrificios que hicieron debido a que entregué el manuscrito tan tarde. Que este libro saliese cuando debía fue debido a su trabajo extra y a su gran preocupación por la calidad. Incluso cuando tienen prisa, hacen su trabajo con orgullo y, por tanto, yo acabé teniendo en las manos un libro del que me puedo sentir orgulloso. ¿Dónde estaría yo si otras buenas almas no compensasen mis limitaciones?

El personaje de Ender reflejado en la novela original surgió en gran parte de mi hijo Geoffrey, que tenía cinco y luego seis años cuando yo escribía el libro. Ahora tiene treinta y es padre de dos hijos (con la notable colaboración de su esposa, Heather, Heavener de soltera). Para mi gran alivio, Geoffrey nunca fue llamado para servir a su país en la guerra.

Por tanto, para analizar cómo sería la situación de Ender, he recurrido a la lectura, claro, y también a la correspondencia y las conversaciones con buenos hombres y mujeres que sirvieron a nuestro país en Afganistán, Irak y otros lugares problemáticos donde cumplimos nuestra responsabilidad como única nación con la fuerza y la voluntad de ayudar a los oprimidos y luchar contra la tiranía. Lleváis una pesada carga por todos nosotros y yo os lo agradezco.

Lloro por los caídos, o los que, sobreviviendo con graves heridas o el corazón roto, han quedado privados de buena parte o de todo el futuro con el que soñaban. Como ciudadano de los Estados Unidos, comparto parte de la responsabilidad de haberos enviado a donde habéis ido, y desde luego que disfruto de los beneficios. Al igual que Ender, es posible que yo no haya sabido lo que se sacrificaba en mi hombre, pero reconozco la conexión entre nosotros.

Y en cuanto a los que estáis visiblemente completos después de vuestro periodo militar, pero que soportáis cambios internos que nadie puede apreciar, y tenéis recuerdos que nadie comparte, sólo puedo esperar haber representado adecuadamente, en la figura de Ender Wiggin, una parte de lo que sentís, pensáis y recordáis.

Biografía

Originario de Richland (Washington) y residente hoy en Greensboro (Carolina del Norte), Orson Scott Card es mormón practicante y sirvió a su iglesia en Brasil entre 1971 y 1973. Ben Bova, editor de Analog, le descubrió para la ciencia ficción en 1977. Card, obtuvo el Campbell Award de 1978 al mejor autor novel y, a partir del éxito de la novela corta ENDER'S GAME y de su experiencia como autor dramático, decidió en 1977 pasar a vivir de su actividad de escritor. En 1997 fue invitado de honor en la HISPACON'97, la convención anual de la ciencia ficción española, celebrada en Mataró (Barcelona).

Su obra se caracteriza por la importancia que concede a los sentimientos y las emociones, y sus historias tienen también gran intensidad emotiva. Sin llegar a predicar, Card es un gran narrador que aborda los temas de tipo ético y moral con una intensa poesía lírica.

La antología de relatos CAPÍTULO (1983) trata temas cercanos a los que desarrolla en su primera novela HOT SLEEP (1979), que después fue reescrita como THE WORTHING CHRONICLE (1982). Posteriormente unificó todos esos argumentos en una magna obra en torno a una estirpe de telépatas en LA SAGA DE WORTHING (1990, NOVA núm. 51). El ambiente general de esos libros se emparenta con el universo reflejado en UN PLANETA LLAMADO TRAICIÓN (1979), reeditada más tarde con el título TRAICIÓN (1985, Ediciones B, VIB, número 11/6).

Una de sus más famosas novelas antes del gran éxito de EL JUEGO DE ENDER (1985), es MAESTRO CANTOR (1980, NOVA núm. 13), que incluye temas de relatos anteriores que habían sido finalistas tanto del premio Nébulas como del Hugo.

La fantasía, uno de sus temas favoritos, es el eje central de KINGS-MEAT, y sobre todo de su excelente novela ESPERANZA DEL VENADO (1983, NOVA fantasía, núm. 3) que fue recibida por la crítica como una importante renovación en el campo de la fantasía. También es autor de A WOMAN OF DESTINY (1984), reeditada como SAINTS en 1988. Se trata de una novela histórica sobre temas y personajes mormones.

Card ha abordado también la narración de terror (o mejor «de espanto» según su propia denominación), al estilo de Stephen King. Como ya hiciera antes con EL JUEGO DE ENDER, Card convirtió en novela una anterior narración corta galardonada esta vez con el premio Hugo y el Locus. El resultado fue NIÑOS PERDIDOS (1992, NOVA Scott Card, núm. 4) con la que obtuvo un éxito parecido al de EL JUEGO DE ENDER, aunque esta vez en un género distinto que mezcla acertadamente la fantasía con el terror.

Card obtuvo el Hugo 1986 y el Nébulas 1985 con EL JUEGO DE ENDER (1985, NOVA núm. 0) cuya continuación, LA VOZ DE LOS MUERTOS (1986, NOVA núm. 1), obtuvo de nuevo dichos premios (y también el Locus), siendo la primera vez en toda la historia de la ciencia ficción que un autor los obtenía dos años consecutivos. La serie continúa con ENDER, EL XENOCIDA (1991, NOVA núm. 50) y finaliza, aunque sólo provisionalmente, con el cuarto volumen, HIJOS DE LA MENTE (1996, NOVA número 100).

En 1999 apareció un nuevo título, LA SOMBRA DE ENDER (1999, NOVA número 137) que retorna, en estilo e intención, a los hechos que se narraban en el título original de la serie: EL JUEGO DE ENDER (1985), esta vez a partir de la versión de un compañero del primer protagonista, Bean. La nueva serie incluye también los títulos LA SOMBRA DEL HEGEMÓN (2001, NOVA número 145), MARIONETAS DE LA SOMBRA (2002, NOVA número 160) y LA SOMBRA DEL GIGANTE (2005, NOVA número 196).

En noviembre de 2008, apareció en Estados Unidos ENDER EN EL EXILIO (2008, NOVA), una continuación directa de EL JUEGO DE ENDER, tal vez la correspondiente al proyecto de una anunciada novela que se situaría en la serie entre LA SOMBRA DEL GIGANTE y LA VOZ DE LOS MUERTOS, y con él se cerraría, tal vez definitivamente la más famosa serie de la moderna ciencia ficción.

Mientras tanto, en la navidad de 2007, se publicó GUERRA DE REGALOS (2007, NOVA) una novela corta navideña ambientada en la Escuela de Batalla donde se formaron Ender y sus compañeros. En 2005, se había publicado una antología de relatos, FIRST MEETINGS, con cuatro novelas cortas relacionadas con el universo de Ender Wiggin.

En 1997, llegaba la noticia de que se iba a realizar la versión cinematográfica de EL JUEGO DE ENDER. Orson Scott Card ha escrito el guión de la nueva película y, metido ya en el tema, parece que está trabajando en una nueva novela centrada en lo que sucede «antes» de la primera. La película, finalmente dirigida por Wolfgang Petersen, parece que se estrenará pronto... También está previsto que EL JUEGO DE ENDER se convierta en una serie de comics de la Marvel.

Tras el éxito de EL JUEGO DE ENDER, 1987 fue el año de su redescubrimiento en Norteamérica con la reedición de MAESTRO CANTOR, la publicación de WYRMS y el inicio de una magna obra de fantasía: The Tales of Alvin Maker. La historia de Alvin, el «Hacedor», está prevista como una serie de libros en los que se recrea el pasado de unos Estados Unidos alternativos en los que predomina la magia y se reconstruye el folklore norteamericano. El primer libro de la serie, EL SÉPTIMO HIJO (1987, NOVA fantasía, núm. 6), obtuvo el premio Mundial de Fantasía de 1988, el premio Locus de fantasía de 1988 y el Ditmar australiano de 1989, también fue finalista en los premios Hugo y Nébula. El segundo, EL PROFE-TA ROJO (1988, NOVA fantasía, núm. 12), fue premio Locus de fantasía 1989 y finalista del Hugo y el Nébula. El tercero, ALVIN, EL APRENDIZ (1989, NOVA fantasía, núm. 21) ha sido, de nuevo, premio Locus de fantasía 1990 y finalista del Hugo y el Nébula. Tras seis años de espera apareció ya el cuarto libro de la serie, ALVIN, EL OFICIAL (1995, NOVA Scott Card, número 9), de nuevo premio Locus de fantasía en 1996. Sólo tres años después apareció FUEGO DEL CORAZÓN (1998, NOVA número 129) y, cinco años más tarde, el sexto título LA CIUDAD DE CRISTAL (2003, NOVA, núm. 171). Como suele ocurrir con este autor, no se sabe cómo ni cuándo acabará la serie aunque, según parece, podrían faltar sólo uno o dos títulos.

Algunos de sus relatos cortos se han unificado en un libro sobre la recuperación de la civilización tras un holocausto nuclear: LA GENTE DEL MARGEN (1989, NOVA núm. 44). El conjunto de los mejores relatos de su primera época se encuentra recopilado en THE COMPANIED SONATA (1980). Conviene destacar una voluminosa antología de sus narraciones cortas en MAPAS EN UN ESPEJO (1990, NOVA Scott Card, núm. 1) que se complementa con las ricas y variadas informaciones que sobre sí mismo y sobre el arte de escribir y de narrar incluye el mismo Card en sus presentaciones. Su más reciente antología, con todos sus relatos escritos desde MAPAS EN UN ESPEJO, es KEEPER OF DREAMS (2008).

Otra de sus series famosas es «Homecoming» (La Saga del Retorno), que consta de cinco volúmenes. La serie narra un épico «retorno» de los humanos al planeta Tierra, tras una ausencia de más de 40 millones de años. Se inicia con LA MEMORIA DE LA TIERRA (1992, NOVA Scott Card, núm. 2), y sigue con LA LLAMADA DE LA TIERRA (1993, NOVA Scott Card, núm. 4), LAS NAVES DE LA TIERRA (1994, NOVA Scott Card, núm. 5) y RETORNO A LA TIERRA (1995, NOVA Scott Card, núm. 7), para finalizar con NACIDOS EN LA TIERRA (1995, NOVA Scott Card, núm. 8).

Por si ello fuera poco, hace años Card empezó a publicar The Mayflower Trilogy, una nueva trilogía escrita conjuntamente con su amiga y colega Kathryn H. Kidd. El primer volumen es LOVELOCK (1994, NOVA Scott Card, núm. 6), y la incorporación de Kidd parece haber aportado mayores dosis de humor e ironía a la escritura, siempre amena, emotiva e interesante, de Orson Scott Card. Parece que ya se está escribiendo la segunda novela de la serie que ha de tener por título RASPUTIN.

En febrero de 1996, apareció la edición en inglés de OBSERVADORES DEL PASADO: LA REDENCIÓN DE CRISTÓBAL COLÓN (1996, NOVA núm. 109), sobre historiadores del futuro ocupados en la observación del pasado («pastwatch»), y centrada en el habitual dilema en torno a si una posible intervención «correctora» de la historia sería lícita o no. Una curiosa novela que parece llevar implícita una revisión crítica de la historia, de la misma forma que puede encontrarse una sugerente crítica al «american way of life», en el interesantísimo relato «América» que se incluyera en LA GENTE DEL MARGEN (1989, NOVA núm. 44). Más reciente es su novela IMPERIO: UNA MIRADA INCÓMODA A UN FUTURO POSIBLE (2007, NOVA núm. 211), creada como soporte inicial a un nuevo videojuego en desarrollo de Chair Entertainment Group (Donald y Jeremy Mustard). Está previsto que se convierta en una serie de cómics (con una historia complementaria a la narrada en la novela), una película (derechos ya adquiridos por Joel Silver y Warner Bros) y, finalmente, un videojuego de acción. Se trata de un ameno thriller de acción que es, al mismo tiempo, una reflexión sobre los duros enfrentamientos a que lleva la política. Con Aaron Johnson, Card ha publicado también TRATAMIENTO INVASOR (2007, NOVA núm. 220) sobre los peligros de la medicina genética y basada en su relato «Malpractice».

Otra de sus novelas es EL COFRE DEL TESORO (1996, NOVA, núm. 121), una curiosa historia de fantasía y fantasmas, protagonizada por un genio de la informática convertido en millonario, y con un ajustado balance de emotividad, ironía y tragedia. También es autor de ENCHANTMENT (1998) una novela de fantasía romántica en torno a leyendas rusas y la Norteamérica contemporánea. De nuevo la fantasía surge en CALLE DE MAGIA (200\$, NOVA, núm. 198), donde se mezcla la magia en la vida cotidiana con el enfrentamiento de amor-odio entre Oberón y Titania, el rey y la reina de las hadas.

Recientemente Card ha iniciado la publicación de una serie de novelas históricas en torno a la vida de las esposas de los grandes patriarcas bíblicos con el título genérico de «Women of Genesis (Mujeres del Génesis), cuyo primer volumen fue SARAH (2000) que debe ser seguido por REBEKAH y RACHEL & LEAH. Card ha escrito también un manual para futuros escritores en HOWTO WRITE SCIENCE FICTION AND FANTASY (1990), que obtuvo en 1991 el premio Hugo como mejor libro de ensayo del año.*

Fin